



*Besos
de
Kalem*

KELLY CASTHER

Capítulo 1

No estaba interesada en las relaciones amorosas.

Al menos no en las reales.

Prefería la de los libros que leía o de las novelas que escribía por las noches en mi cuarto. Era una chica a la que no le gustaba salir mucho de casa, pero tenía una mejor amiga fiestera y alocada que me arrastraba con ella a los eventos que hacía la universidad. Amaba con toda mi alma a la rubia con estilo, pero a veces era un dolor de cabeza.

Era sábado y el equipo de *lacrosse* de mi universidad había ganado un partido importante, así que habría una fiesta para celebrar esa noche. Yo no era fan de ese deporte, y jamás había ido a ninguno de los partidos, pero Nora, mi mejor amiga, no perdió la oportunidad de suplicarme que fuera a la fiesta con ella.

Realmente no tenía ganas de ir y preferiría mil veces quedarme en mi cuarto viendo una serie coreana, leyendo o escribiendo mi novela. Obviamente me negué a ir, pero ella podía ser muy insistente cuando se lo proponía. Sus mensajes de texto no dejaban de llegarme con emojis de caras tristes o llorando.

Solté un bufido y fui a la cocina por un vaso de agua, ahí me encontré a mi papá comiéndose el último *cupcake* de mamá.

—Papá, ¿puedo ir a una fiesta universitaria esta noche? Es probable que haya alcohol, sustancias raras y todo se salga de control. —Apoyé mis brazos sobre la encimera que se encontraba en el centro de la cocina.

Crucé los dedos mentalmente.

«Di que no, di que no».

—Claro, y avísame cuando llegues a casa, cariño —habló con la boca llena. Hice una mueca de disgusto por eso.

—¿Qué? Se supone que tienes que decirme que no. Esto no funciona así. No me lo pones fácil, papá. —Solté un suspiro, dejando caer mi cabeza sobre la encimera—. A ver, hagámoslo de nuevo, pero esta vez me dices que no.

Papá sonrió, se mostraba divertido.

—Yo a tu edad era un desastre y un dolor de cabeza para tu abuela. Y tú, con veinte años no sales ni a la esquina, te la pasas encerrada allá arriba leyendo. —Revolvió mi cabello negro con la mano.

—Prioridades, papá.

—Sal un poco, y diviértete esta noche.

—Pero...

—Nada de peros; si sucede algo no dudes en llamarme, cariño. Ah, y si tu mamá pregunta, tú fuiste la que se comió su último *cupcake*. —Me dio una palmadita en el hombro con una sonrisa y desapareció de la cocina.

Saqué mi celular y comencé a teclear rápido.

Heathernática: Una combinación de Heather y lunática.

No podré ir. Papá dijo que tengo que quedarme a estudiar, lo lamento tanto, rubia :(

Y lo envié.

¿Lamentaba no poder ir? Claro que no. Su respuesta no tardó en llegar.

Noratástica: Juego de palabras de Nora y fantástica.

Ajá, esa ni tú te la crees, mentirosa. Tu papá acaba de escribirme para decirme que sí te dio permiso y que no me creyera ninguna de tus excusas. Llego en una hora, te quiero :)

—¡Papá!

—¡Es por tu bien, mi Heather! ¡Respira aire fresco, explora tierras desconocidas! ¡Sal al mundo! —Se escuchó desde algún lugar de la casa—. ¡Te amo!

Solté otro suspiro mientras subía las escaleras para ir a mi cuarto y buscar qué ponerme para la fiesta. Una hora más tarde, Nora pasó a recogerme y me ayudó a maquillarme mientras se veía emocionada de que fuera con ella. Era bastante extrovertida, y aunque las dos teníamos nuestras diferencias, nos complementábamos. Era fácil cogerle cariño.

¿Aire fresco había dicho, papá? En la casa de la fiesta se respiraba todo menos eso. Un olor a tabaco, alcohol, y cuerpos sudorosos en la pista improvisada de baile era lo que entraba en mis fosas nasales. Tenía unas inmensas ganas de regresar a mi casa, acostarme en la suavidad de mi cama y continuar el libro que estaba leyendo.

¿Por qué tuve que venir? No me gustaba estar rodeada de tanta gente, y como si Nora leyera mis pensamientos, pasó un brazo alrededor de mis hombros antes de que me girara hacia la puerta de la enorme casa.

—¡Hey! No te escaparás de mí así de fácil. —Me sonrió de lado—. Ya estamos aquí. ¡Vamos a bailar!

—Creo que me quedaré por aquí. —Asentí con mi cabeza, luego me senté en una de las sillas altas que estaban en el minibar que daba a la cocina—. Pero ve tú; desde aquí te observaré y te enviaré mi apoyo moral —Le di una sonrisa inocente y solo se me quedó mirando con una mano en su cintura—. ¿Qué? Sabes que yo no bailo.

—Claro que sí, lo haces en tu cuarto, mentirosa.

—Cuando estoy sola y no con personas a mi alrededor. Ya ve a bailar, tal vez cuando pongan una buena canción me una a ti. —Hice el gesto con mi mano para que se fuera. Sonrió mientras negaba con la cabeza y luego se fue a la pista.

Su novio pelirrojo, Charles, no tardó en encontrarla y unirse a ella. Esos tortolitos no podían estar separados. Habían empezado a salir hace poco, pero me sentía tranquila porque se notaba que el pelirrojo quería mucho a la alocada rubia.

Bebí de la botella de agua que había traído a la fiesta y que no había soltado en ningún momento, ya que no quería aceptar ninguna bebida que me ofrecieran. Leí varios libros con este tipo de escenas, así que era mejor prevenir.

Comencé a toser cuando noté una desagradable presencia; la chica me miró, esbozó una sonrisa fastidiosa y se acercó. ¿Por qué siempre tenía que topármela?

Si Gabriela estaba aquí eso significaba que él podía estar cerca, y yo no quería ni verle la cara. Estaba hablando de Matt, mi exnovio.

—¿Y este milagro que la asoció decidió salir? ¿Ya viste la hora qué es, no deberías estar en casa?

Solté una risa sarcástica.

—¿Acaso necesito tu permiso para salir? Déjate de tonterías. —Me levanté del asiento lista para alejarme, pero su voz irritante me detuvo.

—Hablo contigo y ya te pones a la defensiva. —Esbozó esa sonrisa que tanto detestaba, como si disfrutara provocarme para continuar discutiendo.

—Aléjate de mí —respondí con seriedad, manteniendo el contacto visual con determinación. Luego, caminé lejos, sin darle tiempo a contestar.

Cuando los padres de Gabriela se divorciaron, ella y su madre se mudaron a mi vecindario años atrás, así que tuvo que ir a la misma secundaria que yo. Qué tortura. El problema estaba en que ella era una chica caprichosa y mimada, jamás nos llevamos bien. Cada vez que yo sobresalía en algo de la escuela, Gabriela también quería hacerlo. Cada vez que yo tenía algo nuevo, Gabriela también quería tenerlo. Los novios o ligues que tuve tampoco fueron la excepción.

Tenía algo en mi contra. Cuando en el último año de la escuela corrió la noticia de que Matt y yo estábamos saliendo, no tardó en andar detrás de él hasta que logró tenerlo.

Cuando eso sucedió no lloré por ese idiota. No, claro que no. Lloré porque le presté uno de mis libros y jamás me lo regresó. Idiota y ladrón.

Para mi desgracia, los dos habían decidido ir a la misma universidad que yo. La verdad era que verlos juntos en los pasillos o por el campus no me afectaba para nada. Eran los recuerdos amargos y sus comentarios hacia mí los que me molestaban, aunque no quisiera. No me

consideraba aburrida, sino todo lo contrario: era una chica creativa y asombrosa que sabía cómo divertirse a su manera.

No iban a arruinar mi noche, no pensaba permitirlo.

Caminé hacia la pista de baile y traté de pasar entre los cuerpos sudorosos. Intenté imaginar que estaba en mi cuarto y comencé a bailar como si no hubiera un mañana y nadie estuviera viéndome.

No sabía cuánto tiempo había pasado o cómo había terminado bailando encima de una mesa con una multitud de universitarios borrachos animándome desde abajo, eso incluía a Nora. Estaba moviendo mi cuerpo con el cabello suelto mientras alzaba mi botella de agua como si se tratara de una botella de alcohol.

No me importaba. Por los menos no esa noche.

Cualquiera podría pensar que no estaba en mis cinco sentidos, pero la verdad era que sí lo estaba. No era muy fan del alcohol, pero esa noche había hecho una excepción y solo tomé un poco. Me había servido yo misma mi bebida para asegurarme de que nadie pusiera algo extraño dentro de ella.

Mientras cantaba a todo pulmón, me enredé con mis propios pies, dejé escapar un pequeño grito y terminé con mi trasero en el suelo, riéndome a carcajadas y agradecida de que la mesa no fuera tan alta.

—Con ese golpe, yo estaría llorando en lugar de riendo. —Una voz grave se escuchó detrás de mí y unos brazos fuertes me ayudaron a levantarme.

De pie, no pude ocultar mi asombro al ver unos tremendos ojos celestes frente a mí; sus manos aún sostenían mis brazos.

—Prefiero reírme de mis desgracias. —Me encogí de hombros. Mi respuesta provocó que él sonriera, tenía una arrebatadora sonrisa de chico bueno.

Y a mí me gustaban muchos de esos.

Su estatura superaba con creces la mía, y sus mechones castaños se desplegaron de manera despreocupada, cayendo juguetonamente sobre su frente. La evidente dedicación al ejercicio modelaba su cuerpo de manera impresionante. Solo con mirarlo, mi mente se llenó de susurros traviosos y mis manos ansiosas anhelaban explorar la firmeza de su abdomen, aunque fuera a través de la tela de su camiseta.

La gente a nuestro alrededor nos estaba empujando, así que tomó uno de mis brazos para salir de la pista de baile. Su tacto era suave y sus manos me gustaron.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó, examinándome con la mirada para ver si no tenía alguna herida.

Pude notar como sus ojos se detuvieron por segundos en mis pechos, haciendo que sus mejillas se pusieran levemente rojas. Eso me llamó la atención. Además de caliente, podía verse adorable e... ¿inocente? Tenía que averiguarlo.

—¿Sabes por qué la escoba está feliz? —Su frente se arrugó por haberle contestado con otra pregunta—. Porque va-riendo. —Me eché a reír sin poder evitarlo mientras golpeaba uno de sus trabajados brazos con mi palma—. ¿Entiendes, desconocido?

—Estoy preguntándome si hay algo mal contigo —comentó, regalándome de nuevo esa sonrisa dulce.

—Admite que fue un buen chiste.

—Fue un chiste muy malo. —Negó con la cabeza.

Podía decir eso, pero la expresión de su rostro me decía que le había parecido divertido.

—Los chistes malos también son buenos —contesté.

Mis dedos índice y medio trazaron un recorrido a lo largo de uno de sus brazos, ascendiendo como dos hormigas curiosas. Repetí el gesto en un lado de su rostro. Parecía entretenido con mi extraño comportamiento, y lo mejor fue que no se apartó, sino que dejó que siguiera tocando.

—Ahora, a lo importante —hablé, sin poder apartar la mirada de sus ojos—. ¿Tienes novia?

—Todavía no. —Se encogió de hombros.

—Entonces, mientras la esperas, ¿me dejas besarte? —Posé mis manos con suavidad sobre sus hombros y sus mejillas se tiñeron de rojo por mi atrevimiento.

—¿Puedo? —Mis ojos descendieron, atrapados por la fascinación de sus labios.

—¿Cuál es tu nombre? —inquirió, curvando los labios en una sonrisa encantadora.

No me tocaba, pero tampoco se apartaba de mí.

—Heather. —Sonreí, pero no dejé que me dijera su nombre—. ¿Prefieres escuchar otro de mis chistes o te gustaría besarme?

—No sé cuál escoger. —Colocó su mano sobre mi mejilla, mientras su mirada descendía lentamente hacia mis labios.

—Yo sí.

Acorté la distancia y lo besé. Su respuesta fue inmediata, sus labios eran tan suaves como su tacto. Besaba con una destreza excepcional; una de sus manos acariciaba mi mejilla, mientras que la otra se aventuraba intrépidamente entre las hebras de mi cabello. Uno, dos... Ya había perdido la cuenta de cuántos besos llevábamos.

Esa noche estaba dispuesta a divertirme y no quería pensar en las consecuencias de lo que hacía. Así que tomé su mano y lo llevé hacia las escaleras. Las mejillas de él se enrojecieron aún más cuando captó el mensaje, mirándose terriblemente adorable. No lo admitiría en voz alta, pero luego de leer tantos libros y mirar series coreanas, había descubierto que prefería a los chicos buenos en vez de a los malos.

Encontramos un cuarto vacío, cerré la puerta con llave y me acerqué a él. Hice que se sentara en la cama y, sin dudarlo, me acomodé a horcajadas sobre su regazo. Deslicé mis manos detrás de su cuello, adentrando una en su cabello. Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro al sentir cómo colocaba una mano en mi pierna y la otra en mi trasero para sostenerme.

Acerqué mi rostro al suyo.

—He leído esto tantas veces que ahora quiero ponerlo en práctica —susurré sobre sus labios.

Sus mejillas estaban sonrojadas y eso seguía llamándome la atención. Comencé a dejar besos húmedos en su cuello, haciéndolo de manera lenta a propósito. Parecía disfrutarlo, ya que sus manos apretaron su agarre y me atrajo más hacia él.

Le dejé en claro que solo sería un lío de una noche, que era lo único que pedía. No estaba interesada en ninguna relación amorosa por el momento, pero había un problema: esa noche me había acostado con el chico más dulce del equipo de *lacrosse* de la universidad.

Kalem Taylor.

Capítulo 2

—¡Heather Scott! —chilló Nora sin poder creerlo—. ¿Te tiraste a Kalem Taylor? ¿El terrón de azúcar del equipo de *lacrosse* de la universidad?

—¿Terrón de azúcar? —Aparté la mirada del libro abierto que tenía en mis manos—. ¿Así lo llaman?

Estábamos las dos solas en uno de los baños femeninos del campus, ya que la rubia quería que le soltara el chisme. Ella estaba de pie frente a uno de los espejos arreglando su cabello; en cambio, yo estaba sentada sobre la encimera de los lavabos mientras leía un libro con una actitud despreocupada.

—El mismo equipo le dio el apodo —respondió—. Dame los detalles sucios. ¿Cómo estuvo?

Le di una mirada rápida y luego pasé la página con mucha lentitud.

—Ese tipo de detalles me los guardo para mí sola, rubia. —Esbocé una sonrisa de lado y ella bufó—. Pero puedo decirte que besa terriblemente genial. Sus labios son suaves.

—Me alegra que la hayas pasado bien en la fiesta.

Tenía esa mirada que me decía que quería preguntarme algo.

—¿Qué es? —Elevé una ceja mientras cerraba el libro porque no lograba concentrarme.

—¿Y bien? —Me estaba dando esa sonrisa.

—¿Y bien qué?

—¿No piensas repetir?

—¿Con Kalem? —Negué con la cabeza—. Le dejé claro que solo sería un lío de una noche.

—Pues al parecer no le quedó bien claro. —Soltó una risa señalando las orquídeas rosadas que permanecían a mi lado sobre los lavabos.

Kalem se había aparecido frente a mí temprano en la mañana con una mano en el bolsillo de sus jeans y la otra sosteniendo flores que parecían recién cortadas. La verdad era que me había tomado desprevenida, pues no esperaba seguir viéndolo después de la noche de la fiesta. No quise tomar sus flores, pero esos ojos celestes, la sonrisa contagiosa y tierna que me estaba dando me distrajeran por unos segundos.

Quise sacar mi lado frío y sin sentimientos, pero tuve un momento de debilidad y terminé tomando sus flores.

—Dicen que las orquídeas de este color son una declaración —hablé tomándolas en mis manos para darles otro vistazo.

—Lo dejaste flechado. —Me sonrió, dándome una palmada en la pierna—. ¿Le darás una oportunidad?

—¿Yo? ¿Salir con alguien que no sea uno de mis personajes ficticios? —Solté una risa como si fuera algo absurdo, al mismo tiempo que me bajaba del lavabo y llevaba las flores conmigo—. No entra en mis planes por ahora.

Salimos de los baños y caminamos por los pasillos del campus. Cuando pasamos por la recepción, miré a la señora amable que me ayudó en mi primer día de la universidad. Parecía estar teniendo un mal día así que no lo pensé demasiado y dejé las orquídeas rosadas dentro del jarrón que tenía a su lado, consiguiendo una sonrisa en su rostro. Era la hora del almuerzo así que nos dirigimos a la cafetería.

—No puedo negar que es adorable y atractivo, pero no quiero nada serio. Además, se la ha pasado detrás de mí toda la semana. —Solté un suspiro—. Parece un mosquito sediento de mi sangre.

Compramos nuestro almuerzo y nos sentamos en una de las mesas.

—Tú y tus referencias con animales. —Se rio—. Eres rara.

—Lo tomaré como un cumplido. —Sonreí encogiéndome de hombros.

—Pero no tiene que ser algo serio. Pueden ser amigos con derechos. —Me codeó en el brazo con una sonrisa juguetona.

—Tendré que consultarlo con la almohada, pero como es posible que me quede dormida, no creo que haya respuesta. Entonces, es un no —mencioné antes de tomar de mi jugo de naranja.

—Hola, Heather. —Escuchar esa voz grave a mi lado hizo que me asustara y comenzara a toser, él enseguida me dio suaves palmadas en la espalda.

—Ya, ya. Estoy bien. —Le hice un gesto con la mano para que detuviera sus palmadas. Nora estaba conteniendo una risa mientras comía su almuerzo.

—¿De verdad? —Movié un poco su cabeza para verme mejor el rostro.

—De verdad. —Asentí, llevando un par de gomas de colores en forma de osos a mi boca. Siguió con la mirada cada movimiento que hacía, se fijó en las gomas y también noté como se detenía por más tiempo en mis labios—. ¿Y qué haces aquí, Kalem? —dije con una actitud relajada.

Debía admitir que tenía una debilidad por estas golosinas. Eran deliciosas.

A pesar de que él no se me había despegado en toda la semana, no tenía intenciones de tratarlo de mala manera. Quería hacerlo, pero cada vez que lo miraba me detenía. Tal vez en un par de días su interés por mí acabaría por mi indiferencia.

—Vine a escuchar otro mal chiste. —Me dio una sonrisa que podía derretir a cualquier persona.

Tenía sus encantos y estaba segura de que lo sabía y los usaba a su favor, aunque lo hiciera de manera inconsciente en ocasiones.

—¿Otro? Ya te dije como quince esta semana, ¿quieres dejarme sin ninguno? —Lo miré mal y asintió.

—Estoy seguro de que sabes muchos.

—Bueno, no te lo voy a negar. —Solté una risa.

Parecía satisfecho de haberme sacado una sonrisa.

—¿Ves? —dijo—. Inconscientemente te estuviste preparando para la llegada de alguien que no se quejara de tus chistes. —Con una sonrisa, tomó un mechón de mi cabello entre sus dedos. No me moví ni me aparté, solo me quedé viéndolo.

—O que tuviera que fingir una risa para no hacerte sentir mal —murmuró Nora mirando hacia otra parte de manera culpable. Le di un pequeño golpe a su brazo—. ¡Ay, agresiva!

—No entiendo de qué hablas, mis chistes son buenos, rubia. —Le lancé una mala mirada—. Solo que algunos no saben apreciar mi humor. —Llevé otra goma a mi boca.

—Yo estoy dispuesto a hacerlo, si me dejas —habló él de manera distraída ya que estaba sacudiendo su cabello para desordenarlo. Desbordaba ternura en pequeñas acciones.

—Tentadora oferta —admití, viéndolo.

—Muy tentadora —afirmó mi mejor amiga que también lo veía.

Parpadeé varias veces.

—Pero no.

—¿Por qué no? —Volteó a verme, sus increíbles ojos me miraban con confusión.

—Porque necesito mi espacio.

—Yo puedo darte espacio —dijo, moviendo su silla para alejarse un poco de mí.

Esbocé una sonrisa sin poder evitarlo; Kalem, al verme sonreír, también lo hizo. Seguí comiendo y guardó silencio, su atención se desvió al libro que yo estaba leyendo y había dejado sobre la mesa. Lo tomó con curiosidad y las alertas dentro de mí se activaron de inmediato.

—Trátalo con cariño, por favor —pedí, dándole una mirada de advertencia—. Tengo ciertas reglas con aquellos que osan a tocar mis libros que son como mis hijos.

—Te escucho —dijo con una sonrisa fascinada en su rostro, la cual me hizo fruncir un poco la

frente.

—No me pierdas el marcapáginas por lo que más quieras que mi memoria no es tan buena como para recordar el número de la página en la que quedé —hablé como si le estuviera diciendo las reglas de cuidado de mis hijos a la niñera—. Pasa las hojas con cariño, y si te atreves a doblar alguna te meterás en problemas conmigo. —Lo señalé con mi cuchara.

—No me gustan los problemas, pero si es contigo no me importaría.

—¡Tengo que anotar eso para mi libro! —chillé con emoción, dejando la comida de lado y apresurándome a sacar mi cuaderno para anotar la idea antes de que se me fuera.

Nora negó con la cabeza, tenía una sonrisa divertida en el rostro. Ella ya estaba acostumbrada a esto.

Él se miraba confundido por mi reacción. No le presté mucha atención ya que coloqué el cuaderno en la mesa y comencé a pasar las páginas con rapidez para llegar a una hoja en blanco. Mientras estaba distraída en mis asuntos, Kalem abrió el libro para examinarlo con interés.

—¿Sabes? Las chicas que leen me parecen tremendamente adorables y atractivas —comentó, dirigiendo de nuevo su mirada hacia mí. Lo miré de reojo en silencio, esta vez me estaba dando una sonrisa de lado.

—¿De verdad? —preguntó Nora, sonriendo y dándome un par de codazos en el brazo. Él asintió—. Porque Heather no solo lee, también escribe. —Presumió pasando un brazo alrededor de mis hombros como mamá orgullosa.

—¿Eso es cierto? —preguntó, mirándome mientras esperaba por una respuesta.

Yo, por el contrario, estaba sonriendo como tonta mientras terminaba de escribir la idea. Feliz, cerré el cuaderno y lo volví a guardar en mi bolso. La verdad no estaba prestando mucha atención a lo que decían.

—¿Escribes? —Su voz me hizo girarme a verlo, sus ojos tenían un raro brillo.

—Sí, por las noches, así que ahora entiendes por qué no respondo tus mensajes a esas horas. Prioridades. —Le di una palmada en su ejercitado brazo y me levanté del asiento para ir a botar la basura. También se levantó y me siguió.

—Recuerdo que en la fiesta, después de hacerlo, mencionaste algo sobre que escribías, pero no estaba seguro. ¿Qué escribes? —preguntó, realmente interesado.

Recostó su hombro sobre la máquina expendedora. Iba a meter el billete para comprar más gomas de oso, pero se me adelantó y puso uno de sus billetes. Me quedé mirándolo serio y sonrió inocente.

—Romance.

—¿Así que tienes tu lado dulce? —Elevó una ceja.

—Solo cuando quiero tengo mis momentos. —Crucé los brazos.

—Y yo quiero ser parte de esos momentos. —Me miró por unos segundos, luego se inclinó para tomar las golosinas y me las extendió.

No sabía qué responder a eso, siempre decía o hacía cosas que me tomaban desprevenida.

Le di las gracias y regresé a mi asiento, sintiendo que me seguía. Suspiré y, de repente, me giré para quedar frente a él. Casi tropieza con mi movimiento repentino, deteniéndose muy cerca de mí. Podía oler su perfume y los recuerdos de aquella noche cuando dejaba besos en su cuello y él suspiraba vinieron a mi mente.

«Concéntrate».

—Kalem.

—Me gusta cuando dices mi nombre de esa manera. —Soltó de la nada. Parecía hipnotizado por mi mirada y cercanía. Tal vez los recuerdos también estaban invadiendo su mente.

—No quiero una relación, los únicos chicos que hay en mi vida amorosa están en las páginas que leo y escribo, y así quiero que sea por un buen tiempo.

—Estoy dispuesto a competir contra ellos. —Sonrió de esa manera atrayente que lo caracterizaba—. Déjame hacerlo.

Miré al suelo con la frente arrugada, puso su mano bajo mi barbilla para que volviera a verlo a los ojos. Me preguntaba si su tacto siempre era así de suave. No podía negar que esa simple acción me había gustado.

—Dime otro de tus chistes e iré a entrenar. —Acarició mi mejilla.

—¿Estás seguro de que lo harás?

—Lo prometo.

—Bien. ¿Sabes qué le pasa al hierro cuando se oxida? —pregunté, conteniendo una sonrisa—. Se pone feo. —Reí sin poder evitarlo mientras golpeaba su brazo con mi mano y sonrió satisfecho al verme reír por mis chistes.

—Nos vemos, Heather —susurró, y lo siguiente que hizo provocó que dejara de reírme y me quedara pasmada.

Su beso había aterrizado en mi mejilla, pero peligrosamente cerca de la comisura de mis labios, tomando por sorpresa mis sentidos. No comprendía la razón de mi reacción, considerando que ya lo había hecho en ocasiones anteriores, y no siempre limitándose a la mejilla. Este cuerpo traicionero.

(...)

Esa noche estaba en mi cuarto leyendo un libro digital, lo cual era mi rutina diaria, pero este tenía escenas subidas de tono que harían que mi abuela me llevara a la iglesia. Tenía la casa sola porque mis padres habían ido a visitar a uno de mis tíos y volvían hasta mañana. Podía sentir mis mejillas acaloradas debido al libro, pero cada página era más interesante, por lo que no podía parar de leer. Mi imaginación y los mensajes de Kalem a esa hora no ayudaban a que el color rojo de mis mejillas disminuyera.

Tuve un momento de debilidad. No estaba pensando claro en ese momento, y ya me encontraba escribiendo el mensaje. No sabía si iba a arrepentirme luego, pero alejé esos pensamientos a un rincón.

Heathernática: ¿Quieres venir a mi casa?

Lo había enviado y no había vuelta atrás. Ese mensaje dejaba claras mis intenciones. Su respuesta no tardó en llegar y me hizo reír. Kalem había enviado el emoji que tenía los ojos abiertos y las mejillas muy sonrojadas.

KalemTaylor: ¿Es lo que creo que estoy pensando?

Heathernática: Sí, te estoy invitando a mi club de lectura de las noches.

Esperaba que captara el sarcasmo.

Transcurrieron unos minutos que se sintieron interminables, hasta que mi celular rompió el silencio con un tono vibrante. Al abrir el mensaje, me encontré con una imagen de su mano adornada con un reloj de cuero, descansando con elegancia en el volante de su auto. La foto, aunque sutil, había destilado un aire de sensualidad que me hizo sonreír, aunque no estaba dispuesta a admitirlo. Respondí con mi dirección y me dejé caer de espaldas sobre la cama, extendiendo los brazos y reflexionando sobre lo que había hecho.

Después de un tiempo, el sonido del motor de un carro resonó, estacionándose frente a mi casa. Descendí las escaleras con rapidez, ansiosa por abrirle la puerta. Ahí estaba él, luciendo una chaqueta azulada que le confería un encanto especial en esa noche un poco fría. Su cabello despeinado y las manos resguardadas en los bolsillos le otorgaban un aire adorable y atractivo a la vez.

—¿Qué libro leeremos, Heather?

Capítulo 3

—¿Te lo volviste a tirar? —chilló Nora, sorprendida con una paleta de caramelo en la mano.

—¡Tuve un momento de debilidad! —me defendí.

Ambas estábamos sentadas en el pasto verde del campus de la universidad, bajo la sombra de un árbol. Mientras observábamos a los jugadores de *lacrosse* correr a toda velocidad, noté que Kalem lucía una camiseta blanca sin mangas que realzaba sus brazos bien tonificados, algo que agradecía. Me miró a la distancia y elevó uno de ellos con emoción para saludarme, hice lo mismo por unos segundos y volví la vista a mi libro.

—Por lo menos dale una sonrisa como la que te está dando. —Me codeó la rubia en el brazo—. Esos chicos están muy buenos, lástima que tenga novio. —Suspiró de manera dramática, y solté una risa viéndola de reojo.

Podía decir eso, pero sabía que amaba con locura al pelirrojo de su novio.

—El terrón de azúcar debe ser realmente bueno como para repetir, ¿o me equivoco? —Me guiñó el ojo.

Cerré el libro porque no podía concentrarme en lo que estaba leyendo.

—No puedo negar lo obvio —dije, viendo como Kalem se alejaba con su equipo. Bajé la vista a su trasero sin poder evitarlo.

—¡A saber en qué cosas estás pensando ahora, perversa! —Me dio un pequeño empujón y solo sonreí de manera culpable.

—Es que está guapo, hay que admitirlo. —Encogí los hombros sin ningún tipo de vergüenza.

—Así que me hiciste caso con eso de amigos con derechos. —Llevó la paleta a su boca.

—No creo que quiera ser solo eso, él va por más, pero yo no puedo dárselo. Además, apenas lo conozco y no sé nada de él. —Recosté mi espalda sobre el pasto, poniendo mi cabeza sobre mi bolso y cerré los ojos disfrutando del viento.

—Date la oportunidad de conocerlo. —Sentí cómo se colocó a mi lado.

—No quiero salir con nadie —susurré—. No por ahora, me siento bien así.

—No debes dejar que los recuerdos de tu relación con Matt arruinen nuevas oportunidades de tener algo con alguien —dijo. No me gustaba escuchar ese nombre, y lo notó así que continuó—: Según lo que he oído e investigado por ti, Kalem Taylor es bueno. Conócelo mejor, se ve que quiere conocerte.

—Hoy me trajo un paquete grande de gomas de oso. —Reí, recordando—. Tengo para todo el mes, aunque de eso no me quejo.

—Mira, encontraste a tu *sugar daddy* —bromeó, riéndose. Esbocé una sonrisa.

—Soy mayor que él por unos meses.

—Rayos, mujer mayor. De seguro por eso también lo traes loco. —Se rio.

—Puede ser.

(...)

Era hora de trabajar. Mátenme.

Mi mamá era dueña de una cafetería acogedora que quedaba cerca de un lindo parque. Algunos días de la semana tenía que ir a ayudarla después de mis clases en la universidad, pero no me quejaba porque el camino a pie era agradable por el color verde de los alrededores. Me gustaba mucho ese parque y a veces pasaba mis tardes ahí leyendo o escribiendo algún capítulo de mi libro.

—Hoy tendremos carne fresca —dijo Ben con emoción apenas me vio entrar. Tenía sus codos sobre la barra de pedidos y una enorme sonrisa.

Benjamín era un joven carismático que mamá había contratado hace tiempo. Me había caído bien al instante y eso era algo inusual cuando conocía a gente nueva. Nos hicimos amigos luego de que causó un desastre en su primer día y lo ayudé a limpiar mientras trataba de no reírme. Era genial tener a alguien de mi edad con quien trabajar y chismosear al mismo tiempo, aunque a veces recibíamos regaños de parte de mi madre.

—¿Carne fresca? —Elevé una ceja mientras me ponía el delantal.

—Se refiere al muchacho que contraté hace dos semanas —informó mamá, anotando cosas en una libreta.

—Tendremos a una nueva víctima. —Choqué los puños con Ben.

—Por lo que más quieran, no lo molesten y tampoco hagan bromas en el trabajo. Miren que se los estoy diciendo, así que cuidadito —advirtió y los dos sonreímos—. Heather, te encargarás de enseñarle cómo trabajamos aquí.

—¿Por qué siempre me tocan los nuevos? —Hice una mueca mientras preparaba café.

—Es tu responsabilidad como gerente, así que no hagas esa cara. —Me dio un golpecito en el brazo con el lapicero. La campanilla de la puerta sonó—. Mira, ahí está el nuevo, ¿verdad que es lindo?

Me dio un codazo en la cintura para que volteara a verlo. Mis ojos se abrieron por el asombro cuando nuestras miradas se conectaron y, sin darme cuenta, rompí la bolsa de café molido que tenía en las manos. Cayó todo al suelo, pero eso no me importó en ese momento, ya que mi atención estaba puesta en ese par de ojos celestes que me miraban con curiosidad.

—Kalem.

—Heather. —Por la expresión de su rostro, seguro que tampoco esperaba encontrarme aquí, aunque luego me dio una de sus sonrisas—. ¿Trabajas aquí? Vaya, ¿quién lo diría? Ahora seremos compañeros de trabajo, este día ha empezado genial.

Hablaba mucho, lo había notado en estos días. Eso no me molestaba, para nada. Yo no era de hablar mucho, pues prefería escuchar a las personas. Que él fuera conversador me hacía sentir cómoda porque a su lado no había silencios incómodos.

—¿Se conocen? —preguntó mi mamá, moviendo su cabeza para verlo a él y luego a mí.

—¿Lo conoces? —habló Ben con una mezcla de interés y diversión.

Ben vivía del chisme. Estaba segura de que se sabía la vida de la mayoría de los clientes frecuentes de la cafetería.

—No —dije sin quitarle la mirada. No había ninguna sonrisa en mi rostro al decirlo, y eso hizo que Kalem elevara una ceja.

—Sí. —Sonrió. Era una de esas sonrisas que irradiaba confianza—. Claro que nos conocemos.

—Hija, ¿por qué lo niegas? No tienes por qué mentirme, él sí está lindo, no como el otro. —Mamá puso su mano en mi brazo—. Tengo que decir que vas mejorando en gustos. Tráelo a casa algún día, prepararé galletas, ¿te gustan las galletas, muchacho? —Volteó a verlo y él asintió con la cabeza.

«A la casa ya ha ido, solo que tú no lo sabes, madre».

—Mamá, por favor —le susurré, abochornada. Sabía que las dos personas a nuestro lado podían escucharme—. No hay nada entre nosotros, no empieces a imaginarte una novela en la cabeza.

—¿Cómo las que lees? —susurró de vuelta—. Claro que puedo, hija.

Kalem estaba sonriendo por lo que había dicho mi madre.

—Me encantaría, señora Scott —dijo con esa voz atrayente. Las comisuras de mamá se extendieron, estaba cautivada.

—Bien, muchacho. Mi Heather te explicará cómo funciona todo. —Le sonrió y él asintió, luego me miró y su rostro cambió a uno serio—. Y tú, hija, limpia el desastre que hiciste. Mira esto. —Aplaudió—. A trabajar, jóvenes.

Mamá se marchó, pero yo permanecía inmóvil, fija en el mismo sitio, sin apartar la mirada de él, quien no cesaba de sonreír; hasta parecía emocionado con la idea de trabajar juntos. Entrecerré los ojos en su dirección, analizándolo.

—¿Estás acosándome? —Crucé los brazos con el rostro serio.

—¿Por qué dices eso? Claro que no. —Se defendió con una actitud relajada—. Yo no hago esas cosas.

Noté de reojo como Ben apoyó los codos en la encimera de la barra y comió algo de un pequeño tazón mientras nos miraba, como si estuviera absorto en una telenovela que se desenvolvía justo frente a él.

—¿Cómo que no? Si me has estado siguiendo en la universidad estos días, y ahora en la cafetería de mi mamá —dije sin querer sonar tosca.

Ben hacía ruido al masticar, así que volteamos a verlo al mismo tiempo.

—¿Qué? Sigán, sigán. Olvídense de mí. Esto está como la serie de las ocho, pero con más drama. Me gusta —susurró, llevándose otro puño de comida a la boca.

Rodeé mis ojos y volví a enfocarme en Kalem.

—No te he estado siguiendo, pero sí te busco porque quiero verte. Y solo lo he hecho en ocasiones para no abrumarte, pero admito que quisiera hacerlo más seguido —explicó, encogiéndose de hombros—. No sabía que trabajabas aquí, obtuve el empleo antes de conocerte. Lo juro. —Llevó su mano al pecho.

—No sé, sigo teniendo mis sospechas —admití con los ojos entrecerrados.

—Podemos comprobarlo con estos papeles de aquí —intervino Ben, pasando unas hojas que estaban dentro de una carpeta sobre la barra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Son los papeles que la jefa llenó del nuevo, y aquí aparece la fecha en la que lo contrató. Interesante.

—A ver, déjame ver eso. —Me acerqué rápido para ver las hojas. Él decía la verdad, la fecha era de mucho antes de la fiesta en la que nos conocimos—. Entonces, no estás mintiendo. —Lo miré.

—Te lo dije. —Sonrió, encogiendo sus hombros.

—Espera, ¿y tú cómo tienes estos papeles, Benjamín? —Tomé la carpeta y la cerré para que no siguiera leyendo la información personal de Kalem.

—Tu mamá la dejó aquí. Yo la abrí por accidente y la leí.

—Ajá, por accidente dices.

—Soy inocente.

—Dile eso a la jefa. —Solté una risa, luego mi mirada se dirigió al castaño y me puse seria al instante.

—¿Estás de mal humor? ¿O es porque tienes hambre? —habló con su mano dentro de uno de los bolsillos de sus *jeans*—. Tengo una bolsa de esas golosinas que te gustan en mi mochila por si acaso me cruzo contigo, ¿quieres?

¿Estaba tratando de ganarme con gomas de oso? Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro.

—¿Son novios? —La voz de Ben me hizo girar. Nos estaba apuntando con su dedo a los dos y se mostraba curioso, como siempre.

—Ya quisiera —dijo Kalem.

—No, yo dejé de tener novios.

—¿Entonces tienes ligues casuales? —Ben se llevó otro puñado de comida. Kalem me miró como si quisiera saber la respuesta también, e incluso había dejado de sonreír.

—Benjamín. —Le di un golpecito en el brazo y se quejó.

—Esto es maltrato laboral —dijo, haciéndose el adolorido—. Entonces, ¿qué son? ¿Amigos?

—Estamos en eso —respondió el castaño, mirándome.

—De acuerdo, mucha plática. Mamá vendrá a regañarnos si no nos movemos. —Señalé a Ben—. Tú limpia esto.

—¿Qué? ¿Por qué yo? Si tú y tus manos de gelatina fueron quienes lo hicieron.

—Porque tengo que entrenar al novato y también porque sé que me quieres. —Le palmeé el hombro mientras sonreía.

—Te aprovechas de mi amabilidad. —Entrecerró los ojos. Luego se fue a buscar la escoba.

—Bien. Vamos a entrenarte. —Tomé a Kalem de la muñeca—. Primero iremos a la oficina a buscarte un delantal.

—Comienza a gustarme mi trabajo. —Me giré para mirarlo. Encontré su adorable sonrisa y noté que su atención estaba en mi mano, donde nuestras pieles se tocaban. Al notarlo, me solté de inmediato.

—Dices eso porque es tu primer día. —Di pequeñas palmadas a su brazo al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Pobre alma inocente.

Después de un buen rato enseñándole las cosas a Kalem, mamá tuvo que irse y me dejó a cargo de la tienda. Y como jefa responsable estaba sentada en una de las sillas con una pierna encima de la otra mientras comía plácidamente las gomas de oso que él me había regalado.

Le había asignado la tarea de limpiar las mesas vacías a mi alrededor con un trapo. Mientras llevaba una gomita verde a mi boca, mi atención se deleitaba con su presencia. Sin poder evitarlo, mi mirada bajó a su trasero. Tremendos genes. También aprecié su cuerpo atlético,

resultado de su dedicación al ejercicio y su participación en el equipo de *lacrosse*.

Él limpiaba y sus brazos se flexionaban resaltando más los músculos de esa zona. Comí otra gomita con una sonrisa de lado.

—¡Límpiate la baba, hasta aquí se puede ver! —me gritó Ben desde la distancia.

—¿Olvidas a quién dejaron a cargo? Así que cállate, Benjamín. —Le lancé una mirada de advertencia. Rio y siguió con su trabajo.

Me giré otra vez hacia Kalem.

—Sé que me estabas viendo —dijo sonriendo mientras limpiaba una mesa que estaba más cerca de mí—. Y no precisamente a los ojos.

—No sé de qué me hablas. —Me hice la distraída—. Soy inocente hasta que se pruebe lo contrario.

Negó con su cabeza, parecía divertido.

—¿Por qué no vienes a ayudarme? —Señaló el trapo.

—Eso implicaría tener que levantarme de mi cómoda silla. Déjame pensarlo hasta que me acabe esta bolsa de dulces. —Elevé las gomas.

—Dile eso a tu mamá. —Hizo un movimiento con su cabeza apuntando a algo detrás de mí. Mis ojos se abrieron de inmediato y al tratar de levantarme con rapidez, me enredé con mis piernas, que estaban cruzadas, llevando mi trasero al suelo.

Giré la cabeza buscándola, pero no había rastro de ella.

—¡Con eso no se juega! —Volteé a verlo enojada. Se había acercado a mí y se puso de cuclillas para revisar si estaba bien.

Tenía su rostro cerca y podía ver el brillo travieso en sus ojos.

—¿Te parece divertido? Me dolió. —Hice una mueca de dolor.

—Lo siento. —Sonrió—. Déjame ayudarte. —Me tomó de los brazos para que me pusiera de pie—. ¿Sabes? Me estoy acostumbrando a verte en el suelo a causa de esas caídas tuyas.

—No te acostumbres y mejor atrápame para la próxima —bromeé, distraída mientras acomodaba mi delantal.

—Lo haré. Solo dime que quieres estar entre mis brazos. Puedo abrazarte cuando quieras. Solo tienes que pedirlo y lo haré.

—Una tentadora oferta que tendré que rechazar. —Le di una sonrisa de boca cerrada.

—Eso no me dijiste cuando me invitaste a tu casa la otra noche. —Soltó una risa.

—¡Shhh, habla más bajo! —Llevé mi mano a su boca para callarlo. Él sonreía inocente—. Ben puede oírte y a ese le encanta el chisme como pudiste notar. Estoy segura de que le irá a contar todo como loro a mi mamá, o podríamos decir, nueva jefa para ti. Y no queremos eso, ¿verdad?

Le pareció divertido no responderme y solo mirarme, así que moví con mis manos su cabeza en negación.

—No —dije con mis manos aún sobre su cabello y orejas. Sonreí—. Buen chico, Kalem.

No dejaba de verme, estábamos muy cerca. Nuestros cuerpos podían sentir el calor que irradiábamos mutuamente. Aún seguía tocándolo sin alejarme, así que le pareció justo colocar sus manos a cada lado de mi cintura y sonrió.

—Ten una cita conmigo, Heather.

—¿Qué?

Capítulo 4

Al día siguiente, había terminado un trabajo en grupo de la universidad y había venido directo hacia la cafetería. Estaba detrás de la barra preparando café al lado de Ben mientras los dos le echábamos unas cuantas miradas indiscretas a Kalem. Al parecer, se daba cuenta de que alguien lo observaba, ya que de vez en cuando se giraba en nuestra dirección. Ben y yo nos volteábamos y hacíamos como que no hablábamos de él, cuando era todo lo contrario.

—Los vi muy acaramelados ayer —comentó el pelinegro, esperando a que le soltara el chisme—. ¿No me dirás nada? ¿Nada de nada? Bueno, ni quería.

—No le digas a mamá —pedí con una actitud relajada mientras limpiaba la barra con un trapo—. Nada de lo que viste ayer.

—¿Por qué no?

—Porque la conoces tan bien como yo. Se pondrá a shippearnos, después le contará todo a papá, y estoy segura de que él empezará a aparecer más seguido por la cafetería con alguna excusa solo para vigilar a Kalem. —Con una sonrisa, negué con la cabeza al solo imaginarlo. El hombre era sobreprotector conmigo en lo que respecta a los chicos, pero no cuando se trataba de dejarme ir a fiestas.

—Tienes razón. —Asintió—. Luego me sentará en la mesa, me interrogará y querrá que le diga todo sobre él.

—Hablas como si ya lo hubiera hecho. —Entrecerré mis ojos en su dirección con sospecha. Sonrió nervioso.

—¿Qué? Los dos sabemos cómo es tu padre de intenso cuando quiere. Por supuesto que ha pasado antes con los pretendientes que andaban detrás de ti. —Se rio sin gracia como si estuviera recordando—. Pobre de mí.

—Te compadezco, amigo. —Puse una mano sobre su hombro.

—Sigamos con el tema del chico azúcar. —Sonrió con picardía. Negué con la cabeza al escuchar el apodo que le había puesto a Kalem que atendía unas mesas a lo lejos—. ¿Ya llegaste a tercera base con él?

—Dos veces, y estoy dispuesta a una tercera por lo bien que lo hace —hablé sin vergüenza preparando unas bebidas mientras giraba la cabeza para comprobar que mamá no estuviera cerca. Los ojos de Ben se abrieron.

—Y yo creyendo que eras un ángel, con razón no despegas tus ojos de ti. —Llevó su mano al pecho, actuando sorprendido—. Incluso llegué a pensar que encontrarle doble sentido a esos títulos de los libros que te veía leyendo era solo producto de mi imaginación. Parecías ser una buena influencia, Heather, pero ahora veo que estaba equivocado. —Negó con la cabeza mientras sonreía.

—Si quieres te los presto, son muy buenos y explícitos —mencioné con tono pícaro para molestarlo.

—¿Qué tan explícitos? —murmuró, interesado mientras se acercaba.

Me eché a reír y lo aparté con un empujón. No sabía qué me causaba más gracia: si su reacción a mis palabras o la idea de que realmente creía que podría llegar a prestarle mis libros. Qué gracioso. Yo no dejaba a mis hijos al cuidado de cualquier persona. Eran valiosos.

—Siguiendo con el chisme, ayer me pidió una cita.

—No necesito preguntar cuál fue tu respuesta porque ya lo veo venir. —Se recostó en la barra.

—Fue un sí.

—¿De verdad? —Sonó realmente sorprendido y emocionado.

—No. —Reí y su sonrisa se borró.

—Te encanta jugar con mis sentimientos —dijo cabizbajo—. Pero no lo entiendo. Aunque no quiera admitirlo me da buena espina, y no creo que tenga malas intenciones.

—Y está lindo, mira ese cuerpo de atleta. Él sí que se ejercita, deberías de pedirle la rutina. —Le eché un vistazo rápido y Ben soltó una carcajada.

La campanilla de la entrada sonó y una chica, que parecía de mi edad, entró. Sostenía la mano de un niño que se miraba inquieto y deseoso por soltarse para correr por el lugar. Ella se acercó a la barra de pedidos donde estábamos Ben y yo.

—Hola, aquí trabaja Kalem, ¿cierto? —preguntó de manera amable. Era bonita y parecía simpática.

—Sí, está por allá. —Lo señalé con mi mano un poco confundida. Volteó hacia esa dirección, me dio las gracias y camino hacia él con el niño.

No pude pasar por alto el brillo que apareció en sus ojos cuando lo vio. Otra víctima de los encantos de Kalem.

—Este chisme se ve buenísimo —dijo Ben, interesado en lo que acababa de pasar.

—Realmente bueno —afirmé—. Hay dos opciones: puede que sea su hermano o... que sea su hijo. ¿Será que es su hijo? Ojalá que no porque me da algo en este momento. —Llevé mi mano al pecho—. ¿Y si tenía pareja y no me lo dijo?

—Tranquila, no te alteres y formes escenarios en tu cabeza. Me voy por la opción de que es su hermano menor, ¿y quién sabe? Ella podría ser su hermana también. —Ben tomó una pajilla y con ella me dio un golpecito en el brazo.

—Ella no parece ser su hermana, estoy muy segura de eso —comenté, viendo como la chica le daba un abrazo despidiéndose de él. Esa sonrisa en su rostro delataba sus sentimientos. Luego, ella salió por la puerta.

—Ahí viene —susurró Ben, refiriéndose al castaño y buscó una cosa que hacer apurado. Así que yo también tomé un trapo y comencé a limpiar la encimera de la barra que ya estaba brillando de limpia.

—Heather. —Me llamó, y volteeé a verlo. Estaba de pie frente a mí al otro lado de la barra, sosteniendo la mano del niño que jalaba de su pantalón para molestarlo. Me hizo una seña con su cabeza para que habláramos.

—Ya regreso, Ben, no quiero volver y encontrar que derramaste un café en el suelo. —Le palmeé la espalda cuando pasé por su lado.

—Yo no tengo manos de jabón como cierta persona. —Tosió falsamente, mirándome de reojo. Abrí mi boca, haciéndome la ofendida.

—Cuida tus palabras, Benjamín. —Lo señalé con mi mano mientras me alejaba y sonrió de manera inocente.

Me acerqué a Kalem, quien había puesto al niño enfrente de él. Con una mano, sostenía el hombro del pequeño para que no huyera, ya que parecía tener mucha energía, y con la otra le sacudía el cabello.

Miré al pequeño individuo y observé su parecido con Kalem. Cabello castaño casi rubio, mejillas sonrojadas que le daban ese aspecto adorable, esos increíbles ojos celestes, piel pálida como las hojas de papel de mis libros. Estaba segura de que así se miraba él cuando era niño. La única diferencia era que el pequeño no me daba esa vibra de chico bueno como la de Taylor, sino todo lo contrario.

«No lo digas. No lo digas».

—¿Es tu hermano o... tu hijo? —solté, arrepintiéndome al instante.

Al escucharme se echó a reír, y mi frente se arrugó.

—Es mi hermano —aclaró con una sonrisa divertida en su rostro y se pasó una mano por las hebras de su cabello con la intención de peinarlo, pero solo lo desordenó más.

—Ah. —Fue lo único que dije, y miré hacia otra parte tratando de que se me pasara la vergüenza.

—¿Qué estabas imaginando? —Sonrió de lado.

—¿Yo? Nada —respondí, tocando mi delantal para no mirarlo. Escuché otra risa de su parte.

—Sofía, la chica con pecas que viste hace un rato es la niñera, vino a dejarlo aquí porque mis padres no estaban en casa —explicó, consiguiendo que elevara la mirada al escucharlo—. Puede quedarse, ¿cierto?

—Claro que sí.

Me regaló una sonrisa. Mi atención se desvió al niño que se movía inquieto en su lugar, mientras Kalem sostenía sus hombros con las manos.

—Heather, él es Khaled.

—¿Khaled? ¿Kalem y Khaled? —Elevé una ceja. Me pareció curioso y divertido a la vez—. ¿Tus padres tienen un gusto especial por la letra K?

—Algo así. —Se encogió de hombros. Me dio la sospecha de que no quería hablar de ellos.

—Khaled ella es Heather. —Esbocé una sonrisa y moví mi mano para saludarlo. Parecía tener como unos cinco años, no estaba muy segura.

Comenzó a gruñirme y eso me desconcertó. Quise dar unos pasos atrás, pero no me moví. Tuve la sensación de que el propósito del pequeño era que me alejara.

—No tiene rabia, ¿verdad? —pregunté con desconfianza.

—No, tranquila. Lo acabamos de vacunar —respondió con humor en tanto desordenaba el cabello de su hermano, quien seguía gruñéndome—. Quieto.

Contuve una sonrisa porque me parecía gracioso que lo tratara como a un cachorro.

—¿Quieres escuchar un chiste? —pregunté poniendo las manos sobre mis rodillas e inclinándome un poco para estar a su altura, estaba tratando de ser agradable. La verdad no me llevaba muy bien con los niños.

Él negó con su cabeza, su rostro estaba serio.

—¿No? —Hice una mueca sin poder evitarlo.

—Khaled —dijo su hermano.

—Bien. —El menor se cruzó de brazos, disgustado—. No quiero escucharlo, pero dilo.

Kalem me sonrió, animándome a hablar.

—¿Sí? Déjame pensar en uno. —Miré hacia otro lado y luego mi rostro se iluminó al dar con uno bueno—. ¿Cuál es la fruta más divertida? Sin duda, la naranjajaja. —Empecé a reírme mientras me golpeaba la pierna con la mano.

Noté como Kalem negaba con la cabeza y tenía una sonrisa en el rostro.

Me giré a ver al menor y comencé a preocuparme cuando lentamente pasaba de una mueca de fastidio a una de querer llorar. Mis ojos se abrieron asustados cuando empezó a llorar con fuerza. Me incorporé rápido, sintiendo que había hecho algo malo.

—¿Qué? No, no llores. Era para que te rieras, nunca nadie se había puesto a llorar con mis chistes, no sé qué hacer —dije, angustiada y volteé a ver a su hermano en busca de ayuda.

—Tranquila, no le agradan mucho las personas nuevas —habló calmado. Khaled se giró para abrazar y refugiarse en una de las piernas de su hermano, sin dirigirme la mirada, y Kalem le dio suaves palmadas en la espalda.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer? —le pregunté en un intento de detener su llanto—. Acá tenemos mucha comida, yo no sé cocinar muy bien, pero mi esclav...; es decir, mi compañero es bueno en esas cosas.

—No —respondió a la defensiva, sin verme. Luego, elevó su cabeza hacia arriba tirando de la mano de su hermano—. Kalem tengo hambre.

Mi boca se abrió sin poder creerlo. Los niños no eran fáciles, estaba agradecida de haber sido hija única porque no sabría cómo lidiar con ellos.

—Vamos a sentarte —le dijo, tomando su pequeña mano y caminando hacia una de las mesas con grandes ventanas que tenían una hermosa vista al parque. Era mi mesa favorita del lugar solo por esa razón.

Le llevamos comida a Khaled, la cual devoró con gusto ensuciándose todo. Lo dejamos sentado en la mesa mientras nosotros fuimos a atender a los clientes, aunque le echamos varias miradas para comprobar que estuviera bien y que no se hubiera movido de su asiento. Kalem lo había puesto a hacer su tarea, pero el niño decidió que era más entretenido dejarla de lado y ponerse a jugar con los carritos de juguete que cargaba en la mochila.

La hora de cerrar la cafetería se acercaba, así que Kalem aprovechó para acercarse al pequeño y sentarse a su lado. Me acerqué y observé con una sonrisa cómo tomaba uno de los carritos y jugaba con él. El niño le dio un golpe en la mano para que no tomara sus cosas sin permiso.

—¿Y este pequeño? —La voz de mi mamá me hizo dar un respingo—. Mira esas mejillas, ¿cómo puede ser tan lindo?

Se iba a acercar a apretar sus mejillas las cuales tenían crema batida alrededor, pero le empezó a gruñir como lo hizo conmigo antes.

—No muerde, ¿verdad? —preguntó mamá, alejándose un poco.

—No estoy seguro —respondió Kalem, limpiando con una servilleta el rostro de su hermano. Luego volteó a ver a mi madre—, pero es mejor no averiguarlo.

Después limpiamos y ordenamos todo para cerrar el local. A Kalem y a mí nos asignaron la tarea de organizar las mesas. Mientras estábamos en eso, él me pidió que le contara chistes para hacer más ameno el tiempo. Así que ahí me encontraba, riéndome a carcajadas, incapaz de contener la risa, y él sonreía ante mi entusiasmo. En ese momento, noté que mi mamá pasaba por el lugar, aparentando que estaba examinando algo interesante en uno de los estantes como pretexto para observarnos. Cuando ella se alejaba, nos divertíamos lanzándonos pequeños trapos en una especie de juego.

Al terminar, nos quitamos los delantales y los dejamos en la oficina. Al volver al salón fuimos

en busca de su hermano, pero su asiento estaba vacío. Había desaparecido. Noté como el color desaparecía del rostro de Kalem.

—Ben. —Me giré rápido, llamándolo.

—¿Sí? —respondió desde la barra de pedidos.

—¿Has visto al pequeño individuo que dejamos aquí? —Señalé el lugar con mi mano. Kalem había ido a buscarlo a los baños, pero regresó con las manos vacías y preocupado.

—Khaled, ¿dónde estás? —lo llamó, chasqueando sus dedos como si se tratara de un cachorro—. Mira, estoy tocando tus juguetes sin tu permiso.

Nada. El niño no estaba cerca.

—No —habló Ben.

La preocupación latía en mi pecho como un tambor insistente, así que decidí proponerles la idea de revisar las grabaciones de las cámaras. Con gestos de asentimiento, nos dirigimos hacia el lugar, moviéndonos en un silencio lleno de interrogantes. En la pantalla, observamos cómo Khaled abandonaba la cafetería por la puerta principal. Mientras tanto, Ben se hallaba en el mostrador, aparentemente absorto en la tarea de organizar cosas con premura.

—¿Por qué no lo detuviste? —Volteé a ver Ben. Kalem no perdió el tiempo y salió corriendo a buscarlo.

—Ni siquiera me di cuenta cuando pasó frente a mí. —Fue la respuesta que me dio.

—Benjamín —dije antes de salir a toda prisa por la puerta.

Capítulo 5

Gracias a Dios Khaled no se había alejado mucho. Lo habíamos encontrado afuera sentado sobre sus talones observando con interés a una hormiga en el suelo. No sabía qué me daba más ternura, eso o que su hermano mayor al verlo lo tomó en sus brazos, y lo alzó para abrazarlo de manera protectora.

Tremendo susto habíamos pasado.

—Te he dicho que no te alejes de mí, no me asustes de esta manera —le dijo, pasando la mano sobre el cabello del pequeño, quién se mostraba impaciente por bajarse y seguir mirando la hormiga.

—Vamos al parque —pidió, tirando del cuello de su camiseta—. ¿Sí o no?

—Iremos, pero primero vamos a buscar tus cosas. —Lo bajó y tomó su mano. Sonreí al verlos.

Volvimos adentro, Kalem fue a buscar la mochila de su hermano mientras que yo fui deprisa a avisarle a mamá que habíamos terminado con nuestro trabajo e iría a acompañarlos al parque. No pasé de largo la mirada que me dio, estaba segura de que por su cabeza ya estaban formándose escenarios en los cuales nos incluía a Kalem y a mí juntos, así como nombres que podría darnos como pareja.

Esta señora y su afán por emparejar a su hija con alguien. Aun así, se le quería.

—¡No me dejen! —Cerré la puerta detrás de mí, ellos iban más adelante. Corrí para alcanzarlos llegando agitada a su lado—. Debo volver a hacer ejercicio más seguido. —Llevé mi mano al pecho.

El niño me miró con sus ojos entrecerrados como si no le agradara tenerme cerca; en cambio Kalem me estaba dando una de sus dulces sonrisas y por la leve expresión de sorpresa en sus ojos podía decir que no esperaba que los acompañara.

—Al final decidiste tener una cita conmigo.

—Ya quisieras. —Di unas suaves palmadas a su hombro, y caminé a su lado—. Solo vine porque me encanta este lugar, no hay que hacerse ilusiones.

—¿Quieres tomar mi mano? —dijo elevándola con una mirada tranquila. No me dio tiempo para responder porque Khaled se puso en medio de nosotros y tomó la mano de su hermano en mi lugar.

—No. Estás muy joven para novias, Kalem. Sigue jugando a los carritos conmigo —habló con una mirada reprobatoria, sus comisuras se elevaron al escucharlo.

—Protector. —Sonreí—. Me recuerda a mí cuando se trata de libros.

—¿Y cuándo se trata de novios? —preguntó, interesado.

El pequeño individuo movía su cabeza de un lado a otro cada vez que los dos decíamos algo.

—También lo soy, no lo voy a negar. —Me encogí de hombros.

—Quisiera ver eso —murmuró solo para mí cuando su hermano se distrajo, y percibí el brillo en sus ojos.

Luego de un rato de caminar nos detuvimos para sentarnos en una de las bancas. Como era de esperarse, empezó a hablar de un tema al azar, yo lo escuchaba y al mismo tiempo los dos disfrutábamos del ambiente tranquilo, pero sin perder de vista a Khaled que estaba corriendo alrededor de la fuente de agua para espantar a las palomas.

Subí mis pies sobre la banca de madera, me senté de lado para observar mejor a Kalem y abracé mis piernas. Colocó uno de sus brazos encima del respaldo de la banca, en esa postura relajada y despreocupada de la vida lograba verse atractivo.

—Háblame —pidió—. Me gusta escucharte.

—Se supone que el hablador de esta relación eres tú —respondí, distraída. Estaba haciéndole una trencita a un mechón de mi cabello, pero podía sentir su mirada sobre mí.

—¿Dijiste relación, Heather Scott? ¿Tenemos una? Dilo ahora para actualizar mi estatus en mis redes sociales —habló, así que elevé la mirada para encontrarlo sonriendo de manera encantadora.

—Es una forma de decir, no me presiones —contesté, mirando sus ojos.

Tomó una flor rosada que se había caído de un gran árbol, cuyas ramas estaban encima de nosotros.

—Yo no quiero presionarte, pero tampoco alejarme. —Decidió que era buena idea ponérmela en mi cabello, encima de mi oreja.

—¿Por qué siempre dices buenas líneas para mis novelas? —Solté un bufido.

—No lo sé, es un don. —Se encogió de hombros.

Eché un vistazo a su hermano, quien tenía su mano dentro del agua de la fuente, después sacó su celular, tecléo algunas cosas y de repente escuché el sonido de la cámara que me hizo reaccionar.

—¿Me tomaste una foto? ¿Sin mi permiso? ¿Cómo te atreves? —Llevé una mano a mi pecho —. Bórrala.

—Es para guardar este momento y verla después —dijo con su vista en el celular.

—Bórrala.

—Pero si sales hermosa. ¿Cómo podría borrarla? —Sonrió a la pantalla.

—Déjame ver —pedí, interesada. Extendió su celular, lo tomé y pude comprobar que decía la verdad. Salía genial—. Pásamela, yo también quiero tenerla.

—Solo si me dejas ponerla de fondo de pantalla.

—¿Estás chantajeándome? —Me hice la ofendida, y asintió—. Es una foto mía, tengo derecho a tenerla.

—Y yo la tomé, así que dame algunos créditos. —Llevó su mano a mi cabello para desordenarlo.

Iba a quejarme por despeinarme cuando una llamada apareció en la pantalla de su celular que seguía en mis manos, bajé la vista por inercia y logré ver el nombre.

Mamá.

—¿Quién es? —preguntó, tratando de ordenar el desastre que hizo en mi cabello mientras sonreía.

—Es tu madre, Kalem. —Le extendí el celular y no pude evitar ver como su sonrisa se borraba. Tomó la llamada girándose hacia al frente y puso sus codos sobre sus rodillas, inclinándose un poco.

—Aló. Sí. Hace rato. ¿No preguntarás si está bien? —Escuché como soltó un suspiro, cansado—. Llegamos en un rato.

Guardó el celular en su bolsillo, se giró para verme y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Hora de irse? —pregunté.

—Sí, aunque no quería que nuestra cita acabara tan pronto. —Hizo una mueca triste.

—No es una cita.

—Para mí sí lo es. —Y ahí estaba otra vez ese brillo en su mirada. Rodé los ojos divertida.

—Dame más gomas de oso de colores y lo pensaré. —Extendí mi mano.

—Trato. —Rio y apretó suavemente mi mano, tomándose su tiempo. Parecía que quería disfrutar del contacto con mi piel. Se levantó de la banca y se giró a verme—. Cuéntame otro chiste malo.

—¿Cómo que malos? Sí son buenísimos, más respeto, por favor. —Lo señalé con mi dedo índice mientras entrecerraba los ojos.

—Quiero escucharlo. Dime uno.

Aclaré mi garganta para prepararme.

—Tienes suerte de que me encante buscar estas cosas, de lo contrario, ya me habría quedado sin ninguno debido a la cantidad de veces que me los pides. —Solté un bufido—. Bien, aquí va. ¿Qué son cincuenta químicos y cincuenta físicos? —Sonreí. Se encogió de hombros de manera adorable—. Científicos. —Me eché a reír mientras golpeaba mi pierna con la mano.

Volteé a verlo y solo negaba con la cabeza con una expresión de diversión en el rostro.

—Ríete. Si estaba bueno.

—Disfruto viéndote reír a causa de ellos. —Acarició mi cabello—. Nos vemos mañana, Heather.

(...)

Al día siguiente el sol brillaba y las cosas parecían ir de maravilla para mí, pero no para Khaled. Su niñera, Sofía, lo había ido a dejar otra vez a la cafetería y desde que cruzó la puerta tenía la mirada triste, los ojos llorosos y sin la energía para correr por el lugar.

Mi frente se arrugó. Algo andaba mal.

Al parecer su hermano ya conocía el porqué de su comportamiento ya que no preguntó nada solo lo sentó en una de las mesas y trató de animarlo, pero él tenía la mirada hacia abajo. Silenciosa, me acerqué a su mesa y me puse al lado de Kalem.

—¿Qué le ocurre al pequeño individuo? —murmuré, pinchando su trabajado brazo con mi dedo.

Pasó su brazo alrededor de mis hombros y me volteó para darle la espalda a Khaled. Pude sentir su perfume, olía muy bien.

—Se peleó con un niño de la escuela, y parece que no está de ánimo para jugar conmigo. Incluso rechazó la gelatina que le regalé —murmuré, acercando su rostro al mío. Hice el esfuerzo de no bajar la vista a sus labios.

—Pero ¿por qué?

—No quiso decirme.

Mientras él atendía a unos clientes yo me quedé con su hermano. Con mucha lentitud y sin quitarle la mirada, me senté en la silla de enfrente. Aún tenía la cabeza hacia abajo, solté un suspiro porque no decía nada.

—Te estoy mirando —susurró con voz de película de miedo.

—Vengo en paz. —Elevé mis manos, bromeando, pero lo decía de verdad.

—¿Qué quieres saber? —Levantó su cabeza y cruzó los brazos, poniéndose a la defensiva.

—¿Yo? Nada, ¿por qué? —Me hice la tonta, aunque eso no funcionaba con él. Se veía

peligroso en esa aura silenciosa que tenía.

—Puede que mis oídos sean pequeños —los señaló con sus dedos índices—, Pero pude escuchar que mi hermano te soltó la sopa, así que haz tus preguntas ahora. No sé si querré hacerlo después porque tengo que colorear mis dibujos.

—De acuerdo. Al punto, lo entiendo. —Asentí—. ¿Por qué te peleaste con otro niño? ¿Fue porque tomó uno de tus carritos sin tu permiso? ¿O por qué le gruñiste como lo hiciste conmigo?

—No, yo cuido bien mis juguetes. Él me dijo que mi mamá no me quería y le pegué por mentiroso. Mi mami si me quiere —contó a la defensiva sin mirarme. Tomó su mochila y comenzó a sacar sus colores junto con un cuaderno.

No pude evitar elevar mis cejas por el asombro. ¿Y si era verdad? ¿o el niño lo había dicho solo para molestarlo? Kalem no parecía tener una buena relación con sus padres y ver cómo su actitud cambiaba drásticamente al responder la llamada de su madre en el parque me dejaba muchas dudas.

—¡Heather Lorena, ponte a trabajar! —El grito de mi madre me hizo dar un pequeño brinco en el asiento. Me levanté de inmediato.

—Te hace mal juntarte mucho con papá. Además, ¿qué es ese nombre? —Arrugué la frente al mismo tiempo que arreglaba mi delantal.

Después de una jornada de trabajo, terminamos de ordenar y limpiar todo. Mamá notó la ausencia de energía de Khaled y no pudo evitar preguntar qué pasaba. El pequeño no quiso decirle, estaba entretenido con sus carros para no tener que hablar con nadie. Así que Kalem le explicó brevemente.

—Hoy haré galletas y Heather me ayudará a preparar la cena, ¿quieren acompañarnos? —Mamá sonrió de forma dulce, mirando a los hermanos Taylor.

—¡Yo sí quiero! —dijo el niño—. Solo las galletas, la comida de ella no. —Me señaló, así que llevé mi mano al pecho sintiéndome ofendida.

—Khaled. —Su hermano lo miró mal y revolvió su cabello—. Estoy seguro de que Heather cocina de maravilla.

—Ajá, digamos que sí. —Reí—. Pero gracias por el voto de confianza.

—Yo quiero probar comida hecha por ti. —Sonrió.

Vi cómo mi madre me dio un codazo en el brazo tratando de disimular una sonrisa.

—Si quieres ir al hospital por intoxicación no puedo detenerte, ¿verdad? —Encogí los hombros.

—No me quejaría si fueras tú la que me llevara —comentó con esa voz grave que tentaría a cualquiera a tener pensamientos para nada sanos.

Pensamientos que yo tenía a causa de él.

¿Acaso estaba coqueteando conmigo en frente de mi madre? Estaba segura de eso debido a esa mirada que me estaba dando y ese brillo coqueto en sus ojos.

—¿Siempre tienes respuestas así? —Me crucé de brazos.

—También tengo preguntas —soltó y ahí estaba su mirada pícara en el rostro inocente que tenía—. Demasiadas.

—Me iré adelantando, jóvenes. Ustedes sigan en su burbuja —intervino mi madre, tomando la mano de Khaled y caminando hacia la salida. Aunque no perdió la oportunidad y nos dio unas cuantas miraditas.

—Qué mal que me gusten los silencios —respondí.

Dio un paso al frente y bajó peligrosamente su rostro al mío, dándome una buena vista de sus ojos, los cuales eran hipnotizantes y me hacían no querer dejar de verlos.

—Puedo adaptarme a ellos —susurró—. Estoy dispuesto a hacerlo.

No pude evitar recordar cómo se sentían sus labios sobre los míos al mirar lo suaves y rosados que eran. Este cuerpo traicionero quería caer de nuevo, él me hacía querer caer. Notó donde se encontraba mi mirada y estaba segura de que podía darse una idea de mis pensamientos por la sonrisa que se deslizó por su rostro.

Acercó sus labios a propósito y los rozó con los míos con lentitud. Provocándome, tentándome. Sabía muy bien lo que hacía, y no iba a mentir y decir que no me gustaba que se acercara de esa manera, porque lo disfrutaba y mucho.

—Ten otra cita conmigo.

—¿Si te digo que no, aun así, me besarías? —susurré distraída. No podía concentrarme por lo cerca que estaba.

—Dejaré que tú me beses. —Movié sus labios, rozó mi mejilla hasta llegar a mi oreja y susurró con esa voz que lograba darme escalofríos—: En nuestra próxima cita.

Sin previo aviso, se alejó, dejándome desconcertada y anhelando su cercanía, deseando sentir sus labios junto a los míos. Me obsequió esa sonrisa de chico bueno. Sin pronunciar otra palabra, se encaminó hacia la salida, y yo me quedé allí, con la frente fruncida por la frustración que experimentaba.

Capítulo 6

Habíamos llegado a mi casa. Kalem vino en su carro con su hermano menor, mientras yo llegué con mamá, quien no dejó de darme sonrisas en el trayecto. Agradecí que no me hiciera preguntas, ya que podía imaginar cuáles serían.

Khaled había salido corriendo cuando mamá le indicó donde estaba la cocina. Fui por dos vasos de agua y, al volver, me dirigí al sillón donde estaba Kalem. En un desafortunado giro de eventos, tropecé con mis propios pies, como si la alfombra conspirara en mi contra. Mis ojos se abrieron con horror cuando una cantidad considerable de agua acabó sobre él.

—¡Lo siento, déjame arreglarlo! —Dejé los vasos sobre la mesita y me apresuré a tomar unas servilletas de unos de los cajones de los muebles. Se puso de pie mientras sacudía su camiseta.

—No pasa nada, de verdad. —Parecía divertido en vez de enojado—. Sí querías que me bañara solo tenías que decírmelo.

Su respuesta me hizo sonreír. Comencé a secar su camiseta como pude con las servilletas y mis manos percibieron sus abdominales a través de la tela, distrayendo mi atención por completo.

—Puedes enseñarme de nuevo tu cuarto —opinó en un susurro, sin pena alguna.

—No tienes tanta suerte.

—No pienso lo mismo. —No dejó de verme a los ojos.

—Yo tengo muchas preguntas por ser un hombre curioso. —Mi padre apareció de la nada dándome un susto—. Pero en este momento me gustaría saber por qué mi hija tiene sus manos sobre el abdomen de este muchacho cuya identidad no conozco.

—Papá. No seas así. —Quitó mis manos rápido, sintiéndome abochornada.

—Kalem Taylor, señor. —dijo y extendió su mano con una sonrisa que derrochaba encanto. Mi papá arrugó la frente de la misma manera en la que yo lo hacía y estrechó su mano con desconfianza, apretando más de lo necesario.

—Necesito más que un nombre para comprender por qué estás en mi casa a estas horas —dijo con sus brazos cruzados y mirada intimidante.

Miré de reojo a Kalem y podía decir que no parecía intimidado para nada. De hecho, se encontraba calmado y entretenido debido a que la sonrisa de su rostro no se iba y eso a papá parecía molestarle.

—La señora Scott nos invitó a comer, dijo que su hija ayudaría con la cena y yo no podía perderme la oportunidad de probar algo hecho por Heather. —Negó y luego sonrió, mirándome.

—¿Nos? —Elevó una ceja.

Y como si lo hubieran invocado, Khaled llegó corriendo al salón, pero no llevaba las manos

vacías: tenía un avión de juguete en ellas. Oh, no. Era uno de los aviones que mi padre coleccionaba y amaba tanto, así como yo amaba a mis libros. ¿Cómo lo había conseguido? Sus ojos se abrieron asustados al ver al niño con uno de sus tesoros en las manos.

—¡Baja eso, pequeño huracán! —Corrió detrás de él, era más rápido y lo esquivaba mientras soltaba risitas—. ¿De dónde has salido? ¡Eso no es un juguete, no huyas de mí!

Kalem también corrió detrás de los dos, mientras yo estaba de pie en el salón riéndome. No veía esto todos los días, pero era divertido.

—¡No te rías, Heather Monserrat! —Me regañó mi padre. Tenía la costumbre de llamarme por mi segundo nombre o por un nombre diferente. La verdad era que yo no tenía segundo nombre, pero a él le divertía hacerlo—. Aún no me has dicho la relación que tienes con ese muchacho como para que tu madre lo haya invitado a sentarse en la mesa de mi casa —habló, agitado por seguir persiguiendo al niño.

—Corre más rápido que se te escapa, papá —dije mientras sacaba mi celular y comenzaba a grabarlos para reírme después.

Luego de un rato de lucha de los dos hombres detrás del pequeño huracán, como lo había apodado mi padre, decidí dejarlos solos en la sala y fui a preparar la cena con mamá. Cuando estuvo lista todos tomamos asiento en la mesa del comedor. Mi madre parecía encantada de tenerlos de invitados, en cambio mi padre tenía su mirada fija e intimidante sobre Kalem y su hermano menor, quienes estaban distraídos devorando su comida. El niño volteó a ver al castaño para sonreírle y mostrarle sus dientes, le devolvió la sonrisa y limpió sus comisuras llenas de salsa de tomate con los pulgares.

Esboqué una sonrisa al ver eso, al igual que mamá mientras que papá permanecía serio como si estuviera analizándolo.

—¿Y bien? Dame información sobre ti —pidió, llevando un bocado de comida a su boca. Kalem se giró a verlo—. Ya sé que trabajas en la cafetería de mi bella esposa y vas a la misma universidad que mi Heather María, pero necesito más que eso si quieres seguir comiendo ese espagueti.

Rodé los ojos al escucharlo llamarme con otro segundo nombre.

—Estoy estudiando veterinaria y realmente me encanta mi carrera. También disfruto formar parte del equipo de *lacrosse* de la universidad. Y debo confesar que me gusta su hija, señor. —Sonrió de manera adorable al decir eso último. Mis ojos se abrieron al instante, mamá aplaudió con emoción y mi papá comenzó a toser, ahogándose con la comida.

¿Cómo podía decir eso de la nada a mis padres y verse tan tranquilo? En definitiva, no tenía miedo ¿o le gustaba arriesgarse de esa manera?

—¡Lo sabía! —gritó mamá, encantada—. Kalem, futuro yerno, come más, cariño. Tienes que alimentarte para mantener ese cuerpo saludable. Para ti también, pequeño. —Mamá les sirvió

más comida a los dos, el mayor le dio las gracias y el menor sonrió. Papá tenía la frente arrugada y no despegaba sus ojos de Kalem—. ¿Quieren postre? No responden. Ya lo traigo.

Se levantó de la mesa emocionada y se fue a la cocina. Llevé mi mano a la frente.

¿Cómo que futuro yerno? Eso no iba a pasar. Claro que no.

—Kalem. —El pequeño jaló de la camiseta de su hermano. Volteé a verlo con disimulo, aunque papá no sabía lo que significaba eso.

—¿Sí? —Su hermano le alisó el cabello, desplazándolo hacia atrás.

—Ella me agrada, me dará pastel, llevémosla a casa —dijo el menor con una sonrisa inocente, pero de inocente no tenía nada. Su hermano rio abrazándolo de costado.

—Creo que eso no será posible, amo demasiado a mi esposa como para dejarla ir, pequeño huracán —habló mi padre con el rostro serio mientras seguía comiendo—. Y tú, Kalem Taylor, tendré que hablar contigo porque también amo a mi Heather del Socorro. Y necesitas saber que me encanta hacer demasiadas preguntas, te lo digo para que te prepares.

—A mí me encanta hacer plática. Así que no se preocupe. —Le sonrió y disfrutó de otro bocado con una actitud relajada. Papá se fastidió más por no lograr intimidarlo.

—¿De dónde salió este? —Apretó el tenedor sin dejar de mirarlo.

—De mi mami —respondió el niño con la boca llena. Me eché a reír porque papá no esperaba esa respuesta.

(...)

Me encontraba en la cafetería de la universidad con Kalem a mi lado, buscando algo en su mochila, yo disfrutaba del sándwich que había preparado en casa, mientras esperaba a que Nora regresara con su comida. A él ya se le había hecho una costumbre venir a sentarse junto a mí en los almuerzos, aunque no me quejaba tanto porque siempre me traía algún dulce o gomitas.

—¿Qué buscas? —pregunté, mirándolo con curiosidad.

—Esto. —Sonrió cuando lo sacó. Era un colorido cubo Rubik.

—Interesante. ¿Qué más traes en tu mochila? —Elevé una ceja.

—Mi ropa de entrenamiento, una botella de agua, un lapicero, papel y creo que un par de chicles. —Se recostó en su silla, deslizándose un poco de manera despreocupada—. ¿Quieres uno?

—No gracias, a saber cuánto tiempo tienen esos chicles ahí. —Reí y asintió dándome la razón. Miré como comenzaba a jugar con el cubo y movía las piezas muy concentrado—. Yo jamás he podido resolverlo. —Di un mordisco a mi sándwich.

—Con el tiempo le agarras práctica. Yo ahora puedo resolverlo en minutos, lo hago para pasar el rato. —Me dedicó una sonrisa y luego volvió su atención al cubo, sus manos se movían con rapidez por lo que parecía tener experiencia.

—Sorprendente. —Fue lo único que dije sin dejar de ver lo que hacía. Le di otro mordisco al sándwich.

—También me encanta hacer origami, soy ágil con las manos —contó, colocando el último color en su lugar y, con una hermosa sonrisa, depositó el cubo resuelto sobre la mesa. Luego, me miró.

—¿Qué tan ágil? —susurré, distraída con mi vista sobre él. De repente, sus mejillas comenzaron a teñirse de rojo—. Espera, ¿lo dije o lo pensé?

—Eres una perversa —bromeó aún con su rostro enrojecido y una sonrisa en los labios.

—No te hagas el santo conmigo ahora. Ambos sabemos que no lo eres a pesar de que tienes esa cara de inocencia. A mí no me engañas. —Le pinché la mejilla con los dedos y eso pareció gustarle.

Estaba segura de que Kalem, a quien le interesaba expresar y recibir afecto, prefería el lenguaje del amor a través del contacto físico.

—Tú me robaste la inocencia la noche de la fiesta. —Tomó mi mano con suavidad y dejó un beso sobre el dorso.

—¡Me dijiste que no eras virgen! —susurré en forma de queja acercándome a él, no quería que los demás me escucharan.

—Y era verdad. —Asintió—. Pero esa noche estuviste increíble.

Fue mi turno de sonrojarme. ¿Por qué decía cosas como esas? Los recuerdos de esa noche y la vez que lo invité a mi casa vinieron a mi mente. Aparté mi mano de su agarre sin ser grosera y me giré para no verlo. Seguí comiendo, pero podía sentir su vista fija en mí. Le di un sorbo a mi jugo sin decir nada.

—Y la segunda vez fue aún mejor, en especial porque fue en tu cuarto. —Noté de reojo cómo acercó su silla y sentí su pierna rozar la mía—. ¿Cuándo lo haremos en el mío?

Me atraganté con el jugo y comencé a toser. Llevé mi mano al pecho y me dio palmadas en la espalda rápidamente.

—No digas esas cosas de la nada, mucho menos cuando hay gente alrededor —le reproché, dándole una mala mirada.

—Pero si ellos andan en sus propios asuntos y nosotros en los nuestros —dijo para restarle importancia. Terminó de darme palmadas, llevó su mano para colocar mi cabello detrás de mi oreja y examinó mi rostro—. ¿Estás mejor?

—Sí, sí. Casi me da algo, pero ya pasó.

—Hola, acaramelados. —Nora apareció con una bandeja de comida en las manos. Él le devolvió el saludo a mi mejor amiga, quien tomó asiento frente a nosotros.

—¿Cómo qué acaramelados? No me gustan los caramelos —mentí, alejando un poco mi silla de él. La frente de Kalem se arrugó.

—Dile eso a tu obsesión con esos dulces de osos. —Nora sonrió con diversión.

—Mis gomas no son una obsesión —respondí a la defensiva y rio sin creermelo.

—¿Qué hay de malo con los caramelos? A mí me gustan. —Kalem se encogió de hombros.

—Mi amiga es dulcera, no le hagas caso —intervino Nora—. Solo que no había probado antes los terrones de azúcar, y tiene miedo de que le gane a sus adoradas golosinas. —Sonrió con picardía, y entrecerré los ojos en su dirección.

— No sabes si puede terminar gustándote —mencionó Kalem, mirándome.

—Lo único que quiero en este momento es comer mi sándwich.

—Y después viene el postre, ¿cierto? —Me dio esa sonrisa inocente, aunque pude notar el tono astuto en su voz. Nora contuvo una sonrisa.

Iba a decir algo, pero el novio de mi mejor amiga apareció frente a nosotros. Charles llevaba su bata blanca de laboratorio puesta, siempre se le olvidaba quitársela. La carrera de Charles era Química y a mí me parecía asombroso. Tomó asiento y depositó un beso sobre los labios de su sonriente novia.

—Hola, pelirrojo. —Saludé con un gesto de cabeza.

—Hey, escritora. —Me extendió el brazo para que chocáramos los puños. Me caía bien, a pesar de que Nora y él habían comenzado a salir hace poco.

—¿Y a mí no me saludas? Me lastimas. —Kalem se llevó una mano al pecho, haciéndose el ofendido.

—Pero si te vi hace un rato. —Charles rodó los ojos.

—¿De qué me perdí? —habló la rubia.

—Yo tampoco los sigo. Contexto, por favor —pedí, confundida—. ¿Se conocen?

—Lamentablemente —contestó el pelirrojo.

—Somos primos —informó el castaño con una sonrisa divertida.

—¿Qué? —dijimos la rubia y yo al mismo tiempo.

Capítulo 7

Caminaba por los pasillos de la universidad luego de almorzar en la cafetería. Yo iba hacia la biblioteca a terminar un trabajo para una de mis clases y Kalem había decidido venir conmigo porque en un rato tenía entrenamiento y el campo de *lacrosse* quedaba cerca de la biblioteca. Él aprovechaba cada oportunidad que tenía para pasar tiempo conmigo.

—Así que estudias Literatura —dijo, caminando de espaldas frente a mí con sus manos dentro de los bolsillos de su *hoodie*.

—Kalem, no camines así. Te tropezarás y no querré llevarte a la enfermería o al hospital si te lastimas algo porque no me gustan esos lugares, así que ponte a mi lado. —Le di un golpecito a su brazo.

—Con gusto. —Me sonrió, haciendo caso—. Jamás pensé que saldría con una escritora amante de los libros.

—Yo nunca dije que eso pasaría. Así que tranquilo —le advertí, señalándolo con la mano sin dejar de caminar.

—No lo dijiste, pero yo puedo verlo. Lo siento aquí. —Se llevó una mano al pecho. Sus mejillas estaban alzadas y me estaba dando esa mirada dulce. Rodé los ojos con diversión.

—Y tú estudias veterinaria. —Cambié el tema.

—Sí, me gustan los animales. ¿Quieres ver fotos de mis mascotas? —Sacó su celular del bolsillo y asentí para que siguiera hablando—. Tengo tres cachorros, un conejo, un gato y un loro. Mira.

—Mi mamá ni perro me deja tener, que envidia. —Abrí los ojos sorprendida, mirando la pantalla—. ¿Cómo te caben en tu casa? Son demasiados.

—Hay mucho espacio. ¿Por qué no llenarla con ellos? —Guardó su celular.

—Pero ¿tres perros, un gato, un loro, y un conejo? Sólo te faltan los caballos.

—De hecho, tenemos un establo —contó de manera distraída—. Pero son de mi padre.

—No inventes. ¿Cuánto dinero tienes? Mejor no respondas. Mamá me regañaría porque dice que esas cosas se piensan, pero no se dicen. —Le di una sonrisa de boca cerrada y se echó a reír—. Pero, es curiosidad. No tienes que responder si no quieres. Es solo que me pregunto qué haces trabajando en una cafetería.

Me dio una sonrisa tranquila.

—Independencia. —Se encogió de hombros—. Aunque es solo un trabajo temporal.

—Haces bien. —Le di palmadas en su brazo como si se tratara de una mamá orgullosa y él rio.

—Hace mucho que no me cuentas un chiste, me hacen falta. Dime uno —pidió. Ya casi estábamos cerca de la biblioteca.

—No. Ya no me sé ninguno. —Me hice la distraída, mirando hacia otro lado.

—No te creo, mentirosa —me reprochó sonriendo de lado.

—Que mal por ti. —Esbocé una pequeña sonrisa con la mirada al frente.

—Solo uno, por favor.

—No.

—Uno corto —siguió.

Nos detuvimos frente a la puerta de la biblioteca y me giré a verlo mientras sostenía una de las correas de mi mochila.

—Puedes hacerlo rápido, luego te vas a hacer tareas y yo a mi práctica. ¿Qué dices? —Tomó un mechón de mi cabello sin apartar sus ojos de los míos.

—Eres muy insistente. —Solté un bufido con diversión y me sonrió inocente.

—¿Eso es un sí?

Le iba a responder cuando sentí como alguien se acercó a nosotros, me volteé a verlo y la expresión de mi rostro cambió a una de completa seriedad. No era una agradable presencia, lo peor es que no se encontraba sola. Gabriela iba tomada felizmente del brazo de Matt. Kalem notó el cambio en mi mirada así que se puso a mi lado, de manera protectora. De hecho, estaba agradecida de que estuviera conmigo en ese momento.

Sentí la mirada de Matt sobre mí, pero no pensaba voltear a verlo. Kalem se dio cuenta de eso y no dejaba de mirarlo. Era raro verlo callado y sin su habitual sonrisa, se veía intimidante.

—Heather, ¿vas a la biblioteca con tus libros? —La chica abrió su boca desagradable.

Puse mis ojos en blanco con fastidio. Kalem frunció el ceño al escucharla, en estos días me había dado cuenta de que hacía eso cuando algo no le gustaba.

—Rara —susurró no tan bajo a propósito para que la escuchara y Matt le sonrió.

La sangre me hirvió y apreté el agarre de una de las correas de mi mochila. Estos dos me tenían cansada, les encantaba molestarme, en especial a Gabriela. Kalem no pudo quedarse callado.

—Dicen que las rarezas son bellezas, y Heather es una de ellas. —Sonrió pasando su mano sobre mi cabello. Elevé una ceja en su dirección.

Sin embargo, logró arrancarme una pequeña sonrisa a pesar de la presencia de estos dos pesados, y me agradó la forma en que se expresó de mí. Era tan dulce y tenía sus momentos.

Además, lo que había dicho era una buena idea para alguna de mis novelas y debía anotarla en mi cuaderno. Pensaba hacerlo cuando estos dos ya no estuvieran alrededor.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Matt con fastidio. No me gustó la manera en la que le habló.

—Kalem. —Él no le extendió la mano porque notó que Matt no tenía intenciones de hacerlo—. Tengo que decirlo porque no me gusta guardármelo, y es que pensé que esas actitudes infantiles se quedaban en la secundaria, pero veo que hay excepciones. —Hizo una sonrisa de lado, esas que comenzaban a agradarme. Luego, volvió a ponerse serio y no apartó la mirada de ellos.

Los dos parecían molestos por lo que había dicho, en especial Matt, y yo estaba más que fascinada. No les di tiempo de responder, tomé del brazo a Kalem para caminar dentro de la biblioteca y así poder alejarnos de ellos. No lo solté hasta que estuvimos solos en medio de una línea de los grandes librerros.

—Estuviste genial, así se hace. Heather está orgullosa de ti. —Le apreté las mejillas como si se tratase de un pequeño y sonrió con ternura.

—¿Me darás un beso como premio?

—Ya quisieras. —Le palmeé el hombro—. Pero te puedo invitar algo de comer a la salida.

—Puedo tomar eso. —Sonrió satisfecho.

(...)

Ya había terminado mi última clase del día, así que caminé por un camino de piedras del campus de la universidad que estaba rodeado de mucho pasto verde, el cual me parecía hermoso. De repente, sentí como alguien entrelazó su brazo con el mío. Me asusté, pero me calmé cuando reconocí su olor.

—¿A dónde me llevarás? Tengo hambre. —Llevó su mano libre al abdomen. Bajé la mirada a nuestros brazos unidos, elevé una ceja en su dirección y me sonrió.

Negué con la cabeza, pero no me aparté.

—¿Quieres comida coreana? —pregunté, sonriendo—. Hay un restaurante cerca que me encanta. Casi siempre voy sola porque a Nora no le gusta, no es mi culpa que ella le tenga miedo al éxito. —Me reí sin dejar de caminar.

Sonrió al verme reír.

—Comida coreana entonces.

—¿De verdad? ¿La has probado antes? —Volteé a verlo, curiosa.

Parecía encantado de tener su brazo entrelazado con el mío por la manera en la que me miraba. Estiró su otra mano para apartar con suavidad un mechón de mi cabello que se había colocado en mi cara por el viento.

—A mí me encanta comer. Yo te acepto de todo. Y si me regalas comida o me cocinas soy feliz. —Me guiñó el ojo—. Solo por ser tú, te doy estos consejos.

—La suerte que tengo. —Rodé los ojos, asintió y se pegó un poco más a mí—. No esperes comida hecha por mí, la cocina y yo no tenemos una buena relación. ¿Y tú? ¿Cocinas?

—Por supuesto que sí. Años de práctica hacen al *chef*. —Soltó una risa—. Tú sólo dime que quieres y te lo cocino. Sería un buen novio, ¿verdad?

—¿Estás diciendo que me darías comida gratis? —Abrí los ojos y llevé mi mano al pecho fingiendo interés.

—Así es. Kalem más novio, igual a comida bien hecha. Es algo que no te puedes perder —habló con voz de comerciante.

—Excelente servicio. —Reí, luego la sonrisa en mi rostro desapareció—. Pero no puedo tomarlo. Heather más novio, igual a caos mental y no paz interior. No, no. Ahora no. Mejor sigo cayendo por mis personajes ficticios. Heather disfruta de su libertad —hablé en tercera persona dándole una sonrisa de boca cerrada.

—Que tengas novio no significa que pierdas tu libertad —comentó, mirándome con sus ojos celestes que transmitían calma.

Detuvimos nuestra caminata porque ya habíamos llegado a la salida de la universidad.

—Yo lo siento así. —Encogí los hombros.

—No debería de ser así. —Puso su mano en mi cabello—. No sé quién te haya hecho sentirlo de esa manera, pero yo sé que puedo y estoy dispuesto a hacerte sentir muchas cosas. Solo déjate llevar —susurró, acercando su rostro al mío. Bajé de manera inconsciente la mirada a sus labios.

—Kalem —susurré sin saber qué responder a lo que había dicho—. Tengo hambre.

Soltó una carcajada y asintió con la cabeza, pellizcando mi mejilla. Pero seguía procesando sus palabras en mis pensamientos y tenerlo así de cerca no ayudaba mucho.

—Vamos a comer entonces. —Sonrió—. Traeré mi auto, espérame aquí.

Me soltó el brazo y se fue al parqueo. No tardó en volver, y cuando lo hizo no pude evitar notar que su auto se veía caro y era diferente del que usó la semana pasada, pero no me sorprendió porque ya me había dicho que sus padres tenían dinero. Llegamos al restaurante coreano y elegimos ocupar mi mesa favorita en la terraza. La atmósfera estaba impregnada con la fragancia de las flores que rodeaban nuestro rincón, creando un ambiente encantador y acogedor.

—Muero de hambre —habló, mirando el menú.

—Pide lo que quieras —dije, distraída tocando una planta. No tenía que mirar el menú porque ya sabía lo que iba a pedir.

—¿Lo que yo quiera?

—Tampoco te pases —le advertí y se rio.

En ese momento su celular, que estaba sobre la mesa, comenzó a sonar. Lo tomó y cuando miró el nombre en la pantalla no se molestó en responder, sino que lo guardó en su bolsillo. Eso me hizo elevar una ceja, me sentía curiosa por su cambio de actitud.

—Es mi mamá.

—¿No te llevas bien con tu madre? No quiero ser chismosa como Ben, dime lo que quieras decirme. Sin presiones. Siéntete en confianza con Heather. —Llevé una mano a mi pecho.

—Tú me transmites confianza. Y si quiero iniciar una relación contigo debo hablarte de mi familia. —Asintió, pensando.

—Ignoraré la parte de la relación y me quedaré con lo primero —dije—. Adelante.

—¿Además de perezosa, también chismosa? —Elevó una ceja. Sabía que estaba bromeando, así que decidí devolvérselo.

—No llames chismosa a tu futura novia —le advertí. En su rostro empezó a formarse una sonrisa—. Vamos. No hablo en serio.

—Eso dices ahora, solo esperemos un tiempo para que tenga a una escritora como novia. —Sonrió con encanto, estirando su mano para apretar mi mejilla mientras yo rodaba mis ojos.

Una chica se acercó a tomarnos la orden. Yo ordené *kimchi* y Kalem pidió *samgyeopsal*. Tenía buenos gustos.

—No me llevo bien con mis padres —habló luego de un momento. Comenzó a doblar una servilleta y puse mi barbilla sobre mi puño, prestándole atención—. No somos tan unidos, cuando era niño la mayor parte del tiempo la pasaba en casa con la niñera. No tenían tiempo para mí, así que mi abuelo paterno me llevó a vivir con él por unos años. Los mejores recuerdos de mi niñez y adolescencia. —Me miró con ese brillo en los ojos y una linda sonrisa.

—¿Y luego qué pasó? —pregunté, intrigada por la historia.

—Khaled nació y decidí volver a casa. Estaba emocionado con la idea de tener un hermano menor, pero me dolió dejar a mi abuelo. Nos mudamos lejos por el trabajo de mis padres y dejé de verlo por un buen tiempo. —Hizo una mueca mientras seguía doblando la servilleta y formaba una figura con ella—. Pero él siempre se las arreglaba para venir a vernos. Ahora no puede hacerlo como antes por su salud, pero Khaled y yo viajamos cada vez que podemos y nos quedamos un fin de semana con él.

—Suena a que es un abuelo genial, y que da buenos regalos en Navidad en vez de calcetines. —Le sonreí.

—Lo es. Es el mejor abuelo y si tengo suerte podría ser tu abuelo político. —Me regresó la sonrisa y tomó mi mano. Abrió mi palma y depositó el pequeño barco que hizo con la servilleta. No apartó su mirada de mí—. Me tienes.

¿Qué se suponía que tenía que responder a eso? Kalem esperaba paciente.

—¡Me acabas de dar una idea para mi novela! —Abrí los ojos con emoción y me solté de su agarre. Puse el barquito a un lado sin dañarlo y me apresuré a sacar mi cuaderno para anotarla con rapidez.

—Puedo acostumbrarme a esto, pequeña escritora —me dijo mientras acariciaba mi cabello. Lo miré de reojo, sonreía con ternura sin apartar sus ojos de mí.

Capítulo 8

«Quiero que vayas a verme al partido de lacrosse este sábado».

Habían sido las palabras de Kalem al llevarme en su auto y dejarme frente a mi casa luego de nuestra comida en el restaurante coreano. De hecho, la habíamos pasado bien. Como era costumbre habló la mayor parte del tiempo, pero esa era una de las razones por la que me agradaba. Me hacía sentir cómoda y nunca había silencios cuando estaba junto a él.

Me caía bien.

—¿Irás a ver jugar al terrón de azúcar? —preguntó Nora con ese tono coqueto mientras jugaba Mario Kart en su celular acostada en mi cama en sentido contrario a mí. Yo estaba apoyada sobre el respaldo leyendo un libro que la trama me estaba gustando.

—Iremos —corregí—. Dijo que sabía que tú y yo éramos como zapato y chicle, así que también estás invitada.

—El terrón sabe. —Se rio sin dejar de ver a la pantalla—. Llamaré a Charles para ver si quiere acompañarnos, aunque creo que mi científico está estudiando fórmulas químicas.

—Entre más gente vaya, mejor para mí. —Las dos estábamos inmersas en nuestras cosas, yo en mi libro y ella en su videojuego, pero ambas nos escuchábamos.

Era sábado por la mañana, la razón por la que Nora estaba en mi casa tan temprano era porque habíamos hecho una pijamada la noche anterior. Como acostumbrábamos a hacer algunos viernes de cada mes. El partido era en un par de horas y yo seguía en mi pijama sin saber que ponerme.

Después de bajar a desayunar ella me ayudó a elegir mi atuendo, casual pero lindo. Una falda roja a cuadros, una camisa negra pegada y mis botas negras de cordones. Me miré al espejo y sonreí.

—Yo a ti te doy —dijo la rubia sentada sobre el borde de la cama, mirándome desde atrás—. Y no golosinas.

Me eché a reír.

Nos fuimos en el auto de Nora y recogimos a Charles, quien subió al asiento del copiloto y depositó un beso en los labios de la rubia. Estos tortolitos me hacían sentir la tercera rueda. Tan melosos que se ponían. Rodé los ojos y me distraje con el celular.

En ese momento Kalem me envió un mensaje.

Qué buena manera para distraerme.

Kalem: Ya quiero verte :)

Heathernática: ¿Activaste el modo Kalem novio? Porque si es así, desactívalo.

Kalem: Qué lástima por ti, creo que estoy averiado y seguiré en este modo por un buen rato.

Solté un bufido y en ese momento me llegó otro mensaje.

Mis mejillas ardieron al contemplar la foto que me envió. Vestía únicamente unos pantalones grises diseñados para correr, su torso desnudo revelando un abdomen cuidadosamente esculpido. La luz capturada resaltaba cada músculo delineado, creando una visión casi etérea de su figura atlética. El ángulo en que la tomó permitía que mis ojos exploraran con deleite cada curva y contorno de su abdomen, provocando un suspiro involuntario. La ausencia de camiseta dejaba al descubierto la prueba tangible de su dedicación al ejercicio, y la intensidad de la imagen encendía una chispa en mi interior.

No pude resistir traer de vuelta los recuerdos de aquellas noches compartidas en las que nuestros cuerpos se juntaron. Reviví con intensidad cada momento en que tuve el privilegio de explorar cada rincón de él, deslizando mis manos con devoción por su piel. Y entonces, mi mente retrocedió al instante en que mis dedos acariciaron su abdomen. La suavidad de su piel, y los contornos de sus músculos esculpidos. Este recuerdo, impregnado de ternura y pasión, resurgió con una fuerza arrolladora.

Con el rostro encendido, disimulé hábilmente mi celular en mi regazo y desvié la mirada hacia la pareja, temiendo que pudieran percibir los pensamientos traviosos que ocupaban mi mente en ese instante. Sin embargo, estaban inmersos en su propio mundo.

Volví a mirar la pantalla del celular y sonreí al ver la foto. En ese breve lapso, todo a mi alrededor desapareció y quedé absorta viéndola, disfrutando de la complicidad de un momento privado que solo yo conocía. La guardé en mi galería; necesitaba más imágenes como esas de Kalem. Justo en ese momento, recibí un mensaje suyo.

Kalem: ¿Te gustó? Dime que te sonrojaste.

Heathernática: Claro que no. Bueno, sí. ¿Para qué mentir?

Kalem: Mándame una foto de ti sonrojada, necesito tenerla.

Una sonrisa traviesa se dibujó en mis labios, y sin detenerme a reflexionar demasiado, plasmé una respuesta atrevida con destreza en el teclado. Las palabras coquetas se deslizaban con agilidad. En ese instante, mi corazón latía al compás de la osadía.

Heathernática: Tómala tú esta noche.

Kalem: ¿Qué estás tratando de decirme? Y yo que pensé que eras inocente.

Pude notar el sarcasmo y una risa espontánea se escapó de mis labios.

Heathernática: El inocente de los dos eres tú. Así que no te hagas.

Kalem: No soy tan inocente como me veo :)

Heathernática: Necesito comprobarlo mejor.

Kalem: A ti te digo sí a todo.

Heathernática: ¿De verdad? Si es así, necesito más fotos como esas en mi galería.

Kalem: Un beso tuyo por foto, ¿qué dices?

Heathernática: Un chico de negocios, me gusta.

Kalem: ¿Te gusto? De aquí a novios hay un solo paso.

Heathernática: Yo solo quiero tus fotos.

Kalem: ¿Y no me quieres a mí también? Vengo en el paquete.

Heathernática: Déjame consultarlo con mi almohada.

Kalem: Espero que no te quedes dormida.

Heathernática: No prometo nada.

Kalem: Quiero saber qué harás con mis fotos.

Heathernática: No tengo por qué decírtelo.

Kalem: Me lastimas.

Otra pequeña sonrisa apareció en mi rostro.

—¿Qué te tiene tan sonriente, escritora? —La voz de Charles me hizo voltear a verlo. Se había girado un poco en su asiento de copiloto.

—Tu primo —respondió Nora. Me estaba dando una sonrisa cómplice a través del espejo retrovisor. Charles elevó una ceja y asintió como si todo tuviera sentido.

—No voy a negarlo, porque sé que me molestarás en el resto del camino hasta que lo admita —expresé con un bufido.

—Me conoces bien, cariño. —Me guiñó el ojo y se volvió a concentrar en manejar.

—¿Así que tú y mi primo están saliendo? —inquirió con una sonrisa, la curvatura de sus labios insinuaba complicidad y sus ojos interés.

—Interesante pregunta, científico —dije, guardando mi celular para mirar por la ventana—. Pero no, diría que liándonos. Ya sabes, nada serio.

—Uh, a Kalem no le va lo nada serio. Él es miel y abejas cuando cae por alguien. Aunque creo

que ya te estás dando cuenta de eso. —Soltó una risa suave y asentí—. Así que no me le rompas el corazón. Es un intenso a veces, pero se le quiere.

Escuchar eso último provocó una risa espontánea en mí. La preocupación de Charles por su primo resonaba en sus palabras, y en su tono. Podía percibir su cariño hacia él.

—Kalem sabe que no busco una relación.

—Por ahora —canturreó la rubia—. El tiempo lo dirá.

—Y como dije, mi primo es un intenso. —Me guiñó el ojo y volvió a girarse en su asiento.

—No hay problema, a Heather le gustan los caramelos, aunque no lo admita. —Nora rio.

—No es cierto —mentí.

—Ajá. Cuando compra dulces no los comparte, le gusta comérselos a escondidas —La rubia pronunció esas palabras con un tono pícaro y acusador, provocando que la curiosidad burbujeara en el aire. ¿Qué estaba insinuando?

—Deja de decir cosas en doble sentido, Nora —me quejé.

—No es mi culpa que le encuentres doble sentido a mis palabras y lo relaciones con el terrón de azúcar.

—Yo no... Bueno, ¿para qué mentir? —Me encogí de hombros, dándome por vencida. Sonrió satisfecha y Charles rio.

Llegamos al inmenso campo de *lacrosse* de la universidad, y le mandé un mensaje a Kalem para informarle de nuestra llegada. Mientras estábamos en la entrada, mis ojos lo buscaron entre la multitud y, después de un breve lapso, lo identifiqué a lo lejos. Su respuesta no se hizo esperar: alzó el brazo con entusiasmo y lo agitó en un gesto de saludo. Se aproximó a nosotros en un trote, su figura destacando aún más con el uniforme que llevaba, exhibiendo orgullosamente el número diez en la camiseta. Kalem irradiaba una presencia magnética que capturaba la atención.

—Viniste —pronunció al llegar frente a mí. Antes de darle la oportunidad de responder, me envolvió en sus brazos robustos, tomándome por sorpresa.

La escena pintaba el cuadro equivocado, ya que la manera afectuosa con la que me abrazaba podría engañar a cualquiera haciéndole pensar que éramos una pareja, aunque esa idea estaba lejos de la realidad. Con un gesto de confusión, arrugué la frente y extendí una mano para darle palmadas en la espalda. Me soltó, y sus ojos recorrieron mi figura, deteniéndose en la elección de mi atuendo.

—Justo ahora quisiera cambiar una foto mía por un beso tuyo. —Su sonrisa lateral iluminó su rostro y en respuesta, arqueé una ceja—. Estás hermosa, Heather. —Con delicadeza, apretó suavemente una de mis mejillas, para luego deslizar su pulgar sobre mi labio inferior, creando

una sensación cálida y electrizante.

—Eso ya lo sé. —Encogí los hombros con despreocupación—. Y, por cierto, te verías aún mejor sin la camiseta, aunque no me quejo. Te queda bien —susurré con voz suave, asegurándome de que solo él pudiera escucharme.

—Apuesto a que se vería mejor en ti. —Me dedicó esa sonrisa encantadora, aunque en sus ojos brillaba una chispa que estaba lejos de ser inocente.

Escuchamos el carraspeo sincronizado de Nora y Charles, una estrategia clara para captar nuestra atención y hacernos conscientes de su presencia.

—Ah, sí. Ellos se ofrecieron a echarle porras. —Los señalé.

—Hola, primito. Ya ni saludas. —Charles se aproximó a Kalem, quien le chocó los puños, rodando los ojos.

—No me llames primito.

—Soy mayor que tú, así que supéralo. —Le dio una palmada en el hombro mientras le sonreía.

—Hola, chico azúcar. —Nora le estrechó la mano y él respondió al gesto con amabilidad.

—¿Chico azúcar? —inquirió, mostrando su curiosidad.

—No le hagas caso —intervine.

—¿O prefieres que te llame caramelo de Heather? —Nora me lanzó una mirada rápida, guiñándome el ojo sin preocuparse por ser discreta.

—Ese me gusta más. —Esbozó una sonrisa cargada de ternura, envolviendo uno de sus brazos alrededor de mis hombros. Fue como un abrazo sutil pero significativo.

—No me gustan los caramelos —mentí, rodando los ojos.

—¿Y qué opinas sobre los malvaviscos? —preguntó, con un interés evidente y sin apartarse—. Mis labios son suaves, y yo soy tan suave como ellos. —Se acercó a mí de manera peligrosa, desafiando la proximidad con una intensidad que dejaba entrever un juego seductor.

—Vamos a confirmarlo —dije descaradamente. Kalem esperaba un beso mío, pero en vez de dárselo estiré mi mano para pellizcar su mejilla—. Sí, teoría confirmada.

En lugar de mostrar decepción por no haber recibido el beso que esperaba, respondió con una linda sonrisa como si disfrutara del juego verbal y apreciara la picardía de la situación.

—Míralo. Hay que cuidarlo —expresó Nora, observándolo como si fuera un tesoro preciado.

—Así es, cuidame, Heather. —Esbozó una sonrisa y solté un bufido juguetón, como respuesta a la ligereza de sus palabras. La atmósfera se impregnó de un toque de humor, pero no duró

demasiado.

—¡Kalem Taylor despídete de tu novia que tenemos que irnos! —Se escuchó el grito del entrenador—. ¡Mueve ese trasero, muchacho!

Volteé para observar y allí estaba el señor, un tanto distante de nosotros, lanzando una mirada entre ceñida a Kalem. Alrededor de él, los compañeros del equipo se agrupaban, todos observándonos con curiosidad. La atención de los demás, de repente centrada en nosotros, generó un ambiente incómodo. No me gustaba ser el centro de atención; preferiría pasar desapercibida.

Sentí la intensidad de una mirada que me impulsó a girar, y al hacerlo, descubrí a un chico con cabello negro, tez pálida, elevada estatura y una evidente complexión atlética, denotando su pertenencia al equipo por la camiseta que vestía. Cuando nuestros ojos se encontraron, él dibujó una sonrisa de lado, provocando que mi frente se arrugara involuntariamente. Lo peor de todo era que lo conocía, y lo conocía demasiado bien.

—Hora de irse. Grita mi nombre bien fuerte cuando estés sentada allá adentro. —Besó mi mejilla de manera rápida.

—Deja de hablarme en doble sentido. —Me eché a reír.

—Yo no te hablé en ese sentido. —Parecía confundido, pero de pronto las mejillas se le pusieron rojas al comprender sus palabras.

—¡Taylor, última advertencia! —Se escuchó otro grito.

—¡Ya voy, entrenador! —Me dio una sonrisa, aun con un poco de rubor en su rostro, y trotó acercándose a su equipo, quienes lo molestaron por haberlo visto todo meloso conmigo.

Mi atención volvió a centrarse en el chico de cabello negro y tez pálida, que continuaba ofreciéndome esa sonrisa descarada. Cruzando los brazos, entrecerré los ojos en su dirección. El partido estaba a punto de comenzar, lo que los obligó a alejarse y los perdí de vista.

Era obvio que me había reconocido. Fue mi compañero en la clase de matemáticas durante mi primer año en la universidad; trabajamos juntos en algunos proyectos, pero ninguna amistad floreció en ese entonces. Sin embargo, la atracción había sido innegable; su atractivo y el aura que desprendía ya habían captado mi atención desde el primer encuentro. Era de pocas palabras, esos que lograban intimidar con solo dirigirte una mirada.

Era simplemente irresistible, así que terminamos en la cama. Sin embargo, fue solo un encuentro pasajero y nunca volvimos a intercambiar palabra. Fue algo breve que quedó en el pasado, pero la chispa de aquel momento seguía resonando en mis recuerdos.

Caminamos hacia adentro para tomar nuestros asientos en las gradas. Nora me tomó por los hombros y se acercó a mí.

—¿Fue producto de mi imaginación o ese pelinegro no sabía disimular y se te quedó viendo por

un tiempo? —Trató de susurrar, pero no entendía muy bien cómo hacer eso. Asentí con la cabeza y tomé asiento a su lado mientras que Charles comía palomitas sin darse cuenta de nuestra charla —. ¿Ese no era Kane Reid?

—Lo era.

—¿El que te tiraste en primer año? —Le robó palomitas a su novio y se las llevó a la boca esperando atenta por mi respuesta.

—Shhh, no lo digas tan alto —murmuré entre dientes—. No sabía que jugaba *lacrosse* — admití, mirando a los equipos entrar al enorme campo de juego.

Kalem se giró hacia el público, como si estuviera buscando a alguien en particular. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, levantó su brazo con entusiasmo y una sonrisa encantadora iluminó su rostro. No pude resistir la ternura de su gesto. Rápidamente, alcé mi mano, no tan alto, en un gesto amistoso para devolverle el saludo.

—Y parece ser cercano al terrón de azúcar.

Nora inclinó la cabeza en un gesto para que dirigiera mi mirada hacia Kalem, quien pasó un brazo alrededor de los hombros del pelinegro, como si intentara contagiar su entusiasmo al serio de Kane, cuya personalidad parecía ser opuesta a la de él.

—Científico, una duda —lo llamé sin dejar de ver al frente.

—Dime, escritora —respondió con la boca llena de palomitas.

—¿Esos dos son cercanos? —Los señalé con mi mano.

—¿Kalem y Kane? Por supuesto. Es uno de los mejores amigos de mi primo. ¿No lo sabías? —explicó, frunciendo la frente con una expresión de sorpresa y quizás un toque de incredulidad. Mis ojos se abrieron al escucharlo.

—Vaya suerte la que tengo —murmuré con un toque de humor amargo ante la situación, dejando que mi espalda cayera pesadamente contra el respaldo de la silla.

Mejores amigos.

Capítulo 9

Kalem irradiaba atracción, pero esa intensidad se multiplicaba cuando jugaba *lacrosse*. Demostraba un talento excepcional en el deporte, y agradecía la elección de *shorts* que permitían apreciar sus piernas bien definidas. No era la única que lo notaba, ya que varias chicas en las gradas no podían evitar gritar su nombre, sumándose al coro de admiración que resonaba en el ambiente.

Cuando concluyó el partido, Kalem se despojó del casco, agitó su cabello con una mano y esbozó esa sonrisa característica suya, una mezcla entre ternura y seducción ardiente. Rodó los ojos ante su encanto innegable y dejó escapar una sonrisa involuntaria. Las chicas enloquecieron, chillando con entusiasmo, y juraría haber escuchado algunas declaraciones audaces no aptas para oídos sensibles. No pude contener la risa y sacudí la cabeza ante el frenesí que se desataba a nuestro alrededor.

Su equipo había ganado el partido. Aunque admitía no saber mucho sobre el deporte, Charles y Nora se habían tomado la molestia de explicarme cada detalle cuando lo necesitaba. Fue un juego emocionante que logró captar mi interés. Incluso me encontré gritándole a Kalem que corriera más rápido cuando tenía la pelota, sumergiéndome en la atmósfera con entusiasmo y apoyo.

Tras la conclusión del juego, la rubia, el pelirrojo y yo nos dirigimos a ocupar una de las mesas en un pequeño restaurante de *hot dogs*, aguardando la llegada de Kalem. Nos había adelantado que se ducharía en los vestidores antes de unirse a nosotros para celebrar la victoria. Decidimos no hacer ningún pedido hasta que, finalmente apareció, pero no lo hizo solo. Llegó acompañado por un rubio y Kane.

—Se invitaron solos, no me miren así —dijo, extendiendo sus brazos sobre los hombros de los dos chicos que lo acompañaban—. Les encanta salir conmigo, ¿no es así? —Les dedicó una sonrisa, juguetón y seguro de sí mismo.

—Deja la miel para tu novia —habló el rubio con diversión. Se quitó el brazo del castaño y tomó asiento con toda confianza en frente de Charles—. Tengo hambre. ¿Ya ordenaron? Después de ese partidazo que nos tiramos siento que puedo comer como diez de estos. —Miró el menú con mucho anhelo.

—Come y no engorda. —Kane negó con la cabeza y se sentó al otro extremo, en frente de mí—. Aprovecha que el entrenador no está cerca, glotón. —Le palmeó el hombro.

Miré como Kalem se acercó y tomó asiento a mi lado.

—Heather. —Sonrió, tomándose el atrevimiento de acariciar un mechón de mi cabello entre sus dedos. La expresión en su rostro era distinta a la que compartía con sus amigos. Era más íntima, más especial.

—Kalem —respondí con calma.

Atrajo mi atención ya que se puso hablador, como era costumbre. Nos presentó a sus dos

mejores amigos, a Nora y a mí, ya que Charles ya los conocía. El rubio, llamado Callum, ostentaba el título de capitán del equipo de *lacrosse* de la universidad y su rostro se iluminó con una sonrisa al escuchar que hablábamos de él. Su energía positiva me transmitió buenas vibras. Luego, nos presentó al chico que siempre parecía llevar una expresión de aburrimiento consigo, Kane, quien desempeñaba el papel de portero. A diferencia de Kalem, que se destacaba como defensa, y su habilidad en ese rol era evidente.

—¿No me darás un beso porque gané el juego?

—Ganaste ese juego, ahora gánate uno de los míos para recibir un beso a cambio —expresé sin preocuparme de que nos escucharan. Esbozó una sonrisa y acercó su rostro. La atmósfera se cargó de tensión, creando un momento íntimo y desafiante entre nosotros, como si estuviéramos sumergiéndonos en un juego de seducción.

—Necesito las reglas entonces. —Su vista cayó a mis labios.

—Creo que lo hemos perdido —intervino el rubio, cortando el momento. Una sonrisa adornaba su rostro, mientras que Kane soltó una risa casi inaudible, con la vista fija en su celular.

—Ya deja los celos, Callum. Yo tengo mucho amor para ti también —dijo él, apartándose un poco de mí y con intenciones de acercarse al rubio.

—Estoy bien, amigo. Con tal de que no sea yo el que reciba tus dosis de miel todos los días. Gástalas en tu novia, olvídate de mí. —Hizo una mueca de disgusto y para agregar drama movió un poco su silla lejos de Kalem. Nora y Charles parecían entretenidos, al igual que yo.

—No soy su novia —aclaré.

—Y él está triste por eso —habló Kane, haciéndome girar para verlo.

Me sonreía de lado, y noté que la frente de Kalem se arrugó. Estaba segura de que no era por lo que su amigo había dicho, sino más bien por la manera en que me miraba. Rasqué mi cuello, sintiéndome incómoda, y traté de distraerme con el celular. Kalem notó mi cambio de actitud, y pude sentir su mirada confundida sobre mí. Anhelaba saber lo que pasaba por su mente en ese momento.

—¿Aún sigues siendo buena con los números? —Alcé la mirada al frente cuando escuché su voz. Kane tenía el mentón sobre su puño y no despegaba sus ojos verdes de mí.

—Ajá —respondí, tratando de actuar normal y parecer calmada, aunque por dentro no lo estaba. Miré el vaso de agua de Kalem que aún no había bebido—. ¿Puedo? —Le pregunté señalándolo y él asintió sin decir nada.

Era raro verlo así, tan callado. Sus gestos y palabras, que solían llenar el espacio, ahora daban paso a un silencio que me generaba cierta intriga.

—¿Se conocen? —preguntó Kalem. En su mirada se reflejaba desconcierto, como si la posibilidad de que Kane y yo compartiéramos algún tipo de conexión le resultara inesperado.

—Diría que demasiado bien. —Su amigo sonrió de lado y me dio esa mirada que gritaba peligro—. Heather no sólo es buena con los números, también lo es en otras cosas.

Me atraganté con el agua y comencé a toser, sorprendida por sus palabras. ¿Qué rayos le pasaba? ¿Cómo podía decir esas cosas frente a sus amigos y los míos? Nuestra mesa se llenó de una tensión inesperada, y era evidente que había lanzado su comentario con un doble sentido que no pasó desapercibido para nadie, especialmente para Kalem. Le dio una mirada seria a su mejor amigo, y luego, su mano comenzó a darme palmaditas en la espalda. Su rostro se acercó al mío, inspeccionando con preocupación mi expresión para asegurarse de que estuviera bien.

—Ya, ya. Ya pasó. —Les dejé saber para que él y Nora quitaran esa cara de preocupación—. Kane —murmuré entre dientes con los ojos entrecerrados. Parecía divertido por la situación en la que me había puesto.

—Esto se pone interesante, ¿no lo creen? —comentó Callum, entretenido. En cambio, Kalem permanecía callado con la frente arrugada y sin ningún rastro de sonrisa. Algo le molestaba. ¿Acaso estaba celoso? Las señales eran claras, ya que sus emociones se transparentaban en su expresión.

—Fuimos compañeros en la clase de matemáticas durante nuestro primer año en la universidad —hablé—. Recuerdo que le encantaba dejarme todo el trabajo, era un desconsiderado. —Negué con el rostro serio.

—Eso quedó en el pasado. —Bufó, recostándose en el respaldo de la silla.

—Así es, pasado —enfaticé la última palabra, dándole una mirada significativa.

—Siento que hay más en esta historia —dijo Callum, echándole más leña al fuego.

Este rubio y Benjamín se llevarían muy bien por lo chismosos que eran.

—¡Miren la comida! —gritó Nora, desviando la atención a los *hot dogs* que pusieron en nuestra mesa—. Vamos, todos a comer ya. Mucha charla.

Le di un mordisco a mi comida, buscando refugio momentáneo en el sabor para no tener que seguir hablando. Kalem, por su parte, comía en silencio, pero sus ojos no dejaban de posarse en mí, enviándome unas cuantas miradas que no pasaron desapercibidas. Sabía que hablaríamos de esto en algún momento.

Callum daría una fiesta en su casa esta noche para celebrar la victoria de su equipo e invitó a media universidad. La noticia resonó en mis oídos, y la idea de tanta gente reunida seguía pareciéndome abrumadora. Mi lado introvertido se resistía a la idea de sumergirse en una multitud, prefería pasar la noche con mis planes originales: mi cama y la serie que estaba viendo. Sin embargo, Nora y Kalem insistieron en que fuera, desplegando todo su poder persuasivo hasta que, al final, cedí ante sus argumentos convincentes.

Iba en el auto del castaño, ya que se había ofrecido a llevarme, y Nora se fue en el suyo con Charles. Saqué mi celular para enviarle un mensaje a mi padre.

Heathernática: Papá, iré a una fiesta esta noche. Te aviso para que no te asustes.

Papá: ¿Quién eres y qué hiciste con mi Heather Azucena?

Heathernática: Ya para con esos nombres tan feos. Iré con Nora.

Papá: Mándame la dirección y si sucede algo me avisas. Que alegría siento porque mi pequeño retoño está fuera de su cuarto un sábado por la noche. Besos.

Heathernática: No te alegres tanto. No pienso quedarme mucho tiempo en la fiesta.

—Eso dices ahora, veremos si te hago cambiar de opinión. —La voz de Kalem me hizo girar a verlo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Sabes que lees los mensajes cuando los escribes, ¿verdad? Me pasas el chisme sin darte cuenta. —Se rio, dándome una mirada rápida, luego volvió a enfocarse en la carretera—. ¿Por qué no le dijiste a tu papá que ibas conmigo?

—Si le hubiera dicho eso, él ya estuviera rastreando tu celular en vez del mío.

—¿De verdad? —preguntó, asombrado, y asentí—. No sabía que tu padre tenía mi número. Dile que me escriba. Tenemos que seguir la charla que me dio el otro día que fui a tu casa con Khaled. Él me agradó, aunque pienso que no le caí bien.

—Te pones tan hablador. No lo tomes personal, mi papá puede ser relajado y agradable, pero cuando se trata de chicos se pone intenso. No quiere que le quiten a su pequeño retoño.

—Yo no pienso hacer eso. —Sonrió de manera encantadora.

—Lo que él no sabe es que pienso quedarme con un personaje literario y moriré feliz. —Llevé mi mano al pecho.

—Yo puedo ser tu personaje literario.

—Excelente oferta, pero mi corazón está en mis libros. Llegaste tarde.

—Tal vez no tarde, pero sí en el momento adecuado. —Concentrado en la carretera, dejaba que sus palabras se deslizaran con suavidad. Mientras conducía, su perfil estaba iluminado por las luces de la ciudad, resaltando la firmeza de sus rasgos. Mis ojos se quedaron fijos en él, atrapados en la seguridad de sus palabras.

—Y ahora te pones meloso. —Traté de contener la sonrisa que quería aparecer en mis labios—. Pero déjame anotar esa idea. Me das buen material, sigue hablando. —Como no tenía mi cuaderno me apresuré a escribir en las notas de mi celular.

—¿Te imaginas si me tuvieras de novio? Tu cuaderno de ideas se llenaría muy rápido. —

Detuvo el auto en un semáforo en rojo. El ruido de la ciudad quedó en segundo plano, dando paso a la atmósfera íntima entre los dos. Se volvió hacia mí, sus ojos centelleando con un brillo juguetón. Su mano, cálida y reconfortante, se extendió para apretar mi mejilla con suavidad.

—Mis mejillas no —me quejé medio en broma y se echó a reír, devolviéndose a su asiento.

La luz del semáforo cambió a verde, y aceleró. En pocos minutos, estacionó el auto a un lado de una bulliciosa acera, en frente de la enorme casa de Callum. Nos costó encontrar un lugar vacío por toda la gente que estaba llegando a la fiesta. Nosotros aún no salíamos del auto.

—Recuerda que dijiste que podía tomarte una foto con las mejillas sonrojadas esta noche, y voy por esa foto. —Un destello travieso iluminó su mirada mientras pronunciaba esas palabras y una sonrisa se deslizó por su rostro.

—No estoy deteniéndote —murmuré, y mis labios se encontraron con los suyos en un roce seductor. Respondió con un gesto decidido, colocando su mano con firmeza sobre mi cintura. En ese momento, todo pareció desvanecerse, dejándonos inmersos en nuestras miradas cargadas de deseo.

—¿Y si no vamos a la fiesta? —susurró. Su mirada descendió de manera deliberada hacia mis labios, creando una corriente eléctrica dentro de mí.

—Ya estamos aquí. —Puse mi mano sobre su hombro.

—Podemos irnos. ¿Qué dices? —Esta vez, fue él quien acercó sus labios a los míos en un roce sugestivo. La cercanía de su aliento envolvió mis sentidos, y la tentación de sus labios me sumió en un dilema.

En ese momento, Callum rompió la burbuja en la que estábamos al golpear suavemente mi ventana. Su cabeza se asomó, regalándonos una sonrisa que pretendía ser inocente, aunque estaba segura que de eso no tenía nada. Afuera nos esperaban sus amigos y los míos.

—Tal vez en otra ocasión. —Solté un suspiro. Iba a abrir la puerta, pero su mano alrededor de mi muñeca me detuvo.

De repente, sus labios se fundieron con los míos, tomándome por sorpresa. Una cálida corriente de emoción recorrió mi ser mientras su mano delicadamente se posaba en mi cuello. Se tomó el tiempo necesario para separarse, como si cada segundo mereciera ser saboreado. Cada uno de sus besos llevaba consigo una mezcla irresistible de ternura y suavidad, una chispa que encendía mi interior con una calidez envolvente.

—Tenía ganas de hacerlo desde la última vez que te besé —susurró sobre mis labios, con la respiración agitada y con sus ojos cerrados.

Capítulo 10

La casa de Callum era enorme, estos chicos tenían dinero. Había universitarios por todas partes, hice una mueca de disgusto al sentir el olor a alcohol y tabaco. La fiesta había empezado sin el anfitrión, quien era el rubio, pero los miembros del equipo ya habían llegado y se encargaban de monitorear quién entraba y quién salía. Parecían unos guardias intimidantes por lo altos y ejercitados que estaban.

—Hoy no traje mi botella de agua para jugar a que es alcohol. —Formé una mueca triste y Kalem respondió con una sonrisa llena de diversión.

—Estoy seguro de que hay varias en la cocina, iré por una. —Lo detuve enseguida antes de que se fuera.

—No, no es necesario. No tomo nada que yo no traiga a estas fiestas.

—Precavida —dijo, provocando que encogiera los hombros con una sonrisa—. Entonces, vamos a una tienda cerca y regresamos... o no. —Ese destello travieso volvió a aparecer en sus ojos.

Mis pensamientos seguían en el recuerdo del beso que me había robado en su auto. Había encendido algo dentro de mí, y esta noche, me sentía decidida a jugar el mismo juego.

—No hay problema. Además, me iré en un rato —mentí para ver su reacción.

—¿Y si te distraigo lo suficiente para que decidas quedarte? —Tomó un mechón de mi cabello, acercándose lentamente a mí. Mis ojos, una vez más, descendieron hacia sus labios, y sonrió al notarlos—. Puedo besarte si es lo que quieres.

—No tienes tanta suerte —dije para molestarlo y le pinché su mejilla con mi dedo índice que provocó que soltara una risa.

—¿Estar aquí no te trae recuerdos de aquella fiesta? —preguntó mientras se sentaba en un sillón vacío de uno de los salones. Dio unas palmadas para que tomara asiento a su lado y así lo hice.

—¿Te refieres a aquella donde monté un numerito sobre la mesa, casi me rompo un pie y también robé tu inocencia? —Elevé una ceja.

—Sí, esa. —Sonrió, pasando su brazo encima del respaldo, rodeándome para estar más cerca.

—Aunque de inocente no tenías nada. —Reí sin poder evitarlo.

—Tú me corrompiste más ese día. —Me dio una sonrisa socarrona mientras tocaba con sus dedos las pulseras de mi muñeca.

—Puedo hacerlo de nuevo. —Acaricié su rostro y eso pareció enloquecerlo.

—Me encanta que coquetees conmigo. —Deslizó su mano desde mi muñeca hasta reposarla sobre mi pierna. No podía negar que mi cuerpo respondió a ese cambio, de pronto, una cálida

sensación se apoderó de mí, y estaba segura de que no era simplemente por la multitud que nos rodeaba. Mi cuerpo anhelaba más de su toque.

—Y a mí me encantas cuando no llevas camiseta. —Rocé mis labios por su mejilla hasta llegar a su oído. Sonrió de manera encantadora y apretó el agarre en mi pierna.

—Vamos a arriba para que puedas quitármela —susurró para mí.

Iba a contestarle, pero alguien me interrumpió.

—¡Kalem, me ha costado dar con la dirección, pero acá estoy! —Una voz dulce me hizo girar y me encontré con la niñera de Khaled. Lucía despeinada, pero aún así lograba verse hermosa, y sus rasgos llevaban consigo un aire de inocencia.

—Sofía, es bueno verte. — Él parecía no querer despegarse de mí, pero lo hizo y se levantó a saludarla. Ella me sonrió y yo le devolví el gesto.

La incomodidad se hizo presente cuando lo saludó con un beso en la mejilla, y pude percibir un destello especial en sus ojos mientras él hablaba. Un suave fruncimiento apareció en mi frente al notar los pensamientos que se agitaban en mi mente. ¿Celos? Negué esa posibilidad, intentando convencerme de que era absurdo. Sin embargo, en ese instante, mi corazón comenzó a latir con una mezcla de emociones.

Ellos permanecían de pie, y luego la risa encantadora de ella resonó de nuevo, provocada por alguna ocurrencia de Kalem. En ese instante, sentí una ligera molestia al darme cuenta de lo agradable y conversador que era con la gente. ¿No se daba cuenta de que ella estaba claramente interesada en él? Aunque intenté ahogar esos pensamientos, no pude evitar sentir una punzada de inquietud mientras los observaba.

Me levanté de mi asiento, enojada conmigo misma por sentirme de esta manera. No le dije nada a Kalem y caminé sola por la enorme casa. Nora estaba bailando con Charles en la pista; el científico no lo hacía tan bien, pero lo estaba dando todo con mi mejor amiga. Callum estaba jugando con algunos miembros de su equipo, arrojando pelotas a unos vasos sobre una mesa de ping pong. A quien no vi por ninguna parte fue a Kane; no tenía idea de dónde se había metido.

Fui al baño del primer piso, pero estaba ocupado así que subí las escaleras para buscar uno. Solo me lavé las manos y revisé algunas notificaciones de la aplicación donde escribía mis novelas para distraerme. Al salir me detuve de golpe porque Kalem estaba a un lado de la puerta recostado sobre la pared, esperándome.

—Me dejas abandonado allá abajo. —Hizo una mueca triste siendo dramático.

—Abandonado no estabas —murmuré con un tono de queja sin poder evitarlo. Me arrepentí al instante porque esbozó una sonrisa comprendiendo a lo que me refería.

—¿Acaso mi futura novia está celosa? —Se acercó para pellizcar suavemente mi mejilla.

Aún seguíamos frente a la puerta del baño, y agradecía que el pasillo del segundo piso estuviera

medio vacío.

—¿Celos? Yo no tengo tiempo para eso. —Solté un bufido, tratando de actuar indiferente, pero al parecer mi actitud le causaba ternura.

—Qué linda —murmuró, y en un instante, colocó sus manos en los costados de mi cintura, atrapándome contra la puerta. Lentamente, movió sus labios hasta mi oreja—. Te doy un beso si lo admites. O si quieres negociar por más también estoy dispuesto a hacerlo.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, impulsándome a colocar mis manos sobre sus antebrazos para sostenerme.

—No estoy celosa. Ya te lo dije —mentí.

—¿Estás segura? —Sentí su sonrisa mientras descendía para esconder su rostro en mi cuello, y una de sus manos se deslizó bajo mi camisa. Un suspiro escapó de mis labios, ya que disfrutaba tenerlo tan cerca—. Dímelo, Heather.

—No estoy ce...

Mis palabras se desvanecieron cuando mordió suavemente mi cuello. En ese instante, cerré los ojos, dejándome envolver por la deliciosa sensación.

—Yo puedo darte más, solo pido que lo admitas —murmuró sobre mi piel mientras dejaba besos húmedos.

Al no obtener respuesta, se apartó de mí, y abrí los ojos, expresando mi descontento con la mirada. Permanecía a la espera de mis palabras, en silencio. Sin embargo, la necesidad de sentirlo cerca se volvió abrumadora, así que jalé de su camiseta para acortar la distancia entre nosotros.

—De acuerdo, sí estoy celosa. Ahora quiero mi beso —confesé sin soltarlo, y esbozó una sonrisa de satisfacción. No le di tiempo a responder, ya que fui yo quien tomó la iniciativa y lo besé.

Coloqué una de mis manos en su cuello, atrayéndolo más a mí. No era un beso delicado, al menos no de mi parte. Lo estaba besando con ardor, liberando las ansias que había contenido desde la última vez en su auto. Mi cuerpo anhelaba tenerlo tan cerca, deseaba volver a saborear sus labios. La intensidad del beso aumentaba, y sus brazos envolvieron mi cintura, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

—Me encanta cuando me besas así —susurró cuando nos separamos un poco, nuestras respiraciones eran un desastre. Puso su frente sobre la mía, y su sonrisa parecía no querer borrarse del rostro.

—Ahora quiero negociar por más.

Con mi dedo índice y medio hice como si se tratara de una hormiga caminando por su brazo

hasta llegar a su hombro como lo había hecho en aquella fiesta que nos conocimos. Pareció recordarlo porque se aproximó de nuevo y esta vez dio una pequeña mordida a mi labio superior.

—Y estoy dispuesto a dártelo —habló sobre mi boca—. Yo puedo dártelo todo. Sería un buen novio, ¿no lo crees? —Su mano, que estaba debajo de mi camisa, ascendió lentamente, explorando cada centímetro con delicadeza.

—No quiero un novio. —Cerré mis ojos y disfruté de su toque.

—Puedo ser tu amigo, pero no pienso quedarme solo ahí —susurró, dejando besos en mi mejilla mientras su mano ascendía con determinación—. Voy por más.

—Buena suerte. Porque no te la pondré fácil.

—Soy paciente. —Depositó un beso corto en mis labios.

—Mucha charla, Kalem —dije, tomando su brazo. Una risa escapó de sus labios mientras yo abría la puerta del baño, encerrándonos dentro.

—Jamás lo he hecho en el baño —confesó, acercándose a mí y tomando mechones de mi cabello. Pude apreciar el leve rubor que tiñó sus mejillas, un detalle que encontré encantador.

—Soy una mala influencia entonces. —Sonreí, tocando las orillas de su camiseta.

—No pienso lo mismo —susurró, tomándome de la cintura con sus brazos fuertes y elevándome para depositarme con suavidad sobre el lavabo.

—Yo tampoco lo he hecho en el baño. —Acerqué mi rostro al suyo, pasé mis brazos por su cuello, y envolví mis piernas alrededor de su torso, pegándolo a mí. Parecía encantado por tenerme así—. Solo lo he leído en mis libros, tengo la teoría, pero me falta la práctica.

—Puedes practicar conmigo todo lo que quieras, no me quejaré. —Pasó uno de sus brazos alrededor de mi cintura para atraerme y su otra mano se puso sobre mi muslo descubierto por la falda que llevaba—. Te ves hermosa. —Me dio un beso corto—. Eres hermosa.

Lo atraje a mí para que no siguiera hablando y besé sus labios. No pareció quejarse, al contrario, se veía contento. Sus manos se posaron en mi trasero mientras el beso se profundizaba. El tiempo pareció desvanecerse mientras estábamos inmersos en esa conexión ardiente, y lo único que sabía con certeza era que no regresaría temprano a casa como había prometido.

Capítulo 11

—¿Y esas flores? —Nora quien estaba sentada a mi lado de manera relajada mientras se limaba las uñas. La clase que compartíamos aún no había comenzado.

Era lunes y yo sentía que moría. Lo usual.

Con mi rostro oculto entre mis brazos cruzados sobre la mesa, giré para encontrarme con un ramo de narcisos a mi lado, acompañados de una bolsa de gomas de oso. Me enderecé, tomé la bolsa y llevé un puñado de golosinas a mi boca.

—¿El terrón de azúcar? —Sonrió, regalándome una mirada pícaro que denotaba su interés por el chisme. Respondí afirmativamente con un gesto de cabeza.

—Esta vez son narcisos. ¿Sabes lo que significan? —dije distraídamente mientras pasaba la punta de mi dedo sobre uno de ellos. Se encogió de hombros—. Kalem está tratando de decirme que tiene ganas de empezar algo conmigo.

—¿Y tú cómo sabes tanto de flores?

—Tuve que investigar por un personaje que escribí para una de mis novelas.

—¿Entonces? —Me guiñó el ojo.

—¿Entonces qué? —Mi frente se arrugó, y me dio una mirada seria—. Estoy bien así, tranquila sin dramas amorosos por los que preocuparme.

—Yo entiendo eso, pero ¿no quieres agregarle sazón a tu vida amorosa? —Puso su mano en mi hombro y aprovechó para robar de mis gomas—. ¿Vas a negarme que el terrón de azúcar te gusta?

—Me atrae físicamente —aclaré.

—Y bien que te gusta toquetearlo. —Soltó una risa—. ¿O vas a decirme qué pasó con ustedes en la fiesta del sábado? Porque se perdieron por un buen rato.

—Lo hicimos en el baño —revelé, llevando otro puñado de osos a mi boca para evitar tener que hablar más. La sorpresa se reflejó en los ojos de Nora, quien abrió la boca, impactada por mi confesión.

—¿¿Dónde están mis detalles sucios?! —Me zarandé por los hombros y sonreí sin decirle nada—. Otra vez comiéndote los dulces a escondidas —se quejó, haciéndome reír.

—Fue el mejor polvo que he tenido hasta ahora, es lo único que diré. —Dejé la bolsa a un lado y dirigí una mirada rápida a las flores

—Y bien inocente que se mira.

—Y bien que lo hace —murmuré con una sonrisa.

—¡Heather Scott! —Se echó a reír. La rubia ya me conocía bien, también estaba acostumbrada a este tipo de comentarios de mi parte, en especial cuando leía libros subidos de tono que luego me pedía prestados—. ¡Yo ya lo vi, lo vi todo! Ya tendré que comenzar a buscar nombres para shippearlos.

—Para ya, loca. —Le di un empujón suave a su hombro.

—Tendré que hacer mis apuestas con Charles ahora mismo. —Sacó su celular para enviarle un mensaje y negué con la cabeza.

(...)

Recorrí el campus de la universidad en busca de Kalem, pero no lo encontré. Sabía que ese día no tenía prácticas con el equipo de *lacrosse* porque me lo había dicho. Le mandé varios mensajes, pero no respondía, así que opté por preguntarle a su primo.

Heathernática: Científico, otra duda.

Charles: Estoy con unas sustancias peligrosas en este momento, pero dime, escritora.

Heathernática: ¿Sabes dónde puedo encontrar a tu primo?

Charles: Si no está entrenando, estoy seguro de que está en el invernadero de la universidad.

Heathernática: ¿El invernadero?

Charles: Tu caramelo forma parte del club de jardinería.

Heathernática: No tenía idea.

Heathernática: Gracias, Einstein.

Después de pedir indicaciones para dar con el invernadero, fui directo hacia el lugar. Cuando llegué me sorprendió lo grande y bonito que se veía por fuera, ni hablar por dentro. Un espectáculo de tonalidades verdes y flores con distintos aromas y colores me rodeaban; estaba completamente fascinada, y de repente, una sensación de paz me invadió. Busqué a Kalem y lo encontré a lo lejos, estaba regando los narcisos. Me acerqué sin que se diera cuenta.

—¿Qué le dijo un jardinero a otro jardinero? —hablé. Se giró al instante al escuchar mi voz, y me regaló una sonrisa dulce. Me detuve frente a él—. Hablemos mientras podamos. ¿Entiendes? ¿Podar? —Me eché a reír mientras daba palmadas a su brazo.

—Eres un caso perdido. —Negó con la cabeza y dejó a un lado la regadera.

—Pero si mis chistes son buenísimos. Vamos, riéte. —Pellizqué su mejilla con suavidad.

—Me reiré, pero de lo malos que son. —Sonrió inocente y entrecerré mis ojos. Puso un mechón de cabello detrás de mi oreja sin dejar de verme.

—Me ofendes, pero lo dejaré pasar y tomaré tus flores y gomas como ofrenda de paz. —Di palmadas a mi mochila.

Lo que quedaba de las golosinas las tenía guardadas y los narcisos se los había regalado a mi profesora de Literatura porque estaba teniendo un mal día y las flores parecieron alegrarla.

—¿Te gustaron? —Acarició mi mejilla, dándome una mirada significativa. Sabía que se refería a mi respuesta a los narcisos.

—¿Estás tratando de comprarme con dulces? —Elevé una ceja, tratando de desviar el tema.

—Claro que sí, y puedo darte más azúcar. —Se acercó peligrosamente y rozó sus labios hasta que dejó un beso sobre ellos—. No sé, piénsalo.

—Me dará diabetes por tu culpa —me quejé, separándome.

—Pero morirás feliz, ¿verdad que sí? —Sonrió, metiendo una de sus manos en los bolsillos y con la otra se apoyó en la mesa larga de madera—. ¿Cómo me encontraste? Porque tengo que admitir que me fascina pensar que me buscaste.

—Le pregunté a tu primo *Newton*. —Saqué de mi mochila la razón por la que había venido, y se la extendí.

—¿Viniste a devolverme mi chaqueta? —dijo, confundido mientras la tomaba.

—Sí, no pude dártela el sábado.

Me había prestado su chaqueta el día de la fiesta porque me había dado frío, y luego, al regresar a casa, me quedé dormida en su auto, olvidando devolvérsela. La prenda, impregnada con su aroma, se convirtió en un recordatorio de lo que compartimos esa noche.

—¿Por qué siento que es una excusa solo para verme? —Sonrió con un destello en esos ojos, se sentó sobre el borde de la mesa de madera y tiró de mi mano para tenerme más cerca—. Pero me encanta que hayas venido.

—Pero ¿qué dices? No es una excusa. ¿Por quién me tratas? —mentí, ajustando la correa de mi mochila sobre mi hombro en un vano intento de parecer despreocupada. La sonrisa divertida en su rostro dejaba claro que no me creía.

—Yo también quería verte. —Puso sus manos a cada lado de mi cintura—. Y tenerte así.

—Me acabas de dar una idea para mi novela. —Abrí mis ojos emocionada y, sin apartarme, saqué rápido mi cuaderno, lo puse encima de uno de sus hombros y comencé a escribir. Soltó una risa.

—Me estoy acostumbrando a esto. ¿Sabes que sonrías cuando escribes? No me molestaría verte por horas mientras lo haces —dijo, mirándome mientras de manera distraída acariciaba con sus nudillos mi brazo—. Yo quiero leer tus libros.

—Todos pueden hacerlo, solo búscame en la página en la que los subo —comenté, distraída. Cuando terminé de escribir guardé el cuaderno y me quedé con el lapicero—. Dame tu mano.

—¿Tan pronto la propuesta? Apenas hemos tenido tres citas —bromeó, extendiéndome su mano mientras que la otra reposaba en mi cintura.

—¿Tres citas? ¿Cuáles fueron que no me enteré? —Elevé una ceja, escribiendo en su palma con el lapicero.

—La primera en el parque, la segunda cuando fuimos a comer al restaurante coreano y la tercera el día del partido que llevaste esa falda que estaba matándome —mencionó, acortando la distancia. Su rostro estaba cerca del mío, y una leve sonrisa jugueteaba en sus labios.

—Ah, te refieres a cuando lo hicimos en el baño. —Sonreí cuando terminé de escribir mi nombre de usuario para que me buscara después y también agregué una carita feliz.

—Esa noche no pude dormir. —Dejó un beso lento en mi mejilla.

—¿Tan mal lo hice que te causé pesadillas? —bromeé.

—Claro que no, fue tan bueno que no quise dormir para recordarlo. —Acarició mi rostro con los nudillos de su mano—. Me encanta besarte, pero más cuando lo haces tú.

—Siéntete afortunado porque eso no pasa tan seguido. —Toqué su cuello con la punta de mi dedo índice, y pareció gustarle—. Estamos solos, ¿cierto?

—¿Qué estás pensando? —Intentó sonreír, pero sus mejillas se tiñeron de un adorable sonrojo.

—Cosas no santas, y que mi abuela no aprobaría. Tendré que ir a la iglesia el próximo domingo por ti —bromeé y deslicé mis manos dentro de su camiseta, acariciando su trabajado abdomen. Soltó un suspiro, y pude percibir el placer en su reacción. Estaba disfrutando de mi toque tanto como yo.

—Te acompaño. —Esbozó una sonrisa de una manera que me hizo perder la cabeza. Mi cuerpo ansiaba más de él, así que rodeé su cuello con mis brazos y uní nuestros labios.

Mi celular sonó con un nuevo mensaje, iba a seguir besándolo, pero había sido el sonido que le puse cuando se trataba de mi mamá así que no lo pensé y me separé para sacarlo de la mochila. Hizo una mueca triste, pero no quitó sus manos de mí.

—Es mi mamá —informé, abriendo el mensaje.

—¿Qué dice mi futura suegra? —Me abrazó por la cintura y recostó su cabeza sobre mi hombro cerca de mi cuello.

—Que no puedes faltar el domingo a mi casa. Esta señora ya invitó a casi todos los vecinos, sin mencionar a la familia. —Llevé una mano a mi frente, y aproveché para guardar el celular—. No tendré paz este fin de semana. Estoy segura de que mis primos vendrán desde el viernes. Alguien

apiádese de mí.

Kalem soltó una risa por mi drama.

—¿Qué hay el domingo?

—Es la fiesta de cumpleaños de mi mamá.

—¿De la suegra? —Elevó su cabeza con rapidez—. Tengo que comprarle un regalo.

—También quiere que el pequeño individuo vaya. —Estiré mi mano para quitarle una pestaña caída en su rostro. Se quedó quieto y no dejó de mirarme mientras lo hacía—. Tal vez se junte con mis primos y así dejan de molestarme por un rato.

—Khaled no es bueno haciendo nuevos amigos —comentó, mirándome preocupado mientras esperaba que le quitara la pestaña.

—Pues ya somos dos. —Sonreí—. Pero esos revoltosos lo harán sentir en confianza, no te preocupes.

Asintió.

—Conoceré a tu familia. Nuestra relación se está volviendo seria, ¿no lo crees? Tengo que causarle una buena impresión a tu abuela —admitió, pensativo. Tocaba de manera distraída los mechones de mi cabello con una de sus manos mientras que la otra seguía rodeándome.

—¿Nuestra relación? ¿Seria? Dile eso y se pondrá a planear la boda. —Me dio un escalofrío de solo pensarlo—. A ver, repite después de mí. Soy el amigo de Heather. —Puse mis manos a cada lado de sus mejillas.

—Soy el amigo con quien Heather lo hace demasiado bien en el baño. —Sonrió, inocente.

Mis ojos se abrieron al escucharlo.

—¿Quieres que le dé un ataque a mi abuela? Dile eso y no me verás porque me llevará con ella a confesarme. —Lo señalé con tono acusador. Parecía broma, pero la señora era capaz.

—Yo no quiero dejar de verte.

—Entonces repite: soy el amigo de Heather.

—Soy el amigo con quien Heather lo hace...

—¡Kalem! —lo regañé y se echó a reír de manera adorable.

Capítulo 12

Era domingo y eso significaba que era la fiesta de mi mamá. Tuve que ir a recoger los arreglos de flores que había encargado a la floristería, y Kalem se ofreció a llevarme en su auto, a lo que no me negué. Él era guapo, pero ese día se veía especialmente atractivo. Además, su aroma embriagador llenaba el espacio del auto.

—¿En qué piensas? —Escuché su voz y me giré a verlo, iba conduciendo.

—Que olvidé ponerle seguro a mi cuarto y es probable que mis primas hayan entrado. No responderé si encuentro a uno de mis hijos fuera del librero. —Asentí con la cabeza, visualizando el drama que se armaría.

—¿Sabes? Ayer me puse a leer una de las novelas que tienes en línea. —Me dio una mirada rápida, al escuchar eso le presté mucha atención—. ¿Qué clase de novio sería si no leyera lo que escribe mi futura novia escritora? —Esbozó una sonrisa que derrochaba ternura—. Aunque apenas voy empezando.

—¿Y? —pregunté, ansiosa por su respuesta.

—El inicio me gustó, tus palabras me atrapan. —Se detuvo en el semáforo en rojo, aprovechó para girarse y acariciar mi cabello.

Algo dentro de mí se revolvió por sus palabras, y no pude evitar sonreír al contemplar esos ojos tan dulces. No iba a negar que me encantó descubrir que estaba sumergido en la lectura de una de mis novelas.

—Gracias. Tú sí sabes lo que es bueno. —Di una palmada en su hombro, la luz roja cambió y avanzó, girando su rostro al frente.

—Claro que lo sé, así como sé que soy bueno para ti. —Noté el atisbo de sonrisa que se formaba en su rostro.

—Interesante giro de conversación. —Solté una risa.

—Sé cocinar. Te cocinaría algo cuando te enojas conmigo.

—Excelente dato. Entonces, me enojaré contigo más seguido —bromeé, haciéndolo reír.

—Tengo que pasar a recoger a Khaled, ¿quieres venir conmigo? —preguntó, mirándome de reojo.

—Claro, un poco de paz antes de volver al ruido en mi casa no está mal. —Me recosté en el asiento cerrando los ojos. Puso la radio a un volumen bajo para que me relajara y le agradecí por eso.

No me di cuenta de lo rápido que me quedé dormida; culpaba a mis primos por no dejarme dormir la noche anterior con su pijamada y karaoke. Sentí una suave caricia en mi mejilla, y no necesité indagar mucho para identificar su aroma. Abrí los ojos y me encontré con su mirada

celeste.

—¿Cómo le haces para verte bien incluso cuando duermes? —preguntó mientras me incorporaba en el asiento—. Ya llegamos. —Sus dedos peñaron mi cabello mientras dirigía mi mirada hacia los alrededores por la ventana.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa. —Me volteé a verlo con los ojos abiertos.

—¿Esta es una trampa que planeaste para que conociera a tus padres?

—Es lo menos que quiero, créeme. —dijo, provocando que mi frente se arrugara—. Tranquila, ellos casi siempre se la pasan fuera de casa, así que no hay nada de qué preocuparse. Vamos.

Bajó del auto, así que hice lo mismo. Sentí cómo su brazo rodeaba mis hombros, guiándome hacia la entrada, pero mi asombro crecía al contemplar lo enorme que era el lugar. No tenía idea que era así de rico. Un jardín de ensueño se desplegaba ante mí, con una impresionante casa que eclipsaba mi visión y ni hablar de lo que me esperaba dentro. Me sentí pequeña y, al mismo tiempo, temerosa de tocar algo y romperlo, porque a la suerte que tenía le gustaba reírse de mí de vez en cuando.

—¡Pequeño, ya llegué! Espero que ya estés vestido. —Alzó la voz mientras caminábamos hacia el salón, y me senté en uno de los sillones caros que me pareció incómodo. Me ofreció algo de tomar, pero negué con la cabeza—. Ya vengo. —Se inclinó para darme un beso en la frente y se fue a buscar a su hermano.

Puse las manos sobre mis rodillas, examinando el lugar. La casa estaba envuelta en silencio, lo opuesto a la mía. Aunque era grande y hermosa, extrañamente no la sentía cálida. En ese momento escuché la puerta principal abrirse y el sonido de unos tacones acercarse. Sin embargo, recordé que me había asegurado que sus padres no estarían.

De inmediato me senté recta y traté de no moverme para que no me notara. Quise reírme por mi comportamiento. En ese instante, una elegante mujer con ropa de oficina apareció caminando con la vista fija en su celular. Parecía que iba a pasarme de largo, pero percibió mi presencia y se giró para mirarme.

—Hola, señora Taylor. —Me levanté de mi asiento como un resorte.

—¿Y tú quién eres? —El tono que usó no me gustó para nada, entró al salón sin quitarme la mirada de encima.

—Heather, amiga de Kalem.

La hermosa mujer frunció el ceño y no pasé desapercibido la inspección que me estaba dando con la mirada. Cruzó los brazos, y estaba a punto de decir algo que presentía que no sería agradable. Sin embargo, justo en ese momento, unas voces familiares se acercaron.

Kalem apareció con una linda sonrisa en el rostro, llevaba en sus brazos a Khaled mientras le apretujaba una de sus mejillas. En el hombro tenía colgada una mochila con un dibujo de Iron Man. El pequeño hizo una mueca de fastidio, pero tenía sus bracitos alrededor del cuello de su hermano mayor.

Los dos chicos Taylor se percataron de la presencia de su mamá; Kalem se detuvo al verla y su expresión cambió a una seria. En cambio, el pequeño esbozó una gran sonrisa y se revolvió para bajarse de los brazos de Kalem.

—¡Mami! —Corrió hacia ella, extendiendo sus brazos. Sentí como el castaño se puso a mi lado sin decir nada. El menor abrazó la pierna de su mamá mirando hacia arriba.

—Ahora no, Khaled. —La mujer lo apartó con suavidad, pero con una expresión de molestia en el rostro.

La mirada triste del niño apretujó mi corazón. Corrió de vuelta hacia su hermano mayor para abrazarlo y él le acarició el cabello. A ella no pareció importarle y eso hizo enojar a Kalem. Había descubierto que no me gustaba verlo enojado, me gustaba más cuando sonreía.

—¿Saliste temprano del trabajo? —preguntó.

—Claro que no, solo vine por unos papeles y regreso a la oficina de nuevo —dijo, dando unos rápidos vistazos a su celular, el cual parecía importarle más—. ¿Desde cuándo traes amigas a la casa? ¿Qué hace aquí? —habló como si yo no estuviera frente a ella. Elevé una ceja, estaba sorprendida y fastidiada por su actitud.

A él tampoco pareció gustarle lo que dijo.

—Khaled y yo tenemos una cita con ella, y se nos está haciendo tarde. Adiós, mamá. —Llevaba en sus brazos al pequeño y sentí su mano tomar la mía para caminar hacia la puerta.

—¿Cómo que cita? ¿A dónde? Kalem te estoy hablando. —Escuché que dijo molesta, pero él no se detuvo hasta que llegamos a su auto.

Ya en el camino, él iba manejando en silencio, el pequeño jugaba en los asientos de atrás con uno de sus carritos que sacó de la mochila y yo no sabía qué decir.

—Eso fue... como una escena de alguna de las series asiáticas que miro. —Solté una risa y noté como sonrió divertido—. Yo quería ver a tus cincuenta mascotas, pero creo que será en otra ocasión.

—Sólo dime que querías ver mi cuarto. —Esbozó una sonrisa de lado. Le di un golpecito en el hombro porque no hablaría de esas cosas con su hermano menor presente—. Sé que te dije que no estaría nadie, pero no imaginé...

—Tranquilo. Eso me dio una idea para un personaje malvado de la novela que estoy escribiendo. —Tomé mi celular y comencé a anotarla. Abrí mis ojos de inmediato y volteé a verlo—. No es que esté diciendo que tu mamá lo sea, ni nada por el estilo. No, no. Bien decente

que se miraba la señora.

Soltó una pequeña risa y estacionó frente a mi casa.

—Después hablaré contigo sobre mi familia. —Acarició mi mejilla y se giró para ver a Khaled —. ¿Listo para conocer a otros niños? —Él negó con la cabeza rápidamente.

—No quiero, yo solo vine por el pastel y luego me iré contigo.

Me recordó tanto a mí.

—Podemos quedarnos un rato más, no será tan malo. Ya verás —dijo, dándole una sonrisa. Khaled lo miró mal.

—Prepara tus cachetes, pequeño individuo porque mis tías estarán detrás de ti. Te ofrezco mis condolencias desde ahora. —Llevé mi mano al pecho y el niño arrugó la frente sin saber a lo que se enfrentaba.

Salimos del auto y Kalem me ayudó a bajar los arreglos florales, el menor caminaba al lado de su hermano agarrado de su pantalón con una de sus manitos y con la otra sujetaba el regalo para mi mamá. Qué lindo. Al entrar por la puerta principal uno de mis primos pasó con sus patines muy cerca de nosotros asustándonos.

—¡Tomás, casi me da algo! No querrás ver a tu tía si le pasa algo a sus flores, ¿verdad? —lo regañé.

—¡Lo siento! —gritó antes de perderse por el lugar.

Mi casa olía a comida casera, había música alta que provenía de alguna parte, familiares y vecinos por todos lados quienes conversaban y reían. Fuimos a la cocina y dejamos las flores. Aproveché para robar un poco de comida con la mano, consciente de que recibiría una reprimenda si mi mamá me descubría. Luego, guíe a los chicos Taylor hacia el patio, y al salir, todas las miradas se posaron de inmediato sobre nosotros.

Genial.

—¡Heather trajo al novio! —gritó una de mis tías, alzando su vaso de refresco y muchos comenzaron a aplaudir.

Llevé mi mano a la frente, tuve ganas de volver a entrar a la casa y quedarme en la cocina cerca de la comida mientras leía algún libro en mi celular. Volteé a ver a Kalem, quien tenía una enorme sonrisa al ver que él y yo éramos el centro de atención. Nos acercamos a la mesa donde estaba sentada mi mamá con algunos familiares.

—¿Él es tu novio, prima? Está bueno —dijo la castaña que tenía casi mi edad. Entrecerré los ojos hacia ella.

—Es un amigo —enfaticé la última palabra, mirando a mi familia. Mis tías me dieron una

sonrisa. Por supuesto que no me creían—. También trabaja en la cafetería de mamá. Kalem, y su hermano, alias pequeño individuo, Khaled.

—Buenas tardes, familia Scott. —Sonrió de una manera desgarradoramente encantadora. Él y sus encantos que lograban ganarse a la gente.

Mis primas ya le estaban echando el ojo, y dándole miraditas. Mis tías lo inspeccionaban para darme el visto bueno, el cual no necesitaba porque él y yo solo nos estábamos liando. En cambio, Khaled los miró con cara de disgusto a todos y luego comenzó a gruñir como lo había hecho conmigo. El pequeño era como yo con gente nueva.

Mamá se levantó de su silla y saludó de manera cálida a Kalem con un abrazo, quien no olvidó felicitarla, luego ella miró hacia el menor.

—¡Si es el perrito! —dijo, sonriendo—. ¿Eso es para mí? —Señaló la bolsa de regalo.

El pequeño se relajó con la presencia de ella y asintió sin dejar de verla, sus ojos la miraban con anhelo de cariño mientras le extendía la bolsa. Mamá lo abrazó y luego lo cargó en sus brazos poniéndolo a su altura. Khaled sonrió con ternura sin apartar la mirada.

—Me recuerda tanto a mi Heather. —Le apretó las mejillas a la pobre criatura, luego me miró—. Cuando estabas así de pequeña no me respondías, qué buenos tiempos.

—Me ofendes, mamá, pero lo dejaré pasar porque es tu cumpleaños. —Crucé los brazos.

—¡Me vinieron con el chisme! ¿Dónde está el novio de mi capullito? —gritó mi abuela, saliendo apurada por la puerta que daba al patio.

—Ay, Dios. —Llevé mi mano a la frente. Kalem se echó a reír, parecía estar disfrutando con mi familia.

—Esto se pone cada vez más bueno —susurró cerca de mi oído con una sonrisa en los labios.

Capítulo 13

—¿Este es el muchacho? —dijo mi abuela, inspeccionando a Kalem y una sonrisa apareció en su rostro—. Preséntate, joven.

—Soy Kalem, el amigo con quien... —habló, pero le di una mirada rápida para que dijera lo que habíamos ensayado—. De Heather.

—¿Amigo? ¿Estás seguro de que solo eres amigo de mi capullito? Porque a mí me parece que eres más que eso, muchacho. —Le dio unas palmadas en su brazo y sonrió viéndose adorable—. Mira, está fuertecito. Te alimentas bien, ¿verdad? Este es más bonito que el otro flacucho.

Kalem empezó a reírse.

—Abuela —hablé entre dientes.

—¿Qué? Estoy vieja, pero no ciega.

—¡Concuerdo con eso! —gritó una de mis tías, alzando su vaso de refresco—. ¡Brindemos por el novio de Heather!

—¡Por el novio de Heather! —dijeron en coro la mesa donde estaba parte de mi familia alzando sus vasos.

—¿Por qué me hacen pasar por esto? —Llevé mi mano a la frente.

—¿Qué dices? Si es divertido. —Kalem me sonrió y movió una silla para que me sentara. Luego, tomó asiento con total confianza en la mesa, justo al lado de mi abuela. Aceptó la bebida que le ofrecieron y se puso a platicar con ella.

—¿Cómo le hiciste para conseguirte uno así? Yo también quiero uno —preguntó mi prima, haciendo una mueca triste.

—Que no somos novios —expliqué, ya había perdido la cuenta de las veces que había dicho eso.

—Ajá, haré como que te creo. —Se rio, jugando con mi paciencia y entrecerré mis ojos hacia ella.

—Es la verdad.

—Entonces, si no son nada, ¿me lo dejas para mí? —Elevó una ceja, curiosa.

—El jugo se ve bueno, déjame probar un poco. —La ignoré, tomando la jarra y sirviéndome. Mi prima soltó una risa, dándome esa mirada pícara.

—No son nada, pero lo quieres para ti sola —murmuró solo para que yo pudiera oírla.

—No sé de qué hablas —le susurré de vuelta, y las dos comenzamos una guerra de miradas.

—Muchachas, no quiero rasguños en mi fiesta, por favor. —Mamá nos regañó, así que rompimos el contacto.

Kalem al escucharla se giró a verme con curiosidad, acarició mi cabello y me regaló una sonrisa. Bebí del jugo, consciente de las miradas que se posaban sobre nosotros. No me gustaba llamar la atención ni las muestras de cariño en público. En cambio, él parecía ser el tipo de persona que disfrutaba expresar su afecto en cualquier momento y lugar.

—¡La carne está aquí! —gritó mi papá, llegando hacia nosotros con una bandeja en las manos. Su frente se arrugó cuando miró a Kalem con su mano en mi cabello—. ¿Qué haces en la fiesta de mi esposa, y tocando a mi Heather Azucena?

—Mamá lo invitó. —Es lo único que dije. Volteó a verla rápido y ella se hizo la distraída jugando con Khaled en su regazo.

—¿Por qué tratas a tu yerno así? —lo reprendió la abuela—. Es parte de la familia ahora, no veo el problema en que haya venido.

—¿Cómo que yerno? —Papá miró a Kalem con mucha seriedad, lo que me preocupó.

Hora de salvarlo.

—Solo somos amigos —aclaré para apaciguar las aguas.

—Por ahora. —Kalem acarició mi cabello de nuevo, provocando que mis ojos se abrieran.

La abuela sonrió encantada al igual que mis primas y tías, pero el rostro de mi papá se pintó con una sonrisa de boca cerrada. Kalem parecía muy relajado, y en ese momento, mi padre le puso una mano sobre su hombro y apretó un poco. A pesar de la sutil intimidación, él mantuvo la calma, mostrando respeto y determinación en su mirada.

—Acompáñame a asar más carne, muchacho —le dijo. Kalem iba a decir algo, pero lo detuvo—. No es una pregunta. Vamos, futuro yerno. —Arrastró las últimas palabras como si no le gustaran.

—Iba a preguntar qué tipo de carne asaremos. —Se levantó con gracia, ajustando las mangas de su camisa con un gesto seguro—. ¿Ya le dije que me encanta cocinar? Cocino un poco de todo, así que Heather no pasará hambre conmigo. Puede estar tranquilo de eso —agregó y una tierna sonrisa iluminó su rostro, irradiando una calidez que abrazaba el ambiente.

Estaba segura de que, de alguna manera, mi abuela quería pellizcarle las mejillas. Negué suavemente con la cabeza, pero no pude evitar sonreír ante la escena.

—Este muchacho no se encuentra en todos lados. —Mamá intercambió una mirada cómplice con mi tía, y ambas sonrieron.

—¿Siempre tienes que hablar tanto? —Papá se quejó, mirándolo y haciendo una mueca de cansancio. Le pasó el brazo alrededor de sus hombros para hacerlo caminar y alejarlo de nosotros

—. ¿No tienes un botón de apagar? Sería muy útil.

—Me gusta conversar, pero si lo prefieres, puedo dejarlo hablar a usted. —Escuché que le dijo siendo amable.

—Ahora sí nos vamos entendiendo. —Le dio unas cuantas palmadas en la espalda.

Me preocupé por lo que papá podría decirle a Kalem, pero una sonrisa juguetona curvó mis labios. En el fondo, tenía plena confianza en que, con su ingenio y encanto, Kalem sería capaz de invertir los roles y lograr fastidiar primero a papá.

—Me gusta ese muchacho para ti, capullito —habló la abuela, llamando mi atención—. Y mira que a ti que no te gusta cocinar, aprovéchalo.

—No es mi novio, y tampoco quiero uno ahora. —Solté un bufido.

—Si tuviera tu edad, no tardaría en robártelo. —Bebió un poco de su jugo, mirando hacia otro lado.

—¡Abuela!

—¿Qué? Yo hablo con la verdad, capullito. Soy vieja, no tonta.

Después de un rato, llevé a Khaled a la mesa de comida para que eligiera lo que quisiera. De repente, un carrito de juguete voló por los aires y aterrizó en la mesa, dándome un susto. Por suerte, no había caído en la comida, ya que eso habría vuelto loca a mamá.

—¡Tomás y Matías! —los regañé cuando aparecieron frente a nosotros.

Khaled tomó el carrito volador dejando de lado su plato y lo observó fascinado.

—Se me resbaló, lo juro —dijo Matías. Sabía que estaba mintiendo.

—¿Y quién es él? —preguntó Tomás, señalando al pequeño a mi lado que no dejaba de ver el juguete.

Ellos dos eran mis primos menores y los más problemáticos de la familia. Me caían bien, pero eran un dolor de cabeza a veces. Matías tenía nueve años y Tomás ocho.

—Es el hermano menor del castaño que asa la carne por allá. —Con mi mano señalé a Kalem, quien parecía no dejar de hablar, y a mi papá a su lado con la mano sobre la frente. Reí al verlos.

—Ah, hablas de tu novio. —canturreó Matías.

—Él no es mi... —Solté un suspiro, cansada de repetirlo.

—¿Puedo quedármelo? —dijo Khaled, refiriéndose al juguete.

—¿Eh? No, no. Este me lo gané en la feria. —Matías negó con la cabeza.

—Te daré dinero de mi hermano mayor por él —ofreció.

—¿De cuánto estamos hablando, chico? —Tomás sonrió, interesado.

—No, claro que no. Khaled, no puedes ofrecer dinero de Kalem sin preguntarle primero y ustedes no pueden aprovecharse del pequeño —los regañé.

—Prima, estamos haciendo negocios aquí —dijo Matías, haciendo que rodara mis ojos.

—¿Y si les doy uno de los míos por el suyo? —habló el menor, sacando un carrito de su bolsillo.

Mis primos lo tomaron para inspeccionarlo, luego abrieron sus ojos asombrados.

—Este vale más que ese. Quédatelo —dijo Tomás.

—Podemos revenderlo en la escuela y sacar más —propuso Matías y luego los dos chocaron los puños.

—¿Quieres ir a jugar con nosotros? —Tomás le dio una sonrisa amigable a Khaled.

El pequeño individuo despegó la mirada del juguete para verlos, su carita era de desconcierto y tenía la frente un poco arrugada. Luego, hizo algo que me descolocó. Elevó su pequeña mano y tomó la mía. Estaba refugiándose en mí.

—No sé. —Fue lo único que dijo.

—Anda, que no mordemos —le animó Matías.

—Ajá. ¿Y qué pasó con aquel niño de su escuela? —Elevé una ceja.

—Prima, eso ya está en el pasado. —Matías meneó su mano, restándole importancia.

Negué con la cabeza y luego bajé la mirada. Khaled aún no me soltaba, el niño que me había gruñido semanas atrás ahora sostenía mi mano. Mi corazón se apretujó.

—Ve con ellos, yo los estaré vigilando. Parecen peligrosos, pero son inofensivos. —Traté de animarlo. No estaba seguro, pero entonces puse mi mano sobre su espalda y le di palmaditas para que fuera.

Caminó a paso lento hacia ellos y luego Tomás pasó su brazo sobre sus hombros con total confianza, llevándose. De inofensivos no tenían nada esos dos, solo lo había dicho para que se relajara un poco. Esperaba que no le cortaran ningún cabello y que el pequeño no terminara ofreciendo todo el dinero de su hermano. Caminé hacia el lugar donde mi padre y Kalem asaban la carne. Me senté en una silla y me puse a observarlos.

—¿De verdad quieres hacerlo mi yerno? Habla y habla. Ya no puedo más —susurró mi papá mientras se sentaba en una silla a mi lado. Se miraba frustrado.

—No quiero novio, así que no te preocupes —le susurré de vuelta mientras Kalem estaba distraído con la comida.

—Eso dices tú, pero tu madre dice otra cosa y sabes que ella tiene buen ojo para esto, Heather Lorena. —Me dio esa mirada sospechosa que me hizo rodar los ojos.

—¿Tienes hambre? —Kalem se acercó con un plato de carne asada, sus mejillas estaban sonrojadas por estar cerca del calor. Mi padre se aclaró la garganta, y asentí con la cabeza tomando el plato.

—A tu papá no le gustó mucho, pruébala tú y dime cómo quedó. Si no te gusta puedes decírmelo, sin presiones.

—No creo que esté tan mal —dije, llevando un trozo de carne a mi boca y mis ojos se abrieron—. Esto sabe muy bien. Deja de hacerlo sentir mal —regañé a mi padre, quien soltó un resoplido y Kalem sonrió contento.

—Llevaré esta carne a las mesas, mientras ustedes lleven el resto a la cocina. —Se levantó para tomar los platos y al pasar al lado de Kalem entrecerró los ojos, y él pestañeó sin comprender.

—No le hagas caso. Vamos. —Tomé su antebrazo para que caminara a mi lado. Me di cuenta de las miradas pícaras de mis tías así que lo solté rápido, tomé los platos y caminé apurada. Trotó hasta llegar a mí y ayudarme a cargar la comida.

—¿Será que comienzo a caerle mejor a tu papá? —preguntó cuando ya estábamos en la cocina. Aproveché para lavar mis manos y él se sentó en una de las sillas de la pequeña mesa del centro.

—Mmm... este... —dije, haciéndome la distraída mientras secaba mis manos con una servilleta. Se rio y caminé hacia donde estaba él.

—¿Pero comienzo a caerle mejor a ti? —Tiró de mi mano para tenerme cerca, y de manera casi instintiva, mi otra mano se posó con delicadeza sobre su hombro, estableciendo un contacto sutil pero significativo. Su rostro descansaba bajo el mío mientras permanecía sentado, y sus ojos me observaban con una mirada tierna y afectuosa.

—Me caes bien. —Fue todo lo que pude decir, encogiéndome de hombros. Respondió con una de esas sonrisas suyas que despiertan emociones, como si mi simple expresión hubiera desencadenado un juego silencioso de complicidad entre nosotros.

—¿Como para futuro novio? —Entrelazó sus dedos con los míos, y tenía ese lindo brillo en los ojos.

—Insistes mucho con eso. —Suspiré mientras tocaba la tela de su camisa y luego elevé la mirada de nuevo—. Besas genial, y también lo haces genial —admití y al parecer no se esperaba eso porque sus mejillas se enrojecieron—. Pero no quiero un novio, estoy bien así. Me gusta mi vida sin dramas, y tú me dijiste el día de la fiesta que nos conocimos que estabas esperando por la indicada. Yo no lo soy.

—Heather. —Se rio y tomó un mechón de mi cabello. Luego, me regaló una de esas sonrisas que desencadenaban un cálido revuelo dentro de mí—. Tú lo eres —afirmó, y en ese momento, el aire parecía cargarse con la dulzura de sus palabras.

Capítulo 14

¿Yo era la indicada? No. Claro que no. Una oleada de temor empezó a apoderarse de mí. ¿Podría ser que estuviera desarrollando sentimientos más profundos hacia mí? No, no. De repente, sentí la necesidad de distanciarme de él, algo que no podía controlar.

—Heather. —Tocó mi mejilla, mi expresión del rostro pareció preocuparle—. No hay presiones, tranquila, no quise asustarte. —De forma inesperada, me envolvió con cariño en sus brazos. Aún seguía sentado en la silla y sólo me quedé quieta de pie—. Lo menos que quiero es eso.

Justo en ese momento alguien entró a la cocina.

—Vaya. Y yo que solo venía por un vaso de agua. —Y ahí estaba su voz irritante.

Kalem se separó un poco, pero no dejó de abrazarme, y su frente se arrugó al verla.

—¿Qué haces en mi casa? —Hice un gesto de molestia y ella rio sin gracia cruzando los brazos.

—Tu mamá invitó a la mía y a mí, y francamente, no es que quiera estar aquí. —Soltó un bufido y luego posó su mirada en Kalem. No era ciega para notar como lo observaba. Gabriela sonrió de lado—. Este es el chico del otro día, ¿cierto? Al parecer ya superaste a Matt, ¿o aún tratas de olvidarlo?

Una risa sin gracia escapó de mis labios. Observé a Kalem, y pude sentir cómo su cuerpo se tensaba en respuesta a las palabras pronunciadas por ella. En ese momento, su rostro reveló una mezcla de sorpresa y cautela, como si estuviera evaluando la situación con una intensidad apenas disimulada.

Tomé a Kalem de la mano para que se levantara y así salir de ese lugar sin voltear a verla. No quería seguir escuchándola.

Subimos las escaleras y lo llevé a mi cuarto, el cual él ya había visto. Luego de cerrar la puerta, caminé decidida hacia las amplias ventanas, las abrí de par en par y me senté en el borde, dejando que el suave susurro del viento acariciara mi piel. En el silencio, pude escuchar sus pasos rápidos acercándose hacia mí.

—No te vayas a caer de ahí. —Su tono, impregnado de preocupación, logró que una sonrisa se dibujara en mis labios. Estaba mirando hacia adelante cuando de repente sentí que se acomodaba a mi lado.

—Hago esto todos los días. Tranquilo.

—Esto está muy alto. —Miró hacia abajo y luego puso una mano sobre el borde de la ventana para sostenerse. Elevé una ceja cuando con su otra mano sostuvo mi muñeca—. Es para prevenir caídas, y mira que tú tienes varias de esas. Me sentiré mejor si me dejas hacerlo.

Asentí y sonrió.

—Aunque creo que solo es una excusa porque le tienes miedo a las alturas.

—No le tengo miedo a las alturas, tengo miedo de que te lastimes —dijo sin despegar sus ojos de mí—. Además, me he escapado de casa varias veces por mi ventana. Gracias al cielo no me he roto nada. —Se echó a reír.

—Hablando de eso, tu casa es enorme. Estoy segura de que tu baño es más grande que mi cuarto, pero no me dio tiempo para averiguarlo. —Hizo una mueca y sonrió con la mirada en mis labios—. Luego, llegó tu madre y bueno tú sabes. No quiero ser entrometida porque mi mamá dice que eso es de mala educación, pero no pude evitar notar la tensión en el aire cuando ella llegó.

—¿Quieres que te hable de mis padres? —Bajó la mirada por unos segundos y después volvió a verme. Sabía que ese no era un tema del cual le gustaba hablar.

—Sí. Ponte hablador como lo hacías con mi papá —dije, haciéndolo sonreír.

—Es agradable pasar el rato con tus padres, pero no puedo decir lo mismo de los míos. —Hizo una mueca y giró su cabeza hacia el frente, yo también lo hice. Había una gran vista del atardecer—. Yo los amo, son mi familia. Y aunque ellos digan lo mismo no se siente como si lo hicieran. Tienen vidas ocupadas por su trabajo, yo lo entiendo, pero me hubiera gustado pasar las navidades y cumpleaños con ellos y no solo con la niñera.

Me solté de su agarre en mi muñeca y tomé su mano, eso pareció gustarle.

—Cuando Khaled llegó con nosotros, esperaba que eso nos uniera, pero al parecer nos alejó más. Y me duele porque no me gusta ver a Khaled triste, por eso me encargo de darle mucho amor.

—Eso puedo notarlo. —Sacudí mi cabeza hacia los lados y pude notar su sonrisa, después se acercó y dejó un beso dulce sobre mi mejilla.

—Así que no te tomes nada personal de lo que dijo mi madre.

—Kalem, cariño, me he visto y leído tantos dramas de madres malvadas, así que no hay de qué preocuparse.

—Me encanta que me digas cariño, ¿ese será mi nuevo apodo? —Me dio una sonrisa y ahí estaba ese brillo pícaro en sus ojos.

—Pero qué lindo se ve todo desde acá arriba. —Cambié el tema a propósito y soltó una pequeña risa. Ambos permanecemos en silencio contemplando los colores naranjas del cielo.

—Heather.

—¿Sí? —Sentía su mirada sobre mí.

—¿Quién es Matt?

Íbamos a tener esa charla.

—Mi exnovio —respondí, girándome para verlo.

—Dime si estoy entrando en aguas peligrosas. —Sentí cómo entrelazó sus dedos con los míos. Solo miré nuestras manos unidas, pero no me alejé—. Soy curioso, y a veces puedo hacer varias preguntas, pero no tenemos que hablar sobre eso si no quieres.

—Tú me hablaste de tu familia, así que yo puedo hablarte de mis dramas amorosos. Lo cuales no son muchos —dije—. He pasado por más rupturas literarias que reales ahora que lo pienso.

Se rio.

—Matt fue el primer novio que tuve y el último por el momento, porque no creo que el novio de la primaria cuente. —Reí y parecía gustarle cuando lo hacía por la manera en la que me miraba.

—Yo sí la cuento, es amor de niños. —Se encogió de hombros, viéndose adorable.

—Eso es porque eres tan dulce, por algo te llaman terrón de azúcar.

—¿Y por qué terminaron?

—Porque lo mordió la serpiente que está allá abajo.

—Gabriela.

—Ajá. Se mudó hace unos años al vecindario y terminamos yendo a la misma secundaria. Digamos que resultó ser caprichosa y quería tener todo lo que yo tenía, y ahí es donde entra Matt.

—¿Te engañó?

—En nuestro último año. Claro que cayó por ella. Ese ladrón. —Solté un bufido con molestia.

—¿Ladrón? —Su frente se arrugó.

—Ladrón de libros. Le presté a uno de mis hijos y no quiso regresármelo. No sé si estará pasando frío o lo tiene en un rincón lleno de polvo. —Hice una mueca triste y luego dejé escapar un suspiro.

—Pobrecito. —Asintió con la cabeza, parecía estar pensando en algo.

—Aunque tengo que admitir algo —hablé después de una pausa, y volteé a verme—. Al enterarme de que Matt me había sido infiel con Gabriela me sentí feliz porque así tendría que dejarlo. Estaba buscando una excusa para hacerlo.

—¿Por qué?

—Era mi primer novio, al principio estaba emocionada, pero aterrada al mismo tiempo. Al

pasar los días comenzaba a sentirme ansiosa y ¿fastidiada? No sé, tener a alguien detrás de mí todo el tiempo y recibir sus llamadas en las tardes me empezaba a agobiar.

Solté una risa, recordando. Estaba atento, escuchándome. Su mano seguía entrelazada con la mía.

—Me sentía mal porque se suponía que era mi novio y eso era algo normal. También, tenía miedo. Miedo a que algo malo sucediera en cualquier momento en nuestra relación o que las cosas se volvieran más serias. Tal vez no estaba lista para tener una relación en ese momento, tal vez todavía no lo estoy.

Me dio un pequeño apretón en mi mano que sostenía para llamar mi atención.

—¿Y qué tal si estás lista, pero tienes miedo a intentarlo? —Me dio una de sus sonrisas dulces.

No lo admitiría en voz alta, pero me gustaba escucharlo hablar.

—No quiero intentarlo, todavía no. —Metí una de mis piernas de nuevo a mi cuarto, seguía sin soltar mi mano así que también se movió para que los dos bajáramos del marco de la ventana.

—No tienes que sentirte presionada, las cosas buenas llegan a su tiempo. —Sonrió, tomando un mechón de mi cabello—. Y aquí es donde entro yo —dijo, haciéndome reír.

—¿Tú eres una de esas cosas buenas?

—Por su-pues-to. —Dejó un beso en cada una de mis mejillas por cada sílaba que decía.

Rodé mis ojos mientras trataba de ocultar una sonrisa, pero se dio cuenta y sonrió de lado.

—Ya admite que te gusta el azúcar —habló de manera descarada, acercando su rostro al mío. Podía ver sus intenciones de besarme, así que fui más rápida.

—Nada de novios por el momento —susurré sobre sus labios y me alejé caminando hacia la puerta.

—Entiendo eso, pero ¿qué hay de un beso? Yo quiero uno, bueno, no sólo uno —admitió en modo de reproche, tratando de seguirme por las escaleras. Sonreí al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

Me detuve de repente y sentí como él también lo hizo. Los dos seguíamos en las escaleras, Kalem estaba un escalón más arriba de mí, así que subí dos para estar a su altura. Se había quedado callado porque no esperaba que me detuviera. Puse mis manos sobre sus hombros y me incliné para besarlo. No tardó en seguirme, pude sentir su sonrisa en medio del beso y su mano en mi cabello para profundizarlo.

—¡Puaj! —Escuchamos unas voces infantiles que hicieron que detuviéramos el beso.

Tomás, Matías y Khaled estaban al final de la escalera con expresiones de disgusto en sus rostros.

—¡Kalem, te dije que estabas muy joven para novias! —El menor lo señaló con su dedo índice—. Ya no te prestaré mis carritos, traidor.

Quise reírme, pero me contuve. Se veía adorable, era celoso cuando se trataba de su hermano mayor.

—Khaled —dijo con una sonrisa cálida, pero su hermano cruzó los brazos. Los dos bajamos las escaleras hasta llegar a ellos.

—¡Heather tiene novio! —Mis dos primos dijeron en coro en ese tono que sabían que me molestaba.

—Pequeño individuo —hablé de manera suave y luego miré a mis primos con molestia—. Y ustedes dos, Kalem y yo somos amigos. A-mi-gos.

—Podemos ser pequeños, pero sabemos que un beso como ese no pasa entre amigos —señaló Matías y me dio una sonrisa burlona.

Kalem aprovechó para inclinarse y acariciar el cabello de su hermano mientras le susurraba algunas cosas. El pequeño individuo seguía con los brazos cruzados, parecía negarse a la idea de compartir a su hermano con alguien más.

—Me pregunto qué pensará la abuela de este chisme —habló Tomás con un brillo travieso en sus ojos.

—Más les vale que no digan nada. —Me incliné para susurrarles—. Y no pienso negociar con ustedes porque la última vez que lo hice quedé en bancarrota. No vuelvo a caer en sus redes.

—Qué mal, entonces. —Matías se encogió de hombros. Los dos cruzaron miradas cómplices.

Mi frente se arrugó.

—¡Heather estaba besándose con su novio-no-novio en las escaleras! —Tomás salió corriendo hacia el patio mientras gritaba lo mismo una y otra vez, Matías fue detrás de él imitándolo.

—Paciencia, no pido mucho. —Llevé mi mano a la frente, escuché la risa de Kalem y salí corriendo detrás de mis primos.

—¡Heather del Socorro, necesito explicaciones! —Escuché el grito de mi papá desde el patio, así como también se podía oír a mis tías hacer otro brindis por Kalem y por mí.

Solté un suspiro cansado. Lo que me faltaba.

Capítulo 15

Habían pasado días desde la fiesta de cumpleaños de mamá, y mi familia seguía creyendo que Kalem era mi novio a pesar de todas las veces que lo negué. Mi abuela le había pedido sus redes sociales para seguirlo y estar en contacto, se las dio con gusto, y mis primas no perdieron la oportunidad tampoco.

Iba caminando por la universidad al lado de Nora mientras sostenía en mis manos el libro que estaba leyendo.

—Te vas a caer si no despegas la vista de las páginas. —Entrelazó su brazo con el mío para guiarme y evitar cualquier accidente—. Quisiera que Charles me mirara de la misma forma en la que tú miras esas hojas de papel. —Escuché como soltó un suspiro exagerado que me hizo voltear a verla con la frente arrugada.

—¿De qué hablas? Si ese pelirrojo te mira como yo lo hago con mis libros.

—Ya lo sé, sólo quería que me prestaras atención. —Sonrió de manera inocente, pegándose más a mí.

Negué con la cabeza y guardé el libro en mi mochila que colgaba sobre mi hombro. Metí mis manos dentro de los bolsillos de mi suéter, y sentí el papel entre mis dedos y lo saqué, de inmediato captó la atención de Nora.

—Guau, ¿qué es eso? ¿Tú lo hiciste?

—Es una rosa azul, me la regaló Kalem esta mañana —dije sin dejar de verla mientras seguíamos caminando.

—Tu caramelo tan dulce. —Sonrió, pinchando mi abdomen, y haciéndome rodar los ojos.

—No es mi caramelo.

—Pero bien que te lo comes a escondidas —dijo como siempre en un tono pícaro.

—Nora —me quejé.

—Pero si es la verdad. Tan meloso que resultó, no pensaba decírtelo, pero James y yo ya estamos pensando en cómo se llamará el *ship* de ustedes dos. —Se veía emocionada.

—No hay, ni habrá ningún *ship*. Puedo asegurártelo —expresé completamente seria, pero no pareció creerme.

—¿Por qué siento que tratas de convencerte más a ti que a mí?

—Ilusiones tuyas.

—Claro. —Alargó la “a” a propósito.

Seguimos con la caminata ya que teníamos tiempo libre antes de que nuestra próxima clase comenzara.

—¿Sabes lo que significa una rosa azul? —pregunté, jugando con la figura de papel en mis manos. Ella negó—. Dicen que son las más difíciles de encontrar, y son muestra de confianza. Kalem es esta rosa azul, y está tratando de decirme que puedo confiar en él.

—Aw. Quiere ir en serio contigo. —Se detuvo y se puso en frente de mí. Me sostuvo de los brazos y me sacudió como si tratara de hacerme entrar en razón—. Está mandándote mensajes con flores. Es tan lindo, ¿verdad que sí?

—Lo es. Me da buen material para mis novelas, pero no puedo ofrecerle más que solo una amistad.

Asintió con la cabeza, comprendiendo y soltó su agarre en mis brazos.

—¿Kalem hizo la rosa azul? —preguntó, mirándola.

—Sí, parece que se le da bien el origami.

—¿Sabes lo que eso significa? —Me dio una mirada que no comprendí—. Que es bueno con las manos.

Se echó a reír, y evité mirarla porque también había tenido el mismo pensamiento cuando me enteré.

—¡Te estás sonrojando!

—¡Claro que no!

—Tu boca puede mentirme, pero tus mejillas te delatan. —Rio de nuevo y le hice mala cara. De repente su risa disminuyó y su mirada se enfocó en algo detrás de mí—. Pero mira quién viene allá.

Me giré y vi como Kalem se acercaba hacia nosotras trotando. Cuando notó mi mirada elevó su mano para saludarme con una sonrisa. No tardó en alcanzarnos y ponerse frente a mí.

—Heather —dijo con la respiración agitada.

—Kalem.

También saludó a mi mejor amiga con una sonrisa cálida.

—Bueno, yo iré a buscar a mi *Einstein*. Chao —dijo para dejarnos solos.

Caminó un poco y aprovechó que era la única que la miraba para formar un corazón con sus manos señalándolo a él y después a mí. Cuando Kalem se giró a verla, salió corriendo y reí.

—¿Me estabas buscando? —pregunté, llamando su atención y guardando discretamente la rosa

azul en el bolsillo de mi suéter.

—Ah, sí. Tengo algo que decirte. —Desordenó su cabello con la mano.

—¿Qué cosa? —dije, tratando de ocultar el efecto que esa acción tuvo en mí.

—Matthew Mayer hará una fiesta mañana en la noche —informó.

Mi cara cambió a una con completa seriedad al escuchar ese nombre.

—¿Y me dices eso porque...?

—Porque iremos.

—¿Ah? —Mi frente se arrugó.

—Iremos a rescatar a tu hijo, pequeña escritora.

Sonrió acercándose para pellizcar mis mejillas, y me quedé quieta sin dejar de mirarlo.

—¿Qué?

(...)

La misión rescatar a uno de mis hijos, que cayó en las garras de mi exnovio, daba inicio.

—Es una mala idea —expresé cuando los dos estábamos frente a la casa de Matt, la cual estaba llena de gente.

—Solo entramos, nos colamos entre la gente, buscamos el libro, bailamos un poco y después nos vamos a comer helado —propuso su perfecto plan con una sonrisa. Me preguntaba si no dejaba de sonreír, me parecía que lo hacía más cuando estaba conmigo.

—He leído y escrito estas escenas tantas veces en los libros para saber que algo malo pasará.

—O tal vez algo bueno. —Se acercó y dejó un beso breve en mi mejilla—. ¿Ves? Recibiste un beso mío sin esperarlo, eso es algo bueno.

Aclaré mi garganta y busqué algo en mi bolso.

—Ya sabes, si nos descubren corres, pero no dejes a tu compañera atrás menos si se trata de esa casa. —Le di una mirada seria que solo hizo que sonriera.

—No olvides que soy un atleta. Además, en caso de que nos atrapen, lo cual lo dudo, pienso tomar tu mano y no soltarte. No te soltaría. —Acarició mi cabello, pero no me despeinó.

—Bien. —Le di suaves palmadas a su brazo—. Mira lo que traje. Si voy a entrar a esa casa tendré que ponerme esto. —Saqué una peluca rubia de mi bolso, me la puse mientras me miraba con ayuda de la ventana de su carro—. ¿Se ve bien?

—Tu cabello negro me encanta, pero también te ves hermosa de rubio. —Parecía fascinado. Su mirada estaba siendo tan intensa que comenzó a ponerme nerviosa, aunque trataba de no demostrarlo.

—Y por último esto. —Saqué unos lentes negros sin los vidrios de aumento y me los puse.

—Qué genial, yo también quiero unos. ¿Trajiste para mí?

—No, pero puedo dártelos. —Iba a quitármelos, pero me detuvo.

—No, tranquila. —Me sonrió, luego puso su brazo alrededor de mis hombros—. Vamos.

Entramos a la casa, la cual era grande pero no tanto como la de Kalem, hice una mueca de disgusto cuando miré a tanta gente. No conocía a nadie, salvo al sonriente castaño que me mantenía cerca con su brazo rodeándome.

—Hay mucha gente aquí.

—Supongo que no te gusta venir a fiestas, pero me tienes a mí. Eso lo hace un poco mejor, ¿verdad? —Besó mi mejilla.

—¡Kalem, hermano! —Un chico alto se acercó para saludarlo—. Estoy esperando el próximo partido, juegas fenomenal.

Ellos compartieron unas cuantas palabras más y luego seguimos caminando entre las personas.

—Eres famoso. —Sonreí—. Creo que quien necesita una peluca aquí eres tú; llamarás mucho la atención con tu rostro. Solo tenemos que evitar encontrarnos con los ya-sabes-quienes.

—¿Te refieres a ellos? —Señaló con la cabeza hacia la gran sala donde un grupo jugaba en una mesa.

Matt sostenía la cintura de Gabriela con firmeza mientras disfrutaba de un trago de su vaso, inmerso en la atmósfera del juego. Giré muy rápido mi cabeza para que no logaran verme.

—Enemigo a la vista, necesitamos movernos. Vamos, vamos. —Tomé de su antebrazo para jalarlo hacia las escaleras. Caminamos por el largo pasillo hacia el cuarto de Matt, detestaba conocer tan bien esta casa.

Aprovechamos un momento en que no había nadie cerca para adentrarnos en el cuarto, el cual se presentaba vacío y silencioso. Al cruzar el umbral, dejé que mi mirada explorara los alrededores, buscando cualquier cambio desde la última vez que estuve allí. Aunque el entorno se mantenía aparentemente igual, percibí en el aire la familiaridad de los recuerdos que habíamos compartido en aquel espacio.

—¿Dónde crees que esté? —dijo, pasando su mano por los libros que estaban en una repisa—. No está aquí.

—¿Dónde estás, pequeño? Mamá vino por ti. —Revisé el escritorio y sus cajones—. ¿Dónde te

tiene este Mayer?

—Tal vez en un calabozo. —Se echó a reír.

Me hubiera reído si no estuviera tan nerviosa por estar en este lugar.

Kalem seguía revisando otros sitios; si no estaba en su armario ni en su escritorio, solo me quedaba un lugar por revisar. Me arrodillé para mirar debajo de la cama, y como esperaba, ahí estaba.

—¡Hijo mío, esto es imperdonable! —Me estiré para cogerlo y limpiarlo con la mano—. Este ladrón te tiró acá abajo, mira todo el polvo que tienes. Tranquilo, mamá ya está aquí.

—Misión cumplida. —Su voz resonó con satisfacción mientras me dedicaba una encantadora sonrisa. Al incorporarme, sentí el roce reconfortante de su mano deslizándose por mi cabello.

—No puedo decir cumplida porque aún seguimos en esta casa —señalé—. Déjame ver si tus páginas están bien. —Abrí el libro para pasar las páginas rápido y, de repente, algo cayó al suelo y Kalem lo recogió.

—Es una foto —mencionó y su sonrisa desapareció cuando la vio.

En ella, Matthew y yo estábamos juntos con nuestro uniforme escolar, intercambiando un beso. Recordaba ese día con claridad, ya que marcaba nuestra primera semana como pareja. Noté como la frente de Kalem se fruncía, como solía hacer cada vez que algo no le agradaba. La verdad es que ver esa imagen de nuevo no causaba ninguna emoción en mí. Sonreí al observar la expresión en el rostro del castaño, y de manera inconsciente, llevé mi mano a su frente, lo cual pareció relajarlo.

En ese momento escuchamos unas voces acercándose. Él continuaba sosteniendo la foto, así que se la arrebaté rápido de las manos y, para evitar dejar rastro, la volví a guardar dentro del libro. No dijo nada, aunque parecía querer hacerlo.

Nos ocultamos en el armario y, al notar que las voces se alejaban, salimos de la habitación, aunque antes de hacerlo, nos aseguramos de que el pasillo estuviera despejado, evitando a los universitarios que deambulaban por la zona. Sin embargo, antes de alcanzar las escaleras para bajar al primer piso, nos encontramos con Matt, quien iba distraído bebiendo de su vaso. Me quedé quieta como si eso hiciera que no me viera, pero fue todo lo contrario. Sintió mi mirada y volteó a verme.

—Kalem —dije, nerviosa y agarré su brazo.

—¿Corremos? —Lo que hizo fue sujetar mi mano para que reaccionara y me moviera.

—Tal vez todavía no me ha reconocido.

—¿Heather? —preguntó Matt con el ceño fruncido, acercándose a nosotros.

—¡Retirada, huyamos! —Jalé de su mano para que corriéramos al baño más cercano, le puse seguro cuando entramos y Matt comenzó a tocar la puerta—. Esto es malo. ¿Y ahora qué hacemos? —Comencé a caminar de un lado a otro en el pequeño espacio, tratando de pensar en algo.

—Esto no estaba en el plan, pero tranquila. Mírame. —Me sostuvo de los hombros para que me detuviera, volteé a verlo y sus ojos tenían algo que lograron calmarme—. Tranquila.

—Estoy tranquila —mentí.

—Podemos salir y dar la cara.

—Estás loco.

Eso lo hizo reír.

—O podemos salir por la ventana. —Señaló con la cabeza atrás de mí con una sonrisa.

—¿Qué? No pienso salir por la ventana, estamos en el segundo piso. Aún no he publicado mi primer libro como para morir ahora. No, no. No lo haré.

—¡Heather, sé que estás adentro! —Matt siguió tocando la puerta—. Sal o entraré yo.

Me quedé en silencio por unos segundos, analizando todo.

—No me romperé nada, ¿verdad? Porque mi mamá me matará si lo hago —dije, considerándolo y río.

—No dejaré que eso pase.

—No lo sé, eso mismo dijiste con tu plan.

—Confía en mí. —Me sonrió.

Sus palabras me hicieron recordar a la flor azul de papel que me regaló. ¿Realmente podía confiar en él? Dentro de mí sabía que sí.

—Lo hago.

Capítulo 16

—¡Dale, Heather! ¡Tírate!

—¡Está muy alto!

—¡Yo te atraparé!

—¡¿Y si no lo haces?! —grité, aun sosteniéndome de una de las ramas del árbol.

—No olvides que soy un atleta. Vamos —habló de manera cálida y dulce—. Si lo haces, te llevaré a comer el helado que te prometí.

—Dos helados.

—Los que tú quieras.

—Deja de echarme en cara que eres rico —me quejé, haciéndolo reír.

—Vamos.

Di otro vistazo al suelo. Demonios, si estaba muy alto.

—Soy muy joven para morir. —Lloriqué.

—¡Heather! —Escuché la voz de Matthew más cerca. Ya había logrado entrar al baño. Genial.

—¡Ah! —Me tiré sin pensarlo más tiempo, cerré los ojos con fuerza y luego en vez de sentir el pasto en mi trasero unos brazos fuertes me atraparon—. Gracias al cielo.

—Abre los ojos —me susurró cerca del oído y así lo hice—. ¿Ves? Aún sigues viva.

—Bien hecho —dije con alivio.

—Así que... ¿Caíste en mis brazos? —Una sonrisa se extendió por su rostro.

Negué con la cabeza mientras me bajaba de su agarre.

—¡No huyas, ya sé que eres tú! —Escuchamos el grito y volteamos a ver hacia arriba. Ahí estaba Matt en la ventana del baño señalándome con su dedo índice.

—¡Corre, Kalem, corre! —Tomé su mano y los dos corrimos mientras reíamos hasta llegar a su auto.

El viaje en auto fue lo mejor. Las carreteras estaban casi vacías a esas horas de la noche. Condujo y me permitió subirle a la música, así que bajé el cristal de la ventana, disfrutando que mi cabello se desordenara por el viento mientras cantaba a todo pulmón las canciones, celebrando que, juntos, habíamos logrado rescatar a uno de mis hijos.

Era nuestra pequeña victoria.

Me llevó a una heladería, pidió helado de vainilla para él y yo opté por uno de fresa. Después, decidimos dar un paseo. La noche era encantadora, con pocos autos circulando y escasa presencia de personas en las calles.

—Gracias —dije, terminando de comer el helado.

—¿Por ayudarte a rescatar a tu hijo del castillo del dragón o por todos los helados que te comiste? —preguntó, provocando que sonriera. Eso pareció gustarle.

—Por ambas.

Me acerqué a un bote de basura para tirar el envase. En ese momento recordé algo. Saqué a mi hijo del bolso para tomar la foto que guardaba dentro de él. Me quedé mirándola por unos segundos.

—Es una buena foto. —Escuché que dijo y solté una risa—. ¿Qué? No sé qué decir, no te rías. No me agrada ver una foto de mi futura novia y su exnovio besándose.

—¿Estás celoso? —Elevé una ceja.

—Claro que sí —respondió con el rostro serio, aunque a mí me parecía divertido verlo. Me acerqué para pellizcarle la mejilla, esboqué una sonrisa y eso hizo que también sonriera.

—Además, no entiendo qué hacía esta foto aquí, pero eso ya no importa. —Le di un último vistazo y sin dudarlo la tiré al basurero.

Pude notar como trataba de disimular una pequeña sonrisa, cuando se dio cuenta que lo estaba viendo se aclaró la garganta y mencionó algo sobre lo bello que estaba el cielo. En un instante, una ráfaga de viento gélido me recordó que olvidé traer mi abrigo. Fue entonces cuando sus brazos me rodearon inesperadamente, ofreciéndome un cálido refugio contra el frío.

—Eres cálido, solo por eso dejo que me abrases. No me gustan tanto las muestras de afecto como a ti. —Pasé con lentitud mis brazos alrededor de su torso.

—Pues a mí me parece que estás cómoda. —Estaba segura de percibir su sonrisa mientras sentía el suave roce de sus labios en mi cabello, envolviéndome aún más.

—Solo no te acostumbres a esto. No soy tan cariñosa.

—Lo eres cuando estás caliente. —Se rio, mientras rodaba los ojos en respuesta—. Y no lo niegas.

«Porque era verdad».

(...)

Caminaba con calma por los pasillos de la universidad, sumida en mis pensamientos, hasta que de repente, alguien bloqueó mi camino. Era Matt. Sabía que tarde o temprano nos encontraríamos, después de haberme colado en su fiesta y adentrarme en su habitación sin

permiso.

—¿Desde cuándo eres rubia? —preguntó con un tono burlesco. Yo seguía caminando por el pasillo sin voltear a verlo, así que se puso a mi lado.

—¿Ah?

—Sé que estuviste en la fiesta.

—No sé de qué me hablas.

—Y también sé que te llevaste el libro.

—Aún sigo sin saber de qué me hablas. —Mi frente se arrugó con molestia.

—Viste la foto, ¿cierto?

—¿Qué foto?

Matt soltó un bufido, claramente molesto con mis respuestas. De repente, en un gesto decidido, agarró mi brazo, deteniéndome en seco y obligándome a mirarlo directamente a los ojos.

—¿Qué hiciste con ella?

—La dejé en el pasado, así como hice contigo. —Me liberé bruscamente de su agarre, pero volvió a sujetar mi brazo con firmeza.

—Suéltala. —Una voz grave nos interrumpió.

Kane, con su presencia imponente y un aura intimidante que lo envolvía, se plantó frente a nosotros. Sus rasgos reflejaban una seriedad intensa, tanto que incluso Matt, decidió soltarme. El silencio tenso que se formó alrededor de Kane era tan denso que podía sentirse en el aire.

—¿Qué quieres, Reid? No te metas —replicó Matthew con tono despectivo, sus ojos reflejando una mezcla de desconfianza y desafío. La tensión entre ellos era palpable.

—Déjala tranquila, no quieres meterte en problemas y menos si es conmigo, Mayer. —Le di una mirada de advertencia.

Matt sostuvo la mirada de Kane durante unos eternos segundos antes de retirarse, dejándome con la sensación de un último vistazo cargado de significado. Un silencio se instaló entre nosotros, pasaron unos minutos en completa quietud antes de que finalmente dirigiera mi mirada hacia él.

—Gracias.

—¿Estás bien? —preguntó con tanta tranquilidad que me sorprendió. Asentí con la cabeza.

Miré el reloj de mi muñeca; faltaba poco para mi próxima clase, así que me apresuré a caminar.

Kane me alcanzó y se colocó a mi lado.

—¿Así que ya sales con el terrón Kalem? —Noté la sonrisa socarrona.

—No salimos, solo nos estamos liando. Nada serio.

—Uh, apuesto a que eso sigue sin gustarle. Él vive por el romance, lo bueno es que ahora tiene a alguien a quien darle toda su miel, los miembros del equipo y yo ya estábamos empalagándonos. Se te agradece. —Metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿De nada? —Me reí—. Él no es tan molesto como lo haces sonar.

—¿Me estás diciendo que te gusta su azúcar? —Elevó una ceja, seguía con esa sonrisa. Yo no dije nada, y lo tomó como afirmación—. ¿Te van los terrones? ¿Quién lo diría?

—Yo no he dicho nada.

—Eso también es una respuesta. —Se rio—. La verdad no esperaba volver a cruzarme contigo después de que nos liáramos en el primer año. —Sonrió esta vez de manera descarada.

—Ajá, y todavía no se me olvida el rato que me hiciste pasar en el restaurante después del partido. —Lo miré con los ojos entrecerrados y se encogió de hombros. De la nada Kalem apareció en mi cabeza—. ¿Él... lo sabe?

—Nos vemos por ahí, Scott. —Me dio una última sonrisa y comenzó a alejarse, ignorando lo que había preguntado.

—¡Hey, espera! ¡No me has respondido! ¡Kane! —Lo señalé con mi mano y solo elevó la suya, despidiéndose con una actitud despreocupada.

Solté un bufido.

Las dudas inundaron mi mente. ¿Habría compartido con él los detalles de lo que sucedió entre nosotros? Después de todo, eran mejores amigos. Sin embargo, ¿por qué me estaba preocupando por eso? Kalem y yo no estábamos involucrados en nada serio. Aunque no podía negar la atracción física que sentía hacia él, y la forma en que su ternura a veces me tomaba por sorpresa, no tenía intenciones de iniciar algo más profundo. Por el momento, eso no figuraba en mis planes.

Disfrutaba cada momento que compartía con él; no me importaba en absoluto cuando se sumergía en la charla, ya que siempre había sido más de escuchar que de hablar. Me encantaba provocarlo y que participara en mis juegos, especialmente cuando sus mejillas adquirían ese tono rojizo en respuesta a mis palabras juguetonas. Había algo en su manera de irradiar dulzura y sensualidad que me mantenía intrigada de una manera que a veces lograba asustarme.

Tenía miedo.

Kalem no solo residía en mis pensamientos, sino que también se filtraba en mis escritos, me

inspiraba para mis novelas y sin darme cuenta terminaba escribiendo sobre él. Había considerado poner un poco de distancia, pero ¿cómo podía lograrlo cuando aparecía de la nada, portando esa sonrisa cautivadora y siempre con algo especial para darme?

Me fascinaba la forma en que sus labios se fundían con los míos, la suavidad de su tacto que lograba transmitir tanto con cada caricia y beso. Era esa combinación de ternura y dominio la que me atrapaba por completo, creando un torbellino de sensaciones que me dejaban anhelando más con cada encuentro.

(...)

Eran como las nueve de la noche y yo estaba en mi cuarto acostada, sobre mi abdomen, en la cama mientras leía un libro de romance y comedia. Disfrutaba pasar tiempo conmigo misma haciendo cosas que me gustaban, solía pasar mis noches acostada leyendo mientras tenía una de mis velas aromáticas encendidas, así como también veía alguna serie asiática o en ocasiones practicaba yoga. Solté una risa por una escena, pero me distraje cuando la pantalla de mi celular se encendió por una llamada entrante.

Era Kalem.

—Hola. Te he dicho que a estas horas tengo cita con mis hijos. —Sonreí, pasando la página y sosteniendo el celular.

—¡Futura novia! Me encanta que leas. —Escuché como arrastraba las palabras, pero la música de fondo no me dejaba entenderlo bien.

—¿Estás borracho? —Mi frente se arrugó y cerré el libro.

—¿Yo? No, no. Bueno, solo un poco. —Soltó una risa.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien? —Me incorporé y me senté sobre la cama, preocupada.

—Estoy en un bar, su nombre es... ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo, los chicos me trajeron.

—Entonces no estás solo —dije, un poco aliviada.

—Quiero verte —susurró y tuve que pegarme más el celular para escucharlo—. Quiero tenerte a mi lado.

—Kalem...

—Necesito que me abrases. Te necesito —dijo en un tono triste que me preocupó.

Me quedé en silencio por unos segundos.

—Pásame a uno de tus amigos para preguntarle la dirección del lugar. —Me levanté de la cama para buscar un abrigo y mis zapatos.

Tuve que decirles a mis padres que iba a ver a Nora por una emergencia de chicas a esas horas

de la noche, ellos no hicieron más preguntas y estaba aliviada por eso. Le debía una a mi mejor amiga por usarla como excusa. Le pedí el carro a mi padre y conduje hasta el bar. Al llegar lo busqué por el lugar hasta que lo vi sentado en un asiento acolchado con una mesa redonda en frente. No estaba solo, Kane y Callum estaban a su lado.

—Mira quién llegó por ti.

Callum le dio un golpecito amistoso en la espalda para que elevara la mirada. Cuando me miró, sus ojos se iluminaron, pero había tristeza en ellos y no sabía por qué.

—¡Heather! —dijo, extendiendo los brazos.

Caminé hacia la mesa y él se acomodó ligeramente en su asiento para envolverme en un abrazo mientras yo permanecía de pie. De manera natural, deslicé un brazo sobre sus hombros, dejando que mi otra mano acariciara su cabello. Escondió su rostro contra mi abdomen, como si el mundo exterior se desvaneciera y solo quedáramos nosotros dos, conectados por la cercanía y la calidez de ese abrazo.

—¿Qué le pasó? —le pregunté a sus amigos.

—Ahogó sus penas con alcohol. —Kane señaló las botellas sobre la mesa, las cuales eran varias.

—Los dejaremos para que hablen, no ha dejado de preguntar por ti —comentó Callum, levantándose de la mesa y caminando a la barra. Kane nos dio una mirada y luego se fue con el rubio.

—¿Qué pasó? A ti no te gusta el alcohol, dices que sabe mal. —Acaricié su cabello, seguía sin soltarme.

—No me importa cuando estoy triste.

Con suavidad quité sus brazos para sentarme a su lado y así mirarlo a los ojos.

—¿Por qué estás triste?

—No quiero perderlo. No quiero.

—¿A quién?

—A mi abuelo.

El dolor que reflejaba en su mirada y en su voz hizo que mi propio corazón se apretara con angustia. No soportaba verlo así, sumido en la tristeza. Anhelaba verlo sonreír como solía hacerlo, ya que reconfortar a los demás no era precisamente mi fuerte. Con delicadeza, coloqué mi mano sobre su mejilla y lo contemplé en silencio, buscando transmitirle apoyo a través de ese simple gesto.

—No lo perderás.

—Sé que es un hombre fuerte, pero está enfermo. No puedo imaginar no volverlo a ver, no quiero. —Sus ojos comenzaron a empañarse—. Me duele.

Lo abracé de manera instintiva, sin detenerme a pensarlo, y su cabeza encontró refugio en mi hombro. Mientras mis manos acariciaban suavemente su espalda, noté la humedad en mi hombro; estaba llorando. No sabía exactamente cómo consolarlo, y la impotencia de no poder hacer más creaba un nudo doloroso en mi garganta. En ese abrazo silencioso, deseaba ser un consuelo, aunque mi desconcierto fuera tan evidente como el rastro húmedo que dejaban sus lágrimas.

—Estoy aquí —susurré, y en respuesta, su abrazo se intensificó, como si tratara de aferrarse a la seguridad que ofrecía ese gesto.

—No te vayas. Abrázame más tiempo.

Capítulo 17

—¿Cuánto tomaste? —le pregunté.

Había llevado a Kalem hacia la planta de arriba del bar donde la música se escuchaba un poco más baja y así podía hablar mejor con él. Se había acostado en el asiento acolchado y colocó su cabeza sobre mi regazo. Me pidió que acariciara su cabello porque eso le relajaba. Así que pasaba mi mano entre su cabello mientras mi otra mano permanecía en su pecho.

—No sé, perdí la cuenta. —Sus ojos seguían llorosos, luego extendió su mano para pinchar mi mejilla con su dedo índice—. Sí estás aquí.

—Lo estoy. —Le di una sonrisa—. No debes ahogar tus penas con alcohol.

—Mi padre lo hace cuando se estresa, recuerdo verlo desde pequeño —contó después de quedarse callado por un momento. Arrastraba un poco las palabras—. Pero no quiero parecerme a él. ¿Sabes? No le importó cuando se enteró que el abuelo estaba enfermo. Es su padre ¿por qué es así? El abuelo lo ama con locura y él ni siquiera quiere verlo. Así como a mí y a Khaled. —Sus ojos volvieron a humedecerse—. Mi papá no me quiere. Ni al abuelo ni a sus hijos.

Acerqué mi rostro y recosté mi frente sobre la suya. Mis párpados cayeron suavemente mientras lo abrazaba, sintiendo el eco de su llanto resonar en el espacio entre nosotros.

—No me hagas esto, no me gusta ver llorar a la gente. No me gusta verte llorar —susurré, poniendo mi mano sobre su mejilla—. No sé qué hacer o decir en estas situaciones.

—Lo siento —susurró, sorbiendo por la nariz entre sollozos. Abrí los ojos y, a pesar del dolor compartido, una sonrisa se dibujó en mi rostro por la ternura que emanaba de su disculpa.

—No te disculpes, no lo hagas. —Me alejé un poco, aún mantenía su cabeza en mi regazo así que limpié el rastro de lágrimas—. ¿Quién no podría quererte? Dime. Tus amigos de allá abajo se veían preocupados por ti, tienes a un pequeño individuo que ofrece tu dinero por juguetes sin que lo sepas y que no quiere compartirte con nadie. Está tu primo que le encanta molestarte porque eres menor que él, tu abuelo que te cuidó y amó desde pequeño. —Me dio una sonrisa aún con sus ojos tristes—. Nora dice que eres un buen partido, a mi mamá le caes bien y hasta a mi papá, aunque no quiera admitirlo debido a que menciona que hablas mucho, pero en el fondo le caes bien. —Eso lo hizo soltar una risa—. Das cariño a los que te rodean, y eso es lo que recibes.

—Heather... —Se levantó un poco para dejar un beso en mi mejilla y luego en mis labios, volvió a acostarse en mi regazo—. ¿Cómo es que no sabes que decir en estas situaciones? Mentirosa —murmuró eso último, haciéndome sonreír—. Gracias.

—De nada.

—¿Qué hay de ti? —preguntó de repente. Mi frente se arrugó—. ¿Tú me quieres?

Me quedé callada y mi sonrisa desapareció.

Si demostrar afecto me costaba, expresarlo con palabras era más difícil.

—No me quieres. —Había tristeza en sus ojos.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces sí me quieres. —Sonrió, apretando mi mejilla con suavidad. Me quedé en silencio y jugar con un mechón de su cabello me sirvió para evitar su mirada—. No te preocupes si no puedes decírmelo ahora. Lo harás pronto.

Sonreí y noté que él también lo hacía, lo cual me reconfortó. No me gustaba verlo con los ojos entristecidos, tampoco con su nariz y mejillas enrojecidas por el alcohol, pero sobre todo, detestaba presenciar sus lágrimas.

—Todo estará bien. Estoy segura de que tu abuelo come sus vegetales —hablé, acariciando su cara, eso lo hizo sonreír más y asintió con la cabeza.

—Lo iré a ver mañana, tomaré un vuelo con Khaled al mediodía. —Tomó un mechón de mi cabello y comenzó a jugar con el.

—Apuesto a que se alegrará al verlos.

Una vez más me contó que él y su hermano viajaban a casa de su abuelo a pasar un fin de semana juntos. Me habló de los viajes que habían hecho, las comidas que habían probado, los juegos en casa y sus noches de películas. Pude notar el amor y nostalgia en su voz.

—¿Me extrañarás? —preguntó.

—¿En estos tres días? Mmm. Puede ser. ¿Quién me dará gomas de oso? Ya estoy en escasez de mis dulces.

—Yo puedo ser tu dulce.

Una risa espontánea escapó de mis labios, y se quedó mirándome, como si el sonido de mi risa le resultara agradable y reconfortante.

—Yo también te extrañaré. —Se incorporó para sentarse y se acercó para dejar besos en mis mejillas—. Mucho, mucho, mucho...

—Ya entendí. —Con una sonrisa asentí y puse mis manos sobre sus hombros—. Te pones más meloso de lo normal cuando tomas alcohol. —Aparté los mechones de su frente.

—¿Yo? No, ¿cómo crees? —Se hizo el tonto a propósito, dándome una sonrisa—. Mis amigos me preguntan si eres mi novia —susurró, acercándose.

—¿Y qué les dices? —curioseé. Estaba divertida por su cambio de comportamiento.

—Que eres la chica que me gusta —susurró sobre mis labios.

—Somos amigos. —Le sonreí.

—¿Amigos? —Se alejó un poco.

—¿No quieres?

Lo pensó.

—Claro que quiero. ¿Quién dice que mi futura novia no puede ser mi mejor amiga?

—Tengo que poner eso en mi novela, déjame anotarlo y volvemos a la conversación. —Saqué el celular para abrir las notas.

—Mi pequeña escritora —habló, pasando un brazo alrededor de mis hombros y besando mi cabello.

—Espera, ¿qué? —Levanté la mirada, aún sosteniendo el celular. Nuestros rostros se encontraron y me sonrió.

—Leí todas tus novelas —confesó.

—¿De verdad? —El tono de sorpresa en mi voz fue inevitable. Asintió como pudo, aún seguía con los efectos del alcohol. Se veía gracioso y tierno a la vez—. ¿Y qué piensas?

Aún resonaban en mi memoria las palabras de Matt cuando le conté que escribía. En aquel momento, me miró con diversión y desestimó mi pasión como un simple pasatiempo. Sin embargo, a medida que el tiempo avanzaba y seguía entregándome a mi escritura, sus palabras se volvieron más despectivas: «¿Aún sigues escribiendo? Eso es una pérdida de tiempo». Me quedó grabado el eco de su menosprecio, y aunque no quería admitirlo, sus comentarios herían más de lo que deberían. Idiota.

—Eres muy buena. Las tramas me mantuvieron intrigado todo el tiempo. —Aún con su brazo alrededor de mí, se acercó para pellizcar mi mejilla.

—¿De verdad? —Volví a decir esta vez con una sonrisa en el rostro, y asintió.

—Tienes talento. ¿Cómo haces para que también me gustes con tan solo leer tus palabras? —habló de manera distraída mientras tomaba mi mano para entrelazarla con la suya.

Me quedé viéndolo en silencio, comenzó a contar sobre el capítulo en el que iba de la novela que estaba actualizando en ese momento. Se sentía bien escucharlo hablar de mi novela. Después de un tiempo hablando, Kane se unió a nosotros. Capté una ligera sonrisa en su rostro, una expresión que intentó disimular al ver a Kalem cerca de mí, compartiendo risas.

—Te veo mejor, eso es bueno. —Puso su mano sobre el hombro de su amigo y me dio una mirada rápida—. Tengo que irme, terrón, pero Callum todavía está allá abajo por cualquier cosa. Recuerda que pasaré por ti mañana para llevarte al aeropuerto.

—Heather me dijo que me quieres, ¿eso es cierto? Yo sé que sí. Ven, dame un abrazo, hermano.

—Hizo un ademán con su mano para que lo abrazara, solté una risa por la manera que se desvió de la conversación. Kane frunció el ceño, confundido.

—Así de lejos estoy bien, gracias.

—Aburrido.

El pelinegro lo miró divertido.

—Nos vemos mañana.

Le dio una última palmada reconfortante en el brazo de Kalem, quien asintió con agradecimiento. Después de despedirse de mí, observé cómo se alejaba hacia las escaleras. Era evidente que, a pesar de sus diferencias, era un buen amigo; la preocupación por Kalem se reflejaba en sus gestos y en el cuidado que le brindaba.

Sentí que me abrazó de costado.

—Heather.

—Kalem. —Sonreí y se quedó mirándome en silencio. Había algo que quería decirme, pero parecía indeciso.

—¿Qué es? —Pasé mi mano por su cabello, peinándolo hacia atrás.

—Sé lo que pasó entre ustedes.

—¿Ah?

—Él me lo dijo.

Sabía que hablaríamos de eso en algún momento, aunque me sorprendió cómo sacó el tema así de la nada.

—Sé que fue antes de conocerte, solo quiero saber si sientes algo por él.

—¿Qué? Claro que no, fue algo de una noche en mi primer año, y lo único de lo que hablábamos era sobre la tarea, la cual yo terminaba haciendo sola.

Recostó su frente sobre mi hombro sin dejar de abrazarme, y pude sentir el suspiro escapar de sus labios mientras su aliento rozaba suavemente mi piel.

—Lo siento —susurró—. No me gusta sentirme celoso. ¿Estás enojada conmigo? No quiero que estés enojada, ¿lo estás? Dime si lo estás, yo creo que sí, ¿verdad?

—Hablas mucho. —Reí, negando con la cabeza—. Vamos, ya es tarde. Te llevaré a casa.

—No quiero ir a mi casa. —Se quejó, pegándose más a mí—. Aunque si me llevas, eso significa que pasaré más tiempo contigo, entonces sí quiero.

—¿De dónde sacas tanta miel? —Le pellizqué una mejilla.

—No soy una abeja —dijo con la frente arrugada—. Pero puedo serlo por ti.

—Romántico —murmuré, divertida—. Vamos, traje el auto de mi papá. Solo espero que no vomites en el camino o si no me matará. ¿Entendiste?

Asintió, lo cual provocó una sonrisa en mi rostro. Bajamos las escaleras y fuimos a donde Callum para avisarle que llevaría a Kalem a su casa. El rubio me sonrió como si estuviera agradecido conmigo, después de desearnos buenas noches, nos dirigimos al carro. Fue necesario activar el GPS para llegar a su casa, la cual no quedaba tan cerca.

Eran alrededor de las dos de la madrugada cuando estacioné el auto frente a la enorme casa. La mayor parte del camino se la pasó murmurando canciones, me sorprendió que no se durmiera, pero estaba agradecida de que no hubo ningún vómito con lo mucho que tomó.

—Llegamos —le avisé.

Volteó hacia la ventana y después fijó su mirada en mí. En su rostro se dibujaba nuevamente una expresión de tristeza.

—No quiero que te vayas.

—Pero tengo que irme, mis padres piensan que estoy con Nora. Además, es muy tarde.

—Quédate conmigo. —Sentí como tomó mi mano—. Solo por esta noche.

—¿Qué hay de tus padres?

—No están, siempre es así cuando hay problemas en casa. No te preocupes por ellos. —Me dio un pequeño apretón en la mano.

—De acuerdo, solo por esta vez.

Su sonrisa, adorable y genuina, hizo que cualquier arrepentimiento que pudiera haber sentido por quedarme desapareciera por completo.

Capítulo 18

Entramos a la casa, que estaba sumida en un silencio total con las luces apagadas. Tuve que utilizar la linterna de mi celular para caminar hasta el cuarto de Kalem con su ayuda. El trayecto me pareció largo debido a la amplitud del lugar y a que quedaba en el segundo piso. Al llegar, lo primero que hice fue encender la luz y cerrar la puerta; después, observar el espacio, ya que nunca había estado en su cuarto.

El lugar se extendía ante nosotros en amplitud, con una pequeña sala que albergaba un televisor imponente, rodeado por un cómodo sofá y sillones estratégicamente ubicados. A lo lejos, se encontraba la cama y un baño. Cada rincón de la habitación emanaba un aire acogedor y, a la vez, elegante.

—Esto parece una suite presidencial. Es más grande que mi cocina y sala juntas —dije, luego negué con la cabeza—. Cosa de ricos.

De repente sentí sus brazos rodear mi cintura por atrás.

—Será la primera vez que duermes en mi cuarto —susurró cerca de mi oreja como si alguien pudiera oírnos—. Pero puedes dormir conmigo las veces que quieras.

—Tentadora oferta, muy tentadora —susurré para mí misma mientras sentía los dedos de una de sus manos trazar suaves líneas sobre la piel de mi cintura. La sensación era como un juego sutil de caricias que despertaba una corriente eléctrica, dejando que la tentación se deslizara entre nosotros con una intensidad creciente.

—Tú eres muy tentadora para mí —susurró mientras dejaba un suave beso en mi oreja, luego sus labios recorrieron mi cuello con una delicadeza que enviaba escalofríos por mi cuerpo.

—Muy bien. —Lo detuve, poniendo mis manos sobre sus brazos para separarme y mirarlo de frente—. Te pones más meloso y caliente cuando tomas.

—¿Yo? —Elevó una ceja, aunque su sonrisa lo delataba. No pude evitar esbozar una sonrisa en respuesta.

—Vamos a la cama.

—Me encanta cuando dices esas cosas. —Me miró con ese brillo travieso en sus ojos.

—Solo ven y ya. —Tomé su mano y lo atraje. Se sentó en el borde y comenzó a quitarse los zapatos, seguido de su camiseta y pantalones. Mi preocupación creció cuando noté sus intenciones de deshacerse de la ropa interior—. ¿Qué haces? No haremos nada. —Lo detuve.

—¿No quieres? —Sus ojos me miraron curiosos.

—Ahogaste tus penas con mucho alcohol. Lo mejor es que duermas, en unas horas tienes que levantarte. —Coloqué mis manos sobre sus hombros, aunque por un instante me distraje admirando la definición de sus músculos, me enfoqué de inmediato.

—¿Quieres un suéter mío para dormir? —preguntó, tomando una de mis manos. Permanecía sentado mientras yo estaba de pie frente a él.

—Claro.

—Escoge el que quieras. —Me dedicó una sonrisa, y con un suave movimiento de cabeza, señaló el armario.

Caminé hacia el lugar y abrí el armario; era tan grande que parecía un cuarto aparte. Mis ojos se abrieron sorprendidos por la cantidad de ropa que lo llenaba. La variedad de colores, texturas y estilos creaba un mosaico visual que reflejaba su personalidad y gusto único.

—Mira esto, volveré a decirlo... Cosa de ricos —expresé, pasando mis manos por los suéteres, y tomé uno de color celeste.

En ese mismo instante, me despojé de la ropa que llevaba y me enfundé en el suéter elegido. No pasó desapercibida su mirada intensa, que parecía estudiar cada movimiento. Me acerqué a él y estiré mis brazos para que pudiera apreciar el suéter en mi figura. Aunque me quedaba considerablemente grande, la comodidad que emanaba de la prenda lo compensaba.

—Escogí este.

—Ese es mi favorito —admitió con una sonrisa—. Ahora lo es más porque tú también lo escogiste.

—¿Puedo quedármelo?

—Si prometes usarlo para dormir todas las noches —dijo con una sonrisa encantadora mientras extendía sus manos para tomar las mías, invitándome a sentarme en su regazo. Pasé uno de mis brazos alrededor de sus hombros y me sostuvo.

—Lo dije medio en broma.

—Eso no importa, ahora es tuyo. —Me abrazó por la cintura y recostó su cabeza sobre la curva de mi cuello.

—Te gustan mucho los abrazos, ¿verdad? —hablé, dejando que mis dedos acariciaran suavemente algunos mechones de su cabello.

—Solo si son los tuyos —murmuró con sus ojos cerrados. Su respiración era lenta y calmada—. No he tenido muchas novias —soltó de la nada.

—¿Ah no?

Negó con la cabeza.

—No me lo creo.

—Tuve una novia en primer año de la universidad, pensé que era el amor de mi vida, pero me

engañó con otro —contó, medio adormilado. Seguía con sus ojos cerrados—. Creo que se cansó de lo dulce y quiso probar algo diferente.

Seguí acariciando su cabello, ya se estaba durmiendo.

—¿Quién podría cansarse de los dulces? Con lo buenos que son.

Sonrió perezosamente y me abrazó con más intensidad. La expresión en su rostro revelaba una mezcla de comodidad y contento, como si el abrazo fuera un refugio que lo envolvía en ese momento.

—Por eso me gustas.

Detuve las caricias en su cabello y me quedé mirándolo. En ese momento, las palabras parecían desvanecerse, dejando un silencio cargado de significado entre nosotros. No sabía cómo responderle.

—Vamos a dormir.

Lo moví como pude hasta que logré acostarlo en la cama y le puse la cobija encima. Después me puse a su lado acobijándome bien. Se pegó a mí, pasó uno de sus brazos a mi alrededor y colocó su cabeza sobre mi pecho, al parecer no tenía intenciones de soltarme. Aun así, no me aparté y dejé que lo hiciera. La pequeña sonrisa de mi rostro desapareció cuando sentí mi pecho humedecerse.

Estaba llorando, y eso hizo que algo dentro de mí doliera. Con delicadeza, acaricié su cabello mientras se desahogaba, ofreciendo un consuelo silencioso en medio de su dolor. Continué acariciándolo con ternura hasta que la tormenta de emociones cedió y cayó dormido.

Al despertar noté que estábamos en una pose diferente a la que nos dormimos. Yo era la que estaba encima de él, prácticamente. Mi cabeza reposaba sobre su pecho descubierto, uno de mis brazos estaba encima de su abdomen, y nuestras piernas estaban entrelazadas. Uno de sus brazos me abrazaba, mientras que su mano libre descansaba descaradamente sobre mi trasero.

Elevé una de mis cejas y solté una adormilada risa. Moví mi cabeza para verlo.

Su cabello estaba muy desordenado, sus ojos estaban cerrados y solo me dejaba ver esas envidiables pestañas. Su respiración parecía calmada y verlo así me relajaba de alguna manera, así que volví a recostar mi cabeza sobre su pecho sin moverme mucho para no despertarlo. Después de unos minutos, mi curiosidad me llevó a deslizar mis dedos sobre su abdomen. Con el índice y el medio, tracé el camino como si una hormiga estuviera caminando, dejando que la suavidad del contacto se convirtiera en un delicado juego de caricias.

Estaba sonriendo cuando sentí su mano acariciar mi cabello. Elevé la cabeza para verlo, y en sus labios se dibujaba una de esas sonrisas adormiladas que derrochaban ternura.

—¿Te estabas entreteniendo mientras dormía?

—Lo mismo digo. —Señalé su mano sobre mi trasero.

—Es que era un lugar cómodo —contestó con una mirada culpable—. Tú eres muy cómoda. — Se movió sin soltarme y nos hizo girar hasta que quedó encima de mí—. Siento que dormí muy bien en tus brazos. ¿Qué hay de ti? ¿Dormiste bien en los míos?

—Pues... —dije, mirando el color celeste de sus ojos, los cuales se veían más claros con la luz del sol.

—¿No te gustó dormir conmigo?

—No he dicho eso.

Acarició suavemente mi mejilla con sus nudillos, pero luego su frente se arrugó y llevó una mano a su cabeza. Un gesto de incomodidad cruzó su rostro, como si estuviera lidiando con algún malestar repentino.

—Había olvidado lo mal que me pongo después de tomar, no lo vuelvo a hacer —se quejó, poniendo su frente sobre la mía.

—Hay otras maneras de ahogar tus penas, aunque descubrí lo meloso que te pones cuando tomas —comenté, haciéndolo sonreír. Elevó su cabeza de nuevo para mirarme—. Pareciera que se triplica tu dosis de azúcar.

—¿Y eso es malo?

—Tomar demasiado lo es, pero tu miel no. —Jugué con los mechones de su frente—. A algunas personas les gusta ponerle mucha azúcar a su café, y otras lo prefieren amargo.

—¿Qué tipo de persona eres tú?

—La que necesita endulzar su vida para que no le sepa amarga —respondí de manera distraída, pasando mis dedos sobre sus hombros descubiertos.

—¿Dónde habías estado? —Dejó escapar un suspiro sin dejar de verme.

—En mi cuarto, llena de tareas o cayendo por algún personaje de un libro o una serie asiática. —Sonreí—. No me gusta salir mucho, pero lo he estado haciendo últimamente ahora que lo pienso.

—Y eso me alegra porque así pudiste caerte de la mesa en aquella fiesta en la que nos conocimos, bendita caída. —Se soltó a reír y, luego dejó un beso rápido en mi mejilla.

—¿Cómo que bendita? Casi me rompo algo. —Mi respuesta pareció divertirle más.

—¿Te acuerdas que estabas ligando conmigo en esa fiesta? —Deslizó su mano por mi cabello.

—Esa noche si me pasé. —Me eché a reír—. Y bien que caíste por mis encantos y mis chistes.

—¿Y cómo no hacerlo? Te veías tan linda, así como ahora. Tú te caíste de la mesa y yo caí por ti.

Iba a acercarse para besarme, pero lo detuve.

—¡Espera, tengo que poner eso en mi novela! —Coloqué mis manos de nuevo sobre sus hombros—. ¿Dónde está mi celular? Siempre me das buen material. Se te agradece por eso. —Acaricié su mejilla y luego estiré mi brazo sobre la mesita de noche para tomar mi celular.

Lo escuché reír.

Mientras estaba concentrada escribiendo la idea sentí cómo comenzó a dejar besos en mi cuello. Una de sus manos estaba sobre la cama para sostenerse y la otra estaba sobre mi cintura. Solté un suspiro cuando sus labios sobre mi piel comenzaron a distraerme, dejé el celular a un lado cuando sentí su mano recorrer con lentitud mi abdomen debajo del suéter que me regaló. Sin pensarlo demasiado, puse mis manos sobre sus hombros para empujarlo a un lado de la cama y me moví para sentarme sobre él. Parecía sorprendido.

—Me encanta que hagas ese tipo de cosas —admitió, poniendo sus manos sobre mis piernas.

—¿Como ya lo hicimos en mi cuarto, ahora lo haremos en el tuyo? —pregunté, deslizando mis dedos sobre su pecho y abdomen, explorando lentamente los contornos de sus músculos—. No me lo pones fácil —susurré sin dejar de mirar los lugares que mis manos exploraban, creando un momento tenso de deseo.

Soltó un pequeño suspiro mientras su mirada permanecía fija en mí. Era evidente que disfrutaba que lo tocara de esa manera, y yo también encontraba placer en cada caricia que compartíamos.

—¿Y crees que tú me lo pones fácil a mí? Tenerte así, verte desde acá abajo, y poder tocarte es demasiado para mí —habló, acariciando suavemente mis piernas y esbozando una sonrisa—. ¿Sabes que lo haría mejor? —Su voz resonaba con un tono juguetón y sugerente.

—¿Qué? —Llevé mis manos a su pecho y luego a sus hombros, inclinándome para acercar mi rostro al suyo.

—Si me besaras.

—¿De verdad? —dije con una sonrisa traviesa, deslizando mis dedos por su cuello y luego acariciando su oreja con suavidad.

—Estoy seguro de que eso aliviaría el dolor de cabeza por la resaca.

—Entonces, sería por propósitos médicos. —Reí.

—Dices que te gusta endulzar tu vida para que no sea amarga. Yo quiero endulzar la tuya y que tú endulces la mía. —Llevó con ternura su mano a mi mejilla, y fue él quien, con determinación, acertó la distancia entre nuestros labios en un beso.

Una de sus manos se deslizó debajo de mi suéter, explorando la calidez de mi piel, mientras la otra se posaba de manera firme sobre mi trasero. El suspiro escapó de mis labios en respuesta a la intensidad del beso que compartíamos. Justo cuando estaba a punto de quitarme el suéter, el contacto se vio interrumpido por un inoportuno golpeteo en la puerta, rompiendo la burbuja que habíamos creado.

—¡Kalem, tengo hambre! —gritó el menor—. ¡Aliméntame!

Debido a la voz que resonó desde la puerta, me aparté rápidamente de él, deteniendo nuestros besos en el acto. En un intento apresurado por salir de la cama, me giré velozmente, pero la mala coordinación hizo que terminara cayendo al suelo de manera desafortunada.

—¡Ay! —Llevé mi mano a la cabeza y me reí para no llorar.

Se agachó rápidamente para ofrecerme ayuda a levantarme, mostrando preocupación en sus ojos mientras se aseguraba de que estuviera bien. Sus manos cálidas y reconfortantes se posaron en mis hombros, y luego acarició suavemente mi cabello, como si quisiera disipar cualquier rastro de incomodidad que pudiera haber quedado de mi caída.

—¿Quieres un beso mío para que te sientas mejor? —preguntó, divertido.

Capítulo 19

Después de desayunar, Kane pasó a recoger a Kalem y al pequeño individuo para llevarlos al aeropuerto. El castaño se despidió de mí afuera de su casa y parecía no querer despegarse. Le dije que esperaba que todo resultara estar bien, con respecto a su abuelo, luego subí al auto de mi papá, con el que había llegado, y pude verlo darme una sonrisa cansada por el espejo retrovisor mientras me alejaba.

Pasaron tres días, de nuevo era lunes, y no había regresado como había dicho que lo haría. Había decidido quedarse por una semana con su abuelo, quién estaba un poco débil, pero tener a sus dos nietos junto a él parecía darle más energía y lo entendía perfectamente.

Caminé por el campus de la universidad con la cara larga y con ganas de no hacer nada. Típico de los lunes. Estaba en busca de Nora, pero Matt se cruzó en mi camino para agregarle más tortura al día.

—¿Ahora qué? —pregunté de mala manera.

—¿No te alegras de verme? —Sonríó.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Solté una risa sin gracia. No tenía ganas de hablar con él.

—Aún sigo esperando a que me digas dónde está la foto.

—¿Por qué quieres la foto? No lo entiendo.

—Es un recuerdo —dijo, su expresión se volvió seria—. Y lo quiero de vuelta.

Solté una risa corta y sarcástica.

—¿Por qué? ¿Acaso olvidas que me engañaste con ella?

—Solo devuélveme la foto —pidió, fastidiado.

—Me parece absurdo que quieras devuelta ese recuerdo.

—Yo te quería, Heather —soltó, frustrado. Un suspiro escapó de sus labios mientras se pasaba la mano por su cabello.

—Y me lo dejaste muy claro —respondí con sarcasmo y una sonrisa irónica curvó mis labios.

—Pero tú a mí no. —Ignoró lo que dije y siguió—: Tú no me querías.

Me quedé callada, mirándolo.

No dije nada porque lo que él había dicho era verdad.

—No estaba lista para empezar algo, pero quise intentarlo. ¿Y tú qué hiciste? —Iba a decir algo, pero yo seguí—: Buscarte a otra. ¿Decías que me querías? Creo que no sabes lo que eso significa.

—Heather. —Apretó la mandíbula.

—No me pidas más la foto, porque la tiré a la basura. Tú también deberías hacer lo mismo con ese recuerdo. —Le di una última mirada antes de comenzar a caminar—. No vuelvas a hablarme.

—Espera, no he terminado de hablar. —Sentí como agarró mi brazo rápido y con firmeza para detenerme y hacer que me diera la vuelta.

—He terminado de hablar, idiota. —Con una mezcla de frustración y desprecio en mis palabras, pateé su pierna con determinación. El dolor se reflejó en su rostro mientras se doblaba, soltándome en el proceso. Las maldiciones escaparon de sus labios y aproveché la oportunidad para irme del lugar.

No podía creer que había salido con él.

Este lunes no podía ir peor, caminaba de mal humor por los pasillos y mi celular sonó. Con un gesto de desgano, levanté la pantalla y pude ver que era un mensaje.

TerróndeAzúcar: Mira qué encontré.

Me mandó una foto de él con una flor. Era una anémona. La sonrisa se dibujó instantáneamente en mi rostro al contemplar la imagen, donde sostenía la flor del lado de su mejilla.

TerróndeAzúcar: ¿Sabes lo que la anémona significa?

Heathernática: Que me extrañas.

TerróndeAzúcar: Te extraño muchísimo. Dime uno de tus chistes malos :)

Heathernática: ¿Y qué recibo a cambio?

Sonreí al celular mientras entraba a mi salón y me sentaba.

TerróndeAzúcar: Todo de mí.

Mis ojos se abrieron al instante.

TerróndeAzúcar: ¿Te asustaste, verdad? Recibirás un deseo, puedes pedirme lo que quieras. Tentador, ¿cierto? Yo sé que sí.

Heathernática: Oh, vaya. Si lo pones así, te digo todos los chistes que quieras.

TerróndeAzúcar: Si me tuvieras de novio cumpliría todos los deseos que me pidieras.

Heathernática: Otra tentadora oferta que tendré que rechazar.

TerróndeAzúcar: Me dueles.

Sonreí sin poder evitarlo. La sensación cálida y espontánea se extendió por mi rostro, iluminando mi expresión con un toque de alegría. Luego, presioné el botón de grabar audio.

—¿Sabes por qué el tomate no toma café? —Hice una pausa—. Porque toma-té. —Me eché a reír sola mientras daba palmadas sobre mi pierna.

Le mandé el audio y esperé por su respuesta. Luego, la notificación sonó, indicando que él también me había enviado un audio.

—Me encanta escuchar tu voz, pero creo que me gusta más escucharte reír de tus chistes —dijo con esa voz grave que enloquecía a cualquiera.

Podía apostar a que estaba sonriendo.

—¿A qué sí estuvo bueno? Yo sé, yo sé —dije orgullosa de mí misma y mandé el audio.

—¿Hacemos videollamada? También quiero verte, ¿qué dices?

En ese momento más personas comenzaron a llegar al salón y el profesor puso sus cosas sobre el escritorio.

—Mi clase va a empezar, te llamo luego —susurré, acercando más el celular para grabar el audio.

—Estaré esperando por tu llamada —susurró.

Guardé el celular y la sonrisa en mi rostro parecía no querer borrarse. Había hecho que dejara de pensar en lo mal que había comenzado mi día y estaba agradecida por eso. La sensación reconfortante de su voz resonaba en mi mente, como un antídoto mágico que había disipado las nubes grises que me rodeaban.

(...)

Estaba emocionada porque iba a ver a Kalem mañana, pero mi semana no podía ir peor.

Matt me había estado buscando toda la semana en la universidad así que tuve que evitar topármelo. Qué fastidio. Los mensajes de su parte tampoco faltaron, estaba siendo un dolor de cabeza y ya tenía varios porque los exámenes se acercaban.

Era viernes y acababa de salir de mi última clase. Iba de camino hacia la salida, pero me detuve en uno de los pasillos para comprar unas gomas de oso de una de las máquinas expendedoras. Sonreí al instante que tomé la bolsa. Recordé la semana, después de aquella fiesta, que Kalem andaba detrás de mí y me regaló una caja llena de esas golosinas.

Alguien tocó mi hombro tomándome desprevenida y me giró rápido.

—¿Te has estado escondiendo toda la semana? —dijo con esa detestable voz. Solté un bufido.

—Si me dejaras tranquila no tendría que hacerlo —respondí con el rostro serio. Iba a irme, pero Matt me detuvo por el hombro.

—Espera, necesito preguntarte algo.

—Y yo quiero ir a mi casa a ver mi serie. No estorbes, adiós. —Quitó su agarre, pero fue rápido y tomó mi muñeca.

—¿Es cierto que estás saliendo con un jugador del equipo de *lacrosse*? —Me estaba mirando, como si quisiera analizarme.

—¿Y eso a ti por qué tiene que importarte? —Lo desafié con la mirada.

Traté de liberarme de su agarre, pero no pude.

—Responde. Dime si estás saliendo con Kalem Taylor.

—También lo conocen como Terrón de Azúcar —dije para molestarlo.

—Así que es verdad.

—Mira. Tú y yo no somos nada. Esta conversación me parece absurda, ¿por qué no me sueltas y me dejas disfrutar de lo que queda de mi viernes? —Intenté de nuevo y seguía sin dejarme ir.

—Pero no hemos terminado de hablar.

Respiré profundo para tranquilizarme. Jugaba con mi paciencia.

—Suéltame.

—Dime. —Su rostro estaba muy cerca—. ¿Es mejor novio que yo? ¿Lo quieres o sólo estás jugando con él, así como lo hiciste conmigo? ¡Dime!

—¡Suéltame! —pedí de nuevo.

Sonrió burlesco. No pensaba hacerlo.

Con mi paciencia en la basura estaba lista para darle con mi rodilla en sus partes bajas, pero alguien se me adelantó y lo empujó para apartarlo de mí.

Era el capitán del equipo de *lacrosse*.

Callum.

—Ella te dijo que la soltaras —habló llevando sus manos dentro de los bolsillos. Se puso a mi lado sin despegar la vista de él—. Y por lo cerca que estabas estoy seguro de que la escuchaste muy bien.

—¿Y tú por qué te metes? —dijo toscamente con intenciones de acercarse a mí otra vez.

Callum fue rápido y lo empujó poniendo su mano sobre su pecho cerca del hombro. Se notaba que el rubio era fuerte por su contextura atlética.

—Ni pienses en acercarte, estás bien a esa distancia. —Estaba demasiado serio, y aunque Matt no quería demostrarlo, podía notar que se sentía intimidado por él—. Y me meto porque conozco a Heather, y si no fuera así también lo haría. No soporto ver a tipos como tú tratar de esa manera a una mujer. Mejor aléjate.

Callum no esperó a que abriera la boca de nuevo, volteó a verme con una sonrisa tranquilizadora e hizo un asentimiento con su cabeza para que nos fuéramos del lugar. Caminamos por los pasillos hasta salir del edificio, luego pasamos por la zona verde de la universidad. Matt no nos siguió. Sentí un alivio en mi pecho al sentir el aire en mi rostro.

—¿Estás bien? —preguntó, estiró sus brazos y luego bostezó con pereza mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—Sí, estaba a nada de darle un golpe, pero te me adelantaste. De todas maneras, gracias. Eso fue genial. —Sonreí y asintió.

—Exnovio, ¿cierto?

—Lamentablemente.

—Lo supuse. El tipo tiene suerte de que haya sido yo el que lo viera.

—¿Por qué lo dices?

—Porque soy el más pacífico de los tres. Kane es el que más intimida y tengo que admitir que a veces me asusta. —Soltó una risa, metiendo sus manos en los bolsillos—. Y Kalem pareciera que no quebrara ni un plato, pero sí que sabe pelear.

—¿De verdad?

—Pues claro, no solo es bueno en *lacrosse*, desde niño lo han metido en varios deportes, a veces me sorprende. —Sonrió, mirándome—. Creo que tengo algunas fotos donde aparece él de pequeño, ¿quieres verlas? —Sacó su celular y lo agitó cerca de mí.

—No, no quiero verlas —mentí, haciéndome la desinteresada.

—Ajá. Pronto me las pedirás, lo presiento.

—Pues presientes mal.

Negó con la cabeza, divertido y guardó su celular.

—Mañana viene tu terrón de azúcar, qué bueno porque ya no quería seguir recibiendo llamadas en las que solo se quejaba porque no podía verte. Tiene suerte de tener a un mejor amigo con tremenda paciencia. —Bufó, caminando hacia un auto que supuse era el suyo.

—No es mi terrón de azúcar. —Fue lo único que respondí después de todo lo que dijo.

—Aún. —Sonrió, dándome esa mirada de *tengo razón y lo sabes*—. Solo espero que no se meta

en problemas cuando se entere de que tu exnovio anda por ahí molestando... ¿Cómo era el apodo? Ah, sí. A su futura novia —dijo con una sonrisita.

—¿Le dirás lo que pasó? —Abrí los ojos.

—Se trata de ti. Se enterará tarde o temprano. —Sacó las llaves de su auto—. ¿Quieres que te lleve a donde sea que vayas ahora?

—No, mi padre pasará por mí para ir a cenar, pero gracias otra vez, rubio.

Asintió y se subió al auto. Bajó la ventana y miré cómo se puso unos lentes de sol negros. Cada gesto, cada movimiento, destilaba esa seguridad que lo envolvía.

—Heather. —Me llamó, poniendo su brazo sobre la ventana—. Él se preocupa por ti, lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Cuida más a los que están a su alrededor y a veces se olvida de él mismo. —Suspiró—. Cuida de él.

Me dio una última mirada, luego se fue y yo me quedé de pie en el mismo lugar. Sostenía la correa de mi bolso mientras miraba hacia un punto cualquiera de la calle. El sonido de la ciudad y el suave murmullo del viento eran la única compañía mientras procesaba la mezcla de pensamientos que danzaban en mi mente.

—No sé si podré hacerlo —susurré.

Capítulo 20

Kalem había regresado.

¿Lo había extrañado? Claro que sí, pero no podía admitirlo en voz alta.

Sus amigos me habían preguntado si quería ir al aeropuerto con ellos a recogerlo y acepté solo porque era sábado y no tenía mucho que hacer.

Estábamos de pie esperando por los hermanos Taylor, hasta que unas puertas de vidrio eléctricas se abrieron y pudimos verlos salir. Khaled, al vernos corrió, con los brazos abiertos directo hacia Callum, quien se agachó para tomarlo en brazos y cargarlo.

—¿Extrañaste al tío Callum? Yo también te extrañé —dijo, revolviéndole el cabello y el niño sonrió como si fuera otro hermano mayor para él.

—Me siento de lado —se quejó Kane, soltando un bufido mientras miraba la pantalla de su celular.

El nudo en mi estómago se apretó con fuerza cuando dirigí mi mirada hacia Kalem, quien se acercaba hacia nosotros arrastrando pesadas maletas. Un extraño revuelo se apoderó de mi interior. Tal vez lo que había comido al mediodía me había caído mal, porque me negaba a aceptar que eran nervios. ¿Yo? ¿Nerviosa?

Su mirada intensa se encontró con la mía, y por un breve instante, el tiempo pareció detenerse. Traté de desviar la atención, de convencerme de que esto no era más que una reacción pasajera, pero la certeza de que algo estaba cambiando se afianzaba en mi interior.

—Ya no llores, Kane, ven yo te doy un abrazo —habló poniéndose frente a él. Colocó las maletas a un lado y lo abrazó con fuerza.

—Acabas de llegar y ya estás derramando miel, así no se puede. —Kane hizo una mueca de disgusto, aunque estaba segura de que lo extrañó.

—Me quieres, lo sé.

Luego se giró para chocar los puños con el rubio.

—Finalmente estás aquí. No podía más con tus llamadas. —Rodó sus ojos, luego hizo un movimiento con su cabeza, señalándome—. Por eso la trajimos, para que dejaras de ser un intenso y le des toda tu azúcar a ella. De nada.

—Se te agradece, Callum. —Dejó escapar una risa y me miró.

El momento en que sus ojos se posaron en mí, sentí cómo mi estómago se retorció con mayor intensidad. Era consciente de que sí estaba nerviosa, aunque me resistía a aceptarlo plenamente. Kalem tenía ese efecto en mí, una capacidad de desencadenar emociones que prefería mantener controladas.

—¿No me darás un abrazo? —dijo sonriendo cuando estuvo frente a mí. Llevaba puesto un *hoodie* gris, *jeans*, Converse y su cabello desordenado.

—Uno corto. —Fue lo único que dije.

—De acuerdo, uno corto será —respondió, pero por la mirada que me dio sabía que tenía otras intenciones.

Me envolvió con sus fuertes brazos alrededor de la cintura. Justo cuando pensé que se separaría, me levantó un poco para girar en pequeños movimientos. Tuve que sujetarme, así que rodeé su cuello, y después me colocó de nuevo en el suelo.

—Eso no fue lo que acordamos —me quejé. Mis manos estaban sobre sus antebrazos para sostenerme.

Y ahora me estaba dedicando una sonrisa inocente.

—¿Cómo podía hacerlo cuando te extrañé demasiado? —Pellizcó suavemente una de mis mejillas, luego tomó un mechón de mi cabello y me miró por unos largos segundos—. Ah, sí. Hice esto en el avión para ti. —Sacó un avión de papel de una de las bolsas de su *hoodie* y me lo extendió.

—Gracias. —Lo tomé y una sonrisa apareció en mi rostro—. Recuerdo que cuando yo hacía los míos en la escuela ninguno volaba, qué triste. —Sin pensarlo, lo lancé al aire y se elevó hasta que cayó al suelo—. ¡Este sí vuela! —Lo recogí, emocionada.

—Te haré aviones de papel más seguido para que sonrías así. —Acarició mi cabello mientras yo estaba distraída analizando la manera en la que había doblado el papel.

—Dije que estás muy joven para novias. —Khaled lo regañó, después me miró mal y los chicos sonrieron con la escena.

—Pues tendrás que compartirlo —habló Callum—. Porque míralo pegado a Heather, ya lo perdimos.

—No, no, no. —El menor negó con la cabeza.

—Ya tuvimos esa conversación —intervino Kalem—. Además, mírala. ¿No es linda? —Pasó uno de sus brazos alrededor de mis hombros para tenerme cerca. Yo seguía distraída con el avión de papel. El niño cruzó sus brazos, serio—. Y es mi futura novia.

—Callum tengo hambre, vámonos —habló ignorando lo que su hermano había dicho.

Kalem parecía divertido por su actitud. Callum comenzó a caminar mientras compartió consejos de vida con el niño, y Kane tomó las maletas, siguiéndolos. Nosotros íbamos detrás, y aún tenía su brazo alrededor de mis hombros.

—No deberías decirle mentiras al niño. —Le di un suave codazo en el abdomen.

—¿Quién dice que son mentiras? —Me apretó más y dejó un beso sobre mi cabello—. Yo muero por quitar el “*futura*” y que sea solo “*novia*”.

—Se me había olvidado que decías cosas como esas, pero ya tuvimos esa conversación.

—Aun así, quiero tenerte cerca, ¿no te gusta tenerme cerca? —Sonrió. Me abrazaba con ambos brazos, de costado, esta vez sin dejar de caminar.

—Tampoco me aplastes —hablé, aunque no me quejaba en lo absoluto.

—Eso no te molesta cuando lo hacemos —murmuró, acercándose lo suficiente como para susurrar en mi oído. Un escalofrío recorrió mi espalda al sentir su aliento cálido, tomándome por sorpresa.

—No digas esas cosas en público —me quejé, no quería sonrojarme.

—Por eso lo susurro para que sólo tú puedas oírlo. Todavía no se me olvida que te debo un deseo por el chiste del tomate de la otra vez, dime qué quieres. Pídeme lo que quieras.

Esta vez fui yo la que sonreí.

—Ven a mi casa esta noche —susurré—. Mis padres no estarán.

—¿De verdad? —preguntó y pude percibir cómo sus mejillas empezaron a teñirse de un suave tono rojizo—. ¿Qué leeremos esta vez?

Esa era nuestra frase clave.

—Mi libro favorito.

(...)

Estábamos en mi casa, solo Kalem y yo.

El momento en que llegamos, su espíritu juguetón se reveló en todo su esplendor. Sin perder ni un instante, me alzó sobre su hombro con la facilidad de quien carga un costal de papas. La sorpresa se dibujó en mi rostro mientras me encontraba suspendida en el aire, y rápidamente mi queja se mezcló con risas nerviosas.

Sus fuertes brazos sostenían mi peso con confianza mientras ascendíamos las escaleras, y no podía evitar temer por mi vida de manera exagerada. Mientras yo me quejaba en tono juguetón, él parecía deleitarse en mi reacción. La risa escapaba de mis labios, mezclada con la sensación de vértigo ante la perspectiva de estar tan elevada, sostenida por su fuerza y buen humor.

—¡Voy a caerme! ¡Bájame!

—Jamás dejaría que eso pasara. Además, ¿has visto estos brazos?

—Claro que he visto esos brazos, y ese abdomen demasiado bien —susurré para mí misma,

recordando.

—¿Qué dijiste?

—Nada, que me bajas.

La puerta se cerró con un suave golpe, y fue entonces cuando él me depositó con cuidado sobre la cama, ubicándome en el centro. Con una agilidad sorprendente, subió a la cama y se posicionó directamente encima de mí, sosteniéndose con sus fuertes manos. En ese instante, quedé quieta, observándolo.

Su presencia dominaba la habitación, creando un espacio íntimo. Sus cabellos caían hacia abajo en mechones desordenados, y su sonrisa iluminaba su rostro, resaltando aún más el rubor en sus mejillas. Una combinación de adorable ternura y un atractivo que no pasaba desapercibido.

En el silencio de la habitación, el tiempo parecía ralentizarse, permitiéndonos absorber cada detalle. La tensión en el aire se mezclaba con la dulce complicidad, y el juego de miradas intensificaba la conexión entre nosotros.

—Sabes que te he oído, ¿verdad? —afirmó, mientras su mano se posaba delicadamente en mi cintura. Con una destreza que solo él poseía, comenzó a dejar besos húmedos por mi cuello, generando una sensación de electricidad en cada caricia. La suavidad de sus labios contrastaba con la humedad que dejaban a su paso—. Te extrañé mucho, mucho, mucho.

—Ya lo sé, no dejaste de repetirlo durante todo el trayecto en el auto. —Cerré mis ojos y suspiré, disfrutando de sus labios sobre mi piel—. Yo también te extrañé.

De repente, sentí que dejó de besarme; mi frente se arrugó, así que abrí los ojos. Él me estaba mirando.

—¿Por qué te detienes? —No me gustó que sonara como una queja.

—Dijiste que me extrañaste —expresó con una sonrisa—. Eso ya lo sabía, puedo sentirlo y verlo en la manera en la que me miras. Solo que no esperaba que lo dijeras en voz alta, y me has tomado desprevenido haciendo que me emocione. —Acarició mi mejilla con sus nudillos—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Algo dentro de mí se revolvió. Me quedé en silencio, mirándolo.

—No sé qué decirte —admití—. ¿Por qué siempre me tomas desprevenida cuando dices cosas como esas? No puedo contigo. —Me giré sobre la cama y oculté mi cara en la almohada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Sentí sus manos en mi cintura, trataba de girarme suavemente, pero yo me negaba.

—Nada.

Todo. Todo pasaba.

¿Qué estaba mal conmigo? ¿Qué me ocurría? Detestaba sentirme así. Y él era la razón de cómo me sentía en ese momento. Él y esas cosas que me decía que hacían que mi estómago se revoliera. Él y esas sonrisas de inocencia y picardía que me daba. Él y esas flores con significado que me mandaba. Él y sus figuras de papel que hacía para mí. Él y su cuerpo de atleta que me enloquecía. Él, sus besos y la manera en la que me tocaba. Todo, todo de Kalem estaba confundíendome.

—Dime, ¿qué pasa? —habló con suavidad, consiguiendo que me girara.

En ese instante, nuestras miradas se encontraron de nuevo, y me vi sumergida en la profundidad de esos ojos que siempre habían ejercido una fascinación irresistible sobre mí. Era como si la intensidad de su mirada tuviera el poder de capturar mi atención.

—Nada.

—Yo sé que no se trata de nada. —Estaba trazando líneas sobre mi rostro con su dedo índice.

Se trataba de ti.

No pensaba caer. No iba a caer.

—Puedes decirme lo que sea.

—Mejor dame mi deseo.

Coloqué mis manos en su cuello, adentrando una de ellas en su cabello, y lo atraje hacia mí para besarlo. Sentí su incertidumbre al principio, pero luego sonrió en medio del beso y cerró los ojos. Me sentí aliviada de que logré distraerlo y no siguió hablando sobre el tema. Luego la temperatura en mi cuarto volvió a subir y lo hicimos hasta quedarnos dormidos.

(...)

Lunes de nuevo y yo solo quería volver a mi cuarto para dormir otro rato más. Lo usual.

El sol del mediodía iluminaba los pasillos de la universidad mientras me dirigía hacia la cafetería. Fue entonces, entre la multitud de estudiantes, que vislumbré a Matt caminando no muy lejos de mí. Sin embargo, algo captó mi atención de inmediato: un golpe marcaba su rostro, cerca del ojo. La sorpresa se reflejó en mi rostro al notar la marca en su piel. ¿Se había metido en una pelea?

Las palabras de Callum resonaban en mi cabeza como un eco insistente.

“Solo espero que no se meta en problemas cuando se entere de que tu exnovio anda por ahí molestando... ¿Cómo era el apodo? Ah, sí. A su futura novia.”

Ay, no, no, no.

Caminé más rápido, sintiendo la urgencia de llegar a la cafetería y mientras avanzaba, saqué mi teléfono y marqué su número. La ansiedad se apoderó de mí mientras esperaba a que

respondiera, y al segundo tono, su voz resonó al otro lado de la línea.

—Heather. —Escuché que dijo.

—¿Dónde estás?

—Esperando por ti, ya lo sabes.

Lo vi a lo lejos, sentado frente a la mesa que solíamos compartir. Con el teléfono aún en mi mano, colgué y caminé decidida hacia él. Cuando llegué a su lado, no pude contener la urgencia de asegurarme de que estuviera bien.

Antes de saludarlo, mis manos se deslizaron suavemente hacia su rostro, tomando con delicadeza sus mejillas. La textura familiar de su piel bajo mis dedos ofrecía un consuelo instantáneo. Lo inspeccioné con atención, mis ojos buscando cualquier indicio de daño. Un suspiro de alivio escapó de mis labios al confirmar que no había ni un rasguño en él.

Me senté a su lado en la silla vacía, mis ojos aún recorriendo su rostro como si buscara respuestas en sus rasgos.

—Supongo que ya te enteraste —dijo, llevando una mano a su cabello, nervioso.

—Claro que sí. —Crucé mis brazos—. ¿Por qué te peleaste con él? ¿Y si te metes en problemas? ¿Y si te hubieras lastimado? No te lastimaste, ¿verdad? —Mis palabras eran una cascada de preocupación. Luego, tomé sus manos instintivamente, sintiendo la necesidad de revisar sus nudillos, que lucían rojos—. ¿Te duele? Vamos a la enfermería. —La insistencia en mi voz reflejaba la urgencia de cuidarlo.

Iba a levantarme, pero me detuvo.

—Tranquila. —Sujetó mi mano, sonriendo para calmarme. Miró mi mano y la acarició con su pulgar, luego elevó la mirada—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El rubio te contó?

—Y Kane también. Así que no solo pasó una vez, tenía que hacer algo al respecto.

—¿Y pelearte con él era la mejor opción?

—Estaba diciendo cosas sobre ti que me molestaron y no pude evitarlo. Ya le dejé claro que si vuelve a tocarte iré por él de nuevo, pero espero que sea inteligente y no haya una segunda vez —habló sin soltar mi mano. La protección que emanaba de sus palabras era reconfortante y, al mismo tiempo, desencadenaba una serie de emociones.

Llevé mi mano libre a la frente.

—¿Estás enojada conmigo? Dime que no lo estás, ¿lo estás? ¿Verdad que no? —Giró un poco su cabeza y tomó un mechón de mi cabello. Mi mirada se encontró con la suya, leyendo la inseguridad en sus ojos. Quise tranquilizarlo, disipar cualquier duda que pudiera haberse

instalado en su mente.

—Claro que no estoy enojada. Es solo que... me preocupé.

Sonrió.

—Me gusta que te preocupes por mí, pero yo lo estaba más cuando ellos me contaron. —Hizo una pausa para mirarme—. ¿Estás bien? Dime, ¿no te hizo nada más? Porque puedo ir a buscarlo ahora mismo.

—Estoy bien —dije rápido, inquieta de que lo hiciera, así que tomé su mano y entrelacé nuestros dedos—. No te muevas, quédate justo aquí.

—Quedarme a tu lado es lo que más quiero. —Una de sus sonrisas, como un destello radiante, iluminó su rostro, y sus ojos se posaron en nuestras manos entrelazadas.

Sin embargo, a pesar de la ternura del momento, una sombra de escepticismo se deslizó por mi mente. ¿Por qué derrochaba tanta azúcar? Él quería hacerme caer. Caer muy fuerte. Y a mí las alturas me aterraban. La dulzura de sus palabras y la calidez de su sonrisa parecían parte de una estrategia para desarmar mis defensas, y una pequeña voz interna me instaba a mantenerme alerta.

Capítulo 21

—A ver, dime qué significan ahora esas flores que te dio tu caramelo —pidió Nora con sus pies sobre la mesa mientras dibujaba un lindo conjunto de ropa en su libreta para una de sus clases.

Estábamos en una de las mesas al aire libre de la universidad.

—No es mi caramelo —dije, pasando mis dedos sobre los pétalos de las flores que Kalem me había dado en la mañana—. Me regaló una combinación de margaritas blancas y rosadas.

—¿Y qué está tratando de decirte esta vez? —Su frente se arrugó.

—Que solo tiene ojos para mí —respondí de manera distraída. Mi atención estaba en las flores, las cuales pensaba llevarlas a casa y ponerlas en algún lugar de mi librero.

—¡Cuánta miel! Qué ternura. —Nora se notaba emocionada como cada vez que leía y se ponía en modo *fangirl* con alguna escena romántica que yo escribía en mis novelas—. Ya sal con él.

—No quiero salir con él. —Dejé las margaritas sobre la mesa y saqué el libro que estaba leyendo para seguir mi lectura.

—Ya sé que solo están liándose, pero ¿vas a negarme que no te gusta, amiga mía? —Sonrió.

—Me atrae físicamente —respondí con la vista en las páginas—. Ya te lo había dicho.

—Vamos. Él tiene material de novio, de esos como los que escribes o lees.

Claro que lo sabía.

—No quiero hablar de novios ahora —hablé, pasando la página. Mi frente estaba arrugada porque no podía concentrarme.

—Bien, me callo entonces. —Siguió dibujando.

Solo pasaron unos segundos en silencio cuando cerré el libro de repente y me giré a verla.

—Bien. Te contaré. —Solté un suspiro frustrado. Dejó su libreta sobre la mesa mientras dejaba escapar una risa y se acomodaba para escucharme.

—Suéltalo. —Hizo un movimiento con la cabeza para animarme—. Lástima que no trajera mis lentes hoy para meterme en el papel de psicóloga. Dale, dime.

Le conté acerca de cómo todo dentro de mí se revolvía desde la llegada de Kalem y cómo eso me tenía inquieta y sin dormir por estar dándole vueltas al asunto.

—¿Estás segura de que no comiste nada caducado estos días? Porque a veces puedes ser un poco despistada —dijo, analizando la situación.

—Estoy segura, comí lo mismo de siempre.

—Entonces, son nervios y lo sabes. Solo que no quieres admitirlo —concluyó, guiñándome el ojo—. Tienes miedo de lo que estás sintiendo por él.

—¿Miedo? ¿Yo? —Llevé mi mano al pecho—. ¿Por qué lo tendría? No estoy desarrollando ningún extraño sentimiento.

—Ajá, aquí estaré cuando te des cuenta y necesites otra sesión conmigo, querida. —Puso su mano sobre mi brazo en forma de consuelo.

—No necesitaré otra sesión —expresé segura de mis palabras. Luego, solté un bufido al mismo tiempo que me deslizaba sobre mi silla y cruzaba los brazos—. Solo estoy... confundida.

—Está bien. —Dio palmadas sobre mi cabeza para animarme—. Pero, mira quién viene allá para aclarar tus dudas.

Me giré lentamente, atrayendo mi atención hacia la figura de Kalem que se acercaba trotando hacia nosotras. Cada paso desprendía una confianza innata, como si estuviera en completa armonía con su entorno. Mis ojos descendieron rápidamente, guiados por una curiosidad momentánea, hacia su abdomen. La ausencia de camiseta dejaba al descubierto los músculos esculpidos que se delineaban con cada movimiento. Unos pantalones deportivos negros abrazaban sus piernas, haciendo resaltar su piel pálida en contraste.

—¿Aclarar? Yo diría que viene a confundirme más. —Lo recorrí de nuevo con la mirada—. O a convencerme... No. Debo ser fuerte.

—Pues no te lo pone fácil. —Se echó a reír.

—Hola, Heather —dijo con una sonrisa, su mirada encontrando la mía mientras se colocaba frente a mí. Luego, extendió un saludo amigable hacia Nora. Su presencia irradiaba una energía vibrante.

La evidencia de su reciente entrenamiento se manifestaba en la transpiración que goteaba por su piel, creando un brillo sutil. Sus mejillas sonrojadas y su cabello desordenado le daban un encanto adicional, una imagen que lo hacía ver aún más atractivo.

—Estoy en mi pequeño descanso, así que decidí venir a verte.

Se inclinó, apoyando una mano en el reposabrazos de mi silla para mantener el equilibrio. Sentí el roce cálido de sus labios en mi mejilla, cerca de la comisura de los míos. Después del beso, me regaló una sonrisa y sin poder resistirme, toqué una de sus mejillas rojas con mi dedo índice. Sabía que le gustaba cuando hacía eso, y la respuesta estaba plasmada en la calidez de su mirada.

Miré como Nora siguió dibujando en su libreta y hacía como si no estuviera ahí para dejarnos en nuestra burbuja, aunque su sonrisa no desaparecía.

—¿Qué haremos hoy? Dime a dónde quieres ir: ¿a comer, al parque o andar en bicicleta?

Iba a responder, pero una voz que detestaba me interrumpió. Ahí estaba Gabriela frente a

nosotros cargando una pila de papeles en sus brazos.

—La facultad de artes cinematográficas hará un autocine este fin de semana, por si quieren ir.

Nos extendió unos papeles a cada uno, aunque pude notar las sonrisas falsas que nos dio a Nora y a mí, en cambio a Kalem, quien se tuvo que incorporar para tomar el papel, lo recorrió con la mirada, dándole una sonrisa que no me gustó.

—Gracias por la invitación, ahora adiós —dije.

—Escuché que es del equipo de *lacrosse*, y que están saliendo. ¿Es verdad? —preguntó, interesada. Elevé una ceja, noté que la frente de él se arrugó como cada vez que algo no le gustaba

—Eso no te interesa.

—No seas así. Suelta el chisme. —Soltó una risa detestable—. También escuché rumores de que se lían, pero no están juntos. ¿Cuál de los dos es cierto? Porque si es el segundo, mira lo que te estás perdiendo. —Extendió su mano con intenciones de tocar el pecho de él con su dedo índice.

Me alarmé enseguida, al igual que Nora que no soportaba a Gabriela.

—¿Qué crees qué haces? —Tomé la mano de Kalem, y lo acerqué a mí para alejarlo de ella. Yo aún seguía sentada—. No te ha dado permiso para que lo toques. ¿Acaso vas a una galería y tocas las piezas en exposición? Pues no.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro del chico mientras me observaba con ese destello en los ojos.

—¿Acaso acabas de llamarme arte? —preguntó con una sonrisa que parecía imborrable.

—Ahora no. Estoy lidiando con ella —dije, dándole una sonrisa y luego me giré para entrecerrar los ojos hacia Gabriela.

—No es para tanto. ¿Acaso estás celosa? Aunque lo entiendo porque se trata de mí. —Me regaló esa sonrisa de egocentrismo, y solté una risa sarcástica. No la soportaba.

—La única celosa aquí siempre has sido tú.

Ella iba a decir algo, pero en ese momento un grito a lo lejos la interrumpió.

—¡Kalem, el entrenador te está esperando! —Era un miembro de su equipo.

—Tengo que irme, pero vendré a buscarte cuando termines tu última clase. —Se inclinó para esta vez dejar un beso en mis labios, y luego se acercó a mi oído para susurrar—: Estarás bien, ¿verdad?

Sabía que se refería a la insoportable presencia que teníamos enfrente. Asentí para que no se

preocupara. Me dio una última sonrisa, se despidió de Nora y luego se fue trotando hacia el chico que lo esperaba.

—¿Qué haces todavía aquí, Gabriela? —Me giré a verla, le di una mala mirada y tomé mi libro para seguir leyendo—. Matas la buena vibra del lugar.

—¿Qué? ¿Ahora me vas a ignorar? —Soltó una risa sarcástica.

No dije nada, Nora estaba inmersa dibujando su conjunto de ropa y yo estaba tranquila disfrutando de mi lectura hasta que se fue enojada por no ser el centro de atención. Qué mal me caía.

(...)

¿Qué estaba haciendo conmigo Kalem?

La oscuridad de la noche se cernía sobre mí, y mi mente era un torbellino de pensamientos que parecían no tener fin. Me encontraba acostada en la cama, girándome de un lado a otro en un intento inútil de poder dormir. Tomé mi celular en un gesto impulsivo y decidí enviarle un mensaje, una acción que llevaba consigo la esperanza de encontrar respuestas o al menos aliviar la tormenta en mi mente.

Heathernática: No puedo dormir.

Él no tardó en responder.

TerróndeAzúcar: ¿Quieres que te cante una canción?

Heathernática: ¿Sabes cantar?

TerróndeAzúcar: No, pero si eso te hace dormir lo haré por ti.

Heathernática: ¿Cómo puedes ser tan dulce a estas horas de la noche?

TerróndeAzúcar: Mi encanto dura las 24 horas, eres una chica suertuda.

Me giré sobre la cama sin soltar el celular y por alguna razón la sonrisa en mi rostro no desaparecía.

TerróndeAzúcar: ¿Y por qué no puedes dormir?

Por ti, no podía dormir por pensar en ti.

Y por supuesto que no le mandé ese mensaje.

Heathernática: Me dormí en la tarde.

Mentí.

TerróndeAzúcar: ¿Quieres que te cante o jugamos a las preguntas hasta que tengas sueño?

Heathernática: Las preguntas suenan bien. Dale, empieza tú.

TerróndeAzúcar: De acuerdo, ¿pueden ser cualquier tipo de preguntas?

Heathernática: Las que tú quieras.

TerróndeAzúcar: Me encanta como suena eso.

Y luego envió un emoji con una sonrisa de lado, haciendo que rodara los ojos, divertida.

TerróndeAzúcar: ¿Piensas que soy arte? Lo dijiste esta mañana.

Heathernática: Y no pienso retractarme.

Envió un emoji sonriente y con las mejillas sonrojadas que me hizo soltar una risa.

TerróndeAzúcar: ¿Escribirías sobre mí?

Lo había estado haciendo estos últimos días sin darme cuenta, pero esos escritos que eran solo borradores los mantenía solo para mí. No podía evitarlo, ya que parecía estar rondando por mi cabeza últimamente.

Heathernática: Tal vez.

TerróndeAzúcar: Si lo haces, ¿me dejarías ser el primero en leerlo?

Heathernática: Lo consultaré con la almohada y después te digo. Ahora, es mi turno de preguntar... ¿por qué me llamas futura novia si sabes que no quiero nada serio?

Lo que realmente quise decir era: ¿Por qué sigues haciendo cosas que me confunden? La incertidumbre y la necesidad de claridad se reflejaban en mi expresión mientras sostenía mi celular. Mandó una nota de voz y no me gustó que esa simple cosa me emocionara tanto, así que tardé un poco en reproducir el audio.

—Porque tengo esperanzas, y porque sé que vale la pena tenerlas porque se trata de ti. —Su voz sonaba tan bien—. No me importa la espera porque me gusta pasar tiempo a tu lado, me gusta mandarte flores y que sepas lo que quiero decirte con ellas, me gusta que me digas tus chistes malos porque así puedo escucharte reír, me gusta ir a comer comida coreana contigo, me gusta verte leer y que sonrías cuando lo haces, me gusta besarte y tocarte, me gusta verte cuando te pones celosa o cómo tu frente se arruga cuando estás enojada, me gusta cuando te pones cariñosa conmigo aunque sean pocos momentos y que la mayoría sean cuando lo hacemos.

El eco de la risa de Kalem se desvaneció en la distancia. La nota de voz continuaba reproduciéndose, pero ahora el silencio se había apoderado de ella, creando una pausa significativa. En ese momento, solo podía escuchar su respiración, un susurro suave que resonaba en la quietud del momento.

—Me gustas —dijo de repente. La sinceridad en su tono me tomó desprevenida, y el peso de

esas dos palabras se instaló en el aire, creando una paleta de emociones que vibraba en mi pecho —. Me gustas mucho, demasiado, pero me gusta más poder decírtelo. Me gustas, Heather.

Y pasó.

Caí. Caí por Kalem esa noche.

Estaba asustada, profundamente asustada. Temía lo que estaba sintiendo, lo que crecía en mi interior con una fuerza arrolladora. No quería experimentar esa vulnerabilidad, no quería permitir que esas emociones tomaran raíz. Durante mucho tiempo, había evitado sumergirme en sentimientos tan profundos, pero Kalem había irrumpido en mi vida de una manera que ni siquiera había anticipado.

El encuentro en aquella fiesta no estaba en mis planes, y mucho menos esperaba que se colara en mi vida de la manera en que lo hizo. Su dulzura y su sonrisa, armas tan simples y poderosas, me afectaban de maneras que no podía ignorar. La resistencia que había construido contra esos sentimientos se desmoronaba, dejándome vulnerable ante la posibilidad de algo más profundo.

Me gustaba.

Había caído por el terrón de azúcar del equipo de *lacrosse*.

Kalem Taylor.

Había perdido la cabeza y no creía poder dormir esa noche.

Capítulo 22

Estaba enojada conmigo misma.

Estaba ignorando a Kalem porque tenía miedo.

Luego del mensaje de voz que me mandó la noche anterior, dejé el celular a un lado y me quedé mirando el techo de mi cuarto, que estaba alumbrado de luces de estrellas de colores, por un buen rato. Me llamó al ver que no respondí, pero solo lo hizo una vez porque estaba segura de que entendió que necesitaba procesar sus palabras y me estaba dando espacio.

Esa mañana me mandó un mensaje de buenos días, pero no contesté. Estaba en uno de los pasillos de la universidad sentada en el piso con la espalda recostada en la pared y a mi lado estaba Nora.

—¿No me digas que estás ignorándolo? —preguntó.

—No puedo evitarlo, estoy asustada. No sé qué decirle —me quejé, abrazando uno de mis libros mientras recostaba mi cabeza sobre su hombro, y acaricié mi cabello.

—Dile lo mismo que me estás diciendo, dile como te sientes. Es mejor ser honesta que estar ignorándolo.

—Ya lo sé. —Solté un suspiro, luego me incorporé rápido cuando miré a Kalem a lo lejos como si estuviera buscando a alguien y sabía exactamente a quién—. Pero eso no será ahora, necesito más tiempo. —Comencé a caminar tratando de pasar entre la gente y no llamar tanto la atención.

—¡Enfrenta tus miedos, no huyas! —Escuché que dijo Nora, pero me moví más rápido.

Fui a mis clases del día hasta que decidí revisar mi celular, el cual había dejado de lado, y miré que tenía un mensaje suyo.

TerróndeAzúcar: ¿Quieres que vayamos a comer a algún lado en el almuerzo? Yo invito o si prefieres comer aquí dime lo que quieres y yo puedo ir a comprarlo para que comamos juntos. ¿Qué dices?

Heathernática: No puedo, saldré a comer con Nora.

Lo cual era cierto, pero había hecho esos planes para evitar verlo en el almuerzo.

TerróndeAzúcar: ¿La obligarás a comer comida coreana otra vez?

Y mandó un emoji riendo.

Heathernática: Sí.

Llegó la hora del almuerzo y salí a comer con Nora, quien me estaba dando lecciones de vida y charlas motivacionales acerca de cómo dejar que el miedo no me ganara, pero la verdad era que mi mente no estaba prestándole atención, solo podía pensar en él que no dejaba de ser dulce a

pesar de que lo estaba evitando y eso solo me hacía sentir peor.

Y así pasé el día en la universidad tratando de no topármelo en el campus, hasta que terminé mi última clase y me fui directo hacia mi casa. Agradecí que no tuve que trabajar ese día en la cafetería para no encontrarlo ahí. Cuando llegué lo primero que me puse a hacer fue limpiar cada rincón sin tomar un descanso, limpié para evitar pensar en él, pero seguía sintiéndome culpable por no hablarle y estar evitándolo. Cuando mis padres llegaron a casa me miraron raro, pero no hicieron ninguna pregunta, lo cual agradecí.

Cuando terminé con la limpieza me tiré al sofá cansada físicamente, había conseguido sacarme de la cabeza mis preocupaciones por un momento, pero esos pensamientos comenzaron a aparecer de nuevo. Solté un suspiro frustrado y tapé mi cara con mis manos. De repente, el timbre de la casa sonó.

Me levanté para abrir la puerta sin muchas ganas y ahí estaba frente a mí.

—Kalem.

—Heather —dijo. Sus ojos estaban tristes—. Te estaba llamando, pero no contestabas.

—Lo siento, estaba limpiando así que no escuché el celular.

Miró hacia abajo y tenía sus manos dentro de los bolsillos de su *hoodie*, luego elevó la mirada otra vez. Sus ojos no tenían el brillo de siempre, y me sentí más culpable.

—Has estado evitándome. Lo sé —soltó—. No me alejes. Háblame, dime lo que sea que tengas que decirme, pero no te alejes.

Algo dentro de mí dolió, estaba lastimándolo y era lo que menos quería.

—Solo dame tiempo, mi cabeza es un desastre ahora.

—¿Tiempo lejos de mí? —preguntó.

—Sí, porque siento que si te tengo cerca no podré pensar bien.

—Tal vez no necesitas pensar demasiado, solo siente.

Subió un escalón para estar más cerca y tuve que apoyar mi mano sobre el marco de la puerta para sostenerme. Su cercanía siempre me afectaba y este cuerpo traicionero siempre terminaba cayendo.

—Yo no suelo dejarme llevar, me cuesta hacerlo —admití—. Se suponía que solo nos liaríamos. No pedía más, porque no estoy segura de poder dar más que eso. No aún.

—Heather... —dijo, extendiendo su mano para colocarla sobre mi mejilla.

—Dame tiempo, ¿de acuerdo? —La tensión se apoderaba del momento, y me alejé de él, buscando una distancia que permitiera a ambos procesar lo que había dicho. Bajó su mano, un

gesto que reflejaba respeto por mi necesidad de espacio. Asintió, y sus ojos, que solían irradiar alegría, ahora reflejaban una tristeza.

El silencio se apoderó del espacio que quedaba entre nosotros. Luego, mis labios formaron un adiós silencioso, y mi mirada se encontró con la suya en un intercambio de significados no verbales. Mientras se alejaba una sensación agrídulce se formó en mi corazón.

Kalem no era el problema, era yo.

Tenía la costumbre de acercarme a las personas y de repente distanciarme de ellas.

Esa noche Nora vino a mi casa y se quedó a dormir conmigo para hacerme compañía, nos dormimos después de ver varias películas asiáticas mientras comíamos helado. Le conté sobre lo que había pasado en la tarde, le dije cómo me sentía y saqué todo lo que estaba conteniendo. Hablar con ella me ayudó a sentirme menos pesada, y me escuchó hasta que me quedé dormida.

Al día siguiente, Nora no quería verme toda deprimida así que me dijo que teníamos que salir a algún lado. Yo no quería. Me negué al principio, pero fue tan insistente que terminé aceptando. Y así fue como terminamos en un club nocturno con mucha gente bailando y bebiendo.

Genial.

Nora había invitado al pelirrojo de su novio que se había ofrecido como conductor en caso de que las dos termináramos emborrachándonos, lo cual dudaba mucho que eso pasara, por lo menos de mi parte. Al parecer la rubia había puesto al corriente a Charles del porqué mi cara larga, no hizo preguntas sólo se limitó a darme miradas que mostraban su preocupación.

Al llegar al club y ver a toda esa gente pegándose unos a otros me dieron ganas de regresarme, pero Nora se aseguró de que no escapara. Me llevó a la pista de baile y yo me quedé de pie mientras ella bailaba a mi alrededor para animarme, lo único que hice fueron pequeños movimientos de un lado a otro. Después de un buen rato en la pista, decidimos ir a buscar una mesa para sentarnos.

—No puedo creer que ni la Macarena te bailaste —se quejó mientras pasaba su brazo alrededor de mis hombros—. A ver, dime la canción que quieras y yo voy a pedírsela al DJ, no importa cuál sea.

—¿Qué tal si es una canción de mis coreanos? —propuse, distraída mientras miraba los alrededores.

—No estaría mal, todo con tal de hacerte sonreír un poco. —Pellizcó mi mejilla, y nos detuvimos cuando llegamos a una mesa vacía.

Se suponía que habíamos salido para distraerme un poco, pero no contaba con encontrármelo acá.

Kalem estaba sentado junto a Callum y Kane, justo en una de las grandes mesas cercanas a la nuestra. Ellos aún no nos habían visto, el rubio y el pelinegro estaban hablando, pero el castaño

parecía perdido en sus pensamientos y no sonreía como solía hacerlo, tenía uno de sus brazos encima del respaldo del sillón acolchado que estaba alrededor de la mesa. Traía una camisa blanca con unos cuantos botones abiertos que dejaba al descubierto parte de su cuello y pecho.

Se veía terriblemente bien. Más con ese cabello desordenado como siempre lo llevaba.

El pelirrojo decidió acercarse a ellos con una sonrisa, pensé salir con la excusa de ir al baño, pero ellos voltearon al ver que nos acercábamos y no iba a dejar que me vieran huir de esa manera. La mirada de Kalem no tardó en caer sobre mí y me evaluó con la mirada. Esa noche había decidido ponerme un lindo vestido pegado al cuerpo, mis Converse negros y el cabello suelto.

—Nora —me quejé antes de llegar a la mesa.

—Juro que no sabía que ellos estarían aquí, lo juro por nuestra bella amistad, no me mates —susurró para que solo yo pudiera oírla.

—Pero, mira quiénes son. Mi primo y los amigos de mi primo —dijo Charles, sentándose con toda confianza junto a ellos, él nos dio una mirada animándonos a sentarnos.

Yo no quería, Nora tampoco estaba tan convencida porque podía notar lo incómoda que me sentía, pero terminamos sentándonos junto a ellos. Y para mi fortuna había quedado justo frente a él.

No podía pasar desapercibido su intensa mirada sobre mí. Sabía que los chicos podían sentir el ambiente tenso entre él y yo, pero se aseguraron de hacer plática para apaciguar las aguas.

—Bueno, bueno. Quién diría que nos topáramos todos aquí —dijo Callum, pasando una mano por su cabello.

—Hasta pensaría que fue planeado —habló Kane con una sonrisa divertida y maliciosa.

—Lo cual no fue así —dijo Nora rápido, girándose hacia mí—. Lo juro por nuestra bella amistad.

—Tranquila —afirmé de manera calmada, aunque por dentro solo quería irme a casa a para recostarme en mi cama con mis libros o series.

Era raro pasar de estar cerca de Kalem y hablar de cualquier cosa con él como solíamos hacerlo a estar sentados uno frente al otro sin decir nada como si fuéramos extraños. Era como si hubiéramos terminado la relación que ni siquiera empezó. Sostenía un vaso del cual daba pequeños sorbos y luego me daba miradas que no podía ignorar. Estaba segura de que lo que bebía no era alcohol porque no le gustaba.

Estaba fingiendo prestar atención a la plática de los chicos para no tener que verlo, cuando se distrajo con su celular aproveché para darle unas cuantas miradas disimuladas. Pude notar cómo sus mejillas estaban sonrojadas por el calor que hacía en el club. Estaba disfrutando de verlo, luego mi frente se arrugó cuando una chica se acercó a nuestra mesa con la mirada solo en

Kalem, nos saludó a todos rápido y luego se enfocó en él.

—Estaba sentada en la mesa de allá con mis amigas, y como me has parecido guapo me han animado a venir a hablarte —dijo con una sonrisa coqueta. Elevé una ceja cuando tuvo el descaro de sentarse sin permiso al lado de él.

¿Estaba celosa? Sí. ¿Y estaba orgullosa de eso? No. Detestaba sentir celos, pero no podía evitarlo. Ella iba con todo, pero él seguía sin el brillo en los ojos que lo caracterizaba, ni siquiera se inmutó cuando se sentó en el espacio libre a su lado.

—¿Quieres bailar conmigo? No lo hago tan mal, ¿qué dices? —le preguntó, dándole una sonrisa.

Debajo de la mesa, mis manos instintivamente buscaron el borde de mi vestido, formando un puño en un gesto que reflejaba la avalancha de emociones que eso me hizo sentir. Todos en la mesa se habían convertido en testigos involuntarios de esta escena cargada de tensión. Sus miradas curiosas se posaban en nosotros, como si estuvieran aguardando en silencio por la respuesta de Kalem. Sus ojos buscaron mi reacción y en un intento de ocultar mis propios sentimientos, giré mi rostro hacia otra parte.

En ese momento llegó el mesero a interrumpir lo que estaba pasando.

—¿Desean ordenar algo más?

—Yo sí —respondí, llamando la atención de Nora y los chicos—. Tráigame lo más fuerte que tenga.

Capítulo 23

Puse el vaso pequeño de vidrio sobre la mesa, haciéndolo sonar, me lo había tomado todo de un solo trago, pero fue una mala idea. Mi garganta ardió, mi frente se arrugó y llevé una mano a mi pecho.

—¿Cómo pueden beber esto? Duele horrible y sabe feo, definitivamente lo mío no es el alcohol, mal día para no traer mi botella de agua —me quejé con una mueca de disgusto. Luego, me quedé viendo la botella de alcohol sobre la mesa y extendí mi vaso—. Sírvanme otro.

—¿Estás segura? —Nora me miró con duda, pero llenó mi vaso a la mitad. Asentí—. Bebe despacio.

—No tienes que hacerlo si no te gusta. —La voz de Kalem me hizo voltear a verlo, se miraba preocupado por mí, sus ojos no se despegaban de los míos. Era la primera vez que me hablaba en la noche.

—Puedo hacer una excepción, además no me emborracho todos los días. ¿Por qué no hacerlo hoy? —Encogí los hombros y me bebí el líquido, pero esta vez más despacio. Mi frente se arrugó de nuevo e hice una mueca.

Me había tomado como cuatro vasos de alcohol, ya me sentía mareada y tenía calor. Agradecí que Nora no me dejó sola y se unió a mí, ella llevaba más vasos, aunque no se veía tan afectada como yo. Observé a la chica, que había venido a ligarse a Kalem hace rato, estaba en su mesa con sus amigos riéndose mientras le seguía echando miradas.

Cuando lo invitó a bailar me entraron tremendos celos, los cuales estaba evitando sentir por alguien por mucho tiempo porque no me gustaban, y sentí un gran alivio cuando la rechazó de manera amable como lo dulce que era. Aunque al parecer eso solo hizo que el interés de ella creciera más.

Solté un bufido dejando el vaso vacío sobre la mesa.

¿Por qué tenía que ser atractivo y tierno? Cualquiera caería por él. Yo lo había hecho.

—Heather. —Se inclinó sobre la mesa, poniendo sus codos sobre esta. Su mirada me evaluaba—. Tus mejillas están sonrojadas, ¿estás segura de que te sientes bien? No es necesario que tomes demasiado, puedes hacerlo más despacio. ¿Te sientes mareada?

No iba a mentir y decir que verlo preocupado por mí no me derritió un poco, porque sí lo hizo. Mucho. Sin poder evitarlo bajé la mirada a sus labios y me entraron inmensas ganas de besarlos, estaba segura de que era por el alcohol, eso y la camisa blanca reveladora que llevaba. Agité la cabeza para alejar esos pensamientos, pero me resultaba imposible teniéndolo frente a mí y tan cerca.

—Estoy bien —mentí, relajada—. Tal vez mi cabeza está dando vueltas, y esto sigue pareciéndome horrible, pero estoy bien. —Solté una risa, pero no se veía convencido.

Nora y yo comenzamos a recordar viejos tiempos mientras llenábamos el vaso de la otra, nos reíamos a carcajadas de cualquier cosa y nos uníamos de vez en cuando a la charla de los chicos.

—¡Por nuestra bella amistad! —Brindamos las dos, chocando los vasos.

—Vamos a bailar, Nora, pero te aviso desde ahora que te haré pasar vergüenza, así que prepárate —dije, animada. Sentía que tenía mucha energía.

—Te acompañaría, pero creo que ya me dio sueño —habló, aferrándose al brazo de Charles. El pelirrojo sonrió y pasó ese mismo brazo alrededor de ella para que estuviera cómoda. Le preguntó si quería irse, pero ella negó—. Mejor me quedaré aquí, Heather.

—¿Qué pasó con lo de nuestra bella amistad? —Entrecerré los ojos—. Iré a ver qué hay en la barra de allá, ya me aburrí de estar sentada.

Nora asintió y yo me levanté de mi asiento, al momento de hacerlo me tuve que sostener de la mesa por el pequeño mareo que me dio, luego me eché a reír por eso. Kalem iba a levantarse con intenciones de sostenerme, pero lo detuve.

—Puedo ir contigo, no quiero que te caigas.

—No es necesario, estos pies funcionan muy bien. Iré a caminar por allá —le dije, apuntando hacia la barra. Sabía que iba a levantarse para ir conmigo, entonces me acerqué a él y puse mis manos sobre sus hombros—. Tú, quieto. Quédate aquí.

Pude notar como trató de contener la sonrisa en su rostro.

—No te lastimes, estaré viéndote desde aquí —dijo como si yo fuera una niña.

—No me caeré, ¿qué dices? Por favor. —Solo avancé un poco y uno de mis pies se dobló y tuve que sostenerme de una mesa. Me giré rápido a verlo, se había levantado dispuesto a acercarse—. ¿Ves? No me caí, casi pero no. Tú sigue quedándote ahí.

Esta vez tenía una sonrisa en sus labios, negó con la cabeza y se volvió a sentar sin dejar de verme.

Disfruté del pequeño camino hacia la barra, solo quería estirar mis piernas, pero aproveché cuando pasé al lado de la pista y elevé mis manos mientras bailaba de manera improvisada y rara. Me sentía más suelta y con ganas de bailar, pero no quería caerme y que Kalem viniera por mí. No, no. Tenía que alejarme de él para aclarar lo que sentía, aunque en esos momentos todo parecía más confuso.

Llegué a la barra y me senté en una de las sillas altas que estaban vacías. El chico de las bebidas me preguntó si quería algo, pero negué. En ese momento mirar los vasos y bebidas de colores era más interesante que tomar. De repente, un joven pelinegro con piel pálida se acercó y se sentó en la silla de al lado.

—Hola, preciosa —dijo con una sonrisa que derrochaba picardía, parecía venir con todo. Debía

admitir que estaba guapo, pero lo único que hice fue soltar una risa. El alcohol hacía que todo me pareciera gracioso—. ¿Qué? ¿No te gusta que te digan que eres preciosa? Porque realmente lo eres.

Y me eché a reír de nuevo haciendo que arrugara su frente, confundido.

—Eso ya lo sé, pero gracias por recordármelo —respondí.

Sentía una mirada sobre mí, así que giré hacia nuestra mesa y pude ver a Kalem con la vista hacia acá. La sonrisa que tenía antes de dejarlo ahí ya no estaba, en cambio su rostro estaba serio. Me giré de nuevo a ver los colores de las bebidas.

—¿Quieres tomar algo? Yo invito.

—¿De esas? —Señalé una bebida que preparaban al lado—. No, no. Yo no acepto nada que me ofrezcan en estos lugares, suelo traer mi botella de agua, pero hoy la olvidé. ¿Y sabes por qué? —pregunté como si él supiera, hice un gesto con mis manos, y negó con la cabeza—. Por estar pensando en Kalem, ¿y sabes que es lo peor? Que vine para olvidarme de él por un rato, y tuve que topármelo acá. Aunque tampoco es que me esté quejando, porque... tienes que ver la camisa que lleva puesta. Es tan lindo y me encanta. —Solté un suspiro poniendo mi codo sobre la barra y apoyando mi barbilla sobre mi puño.

—Ajá, ¿y quién es Kalem? —Tenía la frente arrugada, parecía que no le gustaba escucharme hablar demasiado.

Iba a responder, pero una voz me detuvo.

—Yo soy Kalem —dijo, apareciendo de la nada y poniéndose a mi lado, luego le dio una mirada seria a mi acompañante.

Se giró hacia mí, y una sonrisa iluminó su rostro, disipando la seriedad que había mostrado anteriormente. Extendió su mano, y con gentileza colocó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. El roce de sus dedos contra mi piel envió un escalofrío a través de mí, como si su toque tuviera el poder de despertar sensaciones latentes. Sus ojos inspeccionaron mi rostro, buscando señales de que todo estaba bien.

—Y yo soy su futura novia, o eso es lo que él dice. —Me encogí de hombros con despreocupación, mirando al chico que se levantó de su asiento y se fue.

Me giré a verlo. Como la silla era alta nuestros rostros estaban a la misma altura, así como nuestros labios. Había una sonrisa en sus labios y estaba segura de que era por lo que yo acababa de decir. ¿Cómo podía sonreírme de esa manera?

—Te dije que tenías que quedarte quieto en tu asiento por allá —hablé mientras de manera distraída tocaba las pulseras de tela de su muñeca.

—No pude quedarme sentado, no cuando él te estaba viendo de esa manera —respondió mientras tocaba las puntas de mi cabello.

—¿Estás celoso?

—Mucho. —Se rio—. No puedo evitarlo. Sí, estoy celoso, pero también ese vestido que llevas esta noche me distrae demasiado.

Sonreí.

—Se suponía que tenía que alejarme de ti para aclarar el desorden en mi cabeza —Elevé mi mirada—. Pero, no sé si es el alcohol o soy yo la que no puede hacerlo. O tal vez es esta camisa que traes puesta que no me deja pensar bien. —Dejé escapar una risa pasando mi dedo índice sobre su pecho descubierto—. Eres demasiado atractivo.

Una linda sonrisa apareció en su rostro.

—No tienes que alejarte de mí. —Tomó una de mis manos y acarició el dorso con su pulgar.

—No es tan fácil. —Apoyé la cabeza sobre su pecho y suspiré.

Acarició mi cabello.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que te lleve a tu casa? Puedo ir a decirle a los chicos y a Nora.

—¿Cansada? ¿Yo? —Me separé para volver a mirarlo—. Si tengo más energía que nunca. ¡Baila conmigo! —Me bajé rápido de la silla, el movimiento me mareó un poco y me sostuvo por la cintura.

—Será la primera vez que bailaremos juntos —dijo, pensando—. No te preocupes, no hay manera de que me avergüence bailar contigo. Haz los pasos que quieras. —Desordenó mi cabello.

—Eso dices ahora, quiero verte después. —Me eché a reír a carcajadas. Estaba segura de que eran los efectos del alcohol en mí. Sonrió al escucharme reír—. Vamos.

Tomé su mano y lo jalé hacia la pista de baile. Bailamos varias canciones juntos, yo no dejaba de reírme y Kalem se estaba riendo con mis pasos de baile que estaba exagerando a propósito. Mi cabeza me decía que me alejara, pero mi cuerpo hacía todo lo contrario. Este cuerpo traicionero nunca cooperaba. Mi energía se había bajado un poco, y el cansancio comenzaba a llegar. Una canción muy animada resonaba en el ambiente, pero yo le abrazaba por su torso, reposando mi cabeza sobre su pecho. Sus brazos rodeaban mis hombros, con su cabeza reposando sobre la mía, mientras bailábamos al ritmo de la melodía, como si se tratara de una canción lenta.

Parecía estar cómodo junto a mí, y yo me sentía relajada en sus brazos. Se sentía tan cálido. Me brindaba tranquilidad, y abrazarme a él me hacía sentir segura. Era todo lo que necesitaba. Entonces, ¿por qué estaba escapando de lo que sentía?

—Como quisiera que este momento durara mucho tiempo —expresó sin dejar de abrazarme, podía jurar que estaba sonriendo.

—A mí también me gusta abrazarte. —Solté una pequeña risa, luego se me escapó un bostezo.

—Vamos, te llevaré a casa. —Pasó una mano por mi cabello.

—No quiero ir a mi casa. —Me separé un poco para mirarlo desde abajo, pero sin dejar de abrazarlo.

—Entonces, dime a dónde quieres que te lleve y lo haré. —Acarició con suavidad mi mejilla.

—Quiero estar contigo.

El alcohol me estaba poniendo cursi. Estaba consciente de que más tarde podría arrepentirme de lo que decía en ese momento, pero no podía dejar de hablar.

—No me gusta que estemos así, aunque yo sé que es por mí. —Suspiré—. Ayer no pude dormir. Quiero quedarme contigo esta noche.

—Entonces, te llevaré a mi casa. —Una sonrisa se dibujó en su rostro y observé en silencio ese destello en sus ojos.

Capítulo 24

Me moví entre las sábanas mientras intentaba abrir los ojos. Llevé una mano a mi cabeza, que me dolía. No iba a volver a beber otra vez; el alcohol no era para mí. No, no.

Mi cama estaba más suave de lo normal. Con la mano en mi cabeza, logré abrir mis ojos; mi frente se arrugó al no encontrar mis pequeñas estrellas de colores pegadas en el techo. Me incorporé rápido, sentándome en la cama, cuando escuché correr la regadera del baño de al lado.

Oh, no, no, no.

Llevaba puesto mi vestido de anoche y encima uno de los grandes suéteres de Kalem, el cual tenía su olor y pensaba tomarlo de rehén solo por esa razón. Pasé una mano por mi cabello para revolverlo con frustración. ¿Qué había pasado anoche? Recordaba despedirme de Nora y asegurarme de que se fuera con su novio. Luego, Kalem me condujo en su carro, y pedí que me cargara en sus brazos para subir las escaleras hasta llegar a su habitación.

Me aseguró que sus padres no estaban y Khaled estaba durmiendo. Solté un bufido de vergüenza y llevé mis manos a mi rostro cuando imágenes de mí, saltando sobre su cama y dándole un mini concierto usando mi celular como micrófono, llegaron a mi cabeza. No parecía enojado, al contrario, parecía divertido y hasta sacó su celular para grabarme. Luego, lo recordé acostado a mi lado abrazándome y acariciando mi cabello hasta que me quedé dormida.

Este cuerpo traicionero fue débil anoche.

Se suponía que tenía que alejarme para organizar el desastre en mi cabeza, pero hice todo lo contrario. Culpaba al alcohol por ponerme cursi y débil a sus encantos, también a esa camisa reveladora que llevaba puesta que lo hacía ver encantador.

Me levanté rápido de la cama para buscar mis zapatos, mientras me los ponía apurada miré una botella de agua y un envase de pastillas para el dolor de cabeza sobre la mesita de noche, al lado estaba una nota que decía: «*Toma dos cuando te levantes*». Y añadió una carita feliz con un pequeño corazón.

Cuando salí apurada de su cuarto, el peso de la culpa se hacía sentir con cada paso que daba por no avisar ni despedirme de él. Mi corazón latía con la dualidad de las emociones, atrapado entre el deseo de explorar lo que surgía entre nosotros y el temor de enfrentar la vulnerabilidad que ello implicaba.

(...)

Después de pasar por mi casa para alistarme, me dirigí a la universidad, tratando de mantener la distancia emocional de lo que seguramente me esperaba en mi celular. Sabía que encontraría llamadas perdidas de él, pero evité sumergirme en ese mar de emociones mientras caminaba por los pasillos, con la mente en la clase que se avecinaba. Al llegar a la puerta de mi salón, mi paso se detuvo abruptamente. Lo vi recostado despreocupadamente sobre la pared, con los brazos cruzados, esperándome. La sorpresa se apoderó de mí, como si el tiempo se detuviera por un instante.

—Oh, no, no. Vámonos, tal vez no te ha visto —me dije a mí misma, girándome rápido.

—Heather. —Escucharlo decir mi nombre hizo que detuviera mis pasos en seco. Sentí cómo se acercó trotando—. Espera, no te vayas.

Se puso frente a mí. Su rostro se veía marcado por las huellas del cansancio y las pocas horas de sueño, revelaba también tristeza. Era evidente que yo era la razón detrás de esas sombras que oscurecían su expresión.

—¿Estás evitándome otra vez? —Sus manos se posaron sobre mis mejillas, un gesto que transmitía preocupación y una búsqueda sincera de respuestas—. Me preocupé cuando no te vi esta mañana después de bañarme, te busqué por toda la casa, pero te habías ido. ¿Por qué? ¿Ocurrió algo? Podría haberte llevado.

—Kalem.

Me alejé unos pasos y sus manos, que momentos antes acariciaban delicadamente mi rostro, descendieron lentamente. En ese gesto, percibí un intento de su parte de disfrazar cómo aquella separación afectaba su interior. Cerré los ojos por un instante, como si necesitara reunir fuerzas antes de pronunciar las palabras que habían estado enredadas en mi mente.

—Estoy confundida. También, estoy asustada por todo el lío en mi cabeza. Tú quieres empezar algo conmigo, pero yo no. No quiero una relación, ya te lo había dicho.

—¿No sientes nada por mí? Dime la verdad —susurró, su voz cargada de anhelo y vulnerabilidad.

—Kalem...

—Solo dime.

—Claro que sí, ¿cómo no podría? —admití finalmente, dejando al descubierto la verdad. Una pequeña sonrisa se formó en sus labios, y un destello de alivio y alegría se iluminó en su rostro.

—Entonces, eso es suficiente para mí para seguir intentándolo. No quiero alejarme de ti —afirmó con una sinceridad que resonaba en cada palabra, y su mano se extendió hacia la mía con la intención de tomarla.

Sin embargo, mi propia lucha interna se manifestó en un movimiento involuntario. Me aparté, creando una distancia tangible entre nosotros. Su ceño se frunció, mostrando la confusión y el desconcierto ante mi reacción.

—Pero yo sí quiero alejarme de ti —mentí, dejando escapar palabras que pesaban en mi conciencia. La verdad era que el miedo se aferraba a mi corazón.

Pude ver el destello de dolor en sus ojos. Esta vez, no intentó ocultar cómo mis palabras le habían herido. Un nudo se formó en mi estómago, un remordimiento que se mezclaba con la tristeza.

—Heather...

La atmósfera se cargó de una tensión palpable cuando pronunció mi nombre, como si intuyera la conversación difícil que se avecinaba. Mis palabras fluyeron con una mezcla de sinceridad y pesar.

—Mira, desde el inicio habíamos quedado en que esto no iba a ser algo serio y yo no tenía problemas con eso. Todo iba bien hasta que comencé a formarme líos en la cabeza. —Suspiré, permitiendo que el peso de la confesión se posara en mis hombros—. Tú eres tan lindo, no puedo negarlo, y no hay nada de malo en que quieras una relación, lo único malo que veo es que la quieras conmigo.

—No digas eso. —La tristeza se reflejó en sus ojos. Su susurro resonó, cargado de un anhelo que me resultaba difícil de ignorar.

—Yo... suelo alejarme de las personas —admití y mi mirada se perdió en el suelo antes de elevarla para enfrentarlo.

—Tal vez te alejas porque crees que así nadie puede lastimarte —intervino, sus palabras resonando con una comprensión que tocaba lo más profundo de mí—. Pero yo no quiero hacer eso, sino todo lo contrario. Quiero cuidarte.

La contradicción entre mis palabras y mis verdaderos deseos creaba un conflicto interno que me resultaba insoportable. Detestaba estar lastimándolo, pero una capa de miedo y autodefensa me impulsaba a decir cosas que no reflejaban mi corazón.

—Yo no quiero que me cuides —mentí, las palabras salieron de mis labios como un escudo, una barrera para protegerme de la vulnerabilidad que amenazaba con desbordarse—. Solo quiero que me des espacio.

En su rostro, vi el cambio de su expresión esperanzada a una más triste. La realidad de mis palabras lo golpeó, y me dolió ver cómo el destello de ilusión se desvanecía de sus ojos.

—Heather... Sé que realmente no quieres decir esas palabras que sabes que duelen. No tienes que hacerlo.

—Estoy diciendo la verdad.

Su mirada se intensificó, y pude sentir cómo me evaluaba. Estaba segura de que podía ver a través de mis mentiras porque me conocía demasiado bien, y en ese momento, la distancia entre nosotros se volvió más grande.

—Sé que tienes miedo de lo que sientes, sabía desde el inicio que no querías nada serio conmigo, pero quise y quiero intentarlo porque se trata de ti. ¿No te das cuenta de lo increíble que eres? —Sus palabras eran como un suave susurro que se colaba en el silencio—. Yo caí por ti desde la primera sonrisa que me diste en la fiesta en la que nos conocimos. Y por alguna razón no podía alejarme de ti y dejarte ir, así que no me pidas que lo haga. Yo puedo darte el espacio que necesites. —Se alejó unos pasos, pero sus ojos seguían clavados en los míos—. Pero déjame

quedarme a tu lado, déjame quedarme cerca de ti.

—Kalem...

—Yo no soy como él. Yo no quiero lastimarte ni hacerte sentir de la manera en la que él lo hizo.

—Kalem.... —interrumpí, tratando de contener el nudo en mi garganta y evitar que siguiera hablando. No podía sostener su mirada, porque si lo hacía, la fuerza de sus sentimientos me envolvería por completo—. Solo... aléjate y deja de perseguirme.

Sabía que mis palabras estaban hiriéndolo, y el peso de esa verdad se reflejaba en su rostro. Sus intentos por hablar fueron interrumpidos por mi determinación de poner fin a la conversación.

—Pero...

—Solo vete. Debo ir a clase. —Mantenia la mirada fija en algún punto, evitando encontrarme con sus ojos.

El silencio se apoderó del pasillo, interrumpido solo por el eco de sus pasos alejándose. Pasaron unos segundos que se sintieron eternos hasta que, finalmente, reuní el valor para levantar la mirada. Me quedé de pie viendo cómo se alejaba, y el dolor se apoderó de mi pecho al presenciar su partida. Con un nudo en la garganta, me giré para caminar directo al salón.

Tal vez había hecho lo mejor. O tal vez no.

Cuando finalmente llegué a casa al final del día, la carga emocional se hizo demasiado intensa. Subí rápidamente las escaleras hacia mi cuarto, cerré la puerta tras de mí y me dejé caer en la cama, enterrando mi cara en las almohadas. Las lágrimas brotaron con fuerza, un torrente de emociones que inundaba mi ser. Lloré no solo por las palabras que le había dicho a Kalem, sino también por la cobardía que me impulsó a huir de mis propios sentimientos.

(...)

Al siguiente día, Kalem había dejado flores para mí a través de Nora, quien amablemente se encargó de entregármelas al llegar a la universidad esa mañana. El delicado aroma floral llenó el aire mientras sostenía el ramo en mis manos. No hizo ninguna pregunta, ya que le había contado todo en una llamada telefónica a medianoche. Observé las flores detenidamente, sintiendo que serían las últimas que recibiría de Kalem, y ese pensamiento hizo que algo dentro de mí doliera.

—¿Qué significan? —preguntó Nora pasando su brazo alrededor de mis hombros mientras ambas mirábamos las flores.

—Son lilas violetas y crisantemos morados. —Esbocé una sonrisa triste—. Está tratando de decirme que su corazón me pertenece y...

—¿Y?

—Y que no quiere perderme —respondí, volviendo mi mirada hacia ella en busca de consuelo.

Mi expresión revelaba la complejidad de mis emociones, y apretó con más fuerza su abrazo para reconfortarme.

—No te sientas presionada, yo sé que he sido insistente con todo esto de que tengas al terrón azúcar como novio, tómate el tiempo que necesites para refugiarte en ese caparazón, pero no salgas demasiado tarde. Hay cosas hermosas esperándote afuera. —Sonrió, y algo en su sonrisa me transmitió calma.

—Sabía que por algo eres mi mejor amiga. Se te agradece, rubia. —Le dirigí una mirada agradecida mientras avanzábamos por el campus de la universidad.

—Extraña manera tuya para decirme que me amas. —Negó con la cabeza—. Aunque lo tomaré solo porque se trata de ti.

A la hora del almuerzo las dos fuimos a la cafetería y nos sentamos en la mesa que ocupábamos siempre. Luego de un rato, Charles se unió a nosotras y saludó a Nora con un beso. Nos preguntó sobre nuestro día, y después nos contó sobre el suyo y se puso a hablar sobre un experimento en el que estaba trabajando, pero mis pensamientos divagaban mientras jugueteaba con la comida sin prestar mucha atención.

—Escritora. —Escuché que me llamó el pelirrojo.

—¿Qué pasa? —Volteé a verlo.

—¿Has visto a mi primo hoy?

—No, ¿por qué?

—Porque estoy seguro de que verte hará que esa cara larga que tiene desaparezca. —Apoyó su barbilla sobre su puño—. La cara del chico se ilumina solo con escuchar tu nombre. Tal vez la salud del abuelo lo tiene preocupado, o puede ser que se avecine algún juego y el entrenamiento sea más intenso. Quién sabe. Pero estoy seguro de que necesita recargar esas baterías. Me gusta ver a mi primo sonriente, pero no le digas que dije eso. —Soltó una risa.

La tensión se apoderó de mí al escuchar las palabras de Charles. Nora lanzó una mirada significativa a su novio para detener cualquier comentario adicional. Charles, sin embargo, frunció el ceño sin comprender.

—Cariño, necesitamos trabajar en captar mensajes con la mirada. —Ella suavizó la situación acariciando el cabello de su novio.

Mis ojos se desviaron por un instante hacia la entrada de la cafetería, junto a Callum y Kane, pude divisar a Kalem. Los tres chicos se dirigían hacia la fila para comprar su comida. Al parecer, sintió mi mirada porque volteó en nuestra dirección. Nora y Charles también giraron la cabeza al ver mi reacción. Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que contenía la respiración por un instante; podía percibir las ojeras y el cansancio en sus ojos. Eso me generó un sentimiento de culpabilidad.

Mantuvo su mirada fija en la mía durante varios segundos, creando un silencio tenso que pareció detener el tiempo. Finalmente, aparté la mirada y desvié la atención hacia otro lado. Esperé unos momentos antes de atreverme a volver a mirarlo. Cuando lo hice, ya estaba caminando hacia la salida, dejando a sus amigos preocupados por él. Solté un suspiro mientras veía mi plato y movía el tenedor sin probar ningún bocado.

—Bueno, ahora veo que mi primito no es el único con una cara larga —dijo el pelirrojo sin pensarlo.

—Charles —lo reprendió Nora con un tono de voz suave pero firme.

—¿Quién quiere helado? ¿Quieres helado, escritora? No se diga más. Iré a comprarles, esperen por mí que ya vengo. ¿Qué mejor que el helado para subir el ánimo? —Charles, decidido a cambiar la atmósfera, esbozó una sonrisa y se levantó.

Nora preocupada, se acercó y acarició mi cabello. Mis pensamientos, sin embargo, estaban sumidos en un deseo de soledad y nostalgia. En ese instante, lo único que quería era estar acostada en mi cuarto, sumergida en la tristeza de un libro y dejándome envolver por la melancolía de la música.

Capítulo 25

Tenía miedo al cambio, a salir de mi zona de confort. Ya estaba acostumbrada a no establecer un vínculo amoroso con alguien para evitar preocupaciones o conflictos, me encantaba la tranquilidad que eso me daba.

Además, temía encontrarme de nuevo con alguien que me hiciera sentir lo mismo que Matt. No era solo el hecho de que me hubiera engañado y abandonado por otra persona, sino también la sensación de que nunca había amado verdaderamente a Matt. No había experimentado esa conexión profunda, esa chispa que mis personajes de libros compartían.

Pero con Kalem era diferente y eso me asustaba.

La tensión que él provocaba en mí se manifestaba en cada golpe de las teclas de mi *laptop* mientras escribía frenéticamente sobre mi cama. La escritura se volvía mi refugio, una forma de evadir los pensamientos y sentimientos que me inquietaban. Pasaron horas, pero estaba tan inmersa en mis letras que perdí la noción del tiempo, sumergiéndome en un frenesí creativo que me llevó a dormir altas horas de la madrugada. Al día siguiente después de la universidad tuve que ir a la cafetería de mamá por mi turno, aunque no tenía muchas ganas porque sabía que él trabajaba ese día.

La distancia entre nosotros no pasó desapercibida para Ben, quien observaba la dinámica silenciosa que se había establecido en los últimos días. Kalem me lanzaba rápidas miradas mientras atendía las mesas, y yo evitaba encontrarme con sus ojos mientras me concentraba en la preparación de cafés detrás de la barra junto a Ben. A pesar de estar físicamente presentes en el mismo espacio, cada interacción estaba marcada por una barrera invisible.

—Ven, cuéntame el chisme, que se ve realmente bueno —dijo, poniendo sus codos sobre la mesa de la barra y dándome una mirada curiosa.

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas, cualquiera puede sentir la tensión en el aire. Dime, ¿por qué lo evitas?

—No seas chismoso.

—Vamos, creí que me conocías, deberías estar acostumbrada a esto, no creo que no hayas visto venir mi interrogatorio. —Sonrió, interesado—. ¿Terminaron?

—Pero ni siquiera hemos comenzado. ¿De qué hablas, Benjamín?

—Bueno, pero ya dime entonces.

Solté un suspiro y le conté lo que había pasado. Su interés era innegable, y esperó pacientemente a que terminara mi relato antes de ofrecer sus comentarios.

—Por eso andan todo tristes los dos, voy a llevarle un cafecito para consolarlo —dijo y me quedé viéndolo—. ¿Qué? Me cae bien el chico azúcar, además habla y habla, y siempre me

cuenta el chisme sin que se dé cuenta. —Se rio.

Ben se dirigía hacia donde Kalem estaba tomando su descanso, pero se detuvo al notar que la niñera de su familia, Sofía, entró y se sentó frente a él.

—Oh, mira se me adelantó —habló y me quedé callada, viéndolos. Ben me echó unas miradas con una sonrisa divertida—. Eso no te hace sentir nada. ¿O me lo vas a negar?

—Shhh, calla, Benjamín. —Le palmeé la espalda.

—Se nota que ella babea por él.

—No estás ayudando. —Rodé los ojos, sin dejar de verlos mientras trataba de disimular limpiando con un trapo la barra. Solté un bufido porque Kalem le estaba sonriendo.

—Mira, le está sonriendo. —Me dio unos suaves codazos en la cintura.

—Benjamín, ya cállate —le susurré.

—¿O acaso quieres que solo a ti te sonría de esa manera? —Elevó una ceja.

—No puedo contigo —expresé con molestia.

—Tal vez soy tu conciencia.

—No lo creo. ¿De qué crees que están hablando? —pregunté, tratando de sonar despreocupada.

—¿Por qué tanto interés? ¿Estás celosa? Ya admítelo.

—Yo no estoy celosa.

—Ajá.

En ese momento a uno de los clientes se le derramó la bebida y me dirigí hacia el lugar, lista para limpiar el desorden. Sin embargo, mi atención se desvió de la tarea cuando noté con disimulo a Kalem y Sofía compartiendo risas. Atrapada en la curiosidad, observé la escena. Cuando sintió mi mirada y volteó hacia mí, la vergüenza me invadió, y giré tan rápido que no me di cuenta del líquido en el suelo. Mis pies resbalaron y, de repente, me encontré cayendo de trasero al suelo.

El sollozo de dolor escapó de mis labios en el instante en que sentí unos brazos cálidos rodeándome para ayudarme a levantarme y reconocí su aroma. Me apartó del desastre en el suelo y me condujo hacia una silla, donde me hizo sentar con gentileza mientras se arrodillaba frente a mí.

—¿Estás bien? —preguntó, su rostro reflejando una genuina preocupación mientras evaluaba mi expresión. Noté cómo quiso extender su mano para tocar mi cara, pero se contuvo—. ¿Te lastimaste? ¿Te duele algo?

¿Por qué seguía siendo tan dulce conmigo después de todo?

—Estoy bien... Gracias —susurré y traté de levantarme para alejarme, apoyando mi mano sobre el asiento. Al hacerlo, fruncí el ceño por el dolor.

—¿Te lastimaste la mano? —Me ayudó a ponerme de pie. En ese momento mi mamá se acercó preocupada, Ben había ido a buscarla—. Vamos, te llevaré al hospital.

—No, no es necesario.

—¿Cómo qué no? —intervino ella—. Kalem, llévala, yo iré por las llaves del auto a la oficina e iré detrás de ustedes.

Asintió, pero yo no quería irme con él a solas en su auto y Ben no podía acompañarme porque tenía que quedarse a cuidar la tienda. Sofía se quedó con él y lo ayudó a limpiar el desastre del suelo.

El silencio se interponía entre nosotros como una barrera incómoda, intensificando la tensión en el pequeño espacio. Incapaz de soportar más el silencio, dejé caer mi cabeza sobre el respaldo del asiento con la mirada fija en la ventana. A través del cristal, los paisajes pasaban, pero mi mente estaba sumida en un torbellino de pensamientos y emociones.

—¿Te duele mucho? —Escuché que dijo.

—No —respondí sin voltear a verlo.

—No he dejado de pensar en ti en estos días. ¿Tú has pensado en mí? —habló de manera suave, desviando su mirada hacia mí mientras conducía.

La pregunta resonó en el interior del auto, creando una pausa cargada de significado. Mi corazón latía con fuerza mientras luchaba con la respuesta. Sí, había pensado en él, mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

—¿Tu entrenamiento es más pesado porque se acerca un juego? Charles está preocupado de que no duermas bien. —Decidí cambiar el tema y lo notó.

—¿Solo él está preocupado o tú también lo estás?

Me aclaré la garganta, indecisa sobre cómo abordar la situación, y opté por el silencio en lugar de revelar mis pensamientos.

—No me gusta que estemos así. —Soltó un suspiro, y como no respondí, no siguió hablando.

Al llegar al hospital no se apartó de mi lado incluso cuando mi mamá llegó. Al parecer había sido una leve lesión en la muñeca que sanaría rápido y todos nos aliviarnos al escuchar eso. Mamá llamó a mi padre para informarle lo que había pasado, luego me dio el celular porque él quería hablar conmigo y me dio una charla muy larga.

Mamá había invitado a Kalem a comer, y los tres nos dirigimos a un pequeño restaurante

cercano al hospital. Optamos por sentarnos en las mesas de afuera, donde la brisa era suave y el ambiente relajado. Ellos entablaron una conversación animada, pero mi mente estaba distraída, perdida en los colores cambiantes del cielo al atardecer y en la gente que pasaba a nuestro alrededor.

—¿Entonces sí puedo llamarte yerno, muchacho? —preguntó con una sonrisa encantadora.

—Mamá, por favor —respondí, negando con la cabeza y lanzándole una mirada. Observé cómo Kalem le devolvía la sonrisa a mi madre antes de darle un bocado a su comida. Aunque trató de ocultarlo, su mirada reflejaba tristeza.

—¿Qué, hija? ¿Ya le diste las gracias por traerte? Yo no te eduqué de esa manera. —Me dio una mirada reprobatoria.

—Gracias —susurré, manteniendo la vista fija en mi plato.

—No hay problema, de verdad. —Podía sentir su mirada sobre mí.

—Tan lindo, muchacho. Gracias por cuidar de mi Heather, ya sabes cómo es y ni hablar de todas esas caídas que se da. —Ella tomó su mano y le dio una sonrisa cálida que él correspondió.

—Y a mí me gustaría atraparla en todas ellas. —No despegó sus ojos de los míos al decirlo.

Mi corazón dio un salto por sus palabras, pero hice un esfuerzo por actuar como si no me hubieran afectado. Mientras mi madre parecía encantada con la idea, disimuladamente saqué mi celular y abrí la aplicación de notas para anotar esa frase. Era sin duda un buen material para mis novelas. Escuché a Kalem soltar una risa, consciente de que él también sabía que aquello me proporcionaba inspiración para mis escritos.

Los días pasaron y mi muñeca había mejorado, la universidad seguía igual de pesada, tenía a Nora pegada a mí como apoyo moral y estaba agradecida por eso, también estaba Ben que me pedía chismes nuevos a cada rato. Lo único que me había estado molestando era que no había visto a Kalem, lo extrañaba, extrañaba sus sonrisas, así como sus charlas cuando se ponía hablador y odiaba admitirlo porque yo fui la que lo había alejado.

¿No debería sentirme mejor? Porque eso era lo que quería después de todo, ¿cierto? Entonces, ¿por qué no se sentía así?

Recorría el campo verde de la universidad, inmersa en las páginas de un libro que tenía entre manos. Al elevar la mirada, mis ojos se encontraron con Kalem, quien trotaba con sus audífonos inalámbricos puestos. En un instante, mi corazón se contrajo en un puño al verlo pasar a mi lado sin siquiera voltear a mirarme. Era como si hubiera decidido ignorarme por completo.

¿Será que no me había visto? Traté de convencerme de que así era mejor. Tal vez las cosas debían haber terminado de esta manera desde el principio.

Los días pasaron, y no tenía noticias de Kalem. No me atrevía a preguntarle a su primo ni a sus amigos sobre él. Había escuchado en los pasillos sobre un juego importante que se acercaba, y la

emoción que rodeaba a los jugadores indicaba que los entrenamientos ocupaban gran parte de su tiempo. Trataba de no pensar en él, pero resultaba ser una tarea difícil.

Mamá había preguntado por qué no veía a Kalem alrededor, hasta me sorprendió que mi papá preguntara de manera despreocupada. Sabía que mi padre no lo admitiría, pero hasta él le había tomado cariño.

—Ten una bolsa de tus amadas gomas de oso para esa cara larga. —La rubia me extendió la bolsa mientras se sentaba en mi cama junto a mí. Era sábado por la tarde y Nora había venido a mi casa a pasar el rato.

—Ya llevas dándome una bolsa todos los días durante toda una semana, y no me malinterpretes. Se te quiere por eso, pero me parece raro —dije llevando un puño de golosinas a mi boca.

—Tú solo tómalas y ya, no hagas preguntas. —Rodó los ojos y luego sonrió acostándose de espaldas a mi lado—. ¿No has hablado con él?

Dejé el libro que estaba leyendo a un lado y solté un suspiro mirando al techo con las pequeñas estrellas pegadas en el.

—No, no lo he visto en toda la semana...

—¿Y?

—Estoy bien así.

—Heather...

—¿Qué?

—No tienes por qué mentirme.

—No estoy mintiendo —mentí.

Giró un poco su rostro y elevó una ceja sin creerme.

—Esto es lo único que quiero y necesito. —Elevé mi libro y luego me estiré para colocarlo en la mesita de noche. Sentí cómo algo vibró debajo de mi trasero. Era mi celular.

—¿Y no es más divertido recrear lo que lees y escribes con alguien? —Sonrió.

—Prefiero imaginarlo —mentí otra vez.

Mi celular volvió a vibrar entonces lo tomé y mis ojos se abrieron cuando miré la pantalla.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó, preocupada.

—Estoy llamando a Kalem por accidente. ¿Qué hago? ¿Cuelgo? —hablé rápido sin saber qué hacer.

—¡No! Tal vez es una señal del destino.

—¿Qué dices, loca? Voy a colgar.

—Claro que no. Háblale y ya. —Llevó su mano a la mía que sostenía el celular para pegármelo al oído. Escuchaba los pitidos esperando a que contestara.

—Pero ¿qué le digo? No sé qué decirle, Nora voy a colgar.

—Solo di hola, luego improvisa algo, pero no cuelgues.

—No creo que conteste, mejor debería colg...

Contestó la llamada, y mi nerviosismo aumentó más de lo que ya estaba. Me quedé en silencio, y Nora me dio un golpecito en el brazo para que dijera algo.

—Eh, bueno, yo... ¿Cómo era? Ah, sí... Hola. —Intenté recordar cómo comenzar una conversación y quise darme un golpe en la frente por mi torpeza.

Esperé a que él respondiera, pero el silencio se prolongó. ¿Y si no quería hablar conmigo? Era una posibilidad que me pesaba en el pecho.

—Kalem, solo quería decirte que se marcó por error. —Me apresuré a explicar—. Pero ¿cómo has esta... —No pude terminar la oración porque colgó la llamada de repente.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono, sin saber qué decir ni entender por qué había colgado. Las preguntas se amontonaban en mi mente, creando una sensación de confusión y preocupación. ¿Me había colgado de la nada? ¿Por qué? ¿Ya no quería hablar conmigo? ¿Estaba enojado? Sabía que Kalem tenía sus razones, pero el silencio y la abrupta interrupción de la llamada dejaban un vacío de incertidumbre que me resultaba difícil de manejar.

—Me colgó —dije, aún procesándolo, poniendo el celular a un lado de la cama.

—¿De verdad? —Nora tampoco se lo creía—. ¿Y dijo algo?

—No, no dijo nada —respondí sin ánimo, estirándome para retomar mi libro—. Mejor sigo leyendo.

—Qué raro —comentó, pensativa—. Estoy segura de que hay una explicación, él no haría eso.

—Pero lo hizo, ya dejemos el tema —dije, tratando de actuar despreocupada mientras pasaba la página.

Podía mentir y decir que estaba bien así, pero la verdad era que no lo estaba. La incertidumbre y el rechazo implícito en la acción de Kalem dejaban un sabor amargo en mi interior. Aunque intentaba disimularlo frente a Nora, la pregunta persistente de por qué había actuado de esa manera resonaba en mi mente.

Capítulo 26

No sabía porqué siempre terminaba haciéndole caso a Nora con sus ideas de ir a fiestas para distraernos, pero ahí estaba de nuevo en la casa enorme de un chico de nuestra universidad el cual no conocía. Mi frente se arrugó como cada vez que veía a mucha gente en un solo lugar, esta vez sí había traído mi botella de agua porque no pensaba tomar alcohol y terminar con dolor de cabeza como la otra vez.

Charles había venido con nosotras para cuidar que nada nos pasara y ser nuestro conductor asignado, a pesar de que el científico tenía un proyecto importante que terminar, se le quería por eso.

Los tres estábamos en la pista de baile pasándola bien, nos reíamos por los pasos exagerados del pelirrojo y luego de varias canciones nos fuimos a sentar cansados en uno de los grandes sillones. Trataba de recuperar el aliento mientras soplabla mi rostro con las manos.

—Mira, después de todo mi primito y sus amigos decidieron venir. —Escuché que dijo Charles. Hizo un movimiento con su cabeza señalando un lugar para que volteara.

Me topé con Callum riéndose con un grupo de amigos, Kane bebiendo de un vaso recostado en la pared con cara de aburrimiento. Sin embargo, mi atención se centraba en Kalem, a quien divisé a lo lejos hablando animadamente con una chica. Los dos parecían conocerse bien, compartiendo risas y gestos cómplices. Él sonreía mientras asentía con la cabeza, y ella respondía con risas contagiosas.

La escena me golpeó de lleno, recordándome cómo me había ignorado aquel día mientras trotaba y cómo había colgado la llamada sin decir nada. La idea de que Kalem pudiera haber decidido olvidarme y avanzar sin mí se apoderó de mis pensamientos, apretando mi corazón con una mezcla de dolor y ansiedad. El cambio en mi estado de ánimo no pasó desapercibido para Nora y el pelirrojo.

—Apuesto a que solo son amigos, no te preocupes —dijo la rubia, pasando su brazo sobre mis hombros para animarme.

Asentí con la cabeza. No quería volver a mirar en dirección a Kalem, pero la curiosidad y la inseguridad me ganaron. Giré la cabeza y los vi, aún conversando. Sin embargo, esta vez ellos caminaron hacia algún rincón más apartado de la casa, perdiéndose de mi vista. Intenté eliminar esos pensamientos negativos de mi mente, pero la sensación de dolor persistía. No podía evitar sentir una punzada en el corazón al verlos alejarse juntos. Aunque Nora trataba de reconfortarme, la realidad de la situación pesaba en mis emociones.

Cuando el tiempo pasó y ellos no regresaron al salón, la ansiedad se apoderó de mí. No pude soportarlo más y decidí levantarme del sofá.

—Espera. ¿A dónde vas? —Se apresuró a decir Nora, levantándose y tomando mi brazo.

—No creo que sean solo amigos. —Me giré a verla—. No quiero seguir aquí. Iré afuera a tomar aire.

—Iré contigo.

—No, quiero estar sola —dije, pero parecía más preocupada—. Estaré bien.

Asintió y me dejó ir sin estar muy convencida.

Caminé por la enorme casa, sintiendo el peso de la incertidumbre y la tristeza. No sabía exactamente dónde estaba la puerta que llevaba al jardín, pero necesitaba salir de ese lugar. Cuestioné mi decisión de haber venido a la fiesta; tal vez hubiera sido mejor quedarme en casa viendo una serie o sumergida en la lectura de algún libro. Habría evitado el dolor de ver a Kalem con otra chica y enfrentarme a la posibilidad de que él estuviera avanzando sin mí. No me sentía preparada para presenciar su partida.

Una lágrima resbaló por mi mejilla, y la limpié con rapidez. La tristeza y la frustración se mezclaban en mi interior mientras finalmente llegaba a la puerta que conducía al jardín. Era un escape necesario, un intento de alejarme de la situación que me estaba desgarrando por dentro. Abrí la puerta y salí al jardín, esperando encontrar un respiro en la quietud de la noche.

Solté un suspiro sentándome en una banca vacía que estaba un poco alejada del montón de gente que había afuera. La música seguía escuchándose, pero no tanto como en el salón, lo cual detesté porque a pesar de que me gustaba el silencio en ese momento solo podía escuchar más mis pensamientos.

Kalem.

¿Por qué no podía sacarte de mi cabeza?

Recuerdos vinieron de repente, como un torbellino de emociones que amenazaban con abrumarme. Mi mente retrocedió al día de la fiesta en la que nos conocimos, recordando cómo había caído de aquella mesa y cómo se acercó para ayudarme a levantarme. Aquellas miradas intensas que se cruzaron por alguna razón se quedaron grabadas en mi memoria.

Recordé cómo me pareció atractivo desde el primer instante. A medida que lo escuchaba hablar, descubrí la ternura que emanaba de él, algo que no habría admitido antes pero que influyó en mi decisión de llevarlo escaleras arriba y acostarme con él aquella noche. No me arrepentía de esa elección, pero ahora, en medio de la tristeza, esos recuerdos se volvían agriados.

Llevé una mano a mi cabello, desordenándolo mientras luchaba contra las lágrimas que no podía contener. La pregunta inquietante rondaba mi mente: ¿y si lo que pasó en aquella fiesta podría repetirse, pero esta vez involucrando a Kalem y esa chica? Tomé la botella de agua que había traído y que no solté desde que llegué, bebiendo de ella hasta acabarla por completo en un intento de calmar la tormenta de emociones que me embargaba.

Fue entonces cuando una voz grave interrumpió mis pensamientos.

—Me parece gracioso que tomes eso como si se tratara de una botella de alcohol —habló Kane, apareciendo con un vaso de refresco en la mano y tomando asiento a mi lado en la banca.

—No es un buen momento, Kane —respondí, limpiando las lágrimas de mis mejillas y girándome ligeramente para que no pudiera ver mi rostro.

—Ya sé que estás llorando —observó, apoyando su codo en el respaldo de la banca y dejando caer su cabeza sobre su puño en una postura relajada y despreocupada.

—¿Y viniste a decirme eso? Porque me gusta llorar sola —comenté, esta vez mirándolo directamente.

—Tranquila, solo vine a ver si estabas bien y tal vez como apoyo moral —dijo con una pequeña sonrisa que no logré devolver.

—Estoy bien —mentí.

—Dile eso a tu maquillaje. —Tomó un sorbo de su vaso.

—Yo sé que me veo como un desastre en este momento, no tienes que decírmelo. —Subí mis piernas a la banca y pasé mis brazos alrededor de ellas—. Me siento como uno.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes? Esto de los dramas amorosos jamás fue lo mío, por esa razón siempre evito todas esas películas cursis que terminan siendo tristes y me dejan pensando en todo el día. —Soltó una risa corta, dándole otro sorbo al vaso.

—A mí me encantan esas películas, me ayudan a inspirarme y a escribir escenas tristes en mis novelas —admití, poniendo mi barbilla sobre mis rodillas.

—¿Y te encanta estar viviendo esas escenas tristes ahora mismo? —preguntó, pero mi silencio fue la única respuesta—. Creo que no.

El silencio se instaló entre nosotros, y elevé mi cabeza para contemplar las estrellas en el cielo. A pesar de la tristeza, la noche seguía siendo hermosa.

—No me gusta verlos así, puedo notar lo mal que lo están pasando. Habla con él.

—No creo que él quiera hablar conmigo —susurré, recordando la llamada.

—Créeme que sí quiere.

Dejó escapar una risa negando con la cabeza, se terminó su bebida y luego se levantó de la banca.

—Así que deja de llorar, ve adentro y baila como lo estabas haciendo hace rato. —Me dio una última mirada y entró de nuevo a la casa.

No tenía ganas de seguir bailando, solo quería irme a casa.

(...)

Al día siguiente me desperté tarde, pero me apresuré a salir de casa porque recordé que tenía turno en la cafetería. Me había dormido en la madrugada luego de caer dormida escuchando música triste y depresiva para agregarle más dolor a mi sufrimiento. Traté de encender mi celular, pero estaba descargado. Estaba segura de que tenía llamadas perdidas de mi madre. Me apresuré a llegar no sólo porque iba tarde sino porque quería ver a Kalem.

Estaba poniéndome el delantal sin dejar de ver a la puerta de entrada, esperando a que él cruzara por ella.

—¿Esperas a alguien? —Ahí estaba Benjamín, apoyando sus codos sobre la mesa de la barra de bebidas y dándome una sonrisa.

—Oh, cállate. —Rodé los ojos.

—Aunque no lo admitas, sé que lo esperas. —Se rio.

Mi mamá apareció de la nada y se sentó en una de las sillas altas de la barra.

—No vendrá —informó, haciendo una mueca triste—. Ben, prepárame un café cargado.

—¿Por qué? —pregunté, sentándome a su lado.

—Renunció.

—¿Qué?

El asombro era evidente en mi rostro, hasta Ben no se lo esperaba.

—¿Te dijo por qué renunció? —hablé, aún procesándolo.

—Todavía no, vendrá mañana a hablar conmigo y a entregarme su carta de renuncia —respondió antes de beber de su café—. La noticia me puso triste, pero me consuela saber que aún lo tendré de yerno. —Sonrió, esperanzada.

—Si supiera, jefa —susurró Ben, mirándome porque estaba enterado de todo el chisme y ella no.

—Mamá, ¿puedo faltar hoy al trabajo? —Me levanté de la silla.

—Dime cuál es tu excusa y espero que no me salgas con que te sientes mal porque no me lo creeré como las otras veces. —Me dio una mala mirada—. Si me dices que vas a ir a buscarlo te dejaré hacerlo. —Esbozó una sonrisa.

—Iré a buscar a Kalem.

Mi respuesta le había gustado al igual que a Ben.

—A mi futuro yerno querrás decir. Ya vete. —Hizo un gesto con su mano para apresurarme.

Me quité rápidamente el delantal, la urgencia y la incertidumbre latían en mi pecho. Me acerqué a Ben, y le pedí que me prestara su celular, ya que el mío estaba sin batería. Marcando el número de Kalem, esperé con nerviosismo a que respondiera, pero el sonido continuo de llamada sin respuesta aumentaba mi ansiedad. Tomé la decisión de llamar a Nora para obtener información a través de Charles.

Mis pies golpeaban el suelo con determinación mientras salía corriendo de la tienda, dejando atrás el sonido de la campana que indicaba mi salida. La tarde estaba teñida de un sol dorado que proyectaba sombras largas en mi camino. La adrenalina se mezclaba con la preocupación, impulsándome a alcanzar la universidad lo más rápido posible.

El aire fresco chocaba con mi rostro, y mi respiración agitada marcaba el ritmo de mi carrera. Cada paso me acercaba a la universidad, y el eco de mis propios latidos resonaba en mis oídos.

¿Por qué había renunciado? ¿Los entrenamientos estaban siendo muy pesados y requerían más de su tiempo? ¿Había encontrado otro trabajo? ¿O había sido por mí? La posibilidad de que mis palabras hirientes lo hubieran alejado se volvía cada vez más real, y la idea de enfrentar las consecuencias de mis acciones me llenaba de temor. Necesitaba hablar con él, aclarar las dudas que me atormentaban y comprender las razones detrás de su renuncia.

Llegué a la universidad y fui directo hacia el campo de *lacrosse*. Todo el equipo estaba jugando mientras el entrenador gritaba algunas cosas, fui a sentarme a las gradas en un lugar donde pudiera pasar desapercibida por ellos. Iba a esperar a que el partido terminara, durante toda esa hora no despecué mis ojos de él. Sabía que disfrutaba mucho de ese deporte, lo había notado en el partido al que me había invitado, pero en este entrenamiento podía ver lo distraído que estaba, como si su cabeza estuviera en otro lugar y no pudiera concentrarse. Su entrenador también lo notó y lo regañaba a cada rato por eso.

Cuando el partido terminó miré cómo fue a sentarse, cansado, a una de las orillas del campo y sacó su celular de la mochila. Estaba todo sudado y su respiración era un desastre. Parecía estar llamando a alguien, lo hizo varias veces, pero al parecer no le respondían. Se veía frustrado y triste al mismo tiempo, dejó caer su espalda en el suelo y llevó su brazo encima de sus ojos.

Cuando se levantó y tomó sus cosas listo para irse, me puse de pie dispuesta a ir a hablarle, pero me detuve cuando miré a Sofía junto al pequeño huracán acercarse a él. Estaban hablando de algo, Kalem cargó a su hermano, quien pasó sus brazos alrededor de su cuello haciendo que sonriera a pesar de lo cansado que se veía. Luego, los tres caminaron hacia la salida.

Me quedé de pie en el mismo lugar. Dejé que se fueran, y no fui detrás de él. En lugar de regresar a casa, impulsada por una extraña determinación, decidí dirigirme al parque que se encontraba justo frente a la cafetería. Busqué la misma banca en la que había compartido aquel día con Kalem y el pequeño individuo, a pesar de que él lo había llamado una cita, yo aún me resistía a aceptarlo. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordar ese momento.

Me senté en la banca y me sumergí en mis pensamientos mientras observaba la gente a mi alrededor. La tarde avanzaba, y la luz del sol comenzaba a ceder ante la llegada de la noche. Las hojas de los árboles se movían suavemente con la brisa, creando una atmósfera tranquila que

contrastaba con la tormenta emocional que bullía en mi interior. Cada recuerdo, cada palabra no dicha, y la incertidumbre sobre el futuro se entrelazaban en mi mente.

Kalem.

¿Me estabas dejando ir?

¿Y si yo también tenía que dejarte ir?

Capítulo 27

Llegué a casa después de pasar un rato en el parque, antes de entrar me aseguré de haberme limpiado las lágrimas y verme decente. Cerré la puerta detrás de mí tratando de no hacer mucho ruido y cuando pasé por la sala alguien se aclaró la garganta, cerré mis ojos al instante.

—¿Dónde estabas? —Era mi mamá, su rostro estaba serio.

—En el parque.

—Me mentiste, dijiste que irías a buscar a Kalem, solo por eso te di el día libre. —Cruzó los brazos.

—Sí fui a buscarlo, pero... No lo encontré —mentí.

No quería decirle que sí lo vi, pero que no me atreví a ir detrás de él.

—Vino a la cafetería después de su entrenamiento.

—¿Qué? ¿De verdad? —El tono de sorpresa era evidente en mi voz.

—Estaba buscándote —siguió, luego me extendió mi celular—. Toma, lo dejaste en el trabajo. Ponlo a cargar y llámalo.

Asentí con la cabeza y subí las escaleras hacia mi cuarto. Me senté en el suelo, conecté mi teléfono para cargarlo y traté de encenderlo. Mientras se reiniciaba, observé con curiosidad las numerosas notificaciones que comenzaron a llenar la pantalla. Entre ellas, varias llamadas perdidas destacaban, algunas provenían de mis padres y de Nora, pero la mayoría eran de él. Miré detenidamente la hora de las llamadas, dándome cuenta de que había intentado comunicarse conmigo en la madrugada, cuando me sumí en un sueño profundo acompañado de canciones melancólicas, y las demás eran después de que su entrenamiento había concluido.

¿Entonces, todas esas llamadas frustradas eran para mí? Mi mano se posó sobre mi cabello y luego sobre mis labios, mientras procesaba la información. Además, noté que también me había llamado cuando estaba en el parque. Una sonrisa se dibujó en mi rostro sin poder evitarlo. Tomé una decisión: llamarlo. Aunque estaba nerviosa, temiendo que no respondiera o que colgara como la vez anterior, solo esperaba que esta vez fuera diferente. Al segundo tono, él respondió, y mis manos comenzaron a sudar.

—¿Heather?

Esa voz, su voz, era un eco añorado que finalmente resonaba en mis oídos después de más de una semana de silencio. La falta de sus palabras había dejado un vacío en mí, y ahora, al escuchar mi nombre en su tono familiar, sentí que el mundo volvía a cobrar vida.

—Kalem... —Un suspiro escapó de sus labios, como si la distancia y el tiempo se desvanecieran en ese momento.

—¿Sabes cuánto extrañé escucharte decir mi nombre? —susurró, su voz resonando de una

manera que me hacía estremecer. Agradecí en silencio que no pudiera ver la sonrisa que se formaba en mi rostro.

—Veámonos mañana a la hora del almuerzo en el invernadero —propuse.

—Mañana es el partido... —Parecía estar pensando—. Pero puedo hacer tiempo para ti porque también quiero verte.

—No, mejor veámonos después del partido.

No quería que tuviera problemas por eso.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Después del partido, entonces. —La afirmación resonó en el aire, seguida por unos segundos de silencio que parecieron extenderse—. ¿Irás a verme jugar?

—Ahí estaré —susurré, dejando que mi voz transmitiera la seguridad que sentía, aunque mi corazón latiera con la emoción contenida.

Lo escuché soltar un bostezo.

—Ahora, podré dormir bien porque sé que te veré mañana. —Su voz, cargada de alivio y quizás una pizca de felicidad, llegó a mis oídos, y estaba segura de que una sonrisa iluminaba su rostro.

—Buenas noches, descansa —dije suavemente, recordando el cansancio que se reflejaba en su rostro esta tarde.

—Tú también descansa.

La llamada concluyó, y solté un largo suspiro mientras cerraba mis ojos. Había extrañado tanto ese sonido, su voz reconfortante que ahora llenaba el espacio que la distancia había creado.

Me dejé caer en mi cama, ocultando mi rostro entre las almohadas antes de girarme para contemplar las estrellas en el techo. ¿Estaba tomando la decisión correcta al permitir que volviera a mi vida? Algo dentro de mí insistía en que sí, así que ahogué los pensamientos negativos que intentaban sembrar dudas. Estiré el brazo para alcanzar mi libreta de apuntes en la mesita de noche y me acosté boca abajo, lista para plasmar en palabras lo que mi mente revuelta sentía.

Kalem.

El simple sonido de su nombre resonaba en mi cabeza, y no pude evitar escribir sobre él. ¿Cómo no hacerlo? Cada rasgo, cada gesto se convertía en un material para mis escritos. Pensé en su sonrisa mientras las palabras fluían de mi pluma, capturando la esencia de ese momento que había compartido con él. La escritura se convirtió en mi forma de lidiar con la tormenta de emociones que Kalem había desatado en mí, y mientras las letras tomaban forma en el papel, me di cuenta de que, de alguna manera, él ya se había convertido en parte de mi historia.

(...)

Al día siguiente me levanté rápido para ir a la universidad. No recordaba a qué hora de la madrugada me había quedado dormida, pero sabía que había podido terminar lo que estaba escribiendo y eso me dio más ganas de llegar. Al estar ahí fui a mi primera clase que compartía con Nora, quién me dio otra bolsa de gomas de oso. Mientras comía le conté lo que había pasado con Kalem. Las dos estábamos sentadas esperando al profesor, y había pocas personas en el salón porque era temprano.

—Gracias por alimentarme —dije cuando terminé de hablar y llevé otro puñado a mi boca.

—No me agradezcas a mí —susurró, tocando las puntas de su cabello sin mirarme.

—¿Qué?

—Nada. —Sonrió y tomó mi rostro, apretujando mis mejillas con las palmas de sus manos—. ¿Entonces iremos al partido a ver a tu caramelo?

—Ajá.

—Sabes que no negaste lo último que dije, ¿cierto? —Me dio una sonrisa, haciendo que rodara mis ojos—. ¿Entonces podemos comenzar a llamarlo tu caramelo en vez de terrón de azúcar?

—Me gusta más el segundo.

—No seas mentirosa que yo sé que te gusta el primero. —Sonrió, dándome esa mirada cómplice y solté un suspiro sin negar lo que dijo.

—Hablaré con él después del partido.

—¿Para declararle tu amor eterno?

—No seas pesada, rubia. —Puse mis manos sobre las suyas, que seguían en mis mejillas, para apartarme un poco—. Aunque... puede ser.

Sus ojos se abrieron con emoción.

—¡Esa es mi Heather! —Esta vez me tomó de los hombros, agitándome un poco—. ¡Yo te apoyo, a darle con todo!

Empecé a reír porque hablaba alto cuando se emocionaba, y estaba llamando la atención de nuestros compañeros de clase.

—Bueno, bájale dos rayitas —dije para molestarla.

—¿Cómo esperas que me calme? Si estoy tan feliz por ti... Crecen tan rápido. —Me dio esa mirada de madre orgullosa. Negué con la cabeza sin borrar mi sonrisa—. Estos son los chismes que me encanta escuchar.

Después de nuestra última clase las dos fuimos a mi casa para arreglarnos para el partido de la tarde, Charles pasó por nosotras cuando estuvimos listas y llegamos de nuevo a la universidad, la cual estaba llena de personas que parecían emocionados por el juego.

Fuimos al campo de *lacrosse* y nos sentamos en las gradas; miré a mi alrededor y vi a varios estudiantes sosteniendo carteles bien llamativos con frases para animar al equipo o con los nombres de los jugadores. Sonreí cuando miré varios con el nombre de Kalem, tenía varios admiradores.

Mi celular vibró por un nuevo mensaje.

TerróndeAzúcar: ¿Ya llegaste?

Heathernática: Ya estoy aquí esperando a que salgas.

TerróndeAzúcar: Necesito ver tu rostro antes de empezar a jugar.

Iba a responderle cuando escuché que todos comenzaron a gritar porque el equipo de nuestra universidad estaba saliendo al campo. Guardé mi celular para aplaudir mientras esperaba a que saliera, una sonrisa se formó en mi rostro cuando noté su cabellera castaña. Estaba preparándose con su equipo y el entrenador, pero volteó a ver a las gradas buscando con la mirada a alguien.

Cuando nuestras miradas se encontraron una linda sonrisa apareció en su rostro, parecía muy contento de que yo estuviera aquí y eso me hizo sonreírle de vuelta; elevó su brazo y lo agitó con esa energía que lo caracterizaba. La gente en las gradas gritó más fuerte y algunos voltearon a verme cuando elevé un poco mi mano para devolverle el saludo.

El partido empezó, y desde ese momento, mi atención se centró exclusivamente en él. Desplegándose como un fenomenal defensa, se movía con gracia y determinación en el campo. No pude evitar admirar la destreza con la que enfrentaba a sus oponentes, y la pasión que irradiaba con cada movimiento.

A su lado, Kane y Callum también se esforzaban al máximo, a pesar de la evidente fatiga que marcaba sus rostros. Los tres formaban un equipo cohesionado, luchando incansablemente por la victoria. En cada interceptación, en cada avance estratégico, podía percibir la dedicación que habían puesto en cada entrenamiento. La intensidad del partido se reflejaba en las gradas, donde todos nos levantamos emocionados. Los aplausos resonaron en el estadio cuando el equipo logró anotar el gol decisivo.

El agotamiento visible en los rostros de los tres se transformó en sonrisas de triunfo. La conexión entre ellos se manifestaba en abrazos y palmadas en la espalda mientras celebraban juntos. En ese momento, la unión entre el equipo y sus seguidores creó una atmósfera cargada de emoción y satisfacción.

—¡Ese es mi primito! —gritó Charles y por levantarse tan rápido las palomitas que le quedaban se cayeron al suelo. Luego, abrazó a su novia, quien le correspondió el abrazo con la misma emoción.

—¡Hoy habrá fiesta! —gritó Nora con uno de sus brazos alrededor de Charles. Luego, pasó el otro sobre mis hombros—. A la cual iremos, ¿verdad? —Me rogó con la mirada. Rodé los ojos y asentí con una sonrisa en mi rostro.

—Tú siempre terminas llevándome a esas fiestas.

—Hey, ¿no fue por una de ellas que terminaste conociendo a tu caramelo? Deberías agradecerme, mala amiga. —Negó haciéndose la ofendida.

—Se te agradece por eso y más, Nora y lo sabes. —Le di una sonrisa y me solté de su agarre—. Iré a buscar a Kalem.

—¡Ve por tu hombre, fiera! —Me dio una palmada en el trasero, animándome.

—Dime que no dijiste ni hiciste eso. —Mi boca estaba semi abierta mientras la señalaba.

—Ya vete. —Se echó a reír y se volteó para seguir abrazando al pelirrojo, quien se mostraba divertido por nuestra charla, como la mayor parte del tiempo.

El equipo ya había ingresado, así que bajé las gradas. Me dirigí adentro para recoger los pasillos y me detuve cerca de los vestidores. El pasillo estaba casi vacío, ya que la mayoría de la gente seguía en las gradas o había salido del campo de *lacrosse*. Le mandé un mensaje para decirle que estaba afuera esperándolo.

Pasaron unos minutos de anticipación, y cuando al fin levanté la mirada, lo vi salir por la puerta. Su presencia iluminó la habitación y, al notarme, una linda sonrisa se formó en su rostro. No pude evitar preguntarme por qué era tan encantador. No pude contener la aceleración de mi corazón, y en cuestión de segundos, corría hacia mí con una energía contagiosa.

La velocidad de mi pulso aumentaba mientras se acercaba, y en un abrir y cerrar de ojos, me envolvió en sus brazos. La sorpresa fue tan repentina que tuve que responder aferrándome a él para no perder el equilibrio. Notó mi ligero tambaleo y, en un gesto protector, intensificó el abrazo, ofreciéndome una sensación reconfortante de seguridad.

En ese abrazo, en la cercanía de Kalem, encontré un refugio que calentaba mi corazón y disipaba cualquier rastro de inseguridad.

—Ganaste el partido —dije en medio del abrazo.

—Aún me falta ganar tu corazón. —Dejó caer su frente sobre mi hombro cerca de mi cuello. Pude percibir su sonrisa; tenía la habilidad de ponerme nerviosa con facilidad—. ¿Sabes cuánto extrañé tenerte en mis brazos? Quedémonos así más tiempo.

—Yo también te extrañé —susurré.

Elevó su rostro para encontrarse con el mío, y en sus ojos había un brillo encantador, como si mis palabras hubieran encendido una chispa especial en su interior.

—¿Demasiado? —preguntó, reposando su mano sobre mi mejilla—. Porque yo sí lo hice, y mucho.

—Demasiado —respondí con una sonrisa.

—Fui a buscarte ayer a la cafetería —comentó sin soltarme, dejando que sus dedos se deslizaran suavemente por mi cabello—. Pero no estabas.

—Lo sé. Yo fui a verte al entrenamiento de ayer —confesé, sintiendo la textura de la tela de su camisa bajo mis dedos.

—¿De verdad? —Estaba sorprendido, y asentí—. ¿Y por qué no te acercaste? Yo moría porque lo hicieras.

—Iba a hacerlo, pero me arrepentí. No me sentía lista.

—¿Y ahora?

Sus ojos se encontraron con los míos, y en ese momento, sus dedos jugaron con un mechón de mi cabello, esperando mi respuesta.

—Me siento lista.

Era un paso adelante, un salto hacia lo desconocido que decidí dar con valentía. Pasé mis brazos alrededor de su cuello, buscando el refugio de su cercanía mientras me inclinaba para besar sus labios. El contacto fue suave, pero cargado de significado. No tardó en responder al beso, y pude sentir la curva de su sonrisa en medio del gesto compartido. Sus brazos se cerraron con ternura alrededor de mi cintura, creando un abrazo reconfortante que me hizo sentir protegida.

En ese momento, el miedo se desvaneció ante la certeza de que estábamos dando un paso hacia algo especial. Aunque la incertidumbre acechaba mi mente, la conexión con Kalem me proporcionaba la seguridad que necesitaba. Estaba dispuesta a enfrentar lo desconocido con él a mi lado.

Capítulo 28

Caminamos tomados de la mano hasta llegar al invernadero de la universidad. Aunque estaba segura de que sus compañeros de equipo lo buscaban para celebrar la victoria, él optó por compartir ese momento conmigo. Nos sentamos en la orilla de una mesa baja de madera, rodeados por la vegetación del invernadero. La atmósfera estaba impregnada de la fragancia fresca de las flores y el verdor que nos rodeaba. Ambos nos sentamos, y lo observé sumergirse en un momento de quietud mientras tocaba los pétalos de una flor con admiración. Su expresión reflejaba una calma y concentración que lo alejaban del bullicio del exterior.

—¿Siempre te ha gustado la jardinería? —pregunté, y giró la cabeza para mirarme.

—Desde pequeño, el abuelo me ponía a sembrar semillas en su jardín con él. —Una sonrisa nostálgica se deslizó por su rostro.

—Apuesto a que es un lindo recuerdo —comenté, dejando que mis dedos acariciaran las pulseras de tela que adornaban su muñeca. Asintió con una expresión cálida—. Kalem.

—Heather.

Permanecimos mirándonos, un momento suspendido en el tiempo. Su mano se deslizó suavemente acariciando mi cabello, un gesto que me alentó a compartir más de mis pensamientos.

—Hace unos días te llamé por accidente —hablé, y su frente se arrugó en una expresión de confusión. Parecía reflexionar sobre el asunto—. Y me colgaste de repente sin dejarme hablar, ¿estabas enojado conmigo? Porque si era así realmente lo entiendo.

—Heather. —Puso su mano en mi mejilla y no apartó su mirada—. Yo no podría enojarme contigo. No podría, aunque quisiera. Además, no recuerdo ninguna llamada tuya, y créeme que la recordaría porque se trata de ti, y tampoco la tengo registrada. —Sacó su celular del bolsillo para comprobarlo y me enseñó el registro de llamadas.

—Pero, alguien contestó el celular. —Arrugué la frente, confundida. Pareció reflexionar por un instante, y luego su rostro se iluminó con una risa—. ¿Qué?

—Me acabo de acordar que hace unos días olvidé el celular en la casa y al llegar Khaled me lo dio diciendo que lo había cuidado muy bien, y luego se fue con una sonrisa rara. —Negó con su cabeza y puso su mano sobre su frente, divertido.

—Ese pequeño. —Reí—. Conspira contra nosotros.

—¿Nosotros? —Una linda sonrisa se le formó al escucharme decir eso—. ¿Ya hay un nosotros?

—Espera, no te apresures. —Sonreí—. Todavía tengo preguntas que hacerte.

—Hazme todas las que quieras —dijo, parecía ansioso por responderlas para que abordáramos el tema.

—Aquella vez me ignoraste mientras corrías por el campus y pasaste a mi lado, ¿lo hiciste a propósito para causarme un poco de sufrimiento? —Elevé una ceja, curiosa.

—Heather —pronunció con suavidad, dejando caer su cabeza sobre mi hombro—. Cuando corro con mis audífonos puestos, todo a mi alrededor desaparece. No te lo tomes personal. —Dejó un beso en mi cuello y luego elevó la mirada—. Tú también me hiciste sufrir en estos días al ignorarme. Eres mala.

—Lo sé y lo siento por eso. —Pasé mi mano por su cabello para ordenarlo.

—¿Tienes más preguntas? —Me dio una sonrisa, disfrutando de mi toque y colocó la mano en mi cintura.

—¿Por qué renunciaste al trabajo así tan de repente? No fue por mí, ¿verdad? Dime que no.

—No, no fue por ti. —Me dio una mirada calmada y dulce—. De hecho, fui a buscarte ese día a la cafetería después de mi entrenamiento para decírtelo. Si pensaste que lo hice porque estaba enojado o me sentía incómodo a tu alrededor lamento decirte que no fue así. —Acarició mi mano entre la suya, y una sonrisa apareció en sus labios—. Haré pasantías en una clínica veterinaria, empiezo la próxima semana.

—¿De verdad? —No pude evitar el tono de sorpresa—. Eso es genial. Estoy orgullosa de ti. —Mis manos buscaron sus mejillas, apretando suavemente su rostro, mientras una sonrisa se formaba viéndose más adorable de lo que ya era.

—Seré un gran veterinario, así como un buen novio para ti.

—Lo serás.

—¿Lo primero o lo segundo?

Ambas.

—Espera, tengo otra duda —dije, y asintió, alentándome a seguir cuando notó mi indecisión sobre si plantearla o no—. En la última fiesta a la que fuimos cada uno por su parte, vi que estabas con una chica y parecías cercano a ella por la forma en la que reías... Luego te fuiste con ella y no volviste...

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, impregnadas de una leve inseguridad. Percibiendo mi incertidumbre, suavizó su expresión y puso su mano en mi mejilla.

—Es una amiga de la secundaria, también estaba en el club de Taekwondo conmigo. —Sonrió, tomando con delicadeza un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Hace mucho que no la veía, por eso estábamos recordando viejos tiempos. Sí, los dos dejamos la fiesta, pero no por lo que crees. Fui a dejarla a su casa porque no tenía cómo volver, además, si hubiéramos hecho lo que estuviste imaginando, su novia me mataría porque ella también es amiga mía.

—Ya... —Abría y cerraba la boca, buscando las palabras adecuadas mientras mi mente se

debatía en una mezcla de emociones. Kalem, observándome con diversión, parecía disfrutar de mi reacción, lo que me dejaba aún más indecisa sobre qué más decir.

—Me encanta cuando te pones celosa.

—No estaba celosa —mentí, intentando hacerme la indiferente.

—Ajá. —Sonrió de lado, mostrando claramente que no me creía.

—Bueno, creo que esas eran todas las preguntas.

—¿Y ahora hablaremos de nosotros? —preguntó, ansioso, mientras deslizaba sus dedos por mi brazo, dejando una suave huella de calidez.

Asentí con la cabeza, y con un ligero nerviosismo, saqué un papel doblado de mi bolso.

—¿Qué es?

—Escribí algo para ti —confesé, abriendo el papel con delicadeza.

—¿De verdad? —Se quedó quieto, sin despegar su mirada de mí. Su voz resonó con un toque de asombro y entusiasmo—. Entonces, estos son los beneficios de tener una futura novia escritora. Me encantan. ¿Lo leerás para mí?

—Sí —susurré, y de repente me sentí tímida por la manera en la que me miraba. Parecía capturar la esencia de este momento, como si quisiera guardar cada segundo—. No me mires así que me pongo nerviosa.

—Y yo disfruto mucho ponerte nerviosa. —Una sonrisa de lado apareció en su rostro, una que me hacía sentir cómoda y especial al mismo tiempo. Luego, dejó un beso rápido en mi mejilla—. Empieza cuando estés lista.

Asentí con timidez, aclarando mi garganta mientras sostenía con firmeza el papel entre mis manos. El silencio expectante llenó el lugar mientras reunía el coraje necesario. Hablar frente a personas nunca había sido fácil para mí, pero con Kalem, sentía una confianza que me permitía atreverme.

«Me diste una declaración de amor

con unas orquídeas rosadas,

quisiste empezar algo conmigo

con unos narcisos,

trataste de decirme que puedo confiar en ti

con una rosa azul, que son difíciles de encontrar,

*me dijiste que solo tienes ojos para mí
con margaritas blancas y rosadas,
me demostraste que tu corazón me pertenece,
y que no querías perderme
con lilas violetas y crisantemos morados».*

Levanté la vista del papel y me encontré con sus lindos ojos, que brillaban con un destello único. La intensidad de su mirada sobre mí estaba cargada de dulzura, como si cada palabra que yo dijera resonara profundamente en su corazón.

—Ahora yo quiero darte esto.

Con cuidado, extraje de mi bolso la figura de papel que había creado la noche anterior. Durante todo el día, la protegí meticulosamente para evitar que se arruinara. Extendí la figura hacia él, entregándole un pedazo palpable de mis pensamientos. Sus manos la acogieron con una curiosidad evidente. Cada pliegue y detalle parecían captar su interés. Mientras exploraba la figura entre sus dedos, continué leyendo las palabras escritas en el papel.

*«Eres más que una rosa azul, Kalem,
también un girasol que danza,
donde la alegría y la belleza florecen,
lleno de luz que en tus ojos avanza.
Eres un sol perpetuo de sonrisas,
un girasol de papel, mi alegría y mi risa.
En cada pétalo de tu ser,
quiero perderme y renacer.
Como un girasol que sigue al sol,
mi mirada te sigue, mi corazón se enrolla.
Protegerte, quererte, es mi anhelo,
en el girasol de tu ser, mi único cielo».*

Al alzar de nuevo la mirada, me encontré con su expresión serena. Sus ojos celestes transmitían una mezcla de felicidad profunda y una vulnerabilidad que no esperaba. Puso su mano sobre mi cabello, deslizando sus dedos con suavidad. Su sonrisa, radiante e imborrable, iluminaba su rostro, pero mi corazón dio un salto cuando percibí la delicada humedad en sus ojos.

—¿Ya puedo besarte o hay más?

—Hay más —dije, con una pequeña sonrisa—. Porque tú mereces eso y más.

Mis palabras parecieron revolver algo dentro de él porque su sonrisa lo delataba. Sin previo aviso, dejó caer su frente sobre mi hombro, como si buscara refugio.

—Y luego dices que yo soy el dulce —susurró, su voz vibrando con diversión, pero también con un deje de emoción contenida.

Luego, con delicadeza, elevó la cabeza de nuevo, dejando un beso tierno en mi mejilla. Sus labios dejaron una suave impresión, alentándome a continuar con la lectura.

—También hice otra flor de papel para ti —anuncié con una chispa de emoción. Saqué delicadamente la figura de mi bolso, colocándola en su mano abierta, y observé cómo sus dedos se cerraban alrededor de la flor con curiosidad. Luego, retomé la lectura de las últimas líneas.

«*Es una rosa lavanda,*

¿sabes lo que estoy tratando de decirte?

Que estoy locamente enamorada de ti, Kalem Taylor».

Al terminar lo miré, ansiosa por conectar con sus ojos. Había pronunciado esas palabras, y la sensación de expresar mis sentimientos en voz alta resonaba de manera liberadora. Se quedó inmóvil durante varios segundos, sus ojos fijos en los míos. En ese instante de silencio, podía percibir la intensidad de sus emociones mientras procesaba lo que acababa de decir. Era como si quisiera asegurarse de que las palabras que había escuchado eran reales, que la confesión que había brotado de mis labios no era un sueño.

—Entonces, ¿eso significa que ya puedo cambiar el “*futura novia*” por solo “*novia*”? —preguntó, acercándose más con sus manos en mi cintura. Su sonrisa apareció cuando asentí, acortó la distancia y susurró cerca de mis labios—: Yo también estoy locamente enamorado de ti, ¿o no fue muy obvio durante todo este tiempo?

—Demasiado obvio. —Fue mi respuesta, y decidí pasar mis brazos alrededor de su cuello, acercando nuestros labios.

En medio del beso, su sonrisa brotó como una respuesta inevitable, y yo no pude evitar sonreír también. Cada beso suyo era un lenguaje propio, transmitiendo emociones que no necesitaban palabras. Sus manos se deslizaron con suavidad por mis costados, tomándome con ternura. Movié hábilmente mi posición, haciéndome sentar sobre su regazo, y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura.

En ese momento, estaba segura de que ninguno quería apartarse, ambos sumergidos en la unión intensa que se entrelazaba con cada roce y cada mirada.

—Ahora sí puedo decir que tengo una novia escritora, una muy hermosa —susurró sobre mis labios.

—Y yo podré decir que salgo con el terrón de azúcar del equipo de *lacrosse*. —Dejó un beso corto en su mejilla, haciéndolo sonreír.

—No puedo creer que recuerdes todas las flores que te di. —Pasó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Yo sé que te gustaba desde el principio, solo que no querías admitirlo.

Sonreí sin negarlo.

—¿Te gustaron las flores? Las hice de papel porque tú siempre haces figuras para mí, así que yo quise hacerlo por ti. Y lo mejor es que puedes guardarlas y no se marchitarán.

—¿Por qué eres tan tierna? —Fingió de manera graciosa que le dolía el pecho—. Es demasiado para mi corazón. No puedo con tanto.

Rodé los ojos, divertida.

—¿Cómo puedes hacer que me gustes más, pequeña escritora que ahora tengo de novia?

—No dejarás de decirme novia por un buen tiempo, ¿cierto? —Acaricié su cabello.

—¿Cómo podría hacerlo? Si he esperado por este momento. Quiero decirles a todos que eres mi novia. —Dejó un beso rápido en mi frente y sacó su celular.

—¿Qué haces?

—Actualizo mi estado en redes sociales para que sepan que ya no estoy soltero. —Me dio esa sonrisa inocente. Su comentario desató una risa entre nosotros, creando un momento ligero y divertido.

—Me pregunto qué dirá mi papá cuando sepa que ahora eres realmente su yerno.

—Primero, estoy seguro de que me dará una larga charla, la cual no me preocupa, después sé que se acostumbrará a que yo hable mucho. Además, sé que secretamente le caigo bien, no tengo dudas de eso —dijo, confiado.

—Creo que Nora tenía razón cuando dijo que era dulcera y que me gustaban los caramelos.

—Querrás decir los terrones de azúcar —respondió con una sonrisa, captando la chispa juguetona en sus ojos y no tardó en acercarse para besarme.

Pasé de estar liándome con Kalem a estar saliendo con él, y cada beso y risa compartida eran pinceladas en el lienzo de esta nueva etapa.

Capítulo 29

Seguíamos en el invernadero pasando el rato hablando, pero más que todo besándonos. Quise levantarme de su regazo para sacar mi celular del bolsillo, pero hice un mal movimiento consiguiendo que me cayera de trasero al suelo sin darle tiempo de que me atrapara. Me quedé viéndolo desde abajo, podía ver la preocupación y el asombro en su mirada por mi caída. En cambio, yo me eché a reír para no llorar.

—Con ese golpe yo estaría llorando en vez de riendo —dijo, tratando de controlar su sonrisa mientras me ayudaba a levantar.

No pude evitar sonreír porque esas fueron las mismas palabras que me había dicho el día de la fiesta en que nos conocimos.

—Prefiero reírme de mis desgracias. —También recordaba y eso pareció gustarle por la tierna mirada que me estaba dando.

—¿Ahora me dirás uno de tus chistes malos? —Elevó una ceja, divertido.

—Los chistes malos también son buenos —dije, haciéndome la ofendida.

Qué recuerdos. Había pasado tanto tiempo y tantas cosas desde aquella fiesta.

Ambos nos encontrábamos de pie, sin desviar nuestras miradas el uno del otro. La atmósfera que nos rodeaba era embriagadora, estábamos solos en medio del invernadero repleto de flores de diversos colores, como si la naturaleza misma fuera testigo de nuestra escena romántica, sacada de las páginas de una novela o de una película. Cada flor parecía vibrar con la intensidad del momento. Me sumergía con deleite en la profundidad del color de sus ojos. Su capacidad para provocar nerviosismo y felicidad simultáneamente me fascinaba, creando un torbellino de sensaciones que solo él era capaz de despertar en mí.

—Entonces, ¿me dejas besarte? —Mis brazos se deslizaron alrededor de su cuello.

—No tienes que preguntarlo —susurró, su aliento rozando delicadamente mis labios, mientras sus fuertes brazos se enroscaban con seguridad alrededor de mi cintura.

Una sonrisa jugueteaba en mis labios mientras acortaba la distancia entre nosotros, presionando mis labios sobre los suyos y no tardó en seguirme el ritmo. Cada roce de sus labios encendía una chispa, elevando la temperatura de nuestro encuentro. Un suspiro escapó entre nosotros, y me deleité en la sensación de sus labios contra los míos. Los besos previos habían sido tiernos, pero este era diferente, más ardiente, como si un fuego interior se hubiera avivado. Una risa suave se escapó de mis labios cuando sus manos se aventuraron bajo la tela de mi camisa, creando un estremecimiento que recorrió mi cuerpo.

Sin dudarlo, rompí el beso, dejándolo con una expresión confundida. Pero en un instante, su sorpresa se transformó cuando tomé sus hombros, instándolo a sentarse de nuevo en la mesa baja. Me acomodé a horcajadas sobre él, rodeando su cuello con mis brazos. La sorpresa se reflejó en su mirada.

—Me encanta cuando haces este tipo de cosas.

Después, sus labios comenzaron a dejar besos húmedos en mi cuello, una sensación electrizante que se intensificaba con cada contacto. Sus manos se posaron con firmeza en mi trasero, sosteniéndome con seguridad, y de repente, el ambiente se cargó de calor. Sin embargo, a pesar de la entrega al momento, un pequeño temor se coló en mi mente: la inquietud de que alguien pudiera entrar en cualquier momento y sorprendernos. En ese instante, estábamos inmersos en nuestra propia burbuja de deseo cuando el sonido de su celular nos interrumpió. Optó por no contestar en el primer intento, pero cuando el tono insistente volvió a resonar, ambos asumimos que se trataba de algo importante.

—Es Charles —dijo, rodando sus ojos a la pantalla. Contestó, llevando el dispositivo a su oreja mientras yo permanecía sentada sobre él—. Por favor, dime que no volviste a perder las llaves de tu auto.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras acariciaba su cabello, pero de repente, su expresión experimentó un cambio drástico. Se quedó inmóvil, y mi frente se arrugó con preocupación ante este giro inesperado.

—¿Qué pasa? —pregunté, comenzando a preocuparme.

Con suavidad, me apartó a un lado en la mesa de madera, levantándose de inmediato. La incertidumbre se apoderó del momento, y mi mente se llenó de preguntas sin respuesta.

—¿Qué acabas de decirme, Charles? —Se llevó una mano a su cabello con la mirada perdida en el suelo—. No, no te creo. Dime que no es verdad, dime que estás mintiendo. ¡Dímelo!

Me puse de pie, preocupada y confundida, acercándome a él.

—¿Qué pasa? —pregunté, angustiada. Mi mano se posó con suavidad en su mejilla, buscando consolarlo o entender lo que sea que lo estuviera afectando. Sin embargo, permanecía en silencio y quieto, con la mirada perdida, mientras bajaba lentamente la mano que aún sostenía el celular. Lo tomé cuando miré que no había colgado y que su primo seguía al teléfono.

—Charles, ¿qué está pasando? Kalem no dice nada, está preocupándose —hablé, apresurada. Aún tenía mi mano sobre su mejilla.

—Heather, tienes que llevar rápido a Kalem al aeropuerto. —La voz de Charles sonaba agitada, como si estuviera caminando a paso rápido. A través del teléfono, pude percibir la tristeza que impregnaba sus palabras.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Qué pasó?

—Heather... El abuelo murió hace unas horas.

Me quedé congelada mientras me giraba para mirar a Kalem, quien seguía inmóvil. El peso de las palabras resonó en mi pecho, y mi corazón se apretujó.

—Estaremos ahí enseguida —articulé con dificultad.

Colgué, pero el eco de la noticia resonaba en el aire.

—Kalem —susurré suavemente, llamándolo. Mis manos encontraron su rostro, y con suavidad, logré que me mirara. El dolor en sus ojos era palpable, sin lágrimas visibles, pero su sufrimiento resonaba en su mirada. Pasé mis brazos alrededor de su torso, apoyando mi cabeza sobre su pecho.

—Heather... Mi abuelo... No puedo... —susurró en un tono que le costaba mantener. Luego, escondió su rostro en mi cuello, abrazándome como si temiera soltarme—. Me duele... me duele mucho.

—Yo sé que te duele. —Puse mi mano sobre su corazón mientras que con la otra lo abrazaba más fuerte—. Estoy aquí, no te soltaré.

Sabía que estaba sufriendo por dentro; podía sentirlo. Sin embargo, Kalem no soltó ninguna lágrima mientras me abrazaba. Tampoco lo hizo durante el camino en auto, donde me encargué de conducir hasta el aeropuerto.

Los que viajaban eran Charles, Kalem y Khaled. El pelirrojo se había adelantado para ocuparse de la compra de los boletos, mientras Callum y Kane asumían la tarea de buscar al pequeño individuo en su hogar. Estacioné el auto en el aeropuerto y nos dirigimos hacia el lugar donde Charles nos esperaba, según lo indicado en un mensaje que recibí de su parte. Al llegar, el pelirrojo no perdió tiempo en abrazar a su primo. Sus palabras se compartían en un susurro que no alcanzaba a escuchar. Nora acompañaba a Charles, manteniéndose cerca para brindarle apoyo en esos momentos difíciles. La rubia, sin dudarle, también se acercó para abrazar a Kalem.

Mientras aguardábamos la llegada de Khaled, optamos por buscar asiento en unas sillas cercanas. Kalem, en un gesto de vulnerabilidad, mantuvo su cabeza apoyada en mi regazo, y mientras mis dedos acariciaban su cabello, no podía apartar la mirada de su rostro. Mi corazón se retorcía de dolor al ver esos ojos, normalmente llenos de vida, ahora perdidos en algún lugar del aeropuerto. Aunque físicamente estaba allí, su mente y su corazón parecían estar en otra parte.

La sorpresa se apoderó de mí al notar que Kalem no había derramado ni una sola lágrima en todo este tiempo. Era como si su lado más sensible se hubiera apagado, como si las emociones se hubieran extinguido en un rincón de su ser, lo cual me llenó de inquietud. Su sufrimiento se manifestaba en silencio, como si estuviera en un estado de shock, procesando la realidad de la pérdida en lugar de expresar sus emociones de inmediato.

Después de un rato, Callum y Kane aparecieron caminando apresurados, sus ojos buscándonos entre la multitud. Fue evidente que traían consigo al pequeño individuo, ya que Callum lo sostenía en sus brazos. En cuanto el pequeño avistó a su hermano mayor, se deslizó rápidamente de los brazos del rubio y corrió directo a Kalem con sus manitas extendidas.

El chico que yacía en mi regazo se incorporó. Un nudo se formó en mi garganta al presenciar el momento en que el menor abrazó el cuello de su hermano y se refugió en él, iniciando un llanto

desconsolado.

Mi corazón se apretó con fuerza.

—Kalem —dijo el pequeño en medio del llanto—. Escuché a mami decir que el abuelo se fue. ¿A dónde se fue? Yo no quiero que se vaya. Quiero que siga jugando a los carritos conmigo.

Finalmente, llegó la hora de la despedida. Kalem me abrazó en un último gesto antes de partir, dejando un beso en mi mejilla. Aún guardaba silencio, y esa ausencia de palabras me resultaba desconcertante. Yo, acostumbrada a sus charlas interminables, me veía enfrentando una barrera inusual.

El pelirrojo ya se había puesto en marcha, llevando a Khaled en brazos. El pequeño mantenía sus ojos llorosos, evitando mirar a nadie. Antes de que Kalem se alejara, logré agarrar su mano rápidamente, haciendo que se volviera hacia mí. Me acerqué para que sólo él me escuchara.

—Kalem. —Coloqué suavemente mi mano a un lado de su rostro. Ver sus ojos apagados me afectaba, necesitaba ver esa chispa en él. Sus ojos no dejaban de buscarme, esperando por mis palabras—. No contengas el dolor, siéntelo, y déjalo salir.

—Heather... —murmuró con un nudo en la garganta.

Su mirada seguía fija en mí, como si quisiera transmitirme con esos ojos lo que sus palabras no podían expresar en ese momento. Y estaba bien, no necesitaba decirme nada.

—Cuídate mucho, también cuida de esos dos. —Le di una sonrisa que me costó esbozar—. Estaré aquí esperando por ti.

Me envolvió en sus brazos, como si intentara aferrarse a mí y evitar tener que abordar ese avión, pero la realidad lo llamaba. Dejó un beso sobre mi cabello, tomándose su tiempo antes de dirigirse hacia las puertas. Yo me quedé de pie, observándolo alejarse. Permanecí allí hasta que el avión despegó.

—Heather, vamos. Hay que irnos. —Nora tomó mi mano, devolviéndome a la realidad y sacándome del trance en el que estaba viéndolo irse.

—Sí, vamos a casa.

(...)

Había pasado una semana.

Una semana entera sin él a mi lado.

Me llamaba todas las noches, quedándose despierto hasta altas horas de la madrugada porque no podía dormir, y luego, durante todo el día, parecía evaporarse. Era consciente de que necesitaba tiempo y espacio para enfrentar la pérdida de su abuelo, y se lo estaba dando. Aunque mi deseo era charlar con él en todo momento, comprendía.

Los primeros días fueron difíciles para él, sobre todo durante el funeral. Recordaba la madrugada en que me llamó, el nudo en su garganta mientras compartía cómo su corazón se rompió al explicarle a Khaled que su abuelo ya no estaría para jugar a los carritos con él. Escucharlo decirme cómo no soportó ver a su hermano llorar de esa manera hizo que mi corazón se retorciera de dolor.

Solo quería tenerlo entre mis brazos, abrazarlo fuerte y susurrarle que todo iba a estar bien. En esos momentos, el deseo de ser su refugio y consuelo se volvía abrumador.

Pasé toda la semana con un dolor en el pecho, sobre todo porque me confesó que no había derramado ni una lágrima. Incluso en esas madrugadas en las que los recuerdos lo asaltaban y no lo dejaban dormir, las lágrimas se resistían a caer.

El girasol estaba triste y me dolía.

Me dolía no poder estar a su lado, así que no lo pensé dos veces.

Sentía la necesidad de estar con él. Era de noche y una lluvia torrencial caía fuera, pero eso no me detuvo. Saqué mi maleta de mano del armario y la arrojé a la cama, empezando a llenarla rápidamente con ropa y todo lo necesario. Decidí ir a verlo; sabía que me necesitaba y no quería pasar ni un minuto más lejos de él.

Quería abrazarlo muy fuerte, transmitirle calor y que no volviera a tener ni una fría madrugada más.

Cargando la maleta, bajé rápido las escaleras con precaución. La dejé a un lado de la puerta de entrada porque planeaba regresar a mi habitación a buscar mi impermeable. Afuera, la lluvia no cesaba y no parecía tener intenciones de hacerlo, según indicaba mi celular, se trataba de una tormenta. Era consciente de que mis padres no estarían contentos cuando se enteraran de que salí con este clima, pero como no estaban en casa, no pensaba decírselos hasta que estuviera camino al aeropuerto en taxi.

Antes de subir las escaleras hacia mi cuarto, el timbre de la puerta sonó, haciendo que me detuviera. ¿Quién en su sano juicio saldría de casa a estas horas de la noche y con un clima como este? Definitivamente, un demente... como yo.

Abrí la puerta y me congelé en el momento en el que lo vi de pie frente a mí.

Capítulo 30

Yo seguía allí, congelada por la sorpresa, sin dejar de mirarlo. Vestía un *hoodie* y *jeans* empapados por la intensa lluvia que caía esa noche, y su cabello chorreaba gotas de agua. Mi corazón se apretó al notar que temblaba de frío y que lágrimas adornaban sus ojos.

—Heather... —susurró, luchando con un nudo en la garganta. Dio un paso hacia mí—. Estoy llorando, después de días sin poder hacerlo, por fin estoy llorando.

—Kalem.

Sin pensarlo dos veces, me lancé a envolverlo en un abrazo alrededor de su cuello, ignorando por completo que me empapaba con su ropa mojada. Respondió abrazándome por la cintura, como si hubiera sentido mi ausencia de una manera que ni yo misma podía comprender. No cabía duda de que lo había extrañado tanto como él a mí.

—Llora todo lo que necesites llorar, siente todo lo que necesites sentir y suelta todo lo que necesites soltar. Eventualmente, todo mejorará —susurré con suavidad para consolarlo.

En respuesta, sentí cómo me abrazaba con más fuerza, su llanto resonando con intensidad, apretando mi corazón en un nudo.

—No me sueltes —susurró tan bajo que apenas pude escucharlo.

—No pienso hacerlo.

Después de un rato, sus lágrimas se redujeron, y logró recobrar la calma, así que fuimos hacia mi habitación. Le pedí que se quitara la ropa mojada y le presté unos pantalones de dormir de mi padre, junto con el *hoodie* celeste que me había regalado y un par de calcetines para que no pasara frío. Mientras se cambiaba, aproveché para ponerme mi pijama. Estaba sentado en mi cama, y yo permanecía de pie frente a él, secándole suavemente el cabello con una toalla.

—No tenías que mojarte en la lluvia. ¿Qué tal si te enfermas? —lo regañé.

—Sólo abrázame como tú sabes hacerlo y con eso bastará para que me sienta mejor. —Colocó sus manos en los costados de mi cintura, elevando su rostro para mirarme desde abajo.

Terminé de secarle el cabello y dejé la toalla a un lado.

—A ti tampoco pareció importarte enfermarte. Vi la maleta al lado de la puerta. —Sus brazos me envolvieron con ternura alrededor de la cintura—. Ibas a verme, ¿cierto?

Asentí, eso pareció gustarle porque recostó su cabeza sobre mi pecho sin soltarme.

—Tenía que verte, y tenerte así conmigo —susurré, disfrutando de ese momento. Una de mis manos descansaba en su espalda, y con la otra acariciaba su húmedo cabello porque sabía que eso lo calmaba.

—Te quiero, Heather.

Había susurrado con esa voz que provocaba un torbellino de emociones en mi interior, y sentí cómo el tiempo se congelaba. Mis caricias se detuvieron, quedando en silencio. Mi corazón se estrechó ante sus palabras, tan dulces y llenas de amor. El silencio hizo que se separara ligeramente, elevando su mirada para encontrarse con la mía sin soltar su abrazo.

—No tienes que decírmelo de vuelta, hazlo cuando estés lista para hacerlo. —Me dio una sonrisa que me hizo reaccionar—. De verdad, no tienes que decirlo, yo puedo sentirlo.

—Kalem —murmuré después de un rato en silencio.

La habitación estaba llena de la suave luz de la lámpara de noche, creando un ambiente íntimo. Mis manos se deslizaron suavemente y con lentitud por sus cejas, explorando cada rasgo de su rostro con delicadeza: sus mejillas, su nariz, y finalmente, llegaron a sus labios, que se entreabrieron ligeramente ante mi tacto.

—Heather. —Su voz, cálida y profunda, resonó en la quietud de la habitación. Sus ojos, intensos y sinceros, parecían reacios a apartarse de los míos.

—Me has dicho que me quieres por primera vez, pero me lo has demostrado tantas veces.

Observé cómo una de esas sonrisas que tanto me gustaban se dibujaba en su rostro.

Me acomodé en su regazo, dejando que mis brazos se deslizaran alrededor de su cuello. Los suyos continuaban sosteniéndome con firmeza, como si temiera que me escapara desde el momento en que llegó. Había sentido su ausencia, al igual que él la mía, y ahora la cercanía entre nosotros era un consuelo que ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar ir.

—No sabía qué tanto me gustaban los terrones de azúcar hasta que apareciste —susurré sobre sus labios, sin apartar la mirada de sus ojos que parecían cautivados por mí—. ¿Sabes lo que estoy tratando de decirte? —Rocé mis labios con los suyos—. Que yo también te quiero, Kalem.

—Era verdad cuando dijiste que tenías tus momentos dulces —murmuró con esa voz que me hacía querer escucharlo hablar por horas.

Luego, acortó la distancia y me besó lentamente. Correspondí al beso, asegurándome de que pudiera sentir la intensidad de lo que yo experimentaba por él. Aunque el miedo aún latía en mi interior, temía más la idea de no arriesgarme, de no intentarlo con él y lamentarlo después. Sabía que valía la pena, y estaba decidida a quererlo profundamente y demostrárselo, al igual que él lo hacía.

Sentí cómo se separaba un poco, como si quisiera decirme algo.

—Tengo una duda. ¿Prefieres los terrones de azúcar o tus gomas de oso? —Me dio una de esas sonrisas que derrochaban encanto.

—Tampoco te pases —respondí con la frente arrugada, consciente de que eso lo haría reír. Soltó una pequeña carcajada, y el sonido resonó en la habitación.

—Me ilusionas. —Se llevó una mano al corazón, haciéndose el dolido.

Después de ver una serie en mi cuarto por un rato, decidimos cerrar la computadora y envolvernos en las cobijas. Observamos mi techo lleno de estrellas que brillaban en la oscuridad. Eran alrededor de las once de la noche, y mis padres se habían quedado en casa de mi tía debido a que la lluvia no mostraba signos de detenerse. Se aseguraron de llamarme para preguntarme si estaba bien y para avisarme que no llegarían a casa. Y pensar que hace unas horas iba a tomar un vuelo sin avisarles me hacía sentir mal por el ataque que les hubiera dado, en especial, al dramático de mi padre.

Las pequeñas luces iluminaban el techo, atrayendo la atención de Kalem, quien no podía apartar la mirada. El ambiente estaba impregnado de un ligero frescor debido a la lluvia que resonaba suavemente por la ventana. Estaba casi encima de mí, con la cabeza reposando sobre mi pecho cerca de la curva de mi cuello, mientras uno de sus brazos se extendía sobre mi abdomen. Me encantaba tenerlo tan cerca, compartiendo calor para contrarrestar el frío que aún lo afectaba, aunque no me lo dijera.

Acariciaba su cabello con una mano y, con la otra, pasaba suavemente mis uñas sobre el brazo que me rodeaba, tratando de que se durmiera. Aunque aparentaba estar relajado, al mismo tiempo parecía estar pensando demasiado y no conseguía conciliar el sueño.

—Heather —dijo con la mirada fija en el techo.

—¿Sí?

—¿Crees que mi abuelo sea una de esas estrellas? —Su voz sonaba calmada, pero la tristeza seguía estando ahí.

Su pregunta me tomó por sorpresa, y durante un instante, el silencio llenó la habitación mientras procesaba la profundidad de sus palabras.

—Estoy segura de que sí. —Sonreí, aunque no me estuviera viendo. Seguí tocando los mechones de su cabello con mi vista en las luces—. Así como tú eres un rayo de sol, tu abuelo es una estrella en el cielo. Tú alumbras en el día y él en la noche, pero ambos brillan de una manera hermosa. Así que tu abuelo todavía no se ha ido. Sigue en tu corazón y cuando lo extrañes mira hacia las estrellas, él siempre estará esperándote.

Se sumió en el silencio, sin pronunciar palabra, hasta que percibí la humedad en mi pecho causada por sus lágrimas. Estaba llorando, había girado su rostro para ocultarlo en la curva de mi cuello, y lo abracé con fuerza para brindarle consuelo. Mi corazón se contrajo ante la tristeza que emanaba de él; no me gustaba escucharlo llorar, ya que despertaba en mí el deseo de llorar junto a él.

—Lo extraño, lo extraño tanto que duele. —Sollozó, cerrando sus ojos con fuerza.

—Yo sé que sí. —Dejé un beso sobre su frente y lo abracé por un buen rato. No pensaba soltarlo.

Eran alrededor de las dos de la madrugada y él aún no lograba conciliar el sueño. Aunque las lágrimas habían cesado, sus ojos, así como sus pestañas, permanecían húmedos.

—¿Quieres que te cuente algo para dormir? —dije, buscando captar su atención.

—¿Un cuento? —preguntó con curiosidad.

—Antes solía inventarlos de la nada, creo que todavía puedo hacerlo. ¿Qué dices? ¿Quieres?

—Claro que sí quiero. —Se separó con suavidad de mi pecho y se acomodó a un lado de la cama, poniéndose de costado y ajustando su cabeza sobre la almohada para mirarme.

—Bueno, aquí vamos. —Aclaré mi garganta, girándome de costado para poder verlo mejor. Sus mejillas estaban enrojecidas por todas las lágrimas derramadas—. Espero no haber perdido el don.

Eso lo hizo esbozar una pequeña y corta sonrisa.

—Estoy seguro de que no.

—Había una vez un niño llamado Alem... —Comencé, y eso lo hizo sonreír aún más al darse cuenta de que le había quitado la “K” a su nombre para el protagonista del cuento—. Y una niña llamada Heaven.

—¿Al final los niños quedan juntos? —preguntó, mostrando interés. Me alegré al ver que me regalaba una de sus sonrisas dulces.

—Shhh, espera que termine el cuento. —Sonreí y deslicé mi mano para acariciar su cabello, tratando de que se durmiera más rápido.

—Los dos niños parecían ser inseparables, y en una tarde soleada, decidieron aventurarse juntos en el parque. Observaron algunos columpios y corrieron para ocuparlos. Alem, mostraba un rastro de tristeza, renuente a mecerse tan alto por el miedo que sentía. Fue en ese momento cuando Heaven, con su espíritu animado, se colocó detrás de él y comenzó a empujarlo cada vez más alto, alentándolo a que se lanzara.

—¿Y qué pasó después?

—Alem saltó, pero cayó al suelo y se raspó la rodilla. El pequeño se levantó y con sus ojos llorosos se subió al columpio de nuevo, y Heaven volvió a empujarlo desde atrás, animándolo. Alem se atrevió, saltó, y esta vez, al caer, aterrizó de pie con una sonrisa que parecía imposible de borrar.

Estaba completamente concentrado, su respiración se había relajado y sus pestaños se volvieron más lentos. Parecía estar sumergido en el placer de mis caricias en su cabello y rostro, mientras disfrutaba también de escucharme hablar.

—Después, Alem y Heaven decidieron descansar un poco. Ella le colocó una bandita en la

rodilla mientras lo hacía reír para que el dolor disminuyera —conté, notando que estaba en un estado casi adormilado.

Me acerqué a él, deposité un beso tierno en cada una de sus mejillas sonrojadas y limpié con suavidad el rastro de lágrimas que aún persistía en sus ojos.

—La vida es como el columpio, tienes que mecerte alto y saltar, aunque tengas miedo de hacerlo. Si caes y te lastimas, no puedes quedarte en el suelo, tienes que volver a levantarte e intentarlo y yo estoy aquí, empujándote desde atrás, Kalem —dije, con mi mano reposando sobre su mejilla.

Se aproximó, deslizó su mano entre mi cabello y selló mis labios con un beso, tomándose su tiempo.

—Cada vez haces que caiga más por ti —susurró cuando se separó un poco y dejó otro beso corto en mi labio inferior.

—¿Te gustó el cuento? —hablé un poco distraída por sus besos.

—Me encantó. —Sonrió de manera adorable—. Gracias. Realmente lo aprecio, pequeña escritora que logra enamorarme con sus palabras, se preocupa por mí, y que tengo la suerte de llamar novia.

Después, volvió a recostar su cabeza sobre la almohada, así que decidí acercarme y apoyar la mía sobre su pecho. No perdió tiempo y me envolvió en sus brazos, una sensación que me hacía sentir cálida y protegida. Perdidos en ese abrazo reconfortante, el tiempo parecía difuminarse, y no podía decir cuánto tiempo había pasado. Ambos estábamos a punto de sumergirnos en el sueño, dejándonos llevar por la tranquilidad del momento.

—Alem y Heaven quedan juntos al final, ¿cierto? —Su voz llegó a mí en un suave susurro.

—Sí, sí quedan juntos —respondí con una sonrisa y estaba segura de que él también estaba sonriendo.

Me encantaba verlo sonreír, era como si cada destello de felicidad que dibujaba en su rostro iluminara todo a su alrededor. Me iba a asegurar de sacarle muchas sonrisas, desatando chistes malos, ocurrencias absurdas y cualquier cosa que pudiera hacer que esos ojos suyos brillaran con esa chispa única.

Era una promesa, Kalem.

Capítulo 31

Los días pasaron y Kalem estaba sanando. Aunque seguía habiendo noches en las que no podía dormir porque las lágrimas aparecían y los recuerdos le dolían.

Me había encargado de que los abrazos no le faltaran, un refugio reconfortante en medio del caos diario. Juntos, exploramos los rincones del parque casi todas las tardes, caminando entre risas y secretos compartidos. Sentados, charlábamos sobre cualquier cosa que cruzara nuestras mentes, o simplemente nos tumbábamos en el suave pasto, dejando que el atardecer pintara el cielo mientras disfrutábamos del silencio cómodo entre nosotros. Además de los entrenamientos del equipo, comenzó a correr más por su cuenta. No solo le servía como un ejercicio físico, sino que descubrió que era una vía de escape para su mente. Correr se convirtió en su terapia personal.

Todos habíamos estado al lado de Kalem, Charles y el pequeño huracán. Sus amigos, Nora, y yo. Incluso mis padres que cuando se enteraron de la noticia no dudaron en ir a verlos cuando regresaron del viaje. Mamá le había preparado un rico pastel de chocolate a Khaled, quien se había encariñado con ella por su comida y amor, también los había invitado a cenar varias veces seguidas y en las cuales ellos no se negaron. La mayoría de esas cenas incluían una sopa porque mamá decía que calentaban el corazón y ayudaban a sentirte mejor cuando estabas triste.

Con respecto a la universidad, estábamos en la semana de exámenes y yo sentía que no podía más. Kalem y yo estábamos sentados junto a Nora y el pelirrojo. Tenía uno de sus brazos recostado encima del respaldo de mi silla mientras comía de su manzana.

—Siento que muero —me quejé, soltando un sollozo dramático, y dejándome caer en el respaldo—. Les juro que me pasé estudiando para el examen de hoy, pero siento que se me olvidará todo a la hora de hacerlo. Estoy estresada, ya quiero que esta semana acabe.

Sentí cómo unos brazos me abrazaron de costado. Su aroma y calor me invadió.

—Ya estás en mis brazos, olvídate de tus problemas. Todo va a estar bien —dijo con tanta calma que logró transmitirme un poco de ella.

Dejé escapar un largo suspiro mientras sostenía su mirada. Al darse cuenta de que mi inquietud se disipaba, esbozó una sonrisa adorable, esa que sabía perfectamente que tenía un efecto especial en mí, y luego depositó un tierno beso en mi frente.

—Te irá genial en el examen, ya verás. No pienses tanto en eso, mejor come tu almuerzo.

—Ustedes con su miel, me empalagan —se quejó la rubia rodando sus ojos—. No, mentira, no me crean. Me fascina, sigan en su burbuja que yo estoy de espectadora. —Sonrió, poniendo su barbilla sobre su mano.

Negué con la cabeza, pero había una sonrisa en mi rostro.

—Vamos, come algo. —Kalem acercó mi plato y tomé mi sándwich. Sonrió cuando me vio que le di un mordisco—. No me gusta verte estresada. ¿Quieres que vaya a comprar tus dulces para

que te pongan de buen humor?

Ante esa mirada adorable e intensa, ¿cómo pretendía que le respondiera? Su ternura era mi debilidad, y esos ojos que me atraparon desde el primer instante ejercían un imán sobre mi corazón.

—Primito. Hasta yo siento que me dará diabetes —bromeó el pelirrojo con diversión dibujada en su rostro. Kalem, con gesto malhumorado, le lanzó una mirada.

—¿Verdad que son tan lindos? —Nora intervino, llevando su mano al pecho, visiblemente enternecida.

—Lo somos, pero ya paren con tanto que me abruman —me quejé entre risas, sin dejar de disfrutar mi sándwich.

—Ya, ya. No quiero que abrumen a mi novia, en especial tú, Charles —dijo Kalem, pasando uno de sus brazos alrededor de mis hombros de manera protectora. No pude evitar que una sonrisa se deslizara lentamente por mi rostro al escucharlo llamarme así.

—Míralo. Ya no dice futura novia, ahora es solo novia. —Nora aplaudió, emocionada.

—Esta rubia. —Negué con la cabeza—. Aunque necesito escribir una idea que me acaba de dar Kalem para uno de mis libros. —Saqué rápidamente mi cuaderno, que llevaba en el bolso, para escribir antes de que se me olvidara.

—Me encanta cada vez que ella hace eso —comentó Kalem, acariciando mi cabello. Aunque no podía verlo, estaba segura de que me estaba dedicando una sonrisa.

—Creo que ya comí demasiada azúcar hoy —se quejó el pelirrojo, intentando molestar a su primo como de costumbre.

—Charles —le advirtió con ese tono serio que conocía bien. Dejé de escribir para voltear a verlo, y esboqué una sonrisa al observar la expresión de fastidio en su rostro.

—Ya, ya —dijo el pelirrojo, elevando sus manos—. Pero tengo una duda.

—¿Cuándo no? —Su primo soltó una risa.

—Heather siempre anota en su cuaderno o en su celular cuando le vienen ideas para sus novelas —habló como si estuviera reflexionando con él mismo, yo asentí con la cabeza—. Y la mayoría de ellas son gracias a mi primito. —Lo señaló con su mano.

—Y me siento orgulloso de eso. —Sonrió abiertamente sin dejar de mirarme.

—Ajá, como decía —siguió, ignorando a Kalem—. Mi pregunta aquí es si esto de anotarlas rápido sucede cuando ya saben... lo están haciendo.

—¡Charles! —exclamó Nora por el indiscreto de su novio.

—¿Qué? Solo tengo curiosidad. —Encogió sus hombros de manera inocente.

—Pues no te diré, eso es privado, científico. —Negué con la cabeza.

—No necesito que digas nada, el sonriente de tu novio ya me dio la respuesta —dijo medio carcajeándose.

Me giré rápidamente para mirarlo, y lo primero que captó mi atención fue esa sonrisa que intentaba esconder, aunque le resultaba difícil lograrlo. Pero lo que realmente lo delataba era el rubor que coloreaba sus mejillas de una manera arrebatadoramente encantadora.

—Kalem. —Crucé mis brazos, tratando de ponerme seria—. Ya nos pusiste en evidencia.

Nora y Charles parecían divertidos por la escena.

—Lo siento. —Se acercó a mí, rodeándome con sus brazos. Mi expresión seria cambió cuando depositó un beso en mi mejilla—. ¿Ya te dije lo mucho que me gusta tener a una escritora como novia? ¿No? Bueno, pues me encanta. Vamos, quiero ver esa sonrisa. —Giró un poco la cabeza sin dejar de mantener la mirada fija en la mía y sin soltarme.

Hice un esfuerzo enorme por contener la sonrisa ante sus palabras.

—Creo que nos iremos para no romper su burbuja. —Nora se levantó de su silla con una sonrisa.

—¿Qué? Pero yo quiero seguir molestando a mi primito.

—Vámonos, Charles. Lo molestas después. —Lo tomó de su mano para llevárselo. Ambos se alejaron y pude ver como el pelirrojo le ponía la bata blanca a su novia y la abrazaba de costado.

—Ahora estamos solos, al fin —susurró en mi oído tan de repente que me provocó un escalofrío.

—Claro, solos y con media cafetería aquí.

—Cuando estoy contigo, siento que todos desaparecen —habló, acariciando las puntas de mi cabello.

—Qué lindo. —Pellizqué su mejilla con suavidad—. Pero déjame anotar esa idea y luego regresamos a esta conversación, ¿sí? —Le dediqué una sonrisa, girando ligeramente mi cabeza.

—¿Cómo podría decirte que no cuando me sonríes así?

(...)

La oscuridad de la noche nos envolvía mientras llevaba a Kalem a mi casa, decidida a compartir la noticia de que estábamos saliendo con mis padres. En el interior de mi ser, una mezcla de nerviosismo y emoción se entrelazaba.

—Así que ahora sí tendremos esa conversación, muchacho —dijo mi padre cruzado de brazos en medio de la sala y dándole una mirada intimidante.

—Papá, ¿cuántas conversaciones ya has tenido con él? No lo abrumes —me quejé.

—¿Qué? Él siempre dice que le encanta hacer plática, no creo que haya ningún problema a que salgamos al patio a conversar, ¿no es así, muchacho?

—No, señor. A mí me gusta hablar con usted. —Sonrió, sin parecer intimidado.

Dejó un beso en mi mejilla para tranquilizarme y caminó hacia la puerta que daba al patio de mi casa.

—Lo espero afuera. ¿O quiere que lleve algo para tomar? ¿Tiene sed? ¿No? Bueno, no importa, aun así, pasaré a la cocina por agua porque creo que hablaremos de muchas cosas. —Sin dejar la sonrisa se desvió a la cocina donde estaba mamá.

Mi padre parecía fastidiado, y a mí se me hacía difícil no dejar de sonreír por lo lindo que era.

—Papá... —Volteé a verlo dejando la sonrisa.

—Tranquila, mi Heather Azucena. Solo será una charla, tampoco es que voy a amenazarlo ni nada por el estilo. —Sonrió como si tuviera buenas intenciones, aunque sabía que era todo lo contrario.

—Te conozco y sé que vas a hacerlo. —Me crucé de brazos con los ojos entrecerrados.

—Claro que no voy a hacerlo... O eso fue lo que le dije a tu madre también. —Soltó una carcajada y como mi rostro se puso más serio, papá me abrazó de costado y me dio palmadas en el cabello—. No me imaginé que el día en que traerás un novio a casa llegaría tan pronto. Estos retoños crecen tan rápido —dijo nostálgico.

Era cierto, no había traído a nadie a casa para presentarlo de manera oficial. Ni siquiera Matt había tenido el privilegio, así que Kalem era el primero. El primero en ser víctima de mi padre. Pobre de él. O quizás, pobre de mi papá, porque sabía lo conversador que Kalem podía llegar a ser, y eso solo lograba fastidiarlo más.

Mientras ambos charlaban en el patio, me dirigí a la cocina para ayudar a mi mamá a terminar la cena y colocar los platos en la mesa. Después de lo que pareció una eternidad, ambos entraron a la cocina. Mi papá llevaba la mano sobre la frente, como si tuviera dolor de cabeza, y Kalem lo seguía de cerca, tratando de mantener la conversación mientras le contaba emocionado sobre un partido de baloncesto al que planeaban asistir juntos la próxima semana.

—¿Y bien? —pregunté cuando ya todos estábamos sentados.

—Hablamos de muchas cosas —dijo a mi lado, dándome un beso rápido en mi mejilla. Me estaba dando una linda sonrisa—. Creo que nos volvimos muy cercanos, ¿verdad, señor Scott?

—Aún sigo recuperándome, las dos pastillas que me tomé para la cabeza no me hacen efecto. Espérate, muchacho, dame tiempo para procesar toda tu habladera —dijo, llevando un trozo de pollo a su boca.

A pesar de que pronunció esas palabras en un susurro, pude percibir la sonrisa de lado que acompañaba su aprobación. En el fondo, sabía que mi papá lo había aceptado mucho tiempo atrás, aunque él se resistiera a admitirlo.

—¿Ves? —Me dio una sonrisa orgullosa—. Yo también lo quiero, señor.

—Yo no he dicho eso. —Lo apuntó con el tenedor.

—No hace falta que lo diga, lo siento aquí. —Llevó su mano al pecho, provocándome una risa.

—Qué fastidio —murmuró él.

—Entonces, de aquí a la boda sólo hay un paso —soltó Kalem de repente. Mi papá y yo nos atragantamos con la comida y empezamos a toser al unísono.

—¡Qué emoción! ¡Lo sabía, lo había visto venir! —chilló mi mamá, sonriente—. Kalem, cariño, come más. Tienes que alimentarte para que estés fuerte. ¿Quieres más arroz? No respondas. Traeré más arroz. —Se levantó de la silla canturreando una melodía y desapareció en la cocina.

Y así quedamos los tres en la mesa, envueltos en un silencio tenso. Kalem, con una sorprendente calma, continuaba disfrutando de su comida como si no hubiera pronunciado nada comprometedor. En cambio, mi padre estaba serio, pero en ese momento más que nunca, lo observaba con una mirada que podría derretir acero. Tal vez debía de quitarle el tenedor de la mano antes de que las cosas se complicaran. Kalem no tenía miedo a morir. Y, sinceramente, eso me encantaba.

Capítulo 32

—Ese uniforme de pasante te queda tan bien —comenté, apoyando mis codos sobre la mesa de la recepción, incapaz de apartar la vista de él.

Había venido a visitar a Kalem a la clínica veterinaria donde estaba realizando sus pasantías, y la ropa le sentaba de maravilla. Se veía atractivo con cualquier cosa que se pusiera, y no iba a negarlo.

—Si quieres puedes quitármelo cuando vayamos al carro —respondió, lanzándome una mirada rápida. Una sonrisa juguetona se dibujaba en su rostro mientras completaba algunos papeles.

—Shhh, baja la voz, que estamos en un lugar público —susurré, asegurándome de que las personas que pasaban no lo hubieran escuchado.

—Pero si te encanta que diga ese tipo de cosas. —Dejó de escribir por un momento, extendió su mano y pellizcó suavemente mi mejilla.

—Pero cuando estamos solos —le susurré.

—Y pronto lo estaremos, déjame terminar estos formularios y me tendrás solo para ti en unos minutos. —Sonrió de una manera tan encantadora que me desconcertó por unos segundos.

Iríamos a una cita luego de que su turno terminara, había decidido ir a esperarlo y ver cómo le iba en el trabajo. Aunque lo extrañaba en la cafetería, sabía que este lugar le fascinaba por todas las historias que compartía cuando algo le emocionaba, y ese brillo en sus ojos siempre me contagiaba de alegría. Me encontraba de pie en el pasillo, sumida en la lectura de un libro en mi celular, cuando de repente sentí cómo unos fuertes brazos me rodearon desde atrás.

—Vamos. —Dejó un beso en mi mejilla, haciéndome sonreír.

Decidimos explorar un parque diferente esta vez, uno más grande que lo convertía en un espectáculo visual. La belleza del entorno nos envolvía mientras nos instalábamos para nuestro picnic, llevando todo lo necesario para disfrutar de un día al aire libre. Nos tumbamos boca abajo sobre una manta extendida en el suave pasto, rodeados de hojas de papel de colores dispuestas a nuestro alrededor.

—Así que quieres que te enseñe a hacer origami —mencionó con voz suave, deslizando delicadamente su mano por mi cabello.

—Sí, porque lo único que sé hacer es barcos, perros, gatos, y más o menos aviones. No vuelan, pero algo es algo —admití con un toque de orgullo.

—Entonces estás en el nivel principiante.

—Pero para eso te tengo a ti, para que me enseñes —dije, depositando un tierno beso en su mejilla, cerca de su oído. Una conexión suave y eléctrica se estableció entre nosotros.

—Hoy estás muy coqueta —comentó con una sonrisa traviesa. Su mano se posó delicadamente

en mi cuello, acercando nuestros labios en un beso lento.

—¿Yo? ¿Coqueta? —murmuré entre el beso—. Contigo siempre.

Su sonrisa tierna se transformó en un destello juguetón en sus ojos mientras profundizaba el beso. Lentamente, me recostó de espalda sobre la manta, ocupando un espacio cercano al mío.

—De acuerdo —susurré, separándome apenas para tomar un aliento, pero la proximidad entre nosotros persistía, intensificándose. Sentí su mano deslizarse con suavidad dentro de mi blusa, desencadenando una chispa dentro mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque su sonrisa inocente dejaba claro que no había nada de inocencia en sus acciones.

—Tú sabes qué pasa — respondí, deslizando mis manos con delicadeza entre su cabello, disfrutando de la textura sedosa. Permanecía sobre mí, sosteniéndose con sus antebrazos—. No lo haremos en el parque.

—¿Por qué no? —Arrugó su frente.

—¡Kalem!

—Estoy bromeando —aseguró entre risas, disfrutando de la expresión en mi rostro que revelaba cierta incredulidad ante su comentario—. Tranquila. No lo haría en el parque, no está en mi lista de lugares favoritos para hacerlo... todavía.

—Espera, ¿tienes una lista? —Arqueé una ceja con curiosidad.

—Sí, y una muy larga. —La sonrisa se extendió en su rostro, y sus labios dejaron un beso húmedo en mi cuello—. Puedo decírtela si quieres.

—Y la gente cree que eres inocente. De eso nada —comenté con diversión. Mi mano se aventuró dentro de su camiseta, explorando su marcado abdomen. Sentí cómo se estremecía al contacto—. Aunque yo puedo ayudarte a cumplir con esa lista.

—Entre los dos sabemos que el menos inocente de esta relación eres tú y no pienses negármelo —afirmó con esa voz grave que siempre conseguía cautivarme. Se acercó para sellar sus palabras con otro beso.

—No pienso negarlo, porque sé que es verdad —confesé entre risas, mientras sonreía complacido.

—Y me encanta que seas así.

—Y a mí me encantas tú, ahora bésame y luego enséñame a hacer origami. —Lo tomé de su cuello suavemente para unir nuestros labios, y podía sentir su sonrisa contra mis labios, una respuesta silenciosa a mi pedido.

—Puedo enseñarte varias cosas —susurró, separándose un poco.

—Y yo también.

El suave susurro de papeles doblándose se mezclaba con nuestras risas. Kalem, atento y protector, se aseguraba de que mis manos no se encontraran con cortes, recordando una anécdota que le había compartido anteriormente. Su gesto cariñoso añadía un toque especial a nuestra tarde. Pasamos cerca de una hora inmersos en la creación de figuras de papel. Con paciencia y habilidad, me guiaba en la confección de varios animales y aunque al principio las mías no eran perfectas, sentía un orgullo genuino en cada intento. Mientras él finalizaba una figura, saqué algunos libros de mi bolso.

—Y esto es para ti. —Extendió hacia mí un corazón de papel celeste y su mirada brillaba con la intensidad de sus sentimientos—. Es mi corazón y es tuyo, ha sido tuyo desde aquel día en la fiesta en la que nuestros ojos se encontraron y me diste esa sonrisa que me hizo caer por ti esa noche.

—¿Y la escritora aquí soy yo? —Tomé la figura de papel en mis manos, sintiendo el significado impregnado en cada pliegue y él acarició mi cabello sin dejar de mirarme.

—Tengo mis momentos. —Se encogió de hombros, viéndose adorable.

—Momentos que tengo que escribir para mis novelas. —Mis ojos se encontraron con los suyos, y le di una sonrisa sincera, luego tomé su rostro en mis manos y apreté sus mejillas—. Pienso cuidarlo. Quiero cuidarte y darte más azúcar de la que tú me das.

—¿Es eso posible? —Se acercó hasta que nuestros labios se rozaron.

—No, pero déjame creer que sí. —Ambos reímos suavemente y juntamos nuestros labios en un beso que quise que durara por mucho tiempo.

Después de un intercambio de besos que parecía no tener fin, decidimos sumergirnos en la lectura. Extendí uno de los libros que había sacado de mi bolso hacia él, y ambos nos tumbamos de espaldas en la manta. La vista del cielo celeste y las ramas de los árboles nos rodeaba, mientras una suave brisa jugueteaba con nuestros cabellos. En silencio, nos sumergimos en la lectura y el tiempo se deslizaba suavemente, como las páginas que íbamos pasando. Estábamos allí, juntos pero sumidos en mundos diferentes, y eso era perfecto.

Después de un rato, coloqué el libro sobre mi abdomen y giré mi rostro. Observé lo concentrado que lucía mientras leía, cómo mordía su labio, la paciencia con la que pasaba cada página y la forma en que sostenía el libro. También noté cómo los mechones de su cabello que caían sobre su frente se movían con la brisa.

—Es una tarde hermosa —habló mientras ponía el marcapáginas y cerraba el libro. Giró el rostro y cuando sus ojos se encontraron con los míos no pude evitar sonreír.

—En unos minutos aparecerán los colores del atardecer.

—Y los veremos juntos.

—¿Sabes algo?

—¿Qué? —Su respiración era lenta y tranquila. Nuestras miradas no podían separarse.

—Escribí sobre ti.

—¿De verdad? —dijo con sorpresa y curiosidad.

—Estoy escribiendo una nueva novela y el personaje principal está basado en ti —confesé, peinando su cabello con ternura mientras mantenía una sonrisa en mis labios.

—Esto de tener una novia escritora me está gustando más de lo que pensé. —Giró para sostenerse con sus codos y antebrazos y quedar sobre mí. Se acercó hasta que nuestros labios se tocaron.

—¿Sabes lo que estoy tratando de decirte? —Pasé mis brazos alrededor de su cuello.

—¿Qué?

—Que te amo.

Noté cómo Kalem se quedó momentáneamente quieto, como si estuviera procesando esas palabras. Después de unos segundos, una linda sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Ya lo sabía. Lo sentía aquí. —Llevó una mano a su pecho. Luego, la puso en mi mejilla sin dejar de mirarme—. Solo que me tomaste desprevenido, y me gusta cuando haces eso —añadió con una chispa de diversión. Rozó sus labios de nuevo con los míos y susurró—. Yo también te amo. ¿O no fui muy obvio antes?

Una sincronía de sonrisas se desató entre nosotros y, sin demora, se inclinó para besarme de una manera tan dulce que sentí cómo mi corazón respondía con latidos acelerados. Instintivamente, apreté el agarre de mis brazos alrededor de su cuello, deseando tenerlo más cerca de mí. En ese momento, la melodía suave de una de esas canciones melosas que él solía escuchar comenzó a reproducirse en mi mente. Cada detalle de este instante mágico se fusionaba: el beso, el viento acariciando nuestra piel, el susurro de las hojas, y la suave melodía que resonaba en nuestra conexión. Sentí que este momento se grababa en lo más profundo de nosotros, convirtiéndose en un recuerdo atesorado.

—No puedo creer que lo dijiste primero —susurró cuando se separó un poco, su sonrisa no desaparecía de su rostro.

—Yo tampoco, ¿sabes lo difícil que fue para mí hacerlo? No digo esas cosas tan fácilmente, prefiero escribir lo que siento.

—Puedo imaginarlo, estoy orgulloso de ti. —Pellizcó mi mejilla con delicadeza—. Yo soy muy paciente. Tómame tu tiempo para decirme ese tipo de cosas, de la manera en que quieras y te sientas cómoda.

—Sabes que también todo esto que acaba de pasar irá en alguna de mis novelas, ¿verdad?

—Ya lo veía venir. —Rio y se dejó caer de espaldas cuando notó como yo buscaba mi celular para escribir en las notas—. Cada vez me enamoras más... ¿Y cuándo podré leerlo? Tengo curiosidad de saber cómo hablas sobre mí. Espero que sea bonito, aunque conociendo a mi novia yo sé que es así. —Se acercó rápido para besar mi mejilla mientras yo seguía escribiendo.

—Tienes que esperar a que lo termine —dije, colocando el celular a un lado y acercándome. Recosté mi mejilla sobre su pecho y pasé uno de mis brazos sobre su abdomen—. Serás el primero en leerlo.

—Y el primero en comprarlo cuando lo publiques —respondió, acariciando mi cabello mientras uno de sus brazos me abrazaba. Escuchar esas palabras llenas de apoyo y entusiasmo hacía que mi sonrisa se expandiera y sentía como mi corazón se apretujaba.

—¿También quieres la primera firma?

—Sería todo un honor, claro que sí. —No lo miraba, pero sabía que estaba sonriendo.

—Entonces tengo que ponerme a escribir para terminarlo cuanto antes.

—¿Necesitas inspiración? Porque yo puedo dártela. —No pasé desapercibido el tono pícaro en que lo dijo.

—De acuerdo, si tanto insistes. —Moví la cabeza para verlo—. ¿Qué tal si comenzamos con la lista de lugares que tienes para hacerlo?

—¿Qué cosas me estás proponiendo? —Se rio, pasando una mano por su cabello de una manera que me atrapaba y esbozó una sonrisa—. ¿Por cuál quieres empezar?

Capítulo 33

Luego de nuestra cita en el parque decidimos ir a su casa porque estaba anocheciendo. Estábamos en su cuarto y estuviéramos haciendo cosas indecentes y dignas de estar en las novelas que escribía, pero el pequeño huracán había golpeado a la puerta porque tenía hambre y teníamos que bajar para la cena. Ese pequeño aún tenía algo contra mí, aunque era más leve que al principio. Todavía recordaba la vez que me gruñó con desconfianza. Tan adorable.

Estaba sentada en la silla giratoria de su escritorio, deslizándome de un lado para otro. Kalem, quien solo llevaba puestos sus jeans, buscaba una camiseta en uno de sus cajones de ropa.

—No te vayas a lastimar —dijo, acercándose a mí con una camiseta en la mano. Como no le hice caso y solo sonreí con malicia, detuvo la silla con suavidad. Estaba de pie frente a mí, puso su mano en mi mejilla y pasó su pulgar en mi labio inferior de manera tentadora—. Quieta.

—Sabes que no me gusta quedarme quieta. —Deslicé mis manos lentamente por su abdomen. Sentí cómo su respiración se puso pesada y no dejaba de mirarme—. Y a ti tampoco —añadí y comencé a dejar besos en su abdomen.

—Heather. —Soltó un suspiro, y cerró sus ojos disfrutando de mis labios sobre su piel—. Sabes que tenemos que bajar para la cena.

—Podemos tardarnos un poco. —Sonreí mientras le hacía ojitos. Se pasó una mano por su cabello mientras una sonrisa se extendió por su rostro.

—No hagas eso, sabes que me encanta cuando me miras así y no puedo decirte que no. —Se inclinó hacia mí, puso su mano cerca de mi cuello y acercó sus labios a los míos—. Eres mala.

—Y puedo serlo aún más. —No lo dejé hablar y acorté la distancia para besarlo con ganas. Ganas que tenía desde que lo vi con su uniforme de pasante.

El beso entre nosotros se intensificó, convirtiéndose en una llama ardiente que encendía el ambiente en su habitación. Sin romper el contacto, me levanté de la silla y lo hice retroceder, guiándolo hasta que se sentó en el borde de su cama. Su sonrisa era imborrable, y sus ojos brillaban con un travieso destello, esperando ansiosos por lo que vendría.

Separándome un poco, empujé suavemente su pecho para que se acomodara en la cama. Su sonrisa imborrable indicaba que estaba disfrutando del juego. Mis manos comenzaron a explorar su cuerpo con una lenta sensualidad, deslizándose con deliberada suavidad sobre sus piernas, su abdomen, deteniéndome a propósito para prolongar la anticipación, hasta llegar a sus hombros. Parecía deleitarse con mi toque, su respiración desordenada revelaba el efecto que estaba teniendo en él. Finalmente, me senté a horcajadas sobre su regazo, y sus manos no tardaron en encontrar su lugar en mi trasero.

—Podemos tardarnos más —susurró, acercándose a mi cuello.

—¿Ahora sí quieres? —Solté una risa.

—Yo siempre quiero. —Comenzó a dejar besos en mi cuello.

Llevé mis manos dentro de su cabello, sumergiéndome en la sensación de su beso ardiente en mi cuello. La pasión crecía a medida que una de sus manos ascendía por mi cintura, deslizándose debajo de mi camisa. Un suspiro escapó de mis labios cuando llegó a la orilla de mi sujetador, y sentí su mano descansar sobre mi pecho.

Justo en ese momento, tocaron a la puerta. Aunque tenía el seguro, el sonido rompió la atmósfera cargada de deseo.

—¡Kalem, mi estómago duele, y hace ruidos raros, vamos a cenar! —El pequeño no dejaba de dar golpecitos en la puerta.

—Yo ya estoy cenando —susurró, aún distraído con sus manos en mí.

—Ni se te ocurra decir eso. —Abrí los ojos, preocupada y divertida al mismo tiempo, haciéndolo reír.

—Ya vamos —habló alto para que su hermano lo escuchara. Dejó un corto beso en mis labios y me levantó con sus brazos, dejándome con suavidad a un lado de su cama mientras se ponía la camiseta.

—Así me dijiste antes, sabes que es malo decir mentiras. —Los golpecitos en la puerta seguían. Eso pareció preocuparle así que fue directo a abrir la puerta y ahí estaba Khaled con la mano sobre su estómago. De repente me sentí mal por el pequeño huracán.

—Ya estoy aquí, ya iremos a cenar para que tu estómago deje de hacer ruidos raros. —Se agachó para tomar a su hermano en brazos y cargarlo. Le sonreía mientras le peinaba el cabello hacia atrás—. ¿Qué quieres que te cocinemos?

—No sé, pero vamos, vamos.

—De acuerdo. —Sonrió.

Noté cómo Khaled volteó a ver hacia atrás de su hermano, preocupado.

—¿Y Heather?

—Aaw. —No pude evitar decir, luego me apresuré a caminar hacia ellos—. ¿No quieres que me quede atrás?

—Yo nunca dije eso —habló a la defensiva.

—Ya sé que no te caigo tan mal como antes. —Le sonreí y se cruzó de brazos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Como dice tu hermano mayor, porque lo siento aquí. —Llevé mi mano al pecho, cerca de mi corazón.

Sonrió como si yo le causara ternura, y se mostraba divertido a la vez por la charla que estaba teniendo con el pequeño.

—Kalem, tengo hambre, ya vámonos —dijo sin querer mirarme dando por terminada nuestra conversación.

El mayor llevaba a su hermano con un brazo y con su mano libre tomó la mía, y así caminamos hasta llegar a la cocina. Decidimos cocinar espagueti, mientras él se encargaba de eso, decidí hacer galletas y Khaled tenía curiosidad de cómo se hacían así que se me pegó todo el tiempo para que le enseñara. Pusimos música y tuvimos un buen momento con muchas risas. El pequeño y yo teníamos hecho un desastre en nuestro lugar, en cambio Kalem, que a veces se nos unía, tenía su espacio todo limpio.

—¡Esto sabe rico y no a quemado como pensé que te quedarían, Heather! —dijo Khaled, emocionado mientras seguía comiendo su galleta.

—Gracias por la confianza. —Reí, agradeciendo el gesto mientras Kalem me abrazaba por detrás, sus manos rodeando mi cintura.

—Yo también quiero probar tus galletas. —Sonrió, dejando un beso en mi mejilla.

—Gracias al cielo no se me quemaron esta vez —comenté, acercándole una galleta a la boca.

—Me encantan —expresó, abriendo sus ojos con sorpresa—. Quiero más —añadió, haciendo que mi sonrisa se ampliara.

—No. Estas galletas son mías, puedo darte algunas. —Su hermano tomó el plato donde estaban de manera posesiva.

Kalem parecía divertido, iba a responderle, pero alguien entró a la cocina.

—¿Qué es este desastre? —exclamó su madre, quien parecía disgustada mientras veía todo.

Sus ojos se posaron en mí, y su expresión pasó de disgusto a seriedad, especialmente porque Kalem aún me abrazaba desde atrás y parecía no tener intenciones de soltarme.

—¡Mami! —Khaled se bajó de la silla emocionado, llevando el plato con él—. ¿Quieres galletas? Las hice con Heather.

—Ahora no —respondió de una manera seca y sin corazón al pequeño, a quien se le borró la sonrisa y eso pareció enojar a su hermano.

—¿Qué haces acá, mamá? Pensé que regresabas mañana. —Dejó de abrazarme, pero una de sus manos seguía rodeando mi cintura.

—Por cosas del trabajo tuvimos que adelantar el vuelo.

No dejaba pasar la oportunidad de observarme, aunque parecía hacerlo con una mezcla de cansancio y cierto descontento, como si mi presencia le molestara en medio de su fatiga.

—¿Tuvimos? —Su frente se arrugó.

—Tú padre también está aquí, así que mejor llama a Laura para que limpie esta cocina, no puedo seguir viendo esto así. —Negó con la cabeza y salió por la puerta.

En el rostro de Kalem, la ausencia de sonrisa era notoria. La presencia de sus padres en casa parecía haber ensombrecido su ánimo, y esa realidad me entristecía.

—Kalem —lo llamó su hermano.

—¿Qué pasa, pequeño? —Se acercó, agachándose un poco para estar a su altura.

—Mamá no quiso de mis galletas —dijo con un puchero y sus ojitos tristes.

—Está bien, tal vez no tiene tanta hambre —lo animó, pasando sus manos por sus brazos—. Pero yo sí quiero, y voy a comérmelas todas.

—¡No! ¡Son mías! —dijo, sujetando el plato contra él y luego los dos comenzaron a pelear por las galletas.

Después de ayudar a Laura, la amable señora encargada de la limpieza de la casa, a poner todo en orden, nos dirigimos a la espaciosa mesa del comedor. Me senté al lado de Kalem, mientras el pequeño ocupaba el otro lado de él. Aguardamos a que sus padres bajaran para iniciar la cena, y levanté la mirada al escuchar sus pasos aproximándose.

Era la primera vez que veía a su padre. Entró con un aura intimidante y una seriedad que parecía superar incluso a la de su madre. De repente, me invadió la nerviosidad; era la primera cena que compartía en su casa y con sus padres. Según lo que me había contado, ellos no solían comer juntos debido a sus horarios de trabajo, y las ocasiones en las que lo hacían eran silenciosas, incómodas o breves debido a las responsabilidades laborales que ambos compartían. Me parecía triste por lo que tenía que pasar, y eso me hacía valorar aún más a mis propios padres y la conexión que teníamos.

El padre de Kalem me miró con un rostro inexpresivo, me saludó con un gesto de la mano y nos presentamos. Observé rápidamente sus rasgos, era como ver a un Kalem mayor; había heredado su cabello castaño y los ojos celestes de su madre. Después, tomamos asiento y comenzamos a comer. El más entusiasmado era el pequeño huracán, quien daba grandes bocados a su espagueti. Su madre le lanzó una mirada de desaprobación y lo regañó.

—¿Eres amiga de Kalem?

Las preguntas empezaban, y la situación me recordó aquella vez en que él fue a mi casa por primera vez y mi papá no dejaba de interrogarlo. Aunque no parecía haberse puesto nervioso, yo sí estaba nerviosa. Mucho más, sobre todo porque sus dos padres no dejaban de observarme.

Coloqué mi mano sobre mi rodilla, que podía sentir sudada debido a los nervios. Él lo notó, bajó la suya y con suavidad tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos. Me dio un pequeño

apretón y comenzó a dar caricias con su pulgar, consiguiendo que me relajara.

—Heather es mi novia, papá. —Me dio una linda sonrisa que calentó mi corazón.

—¿Desde cuándo tienes novias? —habló sin mirarlo, pero pude notar ese tono sarcástico en su voz. No lo dejó responder y siguió, esta vez elevó la mirada—. ¿Aún sigues haciendo pasantías en esa clínica? ¿Sabes? El hijo de un amigo de la oficina está estudiando negocios y este año se gradúa, pero tú sigues insistiendo en esa carrera de veterinaria.

—Papá, ya hemos tenido esta conversación. —La sonrisa que tenía ya no estaba—. Hoy no.

Sabía que no quería ponerse a discutir con su padre frente a mí. Su mano se tensó así que fui yo la que le di caricias para calmarlo.

—De acuerdo —respondió seco y siguió comiendo. En ese momento su celular sonó y se levantó de la mesa para ir a responder a la sala.

Se le había quitado el hambre después de la corta charla con su padre, solo movía el tenedor sin probar nada y con la mirada perdida en su plato.

Tuve un impulso abrumador de abrazarlo y decirle que todo iba a estar bien. Él no merecía esto; merecía amor, y yo estaba aquí para dárselo en abundancia. Recosté mi cabeza sobre su hombro, atrayendo su atención. Cuando volteó a verme, le dediqué una sonrisa dulce y pellizqué su mejilla, logrando que también sonriera. En respuesta, depositó un beso tierno en mi frente.

—¡Puaj, estoy comiendo! —se quejó Khaled con una mueca de disgusto, luego giró hacia su madre—. ¿Sabes, mami? Es divertido ir a comer a la casa de Heather, su mami me hace postres y su papi ahora me deja jugar con sus aviones.

—Qué bueno, Khaled —respondió sin prestarle atención por estar usando su celular. Lo notó y bajó la mirada a su plato.

—Me gusta más la casa de Heather —murmuró, pero de repente se giró a ver a su hermano y jaló de su camiseta—. ¿Cuándo volveremos a ir? —Luego me miró—. Si me llevas puedo darte dinero de mi hermano o muchos de mis carritos. ¿Qué dices?

Me eché a reír y asentí con la cabeza. Era un niño de negocios.

—Si me das a tu hermano hay trato.

—Eh, no. Mi hermano no, ya lo comparto contigo. Ya es mucho —dijo, jalando esta vez la mano de Kalem de manera posesiva.

Sonreímos divertidos por el pequeño. Claro que pensaba llevarlo a mi casa, si mi mamá lo adoraba y papá ya no corría detrás de él cuando tomaba sus juguetes de colección porque ahora se los prestaba mientras lo vigilaba. Me encantaba tenerlos en mi casa y a ellos se les iluminaba el rostro cada vez que iban, y quería que siguiera siendo así.

Capítulo Final

Había una fiesta en mi casa.

Era el cumpleaños de mi abuela y toda mi familia vino a quedarse el fin de semana para celebrar. Eso significaba tener a todos mis primos y mis tías en el mismo lugar de nuevo. La fiesta y el caos que se formaba era enorme.

—¡Tomás y Matías! ¿Cómo encontraron mis muñecas viejas? ¡Esperen! ¿Cómo entraron a mi cuarto si lo cerré con llave? —los regañé cuando los vi bajar por las escaleras con ellas en sus manos. Luego salieron corriendo con sonrisas inocentes en sus rostros.

—¡Lo siento, prima! —gritó Tomás.

—¡Las tomaremos prestadas, gracias! —dijo Matías y luego se perdieron de mi vista.

Un suspiro escapó de mis labios justo cuando el timbre de la casa sonó. Al abrir la puerta, me encontré con la presencia radiante de Kalem, un espectáculo de sonrisa y encanto. A su lado, Khaled sostenía una caja de regalo con entusiasmo.

—Hola —saludó y se acercó a mí, deslizando una mano por mi cintura antes de dejar un beso en mis labios.

—¡Puaj! Mejor me voy. —La mueca de disgusto de Khaled agregó un toque cómico. Al divisar a mis primos peleando por una muñeca a lo lejos, entregó el regalo a su hermano y se dirigió hacia ellos—. ¡Hola, traje más carritos para hacer tratos!

Reí porque Tomás y Matías dejaron la muñeca a un lado y cada uno pasó su brazo por los hombros del pequeño, interesados en lo que acababa de decir.

—A ver, muéstranos la mercancía, chico —dijo Matías mientras se lo llevaban.

—Algo me dice que no deberíamos perderlos de vista, pero mi abuela quiere verte así que vamos al patio. —Tomé su mano, y nos dirigimos hacia la puerta.

—Quieres decir que mi abuela política quiere verme. —Sonrió y dejó un beso rápido en mi mejilla.

Al salir al patio, donde la fiesta desplegaba su hermosa decoración, todas las miradas de familiares y amigos convergieron en nosotros, en nuestras manos entrelazadas. A pesar de que no era fan de ser el centro de atención, la sonrisa resplandeciente de Kalem indicaba que disfrutaba compartiendo ese momento con todos, como si estuviera genuinamente encantado de que nos vieran juntos.

—¡Heather trajo al novio! —gritó una de mis tías.

Un *déjà vu* llegó a mí, y los recuerdos de aquella fiesta en la que él conoció a mi familia por primera vez aparecieron en mi cabeza. Todos comenzaron a aplaudir y a elevar sus vasos como si se tratara de un brindis por los recién casados, negué con la cabeza al mismo tiempo que cerraba

mis ojos.

—¡Mi capullito y el novio de mi capullito! —habló mi abuela emocionada cuando llegamos a la mesa en la que ella estaba junto a mis padres, algunas de mis tías y primas chismosas.

Ella extendió sus brazos y él se inclinó para darle un abrazo.

—Qué lindo muchacho —dijo, dándole suaves palmadas a su antebrazo, y no pude evitar sonreír. Tenía ese efecto en las personas, el cual había funcionado conmigo. Luego saludó a todos en la mesa y tomamos asiento.

—Es un gusto verla. —Le dio una de sus encantadoras sonrisas mientras le entregaba su regalo. Estaba segura de que sabía lo que causaba cuando sonreía de esa manera; incluso pude escuchar a mis primas suspirar.

—¿Dónde está el pequeño diablito que siempre anda a tu alrededor? —preguntó sin soltar el regalo.

—Anda por ahí jugando con los primos de Heather.

—Tomás y Matías lo secuestraron —intervine de forma tranquila antes de tomar mi jugo.

—Oh, esas no son cosas buenas. Hay que ir a echarles un ojo al rato —habló la abuela.

—Es lo mismo que dije.

—Y bueno, ahora ya es oficial, ¿cierto? —Pude notar lo emocionada que estaba.

—Así es. —Kalem sonrió—. Ya no soy solo el amigo con quien Heather lo...

—¿Quién quiere pastel? —interrumpí lo más rápido que pude.

Iba a causar que me diera un ataque si decía eso, a mí y a mi padre. No podía entender cómo se mostraba tan tranquilo en situaciones como estas.

—Pero déjalo hablar, prima.

La sonrisa divertida adornaba el rostro de Kalem, y yo me concentraba en cortar pequeños trozos del pastel en la mesa. Mis tías junto con mi mamá iniciaron una charla animada con él, quien logró sacarles un par de sonrisas. Mientras tanto, mi papá soltó un bufido que llamó la atención de la abuela.

—¿No me digas que aún no te llevas bien con tu yerno? Quitale esa cara larga, si el novio de mi capullito se ve que la quiere mucho.

—Más le vale —dijo, lanzándole a Kalem una mirada intimidante—. Ya le dejé en claro lo mucho que amo a mi Heather Catalina.

—Y seguimos con los segundos nombres, papá. —Rodé los ojos ante la costumbre.

—Es divertido, admítelo ya, hija —expresó, regalándome una sonrisa. Aunque no quería darle la satisfacción, terminé correspondiéndole con una sonrisa leve.

—Solo un poco. —Me encogí de hombros, tratando de restarle importancia.

—Me lo dejó claro en la última charla que tuvimos —intervino Kalem—. Y lo tengo presente siempre, así que no se preocupe. Yo también le dije lo mucho que amo a su hija. —Sus ojos, cargados de afecto, se dirigieron a mí mientras pasaba su brazo sobre mis hombros, dejándome un beso tierno en la mejilla—. Así como también se lo dije a ella y trato de demostrárselo todos los días.

Un suspiro habría escapado de mis labios ante la dulzura de sus palabras y la forma encantadora en que me miraba, pero pude percibir cómo la mayoría de las mujeres en la mesa dejaron escapar suspiros admirativos ante la escena.

—Este terrón de azúcar —susurré con una sonrisa, sin apartar mi mirada de la suya. Aparentemente, mi susurro no fue tan discreto, ya que todos a nuestro alrededor pudieron escucharme.

—¡Yo también quiero un terrón de azúcar, prima!

—¡Y yo! —exclamó una de mis tías, desatando risas en todos.

Mi papá estaba cruzado de brazos, intentando mantener una expresión seria, pero pude notar esa pequeña sonrisa que asomaba en su rostro.

—¿Le gustaría tener otra charla conmigo? Me parece que hace tiempo que no compartimos una, y ya sabe cuánto disfruto conversar, especialmente con usted. Sus pláticas resultan siempre entretenidas. ¿Qué opina? —ofreció siendo amable, provocando que los ojos de mi padre se abrieron al escucharlo.

—¡¿Quién quiere más pastel?! —Se levantó de la mesa—. Ahora mismo iré por más.

Mamá rio y se levantó para acompañarlo, pero antes se acercó a Kalem.

—Me haces mucha falta en la cafetería, pero me alegra saber que estás haciendo esas pasantías. —Sonrió con dulzura, haciendo que él le devolviera el gesto—. Me tiene tan contenta saber que ahora somos familia. Iré adentro para ver si encuentro al pequeño. Y no olvides comer, tienes que alimentarte bien para que sigas estando así de fuerte. Bueno, los dejo.

Más tarde, Kalem me condujo a la pista de baile en el patio. Al principio, no estaba muy segura, pero tanto él como Nora fueron tan insistentes que no pude resistirme por más tiempo. Los cuatro, Nora, Charles, Kalem y yo, bailamos durante lo que sentí como horas. Después, se unieron Kane y Callum, quienes trajeron un regalo para mi abuela y saludaron a toda la familia. Callum, el rubio, se mostró muy sociable, con una gran sonrisa, mientras que Kane parecía más reservado, limitándose a ofrecer palabras escasas y asentimientos con la cabeza.

Mis primas no dejaron pasar la oportunidad y los invitaron a bailar. Callum aceptó con gusto,

pero Kane prefirió quedarse sentado en la mesa. La abuela empezó a entablar una conversación con él, y al parecer, los dos estaban inmersos en una charla profunda y filosófica sobre diversos aspectos de la vida. Era eso, o la abuela lo estaba invitando a la iglesia por ser considerado un pecador.

Me divertía pensar que la segunda opción era la correcta.

También me enteré de que Khaled logró intercambiar varios de sus carritos por otros con mis primos, quiénes estaban felices por revenderlos en su escuela. Estos niños de negocios no desaprovechaban la oportunidad. Luego, me senté en una mesa junto a mi mejor amiga, el pelirrojo de su novio, el dulce de mi novio y sus mejores amigos. Estábamos charlando y riéndonos, ya que estábamos jugando verdad o reto, una idea que claramente había surgido de Callum. Después de un rato, Ben apareció frente a nosotros.

—¿Y estas horas de llegar, Benjamín? —pregunté.

—Es que solo vine por el pastel —respondió, haciéndonos reír. Miró al castaño y se dieron un corto abrazo de esos que los chicos se dan con palmadas en la espalda—. Kalem, amigo mío. Ex compañero del alma, la cafetería no es lo mismo sin ti. Te echo de menos, a ti y a los buenos chismes que me dabas junto a la mandona de tu novia. —Suspiró de manera dramática mientras se sentaba.

—Yo no soy mandona.

—Ajá —dijo antes de tomar de su bebida, y mirar hacia otra parte. Entrecerré los ojos hacia él.

—Yo también te extraño, ex compañero del alma. —Kalem esbozó una sonrisa, rodeando con su brazo el respaldo de mi silla y acariciando mi cabello con la otra mano—. Al igual que extraño ver a la perezosa de mi novia sentada mientras no dejaba de verme con lo que estoy seguro no eran buenas intenciones y también me decía qué hacer.

Abrí la boca haciéndome la ofendida, y todos en la mesa compartieron sonrisas.

—¿Ves? Eres una mandona —bromeó Benjamín. Rodé los ojos y me giré para dirigirle una mirada.

—Kalem Taylor.

—Oh, oh. —Escuché que dijo Callum con ese tono divertido—. Estás en problemas, terrón.

—Cállate, rubio —dijo con una sonrisa. Luego, me miró y a pesar de que yo estaba seria, me abrazó de costado y acercó su rostro—. Ella sabe que me encantaba verla todos los días, en especial por las caras que hacía cuando se le caía alguna bebida.

—A mí no se me caía ningu... —comencé a decir, pero Kalem y Benjamín alzaron una ceja, así que solté un suspiro—. Bueno, está bien. Se me caen muchas.

—Qué bueno que lo admites. —Dejó un beso en mi mejilla. Aún seguía sin soltarme y eso no

me molestaba.

—Tanta azúcar —se quejó Kane en voz baja, pero todos pudimos oírlo.

—Yo no me quejo, con tal de que no nos la dé a nosotros, yo estoy bien. Así que sigue dándole diabetes a Heather, amigo —dijo Callum, haciéndolo sonreír, y luego los dos chocaron los puños.

—A mí me encantan, yo sigo *shippeandolos*. —Nora nos guiñó el ojo, negué con la cabeza y él parecía contento.

—Por eso me agradas —habló—. ¿Y ya tienes un nombre para el *ship*?

—Kalem. —Solté una risa.

—¿Qué? —Me miró con una sonrisa y acarició mi mejilla con los nudillos de sus dedos—. Yo tengo varios en mente desde la primera vez que lo hicimos en aquella fiesta y no puedes culparme por eso. Y soy todo tuyo ahora, no hay devoluciones. —Se acercó para darme un beso corto en los labios y pude sentirlo sonreír.

—Oigan, ya comí demasiado pastel —se quejó Kane de nuevo con expresión de aburrimiento.

—Vamos, amigo. Te hace falta una novia, busquemos con quién bailar. —El rubio le palmeó el hombro.

—Mejor voy por otra botella de alcohol para compartirla con la abuela de Heather. —Se levantó de la silla y se fue mientras todos teníamos una expresión de diversión en el rostro.

(...)

La noche había caído y la fiesta continuaba. Casi todos bailaban en la pista del patio, incluso Kane, que se había bebido unas dos botellas de tequila con la abuela. Ahora, los dos bailaban entre la multitud con las botellas en sus manos. Era gracioso verlos, hasta mis tías junto a mi mamá se habían unido a ellos mientras cantaban las canciones a todo pulmón.

Mis pies me dolían por bailar así que le dije a Kalem que iría a cambiarme los zapatos, y quiso acompañarme.

—¿Quieres que te cargue? —ofreció cuando entramos a la casa.

—No, puedo caminar muy bien, mira. —Moví mis pies señalándolos, se mostraba divertido.

—Pero quiero hacerlo. —Tocó mi mejilla y pude ver sus intenciones de cargarme así que fui más rápida y salí corriendo hacia las escaleras—. ¡Déjame llevarte en mis brazos, sólo quiero ser un buen novio! —Escuché como se reía mientras me seguía rápido.

Al sentarme en la orilla de la cama, dejé escapar un suspiro, y él cerró la puerta tras de sí.

—Eres mala. —Tenía una sonrisa en el rostro y le guiñé el ojo.

Se acercó hacia mí y se arrodilló. Sonreí al sentir sus manos tomando mis tobillos para quitarme los zapatos. Sus manos eran suaves, al igual que su tacto. Lo hizo de una manera lenta y dulce, lo cual me encantó. Pasé mi mano por su cabello sin dejar de mirarlo.

—Eres un buen novio — comenté, recordando sus palabras anteriores. Cuando terminó, levantó la mirada hacia mí.

—¿Lo soy? Bueno, yo sé que sí, pero me gusta cuando me lo dices.

Sin poder evitarlo apreté sus mejillas, provocando una sonrisa en sus labios.

—¿Así está mejor? —preguntó, refiriéndose a los zapatos.

—Mucho mejor. —Asentí mientras mis manos acariciaban su cabello hacia atrás, aún seguía arrodillado en el suelo.

—¿Quieres volver a la fiesta? —Tenía sus ojos cerrados, siempre hacía eso cuando le tocaba su cabello.

—No, aún no. Quedémonos acá un rato.

Asintió sin abrir sus ojos.

—¿Y si nos sentamos en la ventana?

—¿Como aquella vez? —Abrió sus ojos y sonrió poniéndose de pie, luego tomó mi mano—. Vamos, pero no te vayas a caer.

—Sigo pensando que tienes miedo a las alturas.

—No tengo miedo a las alturas, tengo miedo a que te lastimes. —Me abrazó por atrás mientras caminábamos hacia la ventana.

—Entonces no me sueltes.

—No pienso hacerlo. —Sentí sus labios sobre mi mejilla y una sonrisa se deslizó en los míos.

Abrimos la ventana y nos acomodamos en el borde, con nuestros pies colgando sobre el techo. Kalem, siempre atento, me ayudó a subir, manteniendo su mano entrelazada con la mía. Nos sentamos juntos, compartiendo la cercanía mientras el aire fresco acariciaba nuestros rostros y jugaba con nuestros cabellos. En un silencio, nos sumergimos en la contemplación del cielo estrellado, dejándonos envolver de ese momento.

—Me encanta. —Escuché que dijo.

—¿Yo? —Sonreí, consiguiendo que riera.

—Por supuesto que sí. —Puso su mano detrás de mi cuello y se acercó para besarme, y sonreí en medio del beso—. Iba a decir que me encanta estar aquí sentado junto a ti viendo las estrellas,

estar aquí con Khaled, mis amigos, con los tuyos, y con tu familia. No sabes lo afortunado que me siento por haberte conocido. —Acarició mi mano, que aún seguía sin soltar, con su pulgar.

—Eso es muy lindo.

—Tu eres muy linda.

Me aproximé lentamente, deslizando una de mis manos con suavidad sobre su mejilla, mientras mis ojos se perdían en cada detalle de su rostro. En ese instante, sentí cómo sus manos se aferraban a mi cintura, brindándome protección con cada gesto cuidadoso. Una sonrisa se dibujó en mis labios, envuelta en la seguridad que me brindaba su presencia reconfortante.

Con el dedo índice, acaricié con ternura sus cejas, descendiendo delicadamente por el puente de su nariz hasta llegar a sus labios, deteniéndome con calma en ese último recorrido. Sin esperar más, decidí acortar la distancia que nos separaba, y justo antes de unir nuestros labios, observé cómo cerraba sus ojos, mostrándose adorable en ese momento.

Besé a Kalem con la pasión que solo él lograba despertar en mí. Sus besos eran como rayos de sol cálidos que disipaban cualquier sombra a mi alrededor, transportándonos a un universo paralelo donde solo existíamos él y yo. Antes de separarnos, decidí regalarle una serie de besos cortos, uno tras otro, provocando una encantadora sonrisa en su rostro.

Cada beso era un pequeño capítulo de nuestra historia, una historia que estaba escribiéndose con la tinta dulce y apasionada de nuestros labios.

—Yo me siento afortunada de tenerte aquí conmigo —susurré, acercándome y sumergiéndome en sus ojos. Mientras permanecíamos en silencio, él jugaba con uno de mis mechones de cabello.

—Escribí algo para ti —soltó de repente.

—¿De verdad? —La sorpresa se reflejó en mi rostro.

—No soy bueno escribiendo porque los dos sabemos que tú eres la escritora aquí —habló, tratando de sacar algo de su bolsillo.

—Solo léelo para mí —pedí, emocionada cuando noté el papel en sus manos.

—Traté de buscar rimas para este poema, pero fue difícil. Pasé horas sentado en mi escritorio pensando en ti, y esto fue lo que escribí —dijo, desplegando el papel con una sonrisa llena de nervios y emoción.

—Estoy segura de que es algo dulce, ¿lo leerás para mí? —Pellizqué con suavidad su mejilla.

—Sí, y cuando termine de leerlo para ti, me dirás si logré que te enamoras más de mí.

—De acuerdo. —Solté una risa, contagiada por su entusiasmo.

Aclaró la garganta, preparándose para compartir sus palabras conmigo.

*«Heather,
orquídeas, girasoles, crisantemos,
chistes malos, gomas de oso,
así fue como comenzó nuestra historia,
no son rimas, no son rosas, es lo que siento,
no olvidaré cómo te caíste aquella noche,
tampoco olvidaré cómo hiciste que cayera yo también,
dices que yo soy muy dulce,
pero ¿no te has visto sonreír?
salidas al parque, rescates de libros, partidos y fiestas,
noches sin dormir, noches junto a ti,
¿recuerdas, Heather?
porque son recuerdos que quedarán en mí,
la manera en la que me miras y me haces sentir,
la manera en la que escribes hace que caiga,
que caiga más por ti,
yo también quiero que caigas,
que caigas con esto que no son rimas ni tampoco rosas,
es lo que siento,
narcisos, margaritas, lilas,
hay más por venir.
Heather,
¿entiendes lo que estoy tratando de decir?
este poema es un tulipán,
¿sabes lo que significan los tulipanes?
amor sincero.
Heather,
¿y si leemos tu libro favorito?»*

Cuando terminó de leer, dobló el papel y volteó a verme.

—¿Por qué miras hacia arriba? —preguntó con un tono divertido, acariciando mi cabello.

—Es para no llorar —dije y empecé a abanicarme el rostro con las manos—. Pero no puedo evitarlo —admití, soltando en llanto mientras llevaba mis manos a los ojos que derramaban lágrimas, una tras otra.

—Ven aquí. —Me envolvió en sus brazos, y oculté mi rostro en la curva de su cuello—. Ya, ya.

—Fue hermoso —hablé como pude en medio del llanto—. ¿Cómo puedes decirme que yo soy la escritora cuando me sales con esto?

—Tengo mis momentos. —Se encogió de hombros—. Me alegra saber que te gustó.

—Fue más que eso. —Me separé un poco para mirarlo—. ¿Puedo quedarme con el papel?

—Claro, es todo tuyo. —Lo puso en mis manos, y colocó las suyas sobre mis mejillas que seguían húmedas por llorar—. Así como yo.

Borré las últimas lágrimas de mis ojos, dejando que una sonrisa iluminara mi rostro. Al notar mi expresión alegre, también sonrió en respuesta. No pude resistirme y me acerqué, uniéndome a él en un beso tierno y lento. Era un beso húmedo por las lágrimas recientes, pero cargado de emociones. Quería llenar este momento de besos y atesorarlo por mucho tiempo; no quería soltarlo.

—Es el primer poema que recibo —murmuré cerca de sus labios, manteniendo mis ojos cerrados—. Pienso guardarlo muy bien, y aquí también. —Llevé el papel hacia mi pecho, cerca de mi corazón.

—Y no será el último, te daré más flores, aviones de papel y poemas para que sonrías de esa manera. —Apoyó su frente en la mía y dejó otro beso suave en mis labios.

—Kalem.

—Heather.

—¿Y si leemos mi libro favorito?

—Yo siempre quiero leer contigo.

Se movió, descendiendo de la ventana para volver a entrar en mi habitación. Con cuidado, envolvió mi cintura con sus fuertes brazos y me levantó en el aire. Los míos encontraron refugio alrededor de su cuello, y mis piernas se enroscaron alrededor de su torso. Me regaló una de sus sonrisas traviesas antes de sellar nuestros labios en un beso apasionado, un beso que prometía travesuras y emociones intensas. Sin interrumpir el beso, nos dirigimos hacia la cama. Con habilidad, me depositó con suavidad sobre las sábanas, quedando encima de mí, apoyándose en sus antebrazos. En ese instante, el aire se cargaba de electricidad, y el peso de sus caricias

resonaba en cada rincón de la habitación.

Recorrí su abdomen con mis manos bajo su camisa pude notar como mi tacto le gustaba. Rompí el beso para retirarle la prenda de ropa; me encantaba verlo con el cabello desordenado, la respiración agitada, los labios hinchados y las mejillas sonrojadas.

—¿Sabes lo hermosa que te ves en este momento?

—¿Sabes lo atractivo que te ves tú ahora? —Coloqué mis manos en su cuello, atrayéndolo nuevamente hacia mí—. Me gusta cuando estás así de cerca. —Empecé a depositar besos suaves en su cuello.

—Y a mí me gusta cuando te pones así de cariñosa. —Sonrió de manera pícaro y dejó escapar un pequeño gemido cuando mis labios se acercaron a su oído, mordiendo ligeramente el lóbulo de su oreja.

Deslizó su mano sobre mi pierna con una lentitud deliberada, adentrándose cada vez más bajo mi vestido, que ascendió hasta alcanzar mi cintura. Luego, su exploración continuó cerca de mi pecho, y la introdujo hábilmente dentro de mi sujetador, provocándome un gemido que dibujó una sonrisa en sus labios.

—¿No tendríamos que volver a la fiesta? —murmuró mientras depositaba besos húmedos en mi barbilla, descendiendo con picardía hacia mi cuello y jugueteando con mi pecho.

—Olvida la fiesta —susurré, apretando mis piernas—. ¿Quieres que haga que te olvides de todo por este momento? —Sonreí, empujándolo suavemente hasta que su espalda tocó la cama, y me senté sobre él.

—Yo sé que puedes hacerlo. —Colocó sus manos en mi trasero, y me incliné hacia adelante para tenerlo más cerca.

—Me encanta cómo tus mejillas se ponen así de rojas cada vez que lo hacemos. —Deslicé suavemente una mano por su cabello, mientras la otra sostenía con ternura su rostro, acariciando la suavidad de su piel.

—Es por tu culpa y lo sabes.

—Lo sé. —Me erguí ligeramente, liberándome de la tela que me envolvía. Sentí la intensidad de su mirada sobre mí, su deseo palpable que se reflejaba en sus ojos. Nuevamente cerca, mis labios rozaron los suyos con un susurro provocador—: Y disfruto mucho hacerte sonrojar.

No tardé en unir nuestros labios en un beso, saboreando la complicidad que se desprendían de cada roce. Sentí la curva de su sonrisa cuando mordí su labio inferior.

—Heather —susurró, separándose un poco y con la respiración agitada.

—¿Sí?

—¿Recuerdas cuando te llamaba futura novia?

—Claro que lo recuerdo, me asustaba cada vez que lo decías, pero luego comenzó a gustarme, aunque no quería admitirlo. —Sonreí, acariciando su rostro con mi dedo índice. Las comisuras de sus labios se elevaron, emitiendo una ternura que pintaba la escena con pinceladas de dulzura.

—Pues ahora no te llamaré futura novia, sino futura esposa.

Fin.